



**UNSAM**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN

Universidad Nacional de San Martín  
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales  
Doctorado en Antropología Social

**PROCESOS SOCIALES Y  
EXPERIENCIAS SUBJETIVAS DE  
SOLTERÍA HETEROSEXUAL: la lucha  
contra el monopolio matrimonial del  
amor, el sexo y la completud.**

Claudia P. Giraldo A.

Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Antropología Social.

**Directora:** Laura Masson

**Buenos Aires  
Marzo de 2022**

Giraldo Agudelo, Claudia Patricia.

Procesos sociales y experiencias subjetivas de soltería heterosexual: la lucha contra el monopolio matrimonial del amor, el sexo y la completud./ Claudia P. Giraldo A.; directora Laura Masson. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2022. -271 p.

Tesis de Doctorado, UNSAM, EIDAES, Antropología Social, 2022.

1. Soltería. 2. Solteros y Solteras. 3. Afectividad. 4. Género y sexualidad. 5. Individualismo. 6. Lazos sociales. – Tesis.

I. Laura Masson. II. Universidad Nacional de San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

## RESUMEN

Claudia P. Giraldo A.

Laura Masson

*Resumen* de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Antropología Social

Título de la tesis: Procesos sociales y experiencias subjetivas de soltería Heterosexual: la lucha contra el monopolio matrimonial del amor, el sexo y la completud.

En esta investigación se analizan las interpretaciones que hombres y mujeres que viven en Bogotá (Colombia) hacen sobre su soltería, se describen algunas de sus experiencias en marcos sociales e históricos amplios para comprender cuáles son los procesos y prácticas que sostienen esa experiencia de soltería. A lo largo de tres años, se sostuvieron encuentros en diferentes escenarios y se realizaron entrevistas en profundidad a 10 personas heterosexuales, profesionales, entre los 25 y 55 años de edad, que se consideran personas solteras. El texto se desarrolla a partir, primero de un rastreo histórico de la categoría de solterona y solterón, su particular presencia en Bogotá desde finales del siglo XIX. En segundo lugar, se hace una identificación de las transformaciones y pervivencias de estos estereotipos en lo que se denomina académicamente como soltería temporal y soltería permanente, y se indaga por nuevas representaciones. De acuerdo con los relatos hay un esfuerzo por construir la soltería (se perciba como temporal o permanente) como un proyecto de vida satisfactorio e incluso como una decisión y enfrentar los estereotipos y las incertidumbres. Uno de los principales hallazgos de la investigación es que las experiencias y los estereotipos diferenciados sobre la soltería de acuerdo con la edad, la clase social y sobre la soltería femenina y masculina heterosexual hacen parte de la construcción de la subjetividad y generan tensiones en las formas cómo se definen, se regulan y se experimentan la autonomía y la realización personal, y de cómo se limitan las redes de responsabilidad y reciprocidad. Es decir, la soltería es un eje central en la regulación y los significados de los lazos sociales y del individualismo.

Palabras-clave: soltería, afectividad, género, sexualidad, subjetividades, Individualismo. Las experiencias de los estados civiles hacen parte de la construcción de la subjetividad y

Buenos Aires  
Marzo de 2022.

## ABSTRACT

Claudia P. Giraldo A.  
Laura Masson

*Abstract* de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Antropología Social.

Dissertation Title: Social processes and subjective experiences of singleness: the fight against the marital monopoly of love, sex and wholeness.

This research study analyzes how men and women who live in Bogotá (Colombia) interpret their singleness. It describes some of their experiences through broad social and historical frameworks in order to understand the processes and practices that sustain their experience of singleness. Over three years, meetings were held in different settings and in-depth interviews were conducted with 10 heterosexual, professional people, between 25 and 55 years of age, who consider themselves single. The text begins with a historical review of the categories of spinster and bachelor, and their particular presence in Bogotá since the end of the 19th century. Subsequently, the text identifies the persistence and transformations of these stereotypes in what is referred to academically as temporary singleness and permanent singleness, and new representations are examined. The participants narratives show an effort to build singleness (whether perceived as temporary or permanent) as a satisfactory life project and even as a decision, and also to face stereotypes and uncertainties. One of the main findings of the study is that the differentiated experiences and stereotypes about singleness, according to age, social class and heterosexual male and female singleness, are part of the construction of subjectivity and generate tensions in the ways that autonomy and personal fulfillment are defined, regulated and experienced, and how networks of responsibility and reciprocity are limited. In other words, singleness is a central axis in the regulation and meanings of social ties and individualism.

Key-words: singleness, affectivity, gender, sexuality, subjectivities, individualism.

Buenos Aires  
March 2022

## **Agradecimientos**

Con un *por fin* culmino este proceso, angustiante y feliz, retador y satisfactorio. Muchas personas me acompañaron e hicieron posible que no desistiera. En primer lugar, quiero agradecer a Luis Ferreira, que siempre me ayudó a resolver toda clase de problemas y evitó que, como extranjera, me sintiera fuera de lugar. A las profesoras y profesores del doctorado de quienes aprendí diversas posibilidades de hacer antropología. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) tiene, sin duda, un gran equipo de docentes.

Mi profundo agradecimiento a Laura Masson, mi asesora, quien me acogió sin saber nada de mí, ni de mi trayectoria ni de mis condiciones. Sus ideas y sugerencias fueron indispensables. Sin embargo, fue su confianza la que me sostuvo en los momentos de mayor incertidumbre.

A mis diferentes compañeras y compañeros, amigas y amigos por sus consejos, sus preguntas y experiencias, pero sobre todo por hacer que el doctorado fuera no solo un espacio intelectual sino también afectivo.

Un verdadero reconocimiento y agradecimiento a las solteras y solteros, mis amigos y amigas, que con gentileza, generosidad y paciencia me compartieron sus experiencias, miedos y logros. Espero que este texto esté a la altura de lo que vivimos.

Quiero agradecer a mi madre por recibirme en su casa, por soñar con el árbol de los solteros, y reír y llorar conmigo; a mi padre por apoyarme siempre sin preguntar por qué o para qué; a mi hijo por iluminar con su existencia mis días y mis noches, y no dudar de mis capacidades como investigadora; a mi hija por dejarme conocer sus miedos generacionales, sus diferentes reflexiones sobre el feminismo y sobre el amor. Por último, a Darío por su determinación y su amor.

## Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>8</b>
<b>I EL PROBLEMA DE LA SOLTERÍA</b>	<b>8</b>
<b>II LA SOLTERÍA, CATEGORÍA HETEROGÉNEA Y MÓVIL: EL ESTADO DEL ARTE</b>	<b>10</b>
<b>III ASPECTOS METODOLÓGICOS: QUIÉNES, CUÁNDO Y CÓMO.</b>	<b>19</b>
<b>IV ESTRUCTURA DE LA TESIS</b>	<b>27</b>
<b><u>1 LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SOLTERONÍA Y EL ASCENSO DEL MATRIMONIO BURGUÉS POR AMOR</u></b>	<b><u>30</u></b>
<b>1.1 EL AMOR CONYUGAL Y LA AUTONOMÍA INDIVIDUAL, ECONÓMICA Y MORAL DE LA BURGUESÍA EUROPEA</b>	<b>31</b>
<b>1.2 EL MATRIMONIO BURGUÉS COMO AMOR, SEXO E INTIMIDAD</b>	<b>38</b>
<b>1.3 LAS SOLTERONAS: LA PREOCUPACIÓN SOCIAL POR LAS MUJERES BURGUESAS NUNCA CASADAS</b>	<b>46</b>
<b>1.4 LOS SOLTERONES: EL ESTEREOTIPO DE UNA VEJEZ SIN CUIDADOS</b>	<b>54</b>
<b><u>2 DEL MATRIMONIO BURGUÉS AL MATRIMONIO CATÓLICO POR AMOR PARA TODA LA VIDA: DESIDENTIFICACIÓN, PERVIVENCIAS Y TENSIONES DE LA DUPLA MATRIMONIO-SOLTERONÍA EN COLOMBIA</u></b>	<b><u>64</u></b>
<b>2.1 LAS ÉLITES CRIOLLAS BOGOTANAS EN EL SIGLO XIX Y LA RECEPCIÓN DE LOS IDEALES BURGUESES</b>	<b>64</b>
<b>2.2 EL MATRIMONIO POR AMOR PARA TODA LA VIDA Y EL ESTEREOTIPO DE LAS SOLTERONAS Y DE LOS SOLTERONES EN LA BOGOTÁ DE FINALES DEL SIGLO XIX</b>	<b>72</b>
<b>2.3 EL MODELO DE MATRIMONIO CATÓLICO POR AMOR PARA TODA LA VIDA Y SU SOLTERONÍA NO LOGRARON UNIVERSALIZARSE EN COLOMBIA</b>	<b>79</b>
<b>2.4 LAS PERSONAS SOLTERAS EN EL SIGLO XXI NO SE IDENTIFICAN CON LA SOLTERONÍA</b>	<b>91</b>
<b><u>3 LA SOLTERÍA TEMPORAL COMO APUESTA SOCIAL: LA PRIMACÍA DE UN PROYECTO DE REALIZACIÓN PERSONAL</u></b>	<b><u>103</u></b>
<b>3.1 LA SOLTERÍA JUVENIL: LIBERTAD Y CAPACIDAD DE COMPROMISO SENTIMENTAL</b>	<b>104</b>
<b>3.2 UNIÓN LIBRE, MATRIMONIO Y ESTATUS SOCIAL</b>	<b>115</b>
<b>3.3 SIN AFÁN DE IRSE DE LA CASA FAMILIAR: EXPLORACIÓN SENTIMENTAL Y ERÓTICA</b>	<b>120</b>
<b>3.4 LA SOLTERÍA COMO ETAPA DE FORMACIÓN, AUTOCONOCIMIENTO Y PREPARACIÓN PARA LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA</b>	<b>128</b>
<b>3.5 SOLTERÍA TEMPORAL: UNA COSA ES PROLONGARLA Y OTRA PERMANECER EN ELLA</b>	<b>138</b>

<b><u>4 LA SOLTERÍA PERMANENTE: EXPERIENCIAS DIFERENCIADAS DE LA INCERTIDUMBRE Y LA ADMISIBILIDAD</u></b>	<b>151</b>
<b>4.1 SOLTERÍA MASCULINA EN TRANSICIÓN: ESPECIALIZACIONES Y EL ÉXITO LABORAL</b>	<b>152</b>
<b>4.2 SOLTERÍA FEMENINA EN TRANSICIÓN: EDUCARSE Y FORMARSE</b>	<b>158</b>
<b>4.3 SOLTERÍA PERMANENTE: YA ESTOY AHÍ</b>	<b>167</b>
<b>4.4 LA SOLTERÍA PERMANENTE SE CONVIERTE EN UN PROYECTO</b>	<b>175</b>
<b>4.5 LA SOLTERÍA PERMANENTE COMO DECISIÓN</b>	<b>187</b>
<b><u>5 SEXUALIDAD, AMOR Y FAMILIA EN LA SOLTERÍA PERMANENTE: AVIDEZ, CARENCIA Y DISPONIBILIDAD</u></b>	<b>197</b>
<b>5.1 LA SOLTERÍA ES SINÓNIMO DE AVIDEZ SEXUAL</b>	<b>197</b>
<b>5.2 AMOR SOLTERO</b>	<b>208</b>
<b>5.3 TENER TIEMPO DE SOBRA</b>	<b>217</b>
<b>5.4 CARACTERÍSTICAS EN TENSIÓN: EVALUACIÓN Y AUTOCRÍTICAS A PARTIR DE LAS TRAYECTORIAS AMOROSAS, SEXUALES Y FAMILIARES</b>	<b>226</b>
<b><u>6 CONCLUSIONES: LA PUGNA POR EL SIGNIFICADO DE LA INDEPENDENCIA Y DE LOS LAZOS SOCIALES</u></b>	<b>236</b>
<b>6.1 LA SOLTERÍA COMO PRIVILEGIO Y COMO DESVENTAJA: LAS CUALIDADES Y EL CARÁCTER LIGADOS AL CRUCE ENTRE GÉNERO, EDAD, ESTADO CIVIL Y CLASE SOCIAL</b>	<b>236</b>
<b>6.2 IDEALES EN TENSIÓN: SIGNIFICADOS DE LA AUTONOMÍA Y LA COMPLETUD EN EL INDIVIDUALISMO ACTUAL</b>	<b>244</b>
<b>6.3 LA SOLTERÍA COMO INDIVIDUALIDAD Y CONSTRUCCIÓN DE VÍNCULOS</b>	<b>249</b>
<b>6.4 REFLEXIONES FINALES</b>	<b>256</b>
<b><u>REFERENCIAS</u></b>	<b>261</b>

## INTRODUCCIÓN

Todavía es más notable el auténtico sentimiento de repulsión que muchas sociedades muestran con respecto al celibato. En términos generales puede decirse que, entre las llamadas tribus primitivas, no existen solteros por la simple razón de que no podrían sobrevivir. Uno de los momentos más conmovedores de mi trabajo de campo entre los bororo fue el encontrarme con un hombre de unos 30 años, sucio, mal alimentado, triste y solitario. Cuando pregunté si el hombre se hallaba gravemente enfermo, la respuesta de los nativos me resultó un shock: el hombre no tenía nada de particular, salvo el hecho de ser soltero. Ciertamente, en una sociedad en la que se comparte sistemáticamente el trabajo entre hombre y mujer, y en la que únicamente el status matrimonial permite al hombre gozar de los frutos del trabajo de la mujer, incluyendo entre ellos el arte de despiojar, el de pintar el cuerpo y el de arrancar las plumas, así como la comida vegetal y la comida cocida (por cuanto la mujer bororo cultiva la tierra y hace las vasijas), un soltero es en realidad sólo medio ser humano. (Levi-Strauss. La familia, 1956)

## I EL PROBLEMA DE LA SOLTERÍA

Desde la primera exploración de campo las cuestiones acerca de quiénes son las y los solteros en Bogotá, qué es ser soltera (o) y dónde están las personas solteras, planteaban una enorme dificultad de delimitación. Sin embargo, a la vez la soltería estaba ahí: en las revistas, en los blogs y en la experiencia de mis amigos y amigas como algo que se es, se posee, se carga, se exhibe, y se anhela. En esta tesis considero a la soltería como una categoría que se usa de variadas formas y en diversos contextos; categoría heterogénea y móvil, cuyo significado varía históricamente, en función del género, la clase social y la edad, así como de los ámbitos de interacción social en que transcurre la vida de una persona: familia, trabajo, amistad, pareja.

En este sentido, el objetivo de esta investigación es analizar las transformaciones de la categoría de soltería en Bogotá a la luz de los cambios sociales, económicos y de la perspectiva subjetiva de hombres y mujeres heterosexuales para comprender los procesos y prácticas que sostienen esa experiencia de soltería.

El punto de partida fue la identificación de las figuras de la solterona y del solterón, puesto que aparecían como un ancestro difícil de cargar y desde ahí indagar por los cambios y nuevas representaciones sobre la soltería femenina y masculina. Mi interés no es encontrar una relación de causa efecto entre estos cambios y la soltería, sino, por un lado, comprender las interpretaciones de los y las solteras en marcos sociales e históricos amplios, que validan sus experiencias y evaluaciones sobre sus trayectorias de vida. Por tal razón, a lo largo del texto voy entretejiendo los relatos de las y los protagonistas con cambios ocurridos en el país



a lo largo de los últimos cincuenta años y con discursos e ideologías que son parte de estos cambios.

Para alcanzar este objetivo se construyeron preguntas para ir guiando la investigación: ¿Cuáles son las restricciones y validaciones que perciben las personas solteras? ¿Desde qué ideales se juzga la soltería? ¿Cuáles son las representaciones dominantes, las definiciones legítimas y la terminología nativa en torno a la soltería? ¿Esta representación ha cambiado? ¿Se lucha contra ella, cómo y quienes lo hacen? ¿Esta etiqueta ha sido sensible a qué cambios estructurales e ideológicos? ¿Qué temores sociales se activan frente a la soltería y en qué momentos? ¿Mediante qué prácticas y en qué contextos se hace la designación? ¿Qué elementos se ponen en juego en esta clasificación? ¿Qué vínculos se legitiman con esta clasificación? ¿Esta clasificación interviene en el modelo de persona dominante?

Llama la atención los pocos trabajos de investigación sobre la soltería en el país. Sobre la figura de la solterona y sobre la soltería durante la primera mitad del siglo XX; un par de estudios, uno sobre las solteras obreras en Antioquia (Serrano, 2010), y unos apartados en el texto ya clásico de la familia en Colombia (Gutiérrez, 2000); investigaciones que fueron muy útiles para la reconstrucción histórica de los primeros capítulos.

Sobre la soltería en el presente, encontré unas tesis de grado y dos de postgrado. Una de maestría en psicología clínica titulada “problemáticas en las relaciones de pareja de mujeres solteras que acuden a consulta psicológica y su correspondencia con el nivel de diferenciación del sí mismo y la dinámica relacional con la familia de origen” (Salamanca, 2013), y otra de la maestría de estudios de género de la que se derivó un artículo titulado *¿los solteros eternos del derecho? Reflexiones alrededor de la afiliación del compañero/a permanente homosexual a la seguridad social en salud* (Céspedes, 2006). Este artículo coincide con que en el estado de la cuestión casi la totalidad de los textos que identifiqué sobre soltería se refieren a la soltería heterosexual, la única excepción fue el texto ya citado de S. Budgeon. Quizás buscando por otras categorías se encuentren más investigaciones sobre la experiencia de soltería por fuera de la heterosexualidad, sin embargo, lo que se evidencia es la estrecha relación entre matrimonio heterosexual y soltería, y tal y como lo dice la autora, mientras no se reconozca el matrimonio o las uniones entre personas del mismo sexo, el derecho mantendrá a las personas con otras identidades sexuales bajo la categoría jurídica de los eternos solteros. A partir de este reconocimiento, será necesario a futuro indagar si la legalización del matrimonio igualitario modifica la experiencia de soltería entre las personas pertenecientes a los sectores LGBTIQ.

Por último, existe un boletín especial que se hizo a propósito del censo general del 2005 titulado “Algunos datos de la población soltera en Bogotá”. En el reportan que “del total de población censada en Bogotá, el 43% es soltera. Del total de hombres el 44,4% y del total de mujeres el 41,7% tienen este estado conyugal. La mayor proporción de solteros se presenta en los grupos de edad joven, hasta los 29 años. En el grupo de 25 a 29 años los solteros representan el 45,1%. La proporción de mujeres solteras es menor que la de hombres hasta el grupo de 30 a 34 años. A partir de los 35 años, la proporción de hombres es menor que la de mujeres”(2007: 1). Es necesario señalar que las cifras incluyen a menores de edad desde los 10 años , lo que explica el 45,1% de población soltera reportada. Tal vez, para la población de mi interés vale más la pena mencionar que de acuerdo con el boletín, en el grupo de 35 a 39 años las personas solteras representan el 19,6% y entre el grupo de 40 a 44 años representan el 16,9%.

Bogotá es una ciudad de más de ocho millones de habitantes, con una compleja historia de migraciones internas producto de la violencia socio-política y de las desigualdades en la oferta de educación superior lo que ha provocado que muchos y muchas jóvenes realicen sus estudios universitarios en la capital. Es una ciudad con una enorme desigualdad económica y educativa entre los sectores más pobres y los más ricos que se manifiesta también en las diferentes formas de segregación urbana y social.

La escasez de estudios específicos en Colombia y particularmente en Bogotá, muestra que se trata de un tema que no es evidente en sí mismo, que no se ha abordado ni como problema social ni como pregunta antropológica, y que es necesario construir. Sin embargo, a pesar de esta realidad huidiza de la soltería, se percibe una cierta desconfianza, ansiedad y repudio frente a la soltería, que es lo que ha motivado inicialmente la elección del tema como proyecto de tesis de doctorado y que justifica la relevancia de esta investigación.

## II LA SOLTERÍA, CATEGORÍA HETEROGÉNEA Y MÓVIL: EL ESTADO DEL ARTE

Para construir la “soltería” como problema de investigación fue necesario realizar una intensa búsqueda bibliográfica. Revisé más de 100 referencias bibliográficas de estudios realizados en diferentes lugares del mundo entre 1990 y 2010, sabiendo que cada contexto es particular y que los significados sobre la soltería son culturales e históricos identifiqué tres asuntos que cruzan las investigaciones.

El primer asunto que saltó a la vista en esta documentación fue la delimitación de la población de estudio que tenían todas las investigaciones: lugar, edad, clase social, género,

nacionalidad entre otras precisiones. La soltería se manifestó entonces como una categoría móvil, pues sus significados varían según la edad, el género, la preferencia sexual, entre otras características. Tuula Gordon (2002) señala que “en contraste con la noción de “mujer casada”, la “mujer soltera” ha sido retratada como una categoría unitaria. Las solteras, sin embargo, son heterogéneas en relación con la clase social, la edad, los grupos a los que pertenecen, si son o no desempleadas, la orientación sexual y el estilo de vida. Esta autora señala que “la representación de las treintañeras (blancas), jóvenes, solteras (clase media) particularmente prevalente en los medios en Estados Unidos e importada a Europa, hace invisibles a las mujeres solteras mayores, a las mujeres solteras de la clase trabajadora, a las madres solteras, a las mujeres de color, a las mujeres con discapacidad y a las lesbianas” (2002: 49).

Dos de estas características son las más recurrentes, la edad y el género, además de la pertenencia a un lugar que es donde generalmente se hace el estudio. Jelin (1989) menciona que el celibato se concibe generalmente, como “ese estado del individuo en el que éste, aunque haya alcanzado cierta edad, aún no se ha casado” (p. 117) y, por ende, los estudios suelen concentrarse o en la soltería como momento que se supone previo al matrimonio, o la soltería como el estado de las personas que después de cierta edad se puede afirmar que nunca se casaron. Por tal razón en algunos estudios se habla de soltería definitiva, en otros de soltería adulta, en otros de personas nunca casadas, de jóvenes solteros, de soltería temporal, de matrimonio tardío entre otras categorías.

No obstante, para algunas investigadoras e investigadores es difícil determinar objetivamente quien es una persona soltera, y si se trata de una soltería definitiva o de un matrimonio tardío o situación transitoria. Por tal razón, algunos estudios recurren a la actitud y la autopercepción de las personas solteras para la definición de la soltería.

Cecilia Villareal (2008) afirma que diferentes estudiosas, tales como Walters, Carter, Papp y Silverstein, y Barragán, han coincidido en que no existe un único tipo de soltería, ya que depende de la actitud asumida por las mujeres con respecto a sí mismas y a su situación de vida. Por eso ella incluyó esta variable en su estudio sobre mujeres solteras de mediana edad en Costa Rica identificando tres actitudes: la soltería como opción de vida, la soltería como respuesta a un estilo de vida asignado y la soltería como la oportunidad permanente de contraer matrimonio (p. 101). El artículo de Tuula Gordon titulado *Single Women* (2002) también aborda la dificultad de delimitar la categoría de soltería. La autora, refiriéndose concretamente a mujeres solteras que viven hoy día en ciudades de Europa occidental y

Estados Unidos, advierte que delimitar la categoría de mujer soltera es difícil, ya que la autopercepción como mujer soltera no es intercambiable con el concepto de nunca casada.

Gordon remite a que este asunto ya había sido tratado por Peter Stein (1975), en su texto *Comprendiendo la soltería en la adultez*. Basándose en la autopercepción sobre la elección y la persistencia de la soltería, el autor propuso cuatro categorías de personas solteras: i) *Personas solteras voluntarias temporales*, aquí están las personas jóvenes que aún no están casadas, las divorciadas que posponen unas segundas nupcias y los adultos que nunca se han casado, pero que no buscan hacerlo; ii) *personas solteras voluntarias estables*, incluye a los que han elegido ser solteros y siempre lo han sido y a los divorciados que no quieren volverse a casar, pero también incluye a las integrantes de órdenes religiosas y a gais y a lesbianas<sup>1</sup>; iii) *Personas solteras involuntarias temporales*, se trata de aquellos individuos solteros y divorciados que buscan activamente casarse; y por último, iv) están las *personas solteras involuntarias estables*, donde se encontrarían las personas (viudas, separadas, nunca casadas) que, aunque les gustaría casarse perciben que su soltería es permanente e inevitable. Según este autor las diferentes percepciones sobre la soltería, si es permanente o temporal o si es una circunstancia o una elección, inciden sobre el sentimiento de satisfacción que los individuos sienten frente a su vida y frente a su soltería, también aclara que a lo largo de la vida los individuos pueden moverse entre estas categorías.

El artículo de Esteve, García y McCaa (2010) sobre la medición de la soltería femenina ilustra la importancia de la autopercepción para el caso de la soltería, incluso en los estudios demográficos. En el estudio, los autores señalan la complejidad de definir qué es la soltería, y cómo medirla; es difícil tener criterios objetivos, como por ejemplo convivir con la pareja, pues cuando las personas son encuestadas o censadas estas se declaran solteras, aunque vivan o hayan vivido en unión libre y no sólo se declaran solteras aquellas personas “nunca unidas”. Como sucede con los censos en Colombia, Bolivia, Perú y Brasil.

La complejidad de esto radica en que, durante varios años, en algunos países, el matrimonio era la única vía reconocida socialmente para convivir con una pareja y, por lo tanto, la soltería era sinónimo de no vivir con una pareja. Esta variación en las prácticas se complejiza porque en estudios como los de García (2011) y Smock y Manning (2004), los cuales evidencian que hoy en día existen personas que viven en pareja, pero se consideran solteras, y así mismo, parejas que viven separadas, pero se consideran casadas. En el artículo de García (2011) sobre mujeres jóvenes solteras y la formación de uniones en España, la

---

<sup>1</sup> Esto evidencia que el modelo de Stein era el matrimonio heterosexual.

autora menciona que el matrimonio como estructurador de las vidas de hombres y mujeres jóvenes en España ha perdido su centralidad y que en su reemplazo vienen aumentando las parejas sin coresidencia, las uniones LAT (Living Alone Together [Viviendo Solos Juntos]) y los noviazgos con cohabitación. Estos tipos de formación de pareja parecen preferirse, ya que no implican optar definitivamente por una vida en pareja (p. 4). Tal vez estas formas de relación alternativa son una estrategia para que las personas no “pierdan” su soltería o su independencia.

En su artículo *Viviendo juntos sin casarse*, las investigadoras Smock y Manning (2004) consideran la cohabitación como un fenómeno importante a estudiar respecto de la soltería y las relaciones de pareja. Ellas muestran que existen diferentes posturas sobre lo que significa la cohabitación en Estados Unidos, señalando que para algunos investigadores la cohabitación representa una etapa en el proceso matrimonial, para otros es una forma sustituta de matrimonio, en otros estudios se presenta más como una alternativa a la individualidad que al matrimonio, y en últimas, para ellas la cohabitación puede representar todas estas posibilidades para parejas diferentes y en diferentes momentos del curso de la vida. Quiere decir, que una persona puede en un momento considerarse casada, en otra soltera y en ambos momentos estar conviviendo con una pareja. Esta perspectiva tiene varias coincidencias con el artículo de Bawin-Legros (2004) titulado *Intimacy and the New Sentimental Order*, en el que señala que en Bélgica las personas usan diferentes criterios para definir qué es una pareja: vivir juntos, tener relaciones sexuales, el matrimonio.

En conclusión, la soltería no es una categoría estática ni fácilmente delimitable y su significado supera ampliamente su definición como categoría jurídica. Está atravesada por la autopercepción de las personas y por los significados sociales atribuidos a ella, pero contruidos sobre otras categorías, en especial las de género y edad.

Uno de los estudios pionero en estudiar la soltería como dinámica social particular es *El Baile de los solteros* de Pierre Bourdieu (2004). Este autor concluyó que el proceso de urbanización y los cambios en el mundo del trabajo transformaron aquello que se consideraba riqueza y en consecuencia redireccionaron las dinámicas matrimoniales. En tres textos escritos en un lapso de casi 30 años, el autor constató que había una diferencia entre las estadísticas, que mostraban que el número de solteros no había aumentado, y la percepción de los habitantes de la región francesa del Bearn que afirmaban que los hombres se estaban quedando solteros. De lo que se trató, afirmó el autor, es que los varones primogénitos, quienes eran los pretendientes preferidos y privilegiados, pasaron a ser los inelegibles, mientras que los segundones, varones que migraron a las ciudades, se

convirtieron en los candidatos predilectos para las mujeres y las familias de ellas, aunque no tenían tierras, contaban con salarios y un estilo de vida urbano.

En las décadas siguientes el número de investigaciones ha ido aumentando progresivamente, tanto en sociología como en antropología. Dos son los objetivos de investigación identificados: por un lado, dar cuenta de los cambios estructurales que pueden explicar la soltería y, por otro, describir la vida de las personas solteras. Los estudios reseñados dan cuenta del análisis de los temores y tensiones producto del aumento de las personas solteras o de la edad para contraer matrimonio en sociedades particulares, la comprensión de la soltería como manifestación de cambios sociales profundos, y las descripciones acerca de las personas solteras permanentes, sus estilos de vida y sus inquietudes existenciales.

A partir de la bibliografía revisada puedo afirmar que la discusión se ha dirigido mayoritariamente hacia los cambios en las trayectorias educativas y profesionales de las mujeres en zonas urbanas, y su relación con la soltería. Sin embargo, cuando el foco se pone en la soltería temporal y la postergación de la primera unión, aumenta el número de investigaciones sobre soltería masculina.

García, Salvador & Guzmán (2012), en un artículo acerca de las actitudes de los adolescentes hacia la transformación de la vida en pareja realizado en México, muestran que existe una mayor apertura hacia el matrimonio tardío relacionada con que los y las adolescentes desean casarse después de que hayan estudiado y tenido éxito profesional (p. 23). Por su parte, en el artículo sobre hombres solteros en México de Gómez y Salguero (2014), las autoras señalan que, en las entrevistas realizadas, los solteros mencionaron que no se casan porque no quieren ni pueden ser la única persona que provea los recursos económicos del hogar con relación a una concepción tradicional del matrimonio en la que a los hombres se les asigna y cumplen este rol.

El estudio de Mayoral y Samper (2006) indica que en España la soltería femenina está estrechamente relacionada con la importancia que desde 1950 adquirió la educación formal. Afirman que las mujeres jóvenes con niveles de escolarización altos tienden a posponer el matrimonio y la maternidad hasta los treinta años o más. Hallazgos similares aparecen en el artículo sobre las mujeres trabajadoras en Hong Kong de Catherine y Evelyn (2004), quienes evidencian el aumento del nivel educativo y del estatus económico ha causado que las mujeres en Hong Kong estén posponiendo el matrimonio a un ritmo mayor que los hombres. Al parecer el matrimonio es un obstáculo para la carrera profesional de las mujeres japonesas.

Antoine, Djire y Laplante (1995), estudian el celibato en Dakar (Senegal), mostrando que las personas nacidas entre 1955 y 1964 han tenido que aplazar unos años su matrimonio porque los estudios se terminan más tarde, el desempleo y la incertidumbre se han vuelto más reales y los salarios se han reducido. Esto también está presente en el artículo de Osella y Osella (2000) sobre hombres solteros en Kerala, sur de la India, en donde los investigadores destacan la importancia que la estabilidad económica tiene para lograr el reconocimiento de la masculinidad adulta y para convertirse en candidatos aceptables para casarse, así como las dificultades económicas actuales en la India para lograr tal estabilidad. Por tal razón los jóvenes se trasladan al golfo Pérsico a trabajar ya que, esta migración ofrece alguna posibilidad de acumulación rápida e importante de riqueza de acuerdo a los estándares de Kerala.

Algo similar reflejan los estudios de Masquelier (2005) sobre los jóvenes Mawri en Níger, quienes actualmente están teniendo problemas económicos para conseguir la dote y asumir los gastos de la boda. La autora afirma que es evidente la tensión intergeneracional pues para los hombres mayores los altos costos de la dote y los gastos de la boda no son el problema, sino que los jóvenes son perezosos e indisciplinados y no les gusta trabajar duro, lo que constituye una vergüenza para el grupo de hombres en general (p. 72).

En síntesis, en los estudios descritos la postergación del matrimonio tiene que ver con los cambios en las prioridades sociales y culturales que se imponen a las trayectorias de vida y en el orden de experimentación de las personas jóvenes, así como con las dificultades, a veces insalvables, que los individuos y las familias afrontan para cumplir con los requisitos que se les exige para poder casarse. Estas variaciones están relacionadas con la educación formal, con la estabilidad/inestabilidad económica, y con el desarrollo profesional y los obstáculos laborales. Esto muestra que en muchas sociedades el matrimonio es un valor fundamental y una exigencia en la trayectoria de vida de las personas cuya negociación es conflictiva (Mair, 1974; Strathern, 1984, Bourdieu, 2004) porque, según la bibliografía consultada, en algunas comunidades los requisitos económicos y de formación para convertirse en un buen candidato o candidata están siendo difíciles de alcanzar, y en otras, nuevos deseos como la carrera profesional, el éxito económico y la trayectoria educativa empiezan a competir con el ideal del matrimonio.

Aunque esto parezca relativamente reciente, Lucy Mair en 1971 publicó su texto *Matrimonio* en el que advertía profundos cambios en el mundo entero acerca de las alianzas matrimoniales producto del ingreso de dinero que empezaban a tener las personas, haciendo que estas ya no dependieran tanto de los lazos familiares. Esto, dice la autora, va acompañado

de nuevas ideas sobre la familia, sobre la autonomía y sobre las mujeres. Estas ideas y condiciones económicas inciden en que cada vez más mujeres, que Mair llama “*femmes libres*” (p. 247), dependan más de un ingreso que de un marido, y por eso pueden mantenerse libres del matrimonio. De alguna manera, esto es reforzado y ampliado por Giddens (2004) cuando afirma que, en las sociedades modernas, es decir, para gran parte de los grupos de población, las nuevas formas económicas, pero sobre todo los ideales del amor romántico separaron los lazos matrimoniales de las relaciones de parentesco.

Por otro lado, gran parte de la literatura sobre soltería definitiva ha sido comprendida desde su construcción social, su estigmatización y marginalización con relación a las normas de las relaciones heterosexuales, tal y como ya lo registraba Levi Strauss en 1956, y que usé como epílogo a esta investigación, al ver a un hombre Bororo soltero, sucio, triste, mal alimentado y solitario, un “medio ser humano”. Con los años, ya no serán apenas unas menciones sino estudios completos sobre la marginalización de las personas solteras en diferentes latitudes y las ambigüedades que enfrentan. El estudio de Budgeon en Reino Unido, en su artículo “Couple culture and the production of singleness” (2008) [Cultura de la pareja y la producción de la soltería], señala que la marginalización de las personas solteras se debe a las fuertes regulaciones heteronormativas que privilegian las relaciones de pareja. Sin embargo, dice la autora, las narrativas que construyeron los participantes en el transcurso de las entrevistas, les permitió crear una identidad positiva sobre su soltería y su vida íntima en la cual, el ideal de pareja hetero-normativa es una aspiración cuestionable. Las personas entrevistadas están reelaborando la forma como conciben su vida íntima por fuera del sentido matrimonial del término.

El estudio de Rosenberger (2007) refiriéndose a mujeres solteras trabajadoras de clase alta en Tokio expone que a las mujeres solteras les exigen priorizar el trabajo, ser competitivas y desarrollar las actitudes necesarias acorde con sus funciones, tales como la firmeza y la disciplina. Simultáneamente, los jefes de estas mujeres manifiestan su preocupación respecto a que no deberían trabajar tanto como los hombres. Destaca que, aunque trabajar duro es una exigencia, también es fuente de orgullo y respeto hacia las mujeres solteras en Tokio. En los relatos de vida de tres mujeres israelí-palestinas con diferentes niveles económicos y educativos, Saar (2004) encuentra que la percepción de ellas mismas, así como el respeto de los otros, cambia radicalmente si las mujeres solteras tienen un empleo, un negocio o son dueñas de sus casas.

En una línea similar, Catherine y Evelyn (2004) se preguntan sobre las negociaciones entre el trabajo y el espacio personal de mujeres solteras trabajadoras, la mayoría



profesionales, en Hong Kong. Afirman que se cree que las solteras tienen una vida privada menos complicada o incluso que no tienen vida privada y que tienen menos dificultades para manejar la interfaz público-privado, porque siempre priorizaran su trabajo. Por otro lado, las mujeres solteras que trabajan en Hong Kong dijeron estar muy a gusto con su independencia y su autodeterminación en la esfera pública, pero prefieren ser menos dominantes en la esfera privada y así, tener posibilidades de ser protegidas por una pareja.

Esta creencia acerca de que las personas solteras no tienen vidas privadas parece estar presente en varios estudios y por eso, en varios artículos se hace énfasis en que soltería no es sinónimo de soledad, ni tampoco de ausencia de responsabilidades familiares, ni de marginación, ni de falta de actividades extralaborales. Por ejemplo, Rosenberger (2007) menciona una serie de estrategias que usan las mujeres para tener vidas y actividades satisfactorias, tales como pertenecer a grupos no convencionales como la religión Reiki y a colectivos teatrales. Según Gordon (2002), las mujeres solteras afroamericanas pertenecen a redes de mujeres afroamericanas, y Villareal (2008) que las solteras en Costa Rica que entrevistó pertenecen a grupos conformados en las iglesias a las que asisten y se ocupan de sus padres y sobrinos (as). En el artículo sobre solteros en Polonia, Such-Pyrgiel (2014) concluye que los solteros tienen vidas más activas socialmente que las personas casadas, pero sin negar que les gusta pasar mucho tiempo en sus apartamentos.

Tuula Gordon (2002), estudia la soltería femenina en Londres, Helsinki y San Francisco, y describe el nuevo estereotipo “más glamoroso” de la soltera urbana que produce tensiones y marginaciones específicas; dice, por ejemplo, que las solteras se distancian por temor al control de los esposos de otras mujeres, pero también que sus familiares las rechazan, porque creen no estar a la altura de las vidas apasionantes de sus parientes solteras, contraria a las de ellos, personas casadas con vidas aburridas y rutinarias. El estudio de Lahad (2013) denuncia el estereotipo de la soltera “demasiado exigente”. En palabras de la autora, no se pregunta sólo por el proceso de etiquetado de estas mujeres solteras, sino que examina los supuestos sobre la selectividad, la soltería y la subjetividad femenina. Para Lahad esta imagen es un mecanismo de objetivación y de normalización de una “excesiva subjetividad femenina”, y muestra las demandas sociales contradictorias que le piden a las mujeres ser selectivas, pero solo durante un tiempo, y después de cierta edad dejar de serlo.

El núcleo de otro grupo de artículos es dar cuenta de otros estereotipos y creencias que se convierte en exclusión: que las personas solteras no tienen vida sexual o que no son vidas sexuales trascendentes. En el artículo de Saar (2004) sobre mujeres solteras israelíes-palestinas se describen las estrategias de las mujeres para tener una vida sexual en contextos

profundamente religiosos que pretenden un mayor control sobre la sexualidad femenina. En el estudio la autora describe cómo las mujeres solteras israelí-palestinas se estigmatizan como niñas a consecuencia de la convicción local de que a menos que las mujeres se casen, no pueden madurar de una forma socialmente aceptada. Pese a esta restricción, las solteras logran ser y sentirse sexualmente maduras sin perder el prestigio moral. La autora concluye: primero, que la sexualidad de las mujeres solteras no sólo permite comprender la producción y reproducción de la sexualidad normativa femenina, sino también amplía la norma y la hace más incluyente. Y, segundo, que estos ajustes corresponden a preocupaciones más grandes sobre la adopción o no de valores de la modernidad y con evitar aislarse totalmente de ellos (Strathern, 1984).

Sobre sexualidad de hombres solteros, el estudio de Shuzhuo y otros (2010) muestra que los hombres solteros más pobres en la zona rural de Anhui- China sufren una doble exclusión, ya que se trata de una sociedad que no ofrece alternativas al matrimonio y tiene muchos prejuicios frente a la sexualidad no marital. Mientras que Appleby (2013), describe el caso de los hombres solteros mayores australianos profesores de inglés en Japón, quienes luchan contra el estereotipo de hombres inmaduros que no lograron un desarrollo profesional interesante y que solo quieren relaciones sexuales sin compromiso, tildadas de superficiales, egoísta, posibles abusadores o tristes. El artículo de Londoño (2015) *El poder de los hombres: prensa, masculinidad y consumo*, destaca el estereotipo del hombre soltero que aparece en la publicidad como el de un hombre que prefiere ser soltero y vivir solo, y que gracias a esto tiene más dinero para comprar y gastar en lo que se le antoje. Este estereotipo contrasta con el del hombre casado que no puede darse gustos por sus responsabilidades familiares. Según el autor, estas representaciones publicitarias tienden a asociar a los hombres solteros como egoístas y materialistas.

A partir de los estudios revisados se puede concluir que los significados y estereotipos de la soltería están estrechamente relacionados con el marco del matrimonio como “normalidad”, así como las fuentes de respeto hacia las personas solteras, que varían de acuerdo con el tiempo que dedican a sus trabajos, a su situación económica, y a las redes y relaciones de amistad que construyen. Desde este marco, los y las autoras se preocupan por mostrar que la soltería es una opción válida y otro patrón de vida adulta que aún debe seguir siendo estudiada.

No es plausible decir que aquello que se denomina soltería en Kerala-India, las experiencias de aquellos señalados como solteros que van al golfo pérsico a hacer riquezas para volver a su pueblo y casarse (Osella y Osella, 2000), es la misma experiencia que la que

viven los varones jóvenes Mawri en Níger que entran en conflicto con las mujeres y los hombres mayores porque no pueden responder a las nuevas exigencias que el islam introdujo para ser considerados adultos (Masquelier, 2005). Tampoco que la soltera inglesa glamorosa de Tuula Gordon (2002), es la misma soltera costarricense de mediana edad de Cecilia Villareal (2008). Aunque los y las autoras recurren a la misma palabra, soltería, o *singleness* en inglés, no es posible comparar sin más los diferentes trabajos sobre soltería que reseñé. El entendimiento de las tensiones solo es posible dentro de contextos concretos de producción simbólica y material. Sin embargo, la revisión de la literatura localizada aporta varias pistas metodológicas que permiten integrar diferentes niveles explicativos para el fenómeno de la soltería como estoy planteándolo aquí.

En síntesis, a partir de los textos revisados se puede apreciar una perspectiva que la ve como una anomalía y que es posible unirla a la perspectiva a propósito del soltero bororo de Levi Strauss; otra que la relaciona con grandes cambios estructurales, que podemos asociar al estudio pionero de Bourdieu; y una última que la enmarca como un fenómeno que en sí mismos debe ser descrito cuyo texto fundante podemos ubicarlo en Stein. Adicionalmente, no partir únicamente de una definición de soltería institucionalizada que nos acerca irremediamente al riesgo de caer en una simplificación del fenómeno, en las investigaciones se observa el esfuerzo por demarcar exactamente aquello que se va a estudiar a través de categorías tales como, personas nunca casadas, matrimonio tardío, edad de la primera unión, soltería temporal, soltería prolongada, personas solteras voluntarias estables etc. Una segunda alerta es no creer que se trata de una categoría unitaria que se experimenta de la misma manera pues está atravesada por la edad, el género, la raza, si se tiene empleo, las condiciones de salud entre otras. En este sentido, se entiende que en los estudios se señale con exactitud que se trata de investigaciones sobre soltería definitiva en mujeres de mediana edad, soltería masculina prolongada en hombres pobres de zonas rurales, soltería adulta de mujeres católicas, por poner algunos ejemplos.

### III ASPECTOS METODOLÓGICOS: QUIÉNES, CUÁNDO Y CÓMO.

En el diseño metodológico incorporé varios elementos. En primer lugar, la búsqueda del equilibrio entre la descripción de la experiencia de soltería y los procesos sociales que la soportan. Para esto recolecté información directa de personas solteras, consulté fuentes literarias e históricas, así como estudios estadísticos. En segundo lugar, utilicé tres estrategias analíticas: 1. Comparación y trazabilidad histórica a través de la cual dar cuenta

de la construcción histórica de las figuras del solterona y del solterón y sus transformaciones a la luz de estudios sobre condiciones en el mundo laboral, sobre las demandas feministas, el proceso de constitución del sistema educativo, las transformaciones en la legislación sobre estado civil, y cambios en el costo de vida. 2. Lectura intergeneracional y entre los géneros para rastrear y comparar la Experimentación de la soltería temporal en el pasado y en el presente, para identificar la experimentación diferenciada de la soltería permanente de hombres y mujeres y apoyada en estudios sobre las condiciones estructurales e ideológicas para validar percepciones de las y los entrevistados. y 3. Corte al presente cconfrontando la experiencia de soltería temporal y de soltería permanente, e identificando los usos del vocabulario institucional, académico y nativo a los que se recurre para hablar de soltería.

En segundo lugar, contar con diferentes fuentes de información, revisé diferentes estudios estadísticos provenientes tanto de artículos académicos como de artículos de prensa, los cuáles me permitieron, por un lado, contextualizar y reconocer circunstancias concretas en las que se desarrollaron las vidas de las personas entrevistadas, y por otro, ahondar en algunos aspectos que rodean el fenómeno tales como la legislación en torno al estado civil, cambios en las políticas laborales, las demandas feministas, popularización de la educación superior, desarrollo de la educación pública, y densificación urbana y costo de vida en las ciudades. Todos ellos, procesos sociales que en la bibliografía revisada se señalaron como estrechamente relacionados con la soltería o con la postergación del matrimonio.

Incorporé también investigaciones históricas puesto que, tanto en la descripción de la experiencia de soltería como en su relación con los procesos estructurales, que identifiqué en el estado de la cuestión, es observable un énfasis en la noción de cambio. En las descripciones de las y los investigadores hay un esfuerzo por demostrar que los estereotipos sobre la soltería, a pesar de las exclusiones, se han transformado, así como las estrategias de las personas solteras por tener vidas satisfactorias; también abordan los cambios estructurales que explican la postergación de la edad para contraer la primera unión. De esta manera, hay una perspectiva histórica, no explícita, en las investigaciones, pero que yo incorporé y que se aprecia sobre todo en los dos primeros capítulos, con los leo las narraciones del presente. No obstante la perspectiva histórica no se pierde ahí sino que a lo largo de los otros capítulos se hace evidente el carácter histórico de la categoría de soltería en las trayectorias familiares de las personas entrevistadas y en los cambios que ellas y ellos perciben como determinantes en sus carreras laborales, educativas y sentimentales. El significado de la soltería tiene una impronta histórica ineludible, y está vinculada a

problemas inherentes al cambio, y a la reproducción de ideales culturales y de relaciones socio-económicas particulares.

En Colombia, los discursos sobre la civilización, la modernidad, la semántica del progreso, el capitalismo industrial, la urbanización, el matrimonio burgués, la profesionalización, la flexibilidad laboral y la narrativa sobre la realización personal y la industria de la felicidad han incidido en la forma como se ha concebido y se ha experimentado la soltería heterosexual. Por tal razón estos discursos los rastree en las fuentes ya citadas, estudios estadísticos, históricos y sociológicos. Estas ideologías se materializaron en el marco de procesos históricos y características sociales y económicas singulares.

El tercer elemento metodológico fueron los criterios de selección de las personas con las que me reuní. Las premisas de selección fueron que la reproducción de privilegios de clase opera a través de que las clases privilegiadas presentan sus pautas morales que aquellas que deben ser imitadas por las clases subalternas. Para los grupos sociales es fundamental controlar que la soltería prolongada no sea una pauta de comportamiento habitual porque puede significar dependencia, movilidad descendente y pérdida de estatus. Se entiende que las clases privilegiadas les preocupe mucho más que a otras clases. Por último, las actitudes negativas sobre ciertos comportamientos e identidades son factores que definen qué tipo de soltería puede ser aceptada. Esto quiere decir que existe una representación de la soltería deseable y tolerable hegemónica que es: persona soltera heterosexual, de NSE alto, con un nivel educativo alto, joven, cisgénero, sin hijos, “blancos (as)” y que nunca se haya casado. Esto último, tanto en su autopercepción, como en contar con la validación legal y moral sobre su soltería.

A pesar de que la mayoría de los estudios versan sobre soltería femenina, al acercarme a las investigaciones sobre la emergencia del matrimonio por amor para toda la vida, fundamentado en la complementariedad entre los géneros, decidí entrevistar a hombres y mujeres por igual. En el caso de la soltería poder comparar la experiencia de hombres y de mujeres solteras me permitió comprender las formas institucionalizadas de las desigualdades de género y la asociación con la distribución de las virtudes producto del par esposo-esposa, pero también identificar las similitudes que por la soltería comparten los y las entrevistadas, en especial aquellas relacionadas con la vulnerabilidad y el miedo al futuro y las dificultades para imaginar unidades domésticas alternativas. Siguiendo a Collier y Yanagisako (1994), la soltería es otro de los procesos sociales y culturales que hacen que hombres y mujeres

*aparezcan* como diferentes el uno del otro, es decir, como parte del sistema social de desigualdades y que también es manifestación de la categoría social de persona.

En la exploración de campo y en la revisión bibliográfica ya había visto que existen dos solterías que se establecen en virtud de la edad, las cuales en la bibliografía se denomina soltería temporal y soltería permanente, y que quien investiga se concentra en una de ellas. No obstante, comparar la soltería en la adultez con la soltería temporal que están viviendo personas más jóvenes completó la perspectiva histórica que incluí en la investigación. Por eso, para profundizar en el vínculo entre edad y soltería, y constatar si se establece una separación entre soltería temporal y soltería permanente y la naturaleza de estos límites, entrevisté a personas jóvenes, entre los 24 y los 30 años, y personas adultas entre los 31 y los 55 años. Acercarme a las experiencias de soltería de estos dos grupos de edad, me permitió indagar sobre las formas de censura que recae sobre la soltería temporal, indagar acerca de las representaciones de la soltería permanente y ver qué temores, ansiedades, restricciones suscita en el siglo XXI. En síntesis, delinear la relación entre lo que se espera de las personas debido a su edad y el lugar de la soltería en esas expectativas.

Las edades las establecí teniendo en cuenta la edad promedio en que las personas en Colombia entran a su primera unión: según el último censo, en Colombia la edad promedio de matrimonio es de 20 años en mujeres y 22 años en los hombres. En la Encuesta Nacional de demografía y salud –ENDS- (2005) se afirma que en Bogotá la edad para la primera unión es mayor y que en la ciudad se encuentra un porcentaje mayor de personas solteras que en otras ciudades, en su mayoría debido a que están haciendo una carrera universitaria, por esto, elevé la edad entre 24 a 25 años que es la edad promedio en que un joven se gradúa de su pregrado. La edad de 55 años la establecí teniendo en cuenta los cambios producidos por la vinculación femenina en la educación superior y en el mercado laboral que producen diferencias importantes entre la soltería permanente entre las personas nacidas antes de 1950 y las que nacieron en las cuatro décadas siguientes.

Elegí una capa social sobre la que exista mayores expectativas para encarnar la soltería deseable y tolerable: profesionales con altos niveles de formación, capital cultural superior al del promedio, gustos que los diferencian como clase, viven en barrios de “estrato” alto, que ocupan puestos de trabajo acordes con su perfil profesional, son propietarias o

rentistas, no mantienen a sus padres o madres, y sus familias de tradición católica y vivieran en barrios clasificados como de estratos altos 4, 5, e incluso 6<sup>2</sup>.

Teniendo en cuenta esta variabilidad (Wright, 2018), la categoría de capa social fue más útil para mí que la de clase social, pues permitió tener en cuenta la heterogeneidad de las posiciones ocupadas en razón de los recursos económicos y el difuso lugar de los roles desempeñados en el sistema de producción (Maceira, 2018 y Borja). En este sentido, se pueden describir como intelectuales y profesionales con altos niveles de formación, que cuentan con un importante capital cultural (Bourdieu, 2012) superior al del promedio de la ciudad, por sus trayectorias educativas y la de sus familias representan valores y gustos que los diferencian de las clases populares, viven en determinados barrios, van a sitios particulares y ocupan puestos de trabajo acordes con un perfil profesional, preferiblemente desarrollan una labor intelectual especializada.

Para esta capa social es importante ser propietarios (as) de las viviendas. Como iremos viendo esto es diferente en cada caso, sin embargo, casi todas las personas entrevistadas tienen algún tipo de propiedad inmobiliaria, aunque no vivan en ella, es decir, o son propietarios o son rentistas. La movilidad o puesto que ocupan económicamente hablando no sólo proviene de su propio esfuerzo y trayectoria laboral, sino que está inmersa en procesos de largo plazo relacionados con los ingresos y estrategias de acumulación de sus antecesores familiares. Esto, por un lado, ha representado para ellos, por ejemplo, heredar propiedades o no tener gastos cuando empezaron sus caminos laborales y no tener que mantener a sus padres y de esta manera acceder a préstamos para vivienda. Esto pone de manifiesto la interdependencia entre los miembros del grupo familiar. No obstante, hay una heterogeneidad interna en las familias de los y las entrevistadas, pues el patrimonio, los gastos, los ingresos y las rentas no son iguales para todos los miembros, léase padre, madre, hermanos y hermanas. Por otro lado, aunque la tradición familiar es católica, no todos los miembros mantienen esta tradición, aunque sí muchos de los valores asociados con esta religión.

La última consideración fue que se consideraran personas solteras. Esto no fue sencillo por las ambigüedades respecto a la categoría de soltería que encontré entre las personas y que coinciden con las dificultades reportadas por las y los autores en las

---

<sup>2</sup> La Ley 142 de 1991 reglamentó los servicios públicos domiciliarios, y dividió a las ciudades en estratos del 1 al 6 para establecer que los estratos 1, 2 y 3 deben recibir subsidios de los servicios públicos (agua, luz y gas). Se trató de una ley para combatir la desigualdad y la pobreza pero que con el tiempo aumentó la segregación socioespacial en Bogotá (Uribe-Mallarino, 2008).

investigaciones mencionadas en el estado del arte. Mi círculo de amigos y amigas solían pedirme aclaración de si lo que me interesa eran las personas solteras-solteras, los solteros en general o las solteronas o solterones mayores de 60 años. Frente al multívoco término soltería, el primer criterio de selección fue que las personas se auto reconocieran como solteras. Sin embargo, también usé el criterio legal, además de considerarse solteras debían ser solteras en el sentido de nunca haberse casado ni por lo civil ni por la iglesia, y tampoco haber tenido hijos.

Es importante reconocer que esta forma de delimitación del trabajo de campo no hubiera sido posible desde una perspectiva diferente a la de la antropología: una inserción en campo en el que se van ajustando las categorías teóricas de frente a las categorías y experiencias nativas. El campo y la teoría, como se ve a lo largo de todo el texto los usé como un contrapunteo para, por un lado, describir empíricamente aquello que englobamos dentro de la categoría “soltería” y a su vez interpretarla. El género, la edad, la clase, el estado civil son formas de recortar la realidad, pero ya en sí mismas una forma de entenderla. Las categorías nativas, mi conocimiento como nativa y los diálogos con diferentes textos alimentaron y delinearon el campo, así como los análisis, en un bucle que fue creciendo hasta revelarme tanto el problema como la tesis.

A partir de los antecedentes y de la delimitación metodológica, definí la soltería como una categoría relacional que se construye a través de la imposición y superposición de restricciones, normas, representaciones y validaciones más cotidianas, pero diferenciadas en función del contraste entre hombres y mujeres, entre jóvenes y adultos, entre clases sociales y, por supuesto, en contraposición al matrimonio. Se revela en los deseos y angustias individuales, así como en las relaciones personales, en las formas de control sutiles escondidas en las emociones, valores, cualidades y capacidades esperadas, que como han expuesto diferentes autores (Bobino, 2000; Saltzman, 1999 Lahad 2012) hacen parte del contexto regulador que propicia e inhibe las posibilidades de ejercicio de los poderes y de los procesos de jerarquización social.

El cuarto elemento metodológico fue las técnicas utilizadas. En la mayor parte de las investigaciones la entrevista es la técnica central de recolección de la información: Appleby (2013) entrevistó a hombres solteros australianos en Japón, Belloti (2008) entrevistó personas solteras en Milán, Catherine y Evelyn (2004) entrevistaron mujeres en Hong Kong. Esto se debe a que las personas solteras no son un grupo homogéneo que comportan un espacio específico y diferenciado de otros grupos, es decir, no son un grupo en los términos sociológicos tradicionales. A través de las entrevistas, los y las investigadoras indagan acerca



de los hábitos, los comportamientos y las expectativas diarias de las personas solteras. En mi caso las técnicas utilizadas también fueron la entrevista y conversaciones informales combinadas con algunas observaciones participantes en las que acompañe a los y las entrevistadas a algunos eventos.

Claudia Fonseca (1980) realizó una investigación sobre tres mujeres solteras en París, que surgió de su convivencia con estas mujeres mayores cuando estaba estudiando en Francia. A partir de este texto me pregunté cuál era mi convivencia con la soltería para aprovechar esta relación y mi respuesta fue la larga amistad con Alexander, Genoveva y con Luciana y Pedro que se convirtió en el lugar del trabajo de campo. Un trabajo de campo fundamentado en la amistad tiene una característica especial, quien informa y quien investiga hacen parte del proceso de interpretación desde el presente de las experiencias compartidas en el pasado. De tal forma que los significados que se producen, no solo lo hacen en la interacción de la entrevista, sino que ya se han producido en el pasado y durante la entrevista se actualizan. Se entiende entonces que no es solo interacción en un espacio físico, sino un lugar desde el punto de vista existencial (Yory, 2006); por el paso del tiempo, una relación de amistad se convierte en un habitar en el sentido de que se ha producido un sentimiento de pertenencia y de una apropiación colectiva de sentidos, a esto Carlos Yory lo llama la “dimensión espaciante” en la que somos seres humanos junto con la dimensión espacial. La dimensión espaciante permite decir que la amistad es un lugar. En esta investigación ese lugar se extendió hacia la comprensión del espacio en el que se realizó el trabajo de campo.

También realicé entrevistas a personas solteras amigos y amigas de mis sobrinas y de mis hijos, o de los y las protagonistas, lo que hizo que siempre persistiera una relación de familiaridad y cercanía con todas las personas entrevistadas. Así el trabajo de campo lo hice en mi red de conocidos y de personas pertenecientes a la red de mis conocidos y, por lo tanto, tengo en común intereses profesionales y existenciales y representan un círculo social y económico al que pertenezco. En antropología esto no es inusual, aunque plantea retos específicos frente al binomio familiaridad-extrañamiento. Tal vez en principio me adhiero a las palabras del investigador brasileiro Gilberto Velho en su trabajo *Nobres e Anjos* (1998):

Conozco a varias de las personas desde hace muchos años. Soy amigo de algunos y, sin duda, representan parte considerable de mi círculo de relaciones. Por lo tanto, hasta cierto punto, formo parte del universo investigado, teniendo vivencias y experiencias muy cercanas. Mi presencia no causa ninguna extrañeza, ni provoca mayores enredos. En términos de estilo de vida, mi familia de origen, mis hábitos, mi *status* de “intelectual con libro publicado” y, muy importante, mis intereses y actividades en sociología del arte justificaban sobradamente mi participación. No quiero vaciar fríamente el lado afectivo existente al enumerar esos datos. Se trata de mostrar que, al lado de la amistad y el afecto, sin contradecirlos, sino

reforzándolos y posibilitando su florecimiento, yo presentaba características sociales que me permitía la aceptación, en principio, del grupo como un todo (Velho, 1998: 183-184)

Inspirada por Fonseca y ayudada por lo que Velho llama *una aceptación ya ganada*, mi trabajo de campo fue fluido y gratificante. Pese a esto, no todo fue tan fácil, justamente por ser amigos(as) míos(as) o amigos de mis amigos, muchas veces me cancelaron los encuentros o los posponían indefinidamente, las conversaciones se dilataban hablando de asuntos que tenían que ver con nuestra amistad y al final la entrevista formal tenía que acordarse o no se hacía. En este sentido puedo afirmar que nos costó este cambio de roles. A esto se debe sumar que a mí me preocupaba molestar, llamarlos en exceso o importunarlos con mis preguntas.

Tanto los familiares como las y los amigos de mis familiares y mis amigos(as) estuvieron dispuestos a ayudar, a veces, demasiado preocupados por ayudar. Esto me exigió ir reflexionando acerca de las diferentes concepciones que tenían de mi trabajo, de las expectativas sobre el mismo y de la forma como compartían y se preocupaban de si lo que me habían dicho en las entrevistas me había servido. Muchas veces se preguntaban si sí me lograban transmitir adecuadamente sus experiencias personales y yo intentaba contarles cómo las iba articulando a mi análisis y darnos cuenta de que el entendimiento mutuo no era transparente, sino que por el contrario interpretábamos y dábamos cuenta de las diferencias de conocimiento sobre el tema de “la soltería” (Guber, 2011).

Poco a poco fuimos acogiendo mi rol de investigadora y el de ellas y ellos de informantes, a la vez que algunos otros nuevos roles fueron emergiendo: por ejemplo, muchos se convirtieron en proveedores de artículos, otros de posibles personas a entrevistar, otros empezaron a buscar referencias históricas; en todo caso, los roles con las que me relacionaban eran socialmente bienvenidos lo que hizo que en los encuentros me sintiera acogida (Guber, 2011). Siempre encontramos motivos para conversar, y yo empecé a sentir profunda admiración por sus relatos, era inevitable empezar a verlos de otra manera y por supuesto ellos a mí. Cada encuentro se convirtió en una cita, tomábamos vino o cerveza, o hacíamos onces<sup>3</sup>.

Los resultados acá presentados son el trabajo de campo de tres años, entre 2016 y 2019) durante los cuales me reuní con 20 personas, diez de ellas con mayor asiduidad, 8 personas entre los 32 y los 55 años (3 hombres y 5 mujeres) y 14 personas entre los 25 y los

---

<sup>3</sup> Es una costumbre especialmente bogotana que consiste en comer algo liviano después de la jornada laboral, es decir más o menos entre las cinco y las seis de la tarde. Lo tradicional es tomar chocolate, pan, tamal y queso.

30 años (6 mujeres y 7 hombre). Todas ellas aparecen acá con los seudónimos que eligieron. Con Alexander, Genoveva y Luciana, tuve muchísimos encuentros, formales e informales, algunos planeados en función de mi tesis y otros, la mayoría de ellos, porque así funciona la amistad. Salíamos de paseo, recordábamos momentos y estrechábamos los lazos. En ocasiones les ponía un WhatsApp o incluso nos contactábamos por Skype para hacerles alguna pregunta para poder continuar con la escritura de alguno de los capítulos. Con el tiempo, empezaron a preocuparse que sólo usáramos mi celular para grabar, o que no me alcanzara el tiempo para terminar mi trabajo. Cada vez eran más sinceros, como por ejemplo el día que un poco preocupada le volví a preguntar a Genoveva si de verdad no le importaba que hablara tanto de ella y me dijo “igual esto lo van a leer máximo cuatro personas”.

Es necesario que señale que este lugar de amistad a pesar de la familiaridad, pero también por esta misma, los momentos compartidos, las acciones solidarias y el coincidir en creencias, gustos o los intereses, hizo posible reconocer las posiciones y experiencias diferenciadas que tenemos debido a que ellos y ellas son solteros (as) y yo casada. Tengo que reconocer que las inquietudes y preguntas que me fui haciendo también tuvieron que ver con que la soltería para mí es esa vida-otra: casada a los 17 años y divorciada al año siguiente, mi experiencia de soledad siempre estuvo en compañía de mi hijo y luego muy pronto, mi independencia, libertad y autonomía han estado enmarcados en una relación de pareja de más de 25 años y una nueva hija. Así que desde mi narración de vida siento que yo nunca he experimentado eso de ser soltera. La amistad deviene reconocimiento mutuo, por eso, la pregunta de investigación no fue tanto qué es ser soltero (a) sino que me enfocara en la carga relacional de la soltería, sus posiciones y lugares de respeto y temor.

#### IV ESTRUCTURA DE LA TESIS

En el **primer capítulo**, presento la construcción del modelo de matrimonio burgués en Europa occidental, que se consolidó en el siglo XIX resaltando las esferas que se unieron en él. Esta ideología limitó el celibato a lugares subalternos, y a la vez, construyó una imagen negativa y sombría de las personas solteras como solteronas y solterones, desarrollándose así otra vía de promoción del matrimonio burgués a través de una figura que generara el suficiente temor para que nadie quisiera encarnarla.

Gracias a lo establecido en el capítulo uno, en el **segundo capítulo** analizo la llegada y proceso particular de ese dualismo matrimonio burgués – *solteronía* en Bogotá, Colombia,

sus transformaciones y rápido posicionamiento ideológico. Sin embargo, para mediados del siglo XX, cuando el matrimonio católico por amor para toda la vida, con su correlato de la solterona y del solterón, se había popularizado e impuesto como imaginario en Colombia, se produjeron cambios internos y presiones externas que transformaron las ideas sobre la familia, las trayectorias personales, el matrimonio, y por supuesto, la soltería, la cual empezó a alejarse de las imágenes del solterón y la solterona y a adquirir nuevos significados.

El objetivo del **capítulo tres** es abordar la soltería temporal en el presente. Esta pasó a prolongarse y a ser profundamente deseada por los jóvenes y sus familias, al menos por un tiempo, como el escenario ideal para la formación y la búsqueda de la realización personal. Esto produjo unas tensiones particulares relacionadas con la necesidad de demostrar independencia, capacidad de elegir adecuadamente parejas, trabajos y experiencias, y por ende de asumir responsabilidades y compromisos, todo esto en un contexto de incertidumbre laboral, inestabilidad amorosa y sobreoferta de opciones de experimentación. Aunque el ideal que tienen las personas jóvenes es lograr relaciones sentimentales y trayectorias laborales profundamente satisfactorias que contribuyan a la realización personal que incluye consolidar aficiones y sus relaciones de amistad, y por eso, aseguran no querer casarse; parece que no cuentan con otros modelos de pareja ni de soltería lo que hace que perciban como más problemática la segunda opción que la primera.

**Los capítulos cuarto y quinto** se concentran en la soltería permanente. Son hombres y mujeres que nacieron entre 1965 y 1985, quienes experimentan una soltería inédita, que se diferencian de las solteronas y de los solterones, que se construyen en medio de la competencia entre las mismas expectativas de los más jóvenes acerca del éxito, la realización, las parejas no tradicionales y el autoconocimiento, y la hegemonía del ideal del matrimonio por amor para toda la vida. Este vínculo entre matrimonio y soltería, como crítica al matrimonio a través de presentarse como sinónimo de libertad y realización, tiene posibilidades y exigencias específicas producto de la posición de clase, de la edad y del género, creando tensiones y formas específicas de evaluar la madurez, la capacidad de compromiso e independencia, la calidad de la vida afectiva, y, por lo tanto, la felicidad de las personas solteras.

En el último y **sexto capítulo** se concluye que a través de la soltería se puede observar la tensión y pugna creada por ampliar el significado de valores como los de igualdad, independencia y libertad. La soltería temporal ha ganado terreno y ya no es sólo un corto periodo previo al matrimonio, sino que se ha convertido en un lapso de tiempo más prolongado en el cuál las personas experimentan y maduran, esta búsqueda de la adultez que

requiere de un periodo de auto-conocimiento le está empezando a dar lugar a la construcción o deseo, cada vez mayor, de tener relaciones de pareja, familiares y de amistad alternativas a las ya legitimadas. No obstante, el matrimonio católico por amor para toda la vida es un modelo consolidado que impone ideas como las de la interdependencia entre los géneros que aún se promueve como el lazo social más trascendente, como la forma superior de independencia y de amor, y a este como un sentimiento universal y neutral. Este estreñimiento junto a la desconfianza en las relaciones genera una forma particular de experimentar lo individual, las relaciones de pareja, las de amistad y las familiares, desde su origen, este modelo matrimonial limita otras alternativas.

## 1 LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SOLTERONÍA Y EL ASCENSO DEL MATRIMONIO BURGUÉS POR AMOR

Durante el siglo XIX en Europa occidental se produjo “la gran revolución ideológica de la burguesía moderna” que impuso un nuevo pensamiento frente a la economía, el trabajo, la persona, la familia y la sociedad. El matrimonio burgués es una forma de síntesis de esta ideología: un matrimonio que representa socialmente voluntad de las partes, privacidad, trabajo y autonomía. Este proyecto de matrimonio determinó que la pareja y las posiciones de esposo y esposa fueran las de mayor jerarquía social y familiar. De esta forma, se establecieron nuevos privilegios y se diversificaron las formas de transmisión y acumulación de riquezas y estatus social en favor de las personas casadas. La soltería fue la contracara de esta ideología.

En algunos textos literarios contemporáneos, llamados novelas románticas, aparece el término solteronía para referirse al celibato permanente durante el siglo XIX y principios del XX. El registro más antiguo que encontré está en la novela “la tertulia de los solterones” escrita en 1974 por el novelista e historiador dominicano Emilio Rodríguez Demorizi. En adelante haré uso del término *solteronía* para referirme a las figuras de la solterona y del solterón popularizadas durante el siglo XIX.

En los dos primeros apartados de este capítulo describo el modelo de matrimonio burgués; recorro a las explicaciones de algunas y algunos académicos acerca de cómo este matrimonio modificó y concentró dimensiones de la vida colectiva e individual: el sostén económico y la capacidad productiva, el amor, la convivencia y la construcción de lazos afectivos, la gestión de la sexualidad, la respetabilidad y el reconocimiento de la valía social y moral, así como una particular división sexual del trabajo que extremó la interdependencia entre hombres y mujeres. Se advertirá que este modelo no sólo centralizó estas dimensiones, sino que además se impuso como única vía legítima para acceder a ellas, como lo confirman las figuras de la solterona y el solterón.

A medida que este modelo se expandió, otros estados civiles, otras formas de pareja, de familia y de individualidad, sobre todo con iguales o menos recursos económicos, se representaron como de menor importancia y jerarquía. Entre estas, la soltería prolongada y permanente, sobre todo al interior de las clases medias y altas burguesas, empezó a suponer una tragedia personal, una carga para esta nueva forma de familia, además de motivo de inquietud social. Entre tanto, en los siguientes apartados, tercero y cuarto, dirijo la atención hacia la construcción de los estereotipos de la solterona y del solterón respectivamente.

## 1.1 EL AMOR CONYUGAL Y LA AUTONOMÍA INDIVIDUAL, ECONÓMICA Y MORAL DE LA BURGUESÍA EUROPEA

El sociólogo Anthony Giddens en su texto *La transformación de la intimidad* (1998), la socióloga Eva Illouz en *Por qué duele el amor* (2012) y la historiadora Stephanie Coontz, en su libro *La historia del matrimonio* (2006) afirman que, para entender el surgimiento, la centralidad y la expansión de esta nueva ideología burguesa y sus repercusiones en el mundo subjetivo y objetivo, es necesario tener en cuenta que su origen es multicausal. Estas autoras y autor analizan los encuentros e implicancias entre las esferas económica, moral, social, subjetiva y afectiva para explicar así el surgimiento y consolidación de la vida burguesa moderna, y a través de esto comprender el mundo emocional y conyugal contemporáneos.

Acumulación y posesión de capital, expansión de los mercados, cambios en la estructura profesional, mercantilización de las relaciones laborales, creación de empresas, la protección vigorosa de la vida privada, la autoría del matrimonio por amor, el respeto por el individuo, por su autonomía, por su trabajo y sus méritos personales fueron los materiales con los que la burguesía moderna forjó su identidad como clase hegemónica. Con ellos logró la movilidad social y le disputó el poder económico, político, social y moral a la nobleza y a otros sectores sociales (Culell, 2015). La burguesía enfrentó con dinero al linaje y la sangre (Culell, 2015; Vega, 2020), y como autoridad, que estaba antes detentada por la figura del padre, implantó a la razón. Pero el poder y el dinero no podían instaurarse como fines en sí mismos, y en consecuencia estos se acompañaron del trabajo y el afecto familiar como deberes morales y como orientadores del sentido de vida (Schluchter, 1991; Culell, 2015).

Es así como el matrimonio burgués, entre otras cosas, constituyó una forma particular en la que la valoración del individuo, de su autonomía y de su privacidad se introdujeron en un sistema público de alianzas y compromisos sociales y familiares. Me inclino a pensar que la centralidad del estado civil, con el matrimonio como estado ideal, se debió a que este sentaba las bases óptimas para que el individualismo pudiera emerger sin representar una amenaza social. En consecuencia, las personas burguesas nunca casadas representaron un riesgo para el “equilibrio” que la burguesía europea le acreditó al matrimonio y a la familia que este instituía. A partir de esta premisa, voy a ajustarme en este apartado a la comprensión que Coontz (2006) e Illouz (2012) tienen del matrimonio burgués, llamado también matrimonio por amor, a partir de la relación que establecen entre la dimensión económica y moral de la nueva ideología burguesa. Relación que explica en parte el individualismo

particular que empezó a gestarse y a limitarse a través de un modelo de matrimonio fundado en una radical división sexual del trabajo.

La historiadora y socióloga norteamericana, Stephanie Coontz, en su libro *La historia del matrimonio* (2006) señala que la consolidación del matrimonio por amor está estrechamente relacionada con el advenimiento de la ilustración y sus ideas sobre la igualdad de derechos individuales civiles, económicos y políticos, y con la difusión de la economía de mercado. A este respecto, afirma Coontz (p. 194) que a finales del siglo XVIII la elección personal del cónyuge había reemplazado al matrimonio concertado por las familias. No obstante, estas ideas sobre la libertad de elección, la independencia y el matrimonio por amor, supusieron una preocupación acerca de la igualdad entre hombres y mujeres:

La gente debatía en busca de una nueva concepción de la relación entre hombres y mujeres que no desencadenara el “caos” de la igualdad y que tampoco apoyara demasiado duramente la subordinación de las mujeres. Lo que surgió fue una peculiar combinación entre las opiniones igualitaria y patriarcal del matrimonio. Las personas comenzaron a ver en cada sexo diferentes caracteres distintivos. Se decía que los hombres y las mujeres eran tan absolutamente diferentes en sus naturalezas que no podían compararse, que no podía sostenerse que uno era inferior y el otro superior. (...) En realidad desde entonces se les atribuyó una valía moral única que debía ser protegida de la contaminación propia de las esferas mundanas de actividad de los hombres. Por lo tanto, la exclusión de las mujeres de la política no era una afirmación del privilegio masculino, sino una señal de respeto y deferencia a los talentos especiales de las mujeres (Coontz, 2006: 203)

En suma, la igualdad entre los individuos y el reconocimiento del derecho de perseguir los intereses personales, en el caso de los géneros se tradujo como el respeto de las diferencias “naturales” entre hombre y mujeres: para evitar el trato injusto y desigual, debían tenerse en cuenta las cualidades y disposiciones femeninas especiales, que requerían tareas y espacios particulares para poderlas desarrollar. Las mujeres se presentaron como una individualidad alternativa, con deseos e intereses incomparables a los de los varones, y se les asignó una serie de cualidades en virtud de las cuales pudieron ser valoradas sin necesidad de otorgarles el mismo estatus de los hombres. Esta asignación se convirtió en valor moral y pasó a mediar la relación entre hombres y mujeres; sin embargo, como afirma Coontz,

Las nuevas ideas sobre las diferencias inherentes al hombre y a la mujer no eran únicamente un modo de resolver las contradicciones del pensamiento de la ilustración. También reflejaron cambios reales que se estaban dando en el tipo de trabajo que hacían los maridos y las esposas en el ámbito familiar (2006: 204)

Durante el siglo XIX, se separó el hogar de la producción económica y emergieron las dimensiones diferenciadas de la vida doméstica y el trabajo asalariado. Las relaciones conyugales empezaron a depender de las diferencias en las actividades ya no solo por el



género, sino por los espacios y por los roles particulares y dependientes de esposo y esposa: el primero asociado a un trabajo asalariado y el segundo al cuidado del hogar.

Se trató entonces de una individualidad diferenciada en razón del género. El mérito individual tenía formas diferentes de medirse por las tareas a realizar y los espacios otorgados para llevarlas a cabo. La ideología del individualismo fue requerida para lograr la consolidación del capitalismo moderno, de las nuevas necesidades políticas, pero socialmente se transmitieron y crearon principios y normas para controlarlo. La libertad del individuo, en este caso su libertad de elección, no debía ir en contravía de los intereses económicos y sociales de las familias ni de la clase burguesa.

La individualidad de los hombres burgueses se empezó a demostrar en la autonomía para decidir con quién casarse, una mayor independencia de los hombres mayores de su familia; ya no tenían que esperar a una herencia, sino que se unían al negocio del padre, lo expandían o buscaban un salario propio. Las mujeres también se casaban por voluntad, pero al contrario de los hombres, su trabajo dejó de considerarse una actividad económica y parte necesaria de los ingresos familiares. La tajante división entre lo doméstico y el trabajo asalariado, y la respectiva asignación por género, resalta Coontz, produjo que se presentara a las mujeres como dependientes de un marido.

Por su parte, un marido autónomo era aquel que podía mantener a su familia, es decir que para los hombres casarse era también expresión de autonomía. Advierte Coontz que estos cambios se dieron sobre todo en las clases medias y superiores y no en las clases inferiores. No obstante, con el tiempo sí se convertiría en derrotero a seguir para todas las clases sociales de Europa occidental y Norteamérica, por lo menos en las ciudades. Adicionalmente, que una mujer pudiera dedicarse al hogar se convirtió en símbolo de privilegio de pocos, por eso para los burgueses era fundamental construir este modelo de familia que era señal de éxito económico y de elevada posición social (2006: 205). En otras palabras, se trató de un proyecto económico y moral de una clase social específica.

Eva Illouz (2012), socióloga franco-israelí, está de acuerdo con que el amor romántico se dirigió hacia la elección de un individuo y se basó en los nuevos ideales de libertad; no obstante, esto no debe hacernos creer que se dejó de lado la idea de que la pareja debía ser conveniente, ni desparecieron respecto a las cualidades que se buscaban en una potencial pareja. El carácter de la persona necesitaba ser observado y aprobado, lo que otras personas y las familias dijeran y supieran de alguno de los implicados era muy importante, se verificaba entre otros aspectos que la persona fuera lo que decía ser, y además se esperaba que siempre fuera de esa manera. Esta supervisión, sostiene la autora, era más estricta sobre

los hombres. Por esta razón, Illouz afirma que el amor romántico burgués no es el amor a primera vista, sino que surge en la cotidianidad y en la familiaridad que provenía de los vínculos entre las familias de las personas que se estaban enamorando.

En este sentido, la elección individual no es disruptiva, sino que se trata de una constatación de que la persona elegida es la correcta, es decir que se demuestra la capacidad individual de elegir correctamente siguiendo las expectativas familiares y las de clase social. En línea con la idea del matrimonio para toda la vida, el carácter garantizaba que las personas cumplirían con sus obligaciones, además del establecimiento de alianzas familiares que garantizaban la continuidad de la movilidad social y la acumulación de capital, las cuales fueron fundamentales en el crecimiento y mantenimiento de la burguesía (Vega, 2020). Illouz, en su libro *Por qué duele el amor*, para explicar su tesis sobre el sufrimiento contemporáneo hace una descripción del amor durante el siglo XIX, sostiene que la persona elegida tenía que cumplir con las condiciones de estatus y jerarquía social esperadas: la evaluación con la que se rechazaba o no a alguien era objetiva, afirma, en tanto el rechazado podía saber que tenía que ver con su limitada riqueza y vínculos familiares, más que con su personalidad o poco atractivo (2012: 52).

Entendido así, el matrimonio representaba los valores del amor y el dinero de los contrayentes, razón por la cual cambió el rito católico prevaleciente hasta entonces. Las clases adineradas resignificaron los símbolos usados por la reina Victoria de Inglaterra en 1840: se difundió que el ritual era como una boda de cuento, expresión del amor de los contrayentes, un vestido y un pastel blanco que se asociaba a la pureza de la novia, y un acontecimiento fastuoso que evidenciaba la riqueza de las familias (Worsley, 2009), al tiempo que celebraba la entrada a la domesticidad de las mujeres (Coontz, 2006: 213). También cambiaron las ideas entorno a la luna de miel, que pasó de ser una visita a un familiar o un viaje en compañía de conocidos, a ser un momento para la pareja en el que empezaran a experimentar estar “solos”, liberados de las exigencias de estar siempre en compañía de otras personas (Coontz, 2006: 220).

A pesar de que se trataba de alianzas familiares, el amor debía ser sinónimo de autonomía familiar y de intimidad familiar. La nueva pareja debía proteger su vida privada, y una de las formas de lograrlo era a través de una vivienda para ellos solos. La antropóloga Martine Segalen, en su ambicioso texto *Antropología histórica de la familia*, refiriéndose a la sociedad francesa, menciona que desde mediados del siglo XIX se vivió la consolidación del hogar como el espacio de la intimidad y el repliegue de la pareja sobre sí misma. La casa

se fue convirtiendo en lugar de ocio y el ocio se transformó en un tiempo para pasar en pareja (1992). Coontz menciona algo semejante,

Las clases alta y media de Europa y de Norteamérica ya habían comenzado a darle la espalda a muchas antiguas obligaciones que estaban más allá del ámbito de la familia, como cenar con sus relaciones comerciales varias noches por semana, ofrecer cenas para los vecinos y las personas dependientes (...). Sus actividades, aparte del trabajo y las ocasiones políticas formales, comenzaron a centrarse en sus hogares y en la compañía de sus esposas e hijos (Coontz, 2006, 219)

Entre otras cosas, tener una casa aparte de los familiares se pudo consolidar gracias a que la colaboración familiar no requería una residencia común. La separación radical entre el mundo doméstico y el mundo de los negocios y del trabajo fue una enorme ventaja para la constitución de la vida privada e íntima de las familias.

La idea del hombre como individuo autónomo e independiente, con su familia independiente, también requirió de la lenta transformación de las relaciones que los hombres burgueses mantenían entre sí. Cambió la idea de dependencia entre los varones al interior de una familia extensa, la transmisión del patrimonio y la autoridad del padre se suavizó; aunque aún dependían unos de otros, solo se enfatizaba en la independencia. Me interesa resaltar que el apoyo familiar se fue disimulando y se desarrollaron otras formas de transmisión de capitales como la educación, la vinculación a los negocios, las recomendaciones laborales, entre otros. También cambiaron las relaciones de amistad “La ideología del hogar y la domesticidad impuso nuevas obligaciones a la participación de los hombres en la esfera pública y debilitó muchas de las asociaciones tradicionales de los hombres con otros hombres” (Coontz, p. 219). Los amigos se convirtieron en amigos de la pareja, que en su preferencia debían ser otras parejas, constituyéndose así una serie de dinámicas sociales en función de ellas.

Así, afirma Giddens que el amor romántico emergió a partir de finales del siglo XVIII y estuvo relacionado con un aspecto novelesco que se introdujo a la vida individual (1998: 19). Para Giddens, el carácter intrínsecamente subversivo del complejo del amor romántico es que se trata no sólo de encontrar a la persona adecuada sino de la creación de una biografía narrativa mutua. Sin embargo, este carácter quedó frustrado por la asociación que se construyó entre el amor, el matrimonio, la maternidad y por la idea de que el amor verdadero una vez encontrado es para siempre (1998: 31).

Por todo lo anterior, a esta articulación entre intereses morales y económicos hay que adicionarle entonces la estructura emotiva correspondiente a esta misma revolución

ideológica. No sé trató de cualquier amor, sino de la definición de una experiencia particular afectiva y social.

En las primeras décadas del siglo XX, los trabajos del sociólogo y antropólogo francés Marcel Mauss (1872- 1950) y del sociólogo alemán Norbert Elias (1887-1990) fueron pioneros al proponer el estudio de la forma en que una sociedad históricamente localizada impone al individuo un uso riguroso de sus emociones, sus afectos, y su cuerpo. Mediante conceptos como hecho social total, eficacia simbólica (M. Mauss), formación social y economía psíquica (N. Elias) ambos autores revelan la correspondencia que existe entre la estructura social y la estructura emotiva e individual. De ahí que las acciones de los individuos no responden de manera exclusiva a sus voluntades, sino a la red de dependencias en la cual se encuentran inscritos. A su vez, esta observación sugiere que, aunque los sentimientos son aspectos del ámbito interno, ellos no florecen al margen de los condicionamientos sociales e históricos (Bolaños, 2015: 181)

La burguesía y su consolidación, no fue la excepción. La burguesía moderna ordenó sus percepciones del mundo y a través de ellas juzgó las actuaciones propias y de otros. Llenó de contenido axiológico y semántico sus comportamientos y modelo de persona, a la vez que transformó la subjetividad y los sentimientos. Illouz lo expresa en estas palabras,

Así, el sentido de la propia interioridad y del valor individual no es algo que les otorgue un tercero, sino que deriva de su capacidad para reconocer y encarnar ciertos imperativos morales que tienen una existencia cuasi objetiva... Por lo tanto, se podría afirmar que el carácter no es más que la coincidencia del deseo y las motivaciones morales. Así, constituye una versión externalizada y cosificada de los valores que detenta el grupo (Illouz, 2012: 41)

Lo que le interesa a Illouz es remarcar que los sentimientos estaban organizados dentro de un marco más amplio de intereses económicos, sociales y morales. Para el caso del amor, dice concretamente que “Las emociones venían después de que se practicaba un orden ritualizado de lo romántico, a veces eran concomitantes, pero nunca una función previa en términos estrictos” (2012: 46).

De esta manera, no existe un conflicto entre el deber moral y las pasiones, escribe Illouz, porque es la dimensión moral la que organiza la dimensión emocional que por lo tanto también es pública. Esto quiere decir que la persona elegible no solo debía contar con determinadas cualidades socio-económicas y de carácter, sino que también debía ir demostrando que encarnaba los valores y el compromiso de esposo y esposa que demandaba el matrimonio por amor. El valor del compromiso conyugal se posicionó como sinónimo de un compromiso capaz de extenderse a otras áreas públicas y convirtió a las personas casadas en personas comprometidas en cualquier ámbito de la vida.

Hay que subrayar que parte del sentido de esta individualidad que se promovió, fue la “libertad” para elegir la pareja, es decir, la posibilidad de contraer matrimonio por amor:

casarse enamorados fue indicativo de voluntad y manifestación de libertad individual. Pero siguiendo a Illouz, esta libertad, voluntad y sentimientos se encuadran en una alineación con las expectativas e intereses de clase, relacionados con qué es un matrimonio y cómo deben ser los esposos y las esposas. Bajo este postulado, continua la autora, el matrimonio y el amor reflejaron una moralidad pública y el desarrollo del sentimiento de compromiso que las personas tenían con sus roles de esposo u esposa.

La experiencia de las emociones está mediada por los roles que se desempeñan y por la capacidad de desempeñarlos con coherencia hasta el final de la propia vida. Es más, la calidad del matrimonio no se definirá en función de la posibilidad que ofrezca a cada uno de los integrantes para expresar su yo auténtico y manifestar su interioridad individual. El matrimonio se considerará bueno en la medida que le permita a cada uno desempeñar su rol con éxito, es decir, en tanto cada uno pueda sentir y manifestar las emociones propias de su rol. El marco cultural y moral que funcionaba como principio rector en estos casos era el imperativo del compromiso, la capacidad de cumplir las promesas vertidas a la otra persona, de desempeñar el rol social asignado y de sentir las emociones (reales) que le correspondían (Illouz, 2012: 56)

Ahora, retomando a Coontz, desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, se enfatizó en las diferencias mentales, emocionales y prácticas que existían entre los dos sexos, y se transformó profundamente la imagen de los maridos y de las esposas: a cada miembro de la pareja le correspondieron sentir unas emociones determinadas en consonancia a sus roles y cualidades. Esto parece contradecir la idea de que a las mujeres se les asignó al mundo de las emociones y a los hombres al de la razón. De lo que se trató, en sentido estricto, es de que esta asignación se refiere a la responsabilidad de dirigir cada una de estas esferas, para encaminar mejor la naturaleza de cada sexo, como se creía en esa época; las mujeres la esfera moral y emocional, y los hombres la esfera racional.

El matrimonio burgués implicó una transformación de la familia fundada tanto en el valor de los sentimientos y los lazos afectivos en la formación de la pareja, como en la razón que dictaba que los individuos tenían la capacidad de argumentar, formarse juicios para determinar cuál es el mejor camino y debatir con sus semejantes (Vega, 2020). Así las cosas, no se podía privar a los hombres de las emociones ni a las mujeres de la razón, pues debían ser las guías en la búsqueda de la libertad, de la autonomía y de la felicidad. Razón y sentimiento fueron el nuevo orden matrimonial y no la voluntad arbitraria del marido (Coontz, 197), por lo menos en teoría.

Los ejemplos en cartas y novelas de que los hombres se enamoraban y sentían amor abundan. De hecho, a ellos les preocupaba que el amor que les expresaban las mujeres no

fuera auténtico. En memorias de un solterón (1896), Mauro Parejo afirma que prefiere ser soltero porque:

Y si aquel baile sale una boda... la situación será la misma. La elegida por mí vendrá a mi casa, mientras su deseo entra por la ventana del vecino; se apoyará en mi brazo, mientras otro brazo sería el que la hiciese estremecerse de júbilo... y me será fiel, materialmente, porque el otro -el que ella hubiese adorado, no se le ocurre extender la mano y apoderarse de lo que le pertenece en virtud de las leyes del corazón. Y yo tampoco sabré nada, y atribuiré ciertas frialdades al modo de ser de mi esposa, y hasta quizá necio, me felicitaré de su condición tranquila. ¿comprendes ahora, lector delicado, poeta lector, por qué aparte de todo egoísmo, me infunde horror, dentro de la sociedad actual, la santa coyunta? (Pardo, 1896:15)

Coontz señala que las cartas de las mujeres son menos efusivas que las de los hombres:

En 1840, el novelista N. Hawthorne escribía a su prometida “donde usted no está, hay una especie de muerte”. En 1871, A. Jain escribía a su novia: “bese su carta una y otra vez, sin pensar en la epidemia de viruela que hay en Nueva York (...)”. Pocos meses después Jain declaraba: “No puedo tener una existencia separada de usted. Respiro por usted; vivo por usted” (2006: 235)

Reflexiona que eso quizá se debió a que la reputación de una mujer era más vulnerable si ella se atrevía a declarar su amor a un hombre con el que finalmente no se casaba. Y es justamente esto a lo que se refiere Illouz al reconocer que no hay una pugna entre el deber moral y las pasiones. El recato que debían tener las mujeres y la energía que debía demostrar el hombre ordena la dimensión emocional. Y yendo más lejos, para la sociedad burguesa la emoción se expresa por medio de la palabra y se actúa con moderación. El control sobre el comportamiento, las creencias sobre el carácter y las cualidades fueron el marco en los que se experimentaron y definieron las emociones, siendo evidente que se produjeron dos emocionalidades diferentes basadas en los roles de esposo y padre, y de esposa y madre.

## 1.2 EL MATRIMONIO BURGUÉS COMO AMOR, SEXO E INTIMIDAD

Según las autoras citadas y añadiendo el texto de Giddens *La transformación de la intimidad* (1998), el modelo de matrimonio burgués construyó una forma particular de entender el amor de pareja y el amor hacia los hijos, con grandes diferencias entre hombres y mujeres. Una reorganización del mundo emocional que consistió por una parte en resaltar el amor familiar como un valor moral fundamental, y por otra, en diferenciar de formas particulares lo que significa amar para un hombre-esposo-padre y para una mujer-esposa-madre.

Los maridos dejaron de ser los supervisores de la fuerza laboral de la familia y pasaron a ser los proveedores de los recursos económicos. Coontz (2006) explica que la producción hogareña y el trueque informal ya no cubrían las necesidades de una familia y que el dinero empezó a ser cada vez más necesario. A finales del XVIII, dice, los miembros de la familia se empezaron a dividir entre los que se especializaban en la producción hogareña y quienes empezaron a dedicar más tiempo a ganar un salario. Una explicación posible acerca de por qué las tareas de la producción de las casas las hicieron en su mayoría mujeres, tuvo que ver con el cuidado de los hijos, porque los lugares donde estaba el trabajo asalariado alejaban a la gente de sus hogares (p. 205). Con los años creció la división entre las actividades de los maridos y de las esposas.

Giddens (1998), citando a Mary Ryan, afirma que el centro del hogar se trasladó de la autoridad patriarcal al afecto maternal. Surgió así la imagen particular de la madre y esposa abnegada y se reforzó el modelo de dos sexos diferentes con actividades y sentimientos diferentes. Se impuso entonces la noción de que los hombres son un misterio para las mujeres y que las mujeres son un misterio para los hombres. El matrimonio por amor significó la diferenciación radical de los sexos, afectando de manera singular a las mujeres, reconoce Giddens.

Sobre esta base se construyó la nueva división burguesa del trabajo y se estructuró parte de la creencia de las diferencias naturales, mentales, emocionales, y prácticas entre hombres y mujeres, de tal forma que el amor de los hombres se veía reflejado en el bienestar material de la familia, y en su incansable trabajo motivado por los sentimientos de generosidad y amor para con su familia. Quiere decir que de él también dependía proveer y mantener un espacio privado para ellos y su familia, por lo cual debía ser fuerte, activo y sagaz en los negocios.

El amor a su familia se promovió como el motor y la motivación del trabajo productivo de los varones, aunque en la esfera pública el hombre debía ocultar sus sentimientos y mostrar su capacidad de razón, emprendimiento y trabajo. El varón debía de albergar el deseo de construir un tipo de intimidad y unos lazos emocionales con su esposa y su prole. Su emocionalidad estaba enmarcada en que para un hombre tener el rol de esposo y padre de familia debía ser la prioridad (Giddens, 1998; Coontz, 2006). Un rol sí, pero movido por las emociones; una fuente del deber inexplorada hasta ese momento por la sociedad europea.

La creencia que se iba instaurando era que el amor, aunque no se revelaba en público, era el sentido real del trabajo masculino: en su hogar debía reflejarse tanto en el bienestar de

su familia como en los lazos afectivos que construía con su esposa e hijos. Sin el amor masculino no se lograba la armonía familiar, la autoridad no debía provenir de la arbitrariedad sino de los sentimientos y de una razón modelados. Su emocionalidad quedó ligada a cumplir con el deber de esposo y padre, por encima de cualquier otra responsabilidad, y con un sentido de lo íntimo y de lo privado como un espacio que es posible construir y proteger, pero cuyo funcionamiento y administración depende de la esposa, quien cuenta con una mayor disposición natural para eso.

En el caso de las mujeres se consolidó el imaginario de las esposas como ángeles del hogar, ellas eran sensibles, ingenuas, pasivas y delicadas, y, en consecuencia, como sujetos que debían ser protegidos. Las esposas pasaron a tener todas las responsabilidades de las actividades necesarias para el funcionamiento del hogar, mientras que el trabajo asalariado de los hombres se convirtió en la única actividad considerada trabajo. De esta manera, el amor de las mujeres se descubría en el bienestar espiritual y emocional de la familia.

Quiero llamar la atención en el hecho de que el amor, que debía ser la motivación del trabajo de los esposos, en el caso de las mujeres no operaba como tal. Al definir las tareas del hogar como “no trabajo”, estas se convirtieron en el amor mismo; por eso las tareas de cuidado se significaron como bienestar espiritual negándoles su carácter material. El trabajo de las esposas fue representado en forma de cuidados que se simbolizaron como retribución de ellas a los esfuerzos del marido y una manifestación de amor, eludiendo de esta manera explicitar la dependencia de los hombres del trabajo de las mujeres.

Aunque los varones requerían de cuidados, estos empezaron a obtenerse y restringirse al matrimonio, y además no se entendieron como dependencia de ellos sino de sus esposas, despojándoles de las cualidades del trabajo, es decir, de aquellas de esfuerzo, mérito, conocimiento y producción de riqueza. Entonces se invisibilizaron las múltiples formas en que ellos también dependían de ellas, a pesar de que un buen matrimonio era esencial para la supervivencia vital, económica y social de los hombres. En este punto me adelanto a un asunto: la figura del solterón explícita que sí se reconoce una dependencia de los esposos respecto de sus esposas. Los cuentos acerca de los solterones parecen ser una moraleja que advierte sobre el seguro desamparo que sufrirán en la vejez por no haberse casado. La vejez es el momento en el que es difícil negar la dependencia masculina, cuando un hombre deja de producir dinero y necesita de cuidados, pero de alguna manera puede decir que “ya pagó por ellos”.

La mujer, además, le ayuda a él a mantenerse en el camino de la rectitud moral. El amor de la mujer es, en primer lugar, entrega desinteresada como demostración de



enamoramamiento; acordémonos del miedo del personaje Mauro Pareja acerca del sentimiento real de amor de las mujeres que se le acercaban. Posteriormente, serán esposas dedicadas a sus maridos, que reciben agradecidas lo que este da como producto de su esfuerzo (trabajo); luego, sus sentimientos se dirigirán como madres hacia el sacrificio y el amor incondicional por sus hijos e hijas, a quienes educarán en sentimientos y moral. Por eso, a ellas se les atribuyen el ser tranquilas, conciliadoras, amorosas, pacientes, sensibles, y más obedientes a las normas.

En el ámbito público esa naturaleza emocional de las mujeres debía moderarse, debían mostrarse distantes y ante todo con decoro; el afecto se guardaba para la intimidad de la familia. Esto quiere decir que, en la esfera de lo público, tanto hombres como mujeres debían modular sus emociones; los sentimientos quedaron definidos como un asunto del mundo privado.

Sin el amor masculino no se lograba la armonía familiar, ya lo he dicho; la autoridad no debía provenir de la arbitrariedad, sino de los sentimientos y de una razón modeladas. La emocionalidad de los varones quedó ligada así a cumplir con el deber de esposo y padre, por encima de cualquier otra responsabilidad, y con un sentido de lo íntimo y de lo privado como un espacio que es posible construir y proteger, pero cuya energía y supervivencia depende de la esposa, quien cuenta con una mayor disposición natural para eso.

Las emociones y afectos resultan de la creencia en ciertos juicios de valor relacionados con nosotros mismos y nuestro bienestar, por lo que se puede afirmar que las convicciones morales están fuertemente relacionadas con las emociones. Es necesario creer en el amor, y esto aparece con un contenido sobre qué y cómo, que se ha ido interiorizando en el marco de las convenciones sociales, por eso, “no es sólo la emoción bruta lo que se ofrece a mi sentido interno, sino una emoción transida por mis modos de comprender e interpretar al objeto que suscita una determinada emoción” (Barreta, 1996). El amor debió instalarse como algo de gran importancia para la construcción de un matrimonio, con unas exigencias específicas y valores que se volvieron fundamentales para hombre y mujeres tales como la valía personal, la honra, el reconocimiento y la individualidad. Las sensaciones y experiencias del amor estuvieron asociadas a estas creencias.

Se gestaba así una sociedad conyugal que promovió un proceso de individuación basado en profundas diferencias entre hombres y mujeres, que incluyó formas específicas de evaluación del carácter y de las cualidades que hacían que un individuo fuera valioso y, por lo tanto, elegible socialmente. En otras palabras, el matrimonio burgués articuló la valía individual a la elegibilidad matrimonial. Ser un buen candidato dependía, como ya

mencioné, del carácter y de su posición social y dinero, lo cual también se demostraba en su reputación sexual.

El concepto de matrimonio por amor también tuvo una influencia decisiva en la sexualidad de los hombres y las mujeres de la sociedad burguesa. Esto se manifestó en un condicionamiento que ocurría desde una edad temprana y, una vez más, con marcadas diferencias para ambos sexos. Es destacable la manera en que, a la esfera de la sexualidad en el contexto del matrimonio por amor, se le despojó de todo carácter pasional y erótico, y pasó a ser representada exclusivamente por los aspectos reproductivos y emocionales (Giddens, 1998). De esta manera se enfrentó la duda sobre fundamentar el matrimonio en la pasión, puesto que es imposible que dure para toda la vida. Había que separar el amor romántico, del amor ardoroso que era volátil: el amor requería sólo de un poco de sexo.

Indudablemente, la sexualidad estaba ligada a la moralidad de la época, que ejerció un control manifiesto sobre la intimidad de las personas y puso en perspectiva el ejercicio, o más bien la represión de sus impulsos y prácticas sexuales. Dos manifestaciones claras de esta moralidad son, por un lado, los ideales de virtud acogidos por la sociedad burguesa para hombres y mujeres que incluyeron el sexo en el amor intentando una versión cándida sentimental y espiritual, y las aprehensiones relacionadas con la responsabilidad que implicaba tener hijos.

Las creencias sobre el amor se convirtieron en el fundamento de las creencias sobre el sexo, produciéndose así una moral sexual burguesa. El amor se usó como evaluación y límite del descontrol, la lujuria y la veleidad de las pasiones. El sexo era un mal que podía, sin embargo, ser suavizado y moderado en nombre del amor.

Con respecto a este último, es evidente que las expectativas de la época: la necesidad de adquirir y mantener una vivienda propia, con los costos que esto implicaba en las grandes ciudades, así como el ideal de acumulación de capital y la necesidad social de garantizar el acceso a la educación, causaron una toma de conciencia sobre la cantidad de hijos que se podía tener. Este es otro de los factores que tuvo implicaciones en la regulación de la sexualidad y, sin embargo, el número de hijos es muy disímil en las regiones y épocas (Segalen, 1992).

En cuanto a los principios morales que regulaban la sexualidad, estos se manifestaban en la manera como se educaba a hombres y mujeres desde antes del matrimonio. A las niñas se les enseñaba que el contacto sexual era un pecado, para, de esta manera, asegurar que ellas conservarían su virginidad hasta el matrimonio. La pureza y la honra de las mujeres eran cualidades imprescindibles de una buena esposa. Las mujeres

honestas debían caracterizarse por su ingenuidad y pureza de carácter, lo cual implicaba negar la existencia de sus impulsos sexuales (Coontz, 2006: 210).

Al tiempo, se afirmaba que, por el contrario, los impulsos sexuales masculinos eran parte de su naturaleza y energía biológica. No obstante, los hombres eran criados bajo la concepción de que la castidad de las mujeres debía ser respetada siempre, hasta el matrimonio, momento en el cual ellos debían haber alcanzado el dominio de un oficio o profesión que les permitiera asumir el papel para el cual estaban destinados como cabeza de la familia (Coontz, 2006). Se introdujo el autodomínio sexual masculino con el que se buscaba evitar las relaciones sexuales con aquellas mujeres que fueran “buenos partidos” para un futuro matrimonio, pues un embarazo, entre miembros de su misma clase social, implicaba el deber tácito de contraer matrimonio. Afirma Coontz, la construcción de estos discursos sobre la virginidad femenina y el control masculino buscaban evitar los embarazos fuera del matrimonio, previniendo uniones prematuras e indeseadas para los intereses familiares.

Otra narración que discurrió paralela a esta fue la que convirtió los embarazos fuera del matrimonio en un símbolo de diferencia de clase social, pues se consideraba que las mujeres y hombres de buena familia estaban educados para controlar su sexualidad y evitar estas ocurrencias. De esta manera, el embarazo extramarital se empezó a achacar como una situación propia de las clases pobres y poco educadas (Coontz, 2006: 211), de forma tal que el autodomínio sexual, también se promovió como un rasgo de estatus; es decir, como un símbolo de pertenencia de una clase que se representaba a sí misma como de mejor educación y moralmente superior.

El control masculino sobre sus impulsos sexuales debía mantenerse incluso después del matrimonio. Un esposo debía reverenciar el cuerpo de su esposa y comportarse con decoro incluso en la intimidad sexual; se trataba de respetar y no dañar la naturaleza femenina “asexual” y pura de las esposas. Ya desde los siglos anteriores la iglesia católica y ciertos dogmas filosóficos afirmaban que el cuerpo y el sexo contaminaban a las virtudes espirituales. Es posible que estas creencias se hayan radicalizado y adaptado a la moral burguesa.

Pese al control que se esperaba del sexo masculino, a los hombres no se les exigía la abstención ni moderación sexual absoluta; quedaba abierta la posibilidad a los varones, de tener contacto con mujeres de clases sociales más bajas o de asistir a prostíbulos, lo cual no tenía consecuencias económicas o sociales. Esto no quiere decir que los comportamientos libertinos masculinos fueran promovidos, sino simplemente que no eran condenados, al

menos no los heterosexuales. De esta manera, los estereotipos de la mujer virtuosa y descarriada se radicalizaron.

Judith Walkowitz, investigadora Norteamérica especializada en la historia de la sexualidad, en su texto *Sexualidades peligrosas* (2001), afirma que la prostitución fue un rasgo distintivo de las ciudades del siglo XIX. Londres, Berlín, París y Nueva York ya contaban con un centro tradicional de prostitución, pero durante ese siglo vieron aparecer nuevos centros de entretenimiento o los edificios de una terminal ferroviaria que se convirtieron en lugares que atraía a las mujeres públicas (p. 393). El aumento de los prostíbulos también es producto de las dinámicas de urbanización, industrialización y consolidación de la ideología burguesa, momento en el cual la actividad de las meretrices se volvió tan notoria, escribe Walkowitz, que para los años setenta del siglo XIX, se aprobaron varias regulaciones sobre la prostitución para calmar la preocupación de ciertos sectores sociales.

Los partidarios de la regulación evaluaban la supervisión y la inspección de las prostitutas como una defensa de la salud pública, de la decencia pública y del orden público. Al tratar la prostitución como un “mal necesario” utilizaban un doble patrón de sexualidad, que justificaba el acceso sexual masculino a una clase de mujeres caídas. (...) Por un lado, las regulaciones condenaban a las prostitutas como flagrantes transgresoras sexuales; por otro lado, insistía en que el deseo sexual de las prostitutas no pintaba para nada en la situación. En 1871, un informe parlamentario británico insistía en que era imposible establecer ninguna comparación entre las prostitutas y los hombres que entran en relación con ellas: “para un sexo, la ofensa cometida es una cuestión de beneficio económico; para el otro, de irregular tolerancia respecto de un impulso natural. (2001: 398)

Además de las preocupaciones acerca de la procreación y del relato sexual de la diferencia entre los géneros, otra hipótesis posible es que fueron el miedo y las alarmas sobre las posibles consecuencias negativas de la individualidad en la esfera de la sexualidad para el orden social y familiar, los que justificaron la proliferación de discursos morales y científicos sobre la sexualidad. La cuestión se centraba en qué podía hacer que un matrimonio fuera perdurable si ahora dependía de la libertad de los individuos, a la vez en cómo dejar los impulsos sexuales sin control exterior del patriarca o de la iglesia o dejar que dependan sólo del interés y placer individual. Se trataba de miedos acerca de cómo generar lealtades, compromisos y lazos perdurables que no dependieran de algo que se antojaba tan efímero como el amor, y mucho menos del sexo. Hay que recordar que el matrimonio no era solo un vínculo privado, sino que, a pesar de las transformaciones de la época, seguía siendo un asunto público y político.

En este orden de ideas, se insistió en que hombres y mujeres pusieran a su cónyuge en primer lugar, que le rindieran lealtad por encima de cualquier otra persona, incluso de sí mismos; que el amor debía opacar cualquier interés por encima de la familia y de sí mismo, incluido el aspecto sexual. Por ejemplo,

Se había difundido ampliamente el temor de que la búsqueda de la felicidad personal pudiera debilitar el dominio de sí mismas de las personas. Un estudioso sostiene que este miedo explica el extraordinario pánico que despertaba la masturbación en Estados Unidos y en Europa a finales del siglo XVIII y que produjo miles de tratados contra “el vicio solitario” en el siglo siguiente. Se repudiaba la amenaza de la masturbación femenina, que fascinaba a los críticos sociales. Algunos afirmaban que no había mucha distancia entre dos personas que dejaran de lado sus deberes sociales porque “estaban relacionándose entre sí” y una persona que se procuraba placer sin cumplir su deber para con otra. (Coontz, 2006, 199)

Tal vez por esto, la infidelidad masculina no se consideraba deslealtad, mientras no fuera en contravía de los deberes como esposo. De hecho, liberar sus pasiones fuera de la casa, quizás fue símbolo de respeto por el templo del hogar. Aunque siempre se promovió el autocontrol y, de hecho, según Coontz, muchos hombres pedían ayuda frente a su imposibilidad de vigilar sus deseos sexuales. En efecto, hubo teorías acerca de que las actividades sexuales disminuían la energía de los varones. Por el contrario, se afirmaba que la pasividad sexual era lo propio de la naturaleza femenina. Coontz dice que cuando la ciencia afirmó que el placer femenino y la fecundación están desligadas, este argumento se usó como explicación de la supuesta falta de deseo de las mujeres. Así se fue construyendo el imaginario y la experiencia del deseo separando a los varones como agentes de deseo y a las mujeres como objeto de este.

Estos discursos morales y sociales sobre la sexualidad lograron que el control naciera también desde el interior de las personas, del autocontrol y de la autosanción. Al designarse a las mujeres como guías morales y afectivas, sentían culpa frente a una sexualidad activa, mientras que los hombres disociaron su sexualidad con un deseo moderado hacia sus esposas, y dejaron la pasión para liberarla con otras mujeres que pasaron a designarse como las no virtuosas.

De todo lo dicho hasta ahora es posible concluir que representaciones singulares y diferenciadas por género sobre el amor, el sexo, la procreación, la convivencia, la familia, la valía y la realización personal, el reconocimiento social, la autonomía moral y económica, se conjugaron en el matrimonio burgués, dando lugar a un nuevo modelo de matrimonio y de individualidad.

### 1.3 LAS SOLTERONAS: LA PREOCUPACIÓN SOCIAL POR LAS MUJERES BURGUESAS NUNCA CASADAS

Además de esta separación entre mujeres virtuosas y las no virtuosas, también se hizo una separación radical entre las mujeres casadas y las solteras, quienes pasaron a llamarse las solteronas.

El individualismo-matrimonial burgués, separó y legisló el tipo de individualidad permitida, al igual que el tipo de lazos que debían tener mayor estimación. Al menos en las ciudades, este modelo asignó una nueva identidad a las personas nunca casadas, de esta misma clase social, y las designó como la solterona y el solterón. Como afirma Girola “El vivir en una sociedad concreta constituye no sólo una condición de existencia para los seres humanos, sino que, a partir de ello, se conforma el cúmulo de derechos y obligaciones que lo van a constituir en su identidad” (1997: 81).

Todos estos símbolos de pertenencia social y el acceso legítimo a ciertas dimensiones de la vida como el amor, el sexo y el reconocimiento de autonomía, solo eran posibles mediante el matrimonio, por lo cual las personas solteras, especialmente de la burguesía, se veían despojadas o al menos tenían que buscar estrategias para acceder a ellos. Durante el siglo XIX, en Europa occidental, la consolidación del matrimonio por amor produjo cambios en las representaciones sobre la soltería y el celibato. Sobre todo, construyó y necesitó de la creación de un estereotipo que caracterizase a las mujeres y hombres solteros convirtiéndolos en figuras indeseables que acrecentaron la popularidad y deseabilidad del matrimonio por amor para toda la vida.

En 1935, se estrenó *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores* de Federico García Lorca, poeta y dramaturgo español, fusilado en 1936. En la revista *La Humanitat*, en la página dedicada a la actriz que protagonizó la obra, se afirma que el día del estreno el autor dijo: “[con esta obra] he querido realizar un poema de mi infancia en Granada, en el cual salen criaturas y ambientes que yo he conocido y sentido. Éste es el drama profundo de la solterona andaluza y española en general. España es el país de las solteronas decentes, de las mujeres puras sacrificadas por el ambiente social que las rodea.” (Doña Rosita cumple 50 años de soltería. Diario EL País, dic. 11 de 1985)

TÍA. —Hija, ¿qué quieres que yo haga?

ROSITA. —Dejarme como cosa perdida. (Pausa. Se pasea.) Ya sé que se está usted acordando de su hermana la solterona..., solterona como yo. Era agria y odiaba a los niños y a toda la que se ponía un traje nuevo (García Lorca, 1935: 110)

Para Lorca era evidente que las solteras eran una figura construida por la sociedad, que constreñía las vidas de las mujeres que no se casaban: mujeres decentes y puras sacrificadas, dice. En el argot literario, como se evidencia en el texto del poeta, las dibujan como personas amargadas, vengativas, egoístas, un poco infantiles, pero también víctimas. Por esto último, debían inspirar conmiseración y consideración. ¿De dónde provinieron estas calificaciones?

En la investigación de Claudia Maia (2007) sobre la invención de la solterona en Brasil, la autora presenta las pocas investigaciones que encontró acerca del origen de este estereotipo. Sin embargo, con la información que obtuvo pudo concluir que ni en el mundo ni en Brasil, la soltería femenina antes del siglo XVII constituía una marca de desprestigio social. Afirma Maia, citando a Watt, que la aparición del término sucedió en el siglo XVII y confirma que su difusión fue un efecto del desarrollo capitalista que provocó que el trabajo doméstico de las mujeres solteras, sobre todo el de la manufactura textil, entrara en decadencia. Esto evidencia desde otra perspectiva, la articulación entre un nuevo orden económico y un modelo de matrimonio que redefinió las formas de trabajo femenino y su reconocimiento, y, por ende, los estereotipo con los que se manifiesta el rechazo a otros roles y alternativas de vida.

De acuerdo con Cecile Dauphin (1993), aunque en Francia desde finales del siglo XVII se encuentran referencias a la *Vieille Fille*; este personaje solo se consolidó en el siglo XIX (131). En su texto *Mujeres solas* (1993), la autora sostiene que es errónea la percepción que tuvo la prensa y la ciencia sobre el aumento de las personas solas en el siglo XIX en Europa. Según ella, fue la migración de personas solteras hacia la ciudad la que produjo que las mujeres solas se volvieran visibles. Dauphin afirma que el celibato ha sido una constante en la historia de Europa occidental y que esto puede explicarse en parte porque el matrimonio no ha sido universal. Para ella lo que se vivió fueron los efectos de la urbanización y de la industrialización que produjo que las personas que no podían heredar buscaran fortuna en las ciudades. Las familias rurales y sus respectivas unidades económicas se transformaron y liberaron una mano de obra preciosa para el desarrollo económico (1993: 134).

De esta forma, la soltería permanente y los matrimonios tardíos se volvieron un asunto frecuente en las ciudades europeas. Las mujeres, que antes estaban vinculadas como hijas, hermanas y tías, y quienes a la vez participaban activamente de las actividades económicas de las unidades de producción en las casas en el campo, empezaron a ingresar en el mercado del trabajo en las ciudades. Para Dauphin, la figura de la solterona se construyó para referirse a la percepción de las condiciones de vida de un sector particular de mujeres

de la burguesía: esto es, aquellas mujeres que no tuvieron renta de la que vivir, perdieron a sus padres, debieron abandonar a sus familias y buscar formas de sufragar sus necesidades. Es decir que, inicialmente las solteras eran mujeres burguesas que no pudieron seguir las expectativas de su clase de ser esposas y quedarse en el mundo doméstico, sino que tuvieron que trabajar.

El trabajo doméstico entró en decadencia por la industrialización, pero además el trabajo femenino “aceptado” quedó restringido a las mujeres pobres, con salarios por debajo de los que percibían los hombres, junto a explotación laboral entre otras desigualdades. El trabajo de las mujeres de las clases medias y de la burguesía quedó excluido de la representación como trabajo, convirtiendo a las mujeres casadas en dependientes económicamente, mientras que las solteras, calificadas como solteras, se transformaron en víctimas si decidían trabajar por un salario, o en una carga si no podían hacerlo.

En otras palabras, la industrialización, unida a la expansión del matrimonio conyugal, marginó de diferentes maneras a las mujeres. A las de los sectores pobres, las convirtió en obreras explotadas, y a las burguesas las dividió entre mujeres casadas dependientes, pero complemento necesario de un hombre y pilar de la familia nuclear, y a las solteras en una carga y sujetos de caridad. Las solteras, proveniente de esta idea de complementariedad e interdependencia esposo-esposa, se señalaron como condenadas a la incompletud, puesto que no contaban con un esposo que “las complementara ni ellas completaban a nadie”.

Según Susan Cotts, citada por Maia, estas mujeres solteras al ser vista solo como hermanas y tías, se fueron dejando por fuera de la historia de la familia, pues esta se concentró en describir sobre todo a la historia de la expansión de la familia nuclear burguesa, entendida como esposo-esposa, padres-madres e hijos (as), que se convirtió en modelo de familia y en sinónimo de progreso. En el siglo XVIII, continúa Maia, ya se hablaba de *Solteras* en España, *Spinster* en Inglaterra y *Vieille Fille* en Francia. Para el siglo XIX, este estereotipo se había consolidado y empezó a usarse en América. Tal vez el ejemplo más paradigmático de la asociación entre la solterona y ser tía es el texto escrito por Miguel de Unamuno en 1907 y publicado en 1921, titulado “La Tía Tula”. Tula es una mujer que logra vivir una maternidad y una especie de relación conyugal con su cuñado, al sustituir, siempre con los estándares de decoro más alto, a su hermana después de que esta fallece después de un parto.

Para Maia (2007), los discursos literarios fueron sin duda una fuente importante en la construcción de la preocupación por la soltería femenina. Aunque en obras de dramaturgos franceses del siglo XVII, como Tomás Corneil, la Fontaine y Molière ya aparecía el



personaje del soltero como un personaje secundario, no fue sino hasta el siglo XIX que aparece con fuerza la figura de las solteronas: heroínas, víctimas de las circunstancias, vengativas y egoístas, como los personajes de Balzac en *El cura de Tours* (1832), uno de los principales representantes de la novela decimonónica realista francesa.

El confesonario le había enseñado a conocer cómo llena de amargura el corazón de una solterona la desventura de verse fuera de la sociedad; y así calculó hábilmente su conducta para con la señorita Gamard. No tenía ella entonces más que treinta y ocho años y conservaba algunas de sus pretensiones, que en las personas de su situación suelen luego convertirse en una alta estimación de sí mismas (Balzac, 1832: 31)

La expresión “La desventura de verse fuera de la sociedad” es categórica y revela lo que este estereotipo logró: la exclusión del sistema de producción, pero también un señalamiento acerca del carácter y unas profundas restricciones para acceder a la esfera moral, afectiva y sexual de la mujer mayor soltera y reforzó el modelo de pareja en el que la autovaloración de la mujer estaba siendo controlada para ponerla en dependencia económica y social con respecto al hombre proveedor y protector.

Adicional a las restricciones del sistema productivo que invisibilizó el trabajo de las mujeres como “no trabajo”, fue indispensable mostrar que, aunque heredaran o que accedieran a un salario, es decir, aunque superaran los obstáculos económicos, su existencia moral y afectiva era inviable. Estas dimensiones, según la nueva ideología, solo eran alcanzables a través del matrimonio, es decir de la complementariedad de los esposos; una propaganda que decía algo así como “el dinero no hace feliz si no eres madre y esposa”.

Para Fátima Hernández, en su artículo *El estereotipo de la solterona: Literatura y construcción social en la Inglaterra de Jane Austen* (2017), la literatura inglesa del siglo XIX convirtió a las solteras mayores en personajes descritos como amargadas, insulsas, vulgares y chismosas. Cita como ejemplo a la señorita Havisham de *Grandes esperanzas* (1861), novela escrita por Dickens, una mujer rica y soltera que odia a los hombres porque uno la dejó frente al altar el día de su boda, razón por la que decide encerrarse y vengarse de ellos.

Se concentra luego en el personaje de Emma quien asevera que se puede ser una solterona respetada si se tiene dinero y buenas maneras. Emma no defiende la soltería, sino las ventajas de su condición de clase adinerada, porque para muchas mujeres mantenerse solteras era la posibilidad de heredar riquezas. Quizás mostrarlas como amargadas y tontas fue una forma de destacar que el matrimonio era la fuente de la realización personal y

afectiva, así como la institución en la que se demuestra que el carácter se ha forjado y así evitar que las mujeres pudieran manejar su propio dinero.

Ya habíamos visto con Illouz que seleccionar bien a la pareja, y de acuerdo con los criterios de carácter y de posición social y económica, era muestra de capacidad de compromiso. Luego casarse se asoció con el paso hacia a la adultez. Hernández menciona que las palabras en inglés “wife” y “husband” significaron, por algún tiempo, mujer y hombre adultos, ya que se adoptaron como símbolo de madurez y desarrollo (2017, 131). Se entiende entonces que, bajo esta narrativa hegemónica, permanecer solteras era sinónimo de inmadurez, seguir siendo niñas y tontas.

En las obras de Austin, prosigue Hernández, las mujeres solteras burguesas que tenían que trabajar se dedicaban a ser institutrices, costureras o amas de llaves y esto era visto como una triste situación. Mujeres sin soporte financiero que pasaron a ser tratadas como víctimas, pues no contaban con la protección de un esposo viéndose en la “penosa necesidad de trabajar”. Recordemos que la distinción entre las virtudes femeninas y masculinas ubicó a las mujeres como seres frágiles y necesitadas de protección, cuyas cualidades debían encaminarse hacia los cuidados de un esposo y de los futuros hijos. Trabajar era una tarea no apta para su género y para su posición social, por lo tanto, debía considerarse y experimentarse como una “penosa” situación.

Dauphin, no se refiere a personajes de novela, sino a mujeres de familias burguesas modestas que se vieron obligadas a trabajar en el servicio doméstico, algunas mayores de 45 años, y por eso causaban impacto entre la burguesía, hasta el punto de que se pedía sentir piedad por estas mujeres “caídas en desgracia”. Como consecuencia de los cambios en el servicio doméstico, que pasó de ser signo de distinción de la aristocracia a serlo también de la burguesía, pudieron trabajar en casas de familia acomodadas como institutrices, amas de llaves y gobernantas. El servicio doméstico dejó de ser masculino y jerarquizado para ser cada vez más femenino y desvalorizado.

Las gobernantas se convierten en la figura emblemática de los valores, los problemas y los miedos de la clase media victoriana. Por definición, se trata de una mujer que enseña a domicilio, o bien de una mujer que vive en casa de una familia para hacer compañía y dar clase a los niños. En realidad, la gobernanta vive dolorosamente la contradicción entre los valores que se atribuyen a su educación de *gentlewoman* y las funciones que se ve obligada a ejercer. Símbolo del nuevo poder de las clases medias (de ella se habla, aparece en público), y también síntoma del acceso de las esposas a prácticas de tiempo libre y de adorno, la gobernanta, sin perder su estatus de *lady*, se ve arrastrada, en virtud de su trabajo remunerado, a lo más bajo de la escala social. Maltratada por el destino (muerte de un padre, ruina familiar), es una burguesa en estado de necesidad, cuyo trabajo se convierte en «prostitución» de su educación. (Dauphin, 1993: 137)

Continúa Dauphin afirmando que las solteras, a pesar de la piedad que se pedía sentir hacia ellas, generaban temores acerca de la autonomía sexual, social, económica e intelectual femenina.

El escándalo que unánimemente denuncia la prensa victoriana y que, con mayor o menor perspicacia, se percibe en toda Europa, no escrita tanto en la cuestión del número propiamente dicho como en la incertidumbre de la identidad social de las mujeres solas. Fuera de su lugar legítimo, por accidente o por error, estas mujeres parecen “supernumerarias”. ¿Qué haremos con nuestras solteras?, se pregunta Frances P. Cobbe en *Frasers Magazine*. (Dauphin, 1993: 135)

La autora saca una muy reveladora conclusión de esta sentencia: este miedo estaba relacionado con la incertidumbre social acerca de la identidad social de estas mujeres (1993: 138). Las mujeres de estas clases medias, más que las de cualquier otra clase social, representaban una desviación respecto del ideal femenino; ideal definido por un estatus jurídico, una concepción del amor, un determinismo biológico y un código de belleza femenina (1993: 145). Por eso el esfuerzo social se concentró en ignorar el papel social de las mujeres solteras, tanto así que se convirtieron en símbolo de inutilidad por no procrear y no tener una familia propia. Así, fueron negadas sus formas de trabajo, de amor, sus estrategias sexuales y sus formas de vida (1993: 145). La conclusión de esta autora es muy reveladora, el miedo hacia las solteras estaba relacionado con la incertidumbre social acerca de la identidad social de estas mujeres.

Las mujeres de clases más bajas trabajaron como sirvientas o como obreras. Entre esta población el trabajo femenino produjo un retraso en los matrimonios y en algunos casos la soltería permanente. En esta situación jugaron un rol fundamental los claustros industriales que existieron en Suiza, Alemania, Gran Bretaña y Francia, sobre todo en torno a la industria de la seda. Se trataba de fábricas que, con el beneplácito de la iglesia, se volvían claustros que exigían la pureza y el celibato a las obreras. Sin embargo, las mujeres célibes de esta clase social no parecieron representar un problema, por su soltería, sino porque trabajaban en fábricas. La historiadora norteamericana Joan Scott, se refiere a la preocupación por “la mujer trabajadora”, que se analizaba desde el marco de los binomios hogar-trabajo, maternidad-trabajo asalariado, feminidad-productividad. El discurso de las diferencias entre hombre y mujeres naturalizó la división social del trabajo, minimizó las continuidades del trabajo femenino y legitimó empleos femeninos mal pagos y no cualificados. Para Scott,

El surgimiento de la mujer trabajadora en el siglo XIX, entonces, no se debió tanto al aumento de su cantidad ni de un cambio de localización, como a la preocupación de sus

contemporáneos por la división sexual del trabajo. Esta preocupación no tenía como causa las condiciones objetivas del desarrollo industrial, sino que, más bien al contrario, contribuyó a la plasmación de tales condiciones al dar forma sexuada a las relaciones de producción, estatus secundario a las trabajadoras y significado opuesto a los términos hogar-trabajo y producción-reproducción (2000: 461)

A partir de esto es posible imaginar que para una mujer pobre casarse era una de las estrategias para sobrevivir; otras, las más jóvenes, tuvieron que internarse para ser aceptadas en las fábricas y permanecer solteras al menos por un tiempo. Todas debían resistir frente a las formas en que se legitimaron unas deplorables condiciones laborales y de control moral, más por ser mujeres y pobres, que por ser solteras.

Pese a las exclusiones y riesgos que corrieron estas mujeres, para Dauphin (1993), las solteronas y las solteras trabajadoras de clases sociales bajas constituyen un fenómeno esencial en la historia de las mujeres y de su conquista de autonomía económica, así como en la normalización de la imagen de la mujer en el nuevo mundo del trabajo urbano e industrial. No creo que de este panorama se pueda sacar a las mujeres solteras burguesas pues pese a los estereotipos, ellas construyeron y representaron alternativas de vida para las mujeres: la posibilidad de vivir solas en las ciudades, tener independencia económica, educarse y tener relaciones de amistad con hombres sin que la subordinación mediara este vínculo.

A los obstáculos económicos y sociales, como he señalado hay que sumarle los morales, los afectivos y los sexuales. El matrimonio conyugal difundido en el siglo XIX se promovió como el objetivo de las vidas de las mujeres de clase acomodada; pero, con el tiempo gentes de diferentes clases sociales fueron persuadidas de que este era el sueño de toda mujer y la posibilidad de ser verdaderamente feliz. La mujer soltera se convirtió en el correlato negativo de este ideal (Maia, 2007; Dauphin, 1993), ella representaba la imposibilidad de ser feliz porque en el marco de la libertad de elección, su soltería no podía ser deseada. Si una mujer se quedaba soltera debía ser el efecto de un fracaso, social e individual, y como tal, con los años la infelicidad crecía en forma de aflicción, malhumor y resentimiento.

Las solteronas, en efecto, debieron desarrollar estrategias financieras y formas alternativas de amor y de vida sexual, pero también es muy posible que se hayan sentido como mujeres con algún fallo en el carácter y como víctimas del destino, así como profundamente excluidas de varias de las esferas mencionadas. Por ejemplo, la de la vida sexual, puesto que el control sobre este aspecto de la vida de las mujeres era muy fuerte, y

cualquier tipo de relación o cercanía con un hombre podía levantar algún tipo de duda sobre su decoro.

La soltería era aceptada sólo como una situación temporal que debía finalizar antes de cumplir treinta años, “Solterona” fue el término peyorativo para designar a las personas que no se casaban nunca, y enfatizar así la desaprobación social frente a esta prolongación y permanencia del celibato. Una mujer burguesa pasaba de ser soltera a casada, que era el estado civil privilegiado, después de determinada edad, a partir de la cual se consideraba que ya no iba a ser deseada por un hombre, pasaba a ser solterona, el estado civil temido y censurado.

ROSITA: —Cada año que pasaba era como una prenda íntima que arrancaran de mi cuerpo. Y hoy se casa una amiga y otra y otra, y mañana tiene un hijo y crece, y hacen casas nuevas y yo igual, con el mismo temblor, igual; yo, lo mismo que antes, cortando el mismo clavel, viendo las mismas nubes; y un día bajo al paseo y me doy cuenta de que no conozco a nadie; muchachas y muchachos me dejan atrás porque me canso, y uno dice: “Ahí está la solterona”; y otro, hermoso, con la cabeza rizada, que comenta: “A esa ya no hay quien le clave el diente”. Y yo lo oigo y no puedo gritar, sino vamos adelante, con la boca llena de veneno y con unas ganas enormes de huir, de quitarme los zapatos, de descansar (García Lorca, 1935: 106)

Lorca usó la metáfora *Rosa Mutabilis* para escribir *Doña Rosita la soltera* o *El lenguaje de las flores*. Se trata de una flor que va cambiando de color durante su ciclo vital: al principio es roja, color que se va intensificando, luego con el tiempo cambia a color albaricoque, empieza a perder el brillo poniéndose cada vez más clara y muere siendo de color rosado pálido. Siguiendo esta metáfora, la figura de la solterona sirvió para recalcar que una mujer que no se casaba perdía su brillo; en primer lugar, su belleza y juventud, que la hacían deseable y elegible por un hombre. Pero la verdadera tragedia, advertían, venía después; pues cuando la energía femenina decae, las mujeres estarán felices y con otro tipo de luz que proviene del ser esposas y madres. Por el contrario, las mujeres que no lograron casarse, a su decadencia se le sumó la frustración y las burlas provenientes de su estado de incompletud.

Dicha incompletud provenía no solo de la presión ideológica, sino de condiciones materiales y reales de exclusión. La sociedad limitó el acceso a las esferas económicas, morales, sexuales, afectivas, laborales y de convivencia a quienes contraían matrimonio. Convertirse en esposas daba acceso a estas esferas, permanecer solteras implicaba estar excluidas o tener acceso a la sociedad solo en posiciones de profunda desventaja. Se entiende que el matrimonio empezaría a ser lo deseable, y a pensarse como una tragedia el no tener un marido; pero la tragedia no provino de la supuesta falta de amor y de realización por no

ser madres, sino de las imposiciones sociales, de la exclusión y negación a la que fueron sometidas, pues se rechazaba cualquier alternativa de vida fuera del matrimonio.

#### 1.4 LOS SOLTERONES: EL ESTEREOTIPO DE UNA VEJEZ SIN CUIDADOS

Aunque hay mayor disponibilidad de fuentes sobre las mujeres solteras en el siglo XIX, a partir de ciertas alusiones en los textos intentaré una comprensión de la soltería masculina burguesa. En efecto, Dauphin afirma que la figura de la solterona sólo se construyó para explicar la identidad de las mujeres solteras ya que la figura del solterón no existió, lo cual se puede explicar por la vulnerabilidad atribuida a las mujeres que se exacerbó en las ciudades: una mujer sola era motivo de preocupación social por su supuesto estado de profunda indefensión, pero sobre todo porque amenazaba esa suposición, es decir esa imposición. Es importante mencionar que para Dauphin también existía una preocupación por las viudas y por las madres solteras, así que, en realidad, Dauphin se refiere a las mujeres solas y no solo a las no casadas para describir lo que significó en esos años “la máscara trágica de la mujer sin un hombre” (1993: 131). Por supuesto, no se encuentra un relato similar para los hombres. Así como Dauphin, otros demógrafos refieren que en Europa occidental siempre había sido común una alta proporción de personas que nunca se casaban, hombres y mujeres, pero que moraban en el campo y no eran visibles, podían estar solteros, pero no era común que vivieran solos (Cachinero, 1982).

Los hombres burgueses sin herencia y con poco dinero trabajaban e intentaban ascender, pero contrario a lo que sucedía con las mujeres, no estaba mal visto que lo hicieran y tampoco que se casaran a una edad “tardía” (Hajnal, 1974; Cachinero, 1981); el problema era concentrar el suficiente dinero y patrimonio para ser visto como “un buen partido”. De acuerdo con la bibliografía consultada, durante el siglo XIX era común que los hombres permanecieran solteros o que pospusieran el matrimonio y priorizaran trabajar y educarse. Aunque menos recurrente, producto del debilitamiento de la autoridad del padre y el fortalecimiento de las ideas sobre la libertad de elección del cónyuge, algunos hombres de clase media se casaron con mujeres de clases sociales más bajas (Quiroga Conrado de, 2000; Hajnal, 1974; Cachinero, 1981).

Así como la urbanización y la industrialización produjeron cambios en la forma de percibir el celibato femenino (Maia, 2007; Dauphin, 1993; Coontz, 2006), sería ingenuo suponer que no pasó lo mismo con la soltería masculina. Los textos que componen *El Baile de los Solteros* de Bourdieu (2004) confirman que la migración hacia las ciudades, la

búsqueda de fortuna y los tipos de trabajo que empezaron a surgir, cambiaron las formas tradicionales de parentesco rural y las ideas de la pareja adecuada para casarse. En consecuencia, fueron los hombres que vivían en el campo y que estaban destinados a casarse, gracias a que heredaban las tierras de sus antepasados, los que se convirtieron en solterones. Estos hombres dejaron de ser atractivos para las mujeres y sus familias, que empezaron a ver con mejores ojos a los hombres asalariados y que se fueron a las ciudades.

Este proceso se fue presentando a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX de manera diversa en Europa occidental. Frigolé (1998), por ejemplo, describe un proceso similar al del Bernaux de Bourdieu, en Betesda España, pueblo en el que creció el número de hombres solteros; hombres que no migraron durante el proceso de urbanización. Las nuevas parejas ideales masculinas para las clases más acomodadas eran hombres asalariados y ojalá con algún nivel de educación.

Durante la llamada revolución industrial, los sectores secundario y terciario crecieron con innumerables obreros y obreras, pero también aumentó el número de varones que se dedicaron al sector de servicios cualificados, como lo describe Carmen Sarasúa refiriéndose al caso español:

A medida que aumentaba el número de estudiantes universitarios aumentaba el de médicos, profesores, abogados, farmacéuticos, arquitectos e ingenieros, que trabajaban en parte para la administración del Estado y sobre todo como profesionales independientes y para el sector privado (banca, comercio). Esto permite que crezcan las clases medias, pero es un fenómeno no abierto a todos: ni las mujeres, que no podían estudiar en la Universidad, ni los hijos de familias obreras o campesinas (2006: 8)

Así que el trabajo masculino de la clase media debió concentrarse en estos oficios. Cuando estas personas no lograban el ascenso social, seguramente se convirtieron en empleados públicos de base, capataces o vendedores, pues la expansión comercial fue parte fundamental de la revolución industrial (Calduch, 2006). En consecuencia, tener suficientes recursos económicos era fundamental para que los hombres fueran un buen partido. Por supuesto, y como ya mencioné, ellos no migraron a las ciudades sin ningún tipo de apoyo, ni desaparecieron las alianzas familiares. A diferencia de las mujeres, el sistema económico no puso trabas al acceso de los hombres al capital. Siendo así, podemos suponer que un hombre soltero necesitaba demostrar solvencia para casarse, pero su soltería no era un obstáculo para tener un buen empleo o hacer crecer sus negocios. No obstante, una buena alianza matrimonial le proveería de una mejor posición económica y social.

Si bien es cierto que la figura de la solterona está mucho más elaborada en la literatura, tal vez porque la novela fue una estrategia ideológica para causar temor hacia la

soltería femenina, hay algunos personajes masculinos que me ayudaron a esta reflexión. Tal es el caso de Antón, el protagonista del cuento *El gorro de dormir del solterón* del escritor danés H.C. Andersen, que se calcula escribió entre 1860 y 1870. Este fue el texto literario más antiguo que pude registrar en el que su personaje principal fuera un solterón. Andersen inicia el cuento haciendo la siguiente aclaración:

Los ricos comerciantes de Brema y Lubeck negociaban en Copenhague. Ellos no venían en persona, sino que enviaban a sus dependientes, los cuales se alojaban en los barracones de la Calleja de las casitas, y en ellas vendían su cerveza y sus especias (...)

Cuando salían de su país, contraían el compromiso de no casarse en el lugar de su trabajo. Muchos de ellos llegaban a edad avanzada y tenían que cuidar de su persona, arreglar su casa y apagar la lumbre -cuando la tenían-. Algunos se volvían huraños, como niños envejecidos, solitarios, con ideas y costumbres especiales. De ahí viene que en Dinamarca se llame «pimentero» a todo hombre soltero que ha llegado a una edad más que suficiente para casarse. Hay que saber todo esto para comprender mi cuento.

Es costumbre hacer burla de los «pimenteros» o solterones, como decimos aquí; una de sus bromas consiste en decirle que se vayan a acostar y que se calen el gorro de dormir hasta los ojos (Andersen, 1858: 4)

Andersen narra la historia de Antón, cuyo padre, un comerciante adinerado, entró en bancarrota y por esto enfermó y murió. Antón tuvo que buscar una forma de sobrevivir económicamente y terminó trabajando para un rico comerciante de Brema que lo envió a Copenhague bajo el compromiso de no casarse.

Si nos atenemos al relato, Antón se ve obligado a aceptar unas condiciones laborales desfavorables para poder subsistir de las que es muy particular la exigencia del celibato. Este requisito solo lo había encontrado referenciado para el caso de las mujeres, quienes, en las fábricas, por ejemplo, debían internarse para proteger, entre otras cosas su virginidad; en otros casos, ellas debían tener un comportamiento intachable, es decir, nunca dar pie para que se pensara que intimaban con algún hombre. Sin embargo, de acuerdo con el cuento, parece que en algunos países el celibato se pidió también para ciertos oficios ejercidos por varones. Esta alusión a la soltería de Antón tal vez puede explicarse como que solo un hombre soltero podría seguir viajando al exterior, al no tener responsabilidades familiares.

Se observa en esta prohibición la complejidad que adquirió la separación entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo. Como señalan Segalen (1992) y Coontz (2006), aunque el hombre trabaje fuera del hogar, su rol preponderante era como esposo y padre, según la ideología burguesa. Esto explicaría que un comerciante no debía poner su trabajo por encima de su familia y, por lo tanto, no estaría bien no vivir en la misma ciudad que esta

Antón envejece en Copenhague en una pequeña casa, con una pequeña tienda. Por las noches tiene recuerdos que según el escritor son en su mayoría amargos y tristes,



relacionados con la casa de su padre, o con Molly, la hija del alcalde, a quien amó y luego odió con pasión. Molly y Antón crecieron juntos y entre ellos nació el amor y la amistad. Ella se fue a vivir a otra ciudad con su padre. Años después Antón fue a visitarla y ella le dijo que se había enamorado de otro hombre. Cuando regresó destrozado a su ciudad se enteró de la quiebra de su padre.

El padre de Antón dejó de ser el comerciante más rico de Eisenach. Llamaron a la puerta días difíciles; arremetió la desgracia; a grandes oleadas irrumpió en aquella casa, otrora tan próspera. El padre quedó arruinado, los infortunios lo paralizaron, y Antón hubo de pensar en otras cosas diferentes a su amor perdido y su rencor a Molly. Tuvo que ocupar en la casa el puesto de su padre y de su madre, disponer, intervenir enérgicamente, incluso marcharse a correr mundo para ganarse el pan (Andersen, 1858: 21)

A diferencia de las mujeres burguesas, solas y trabajadoras descritas por Dauphin, Antón no pospone el matrimonio por la necesidad de trabajar ni pierde su elegibilidad y su posibilidad de elegir en razón de su trabajo. Antón sufre por el desamor de Molly. Lo que constata que, para la época, al menos en la ficción, el amor mutuo guiaba la elección de una mujer y un hombre de casarse.

Mira, yo soy leal —le dijo Molly— y te lo diré yo misma. Las cosas han cambiado mucho desde que éramos niños y jugábamos juntos; ahora todo es muy diferente, tanto por fuera como por dentro. La costumbre y la voluntad no tienen poder alguno sobre nuestro corazón. Antón, no quisiera que fueses mi enemigo, ahora que voy a marcharme muy lejos de aquí. Créeme, te aprecio mucho, pero amarte como ahora sé que se puede amar a un hombre, eso nunca he podido hacerlo. Tendrás que resignarte. ¡Adiós, Antón! (Andersen, 1858: 20)

En un invierno Antón enfermó y dejó de abrir la tienda. Los vecinos no se dieron cuenta de que había muerto sino tres días después.

Hacía días que venía sintiendo en sus miembros la dureza del tiempo. Solitario yacía el viejo solterón, sin poder valerse; apenas lograba alcanzar el jarro del agua puesto junto a la cama, (...) El anciano no tenía lágrimas, ni dolores. Molly se había esfumado de su pensamiento; tenía la impresión de que el mundo y su bullicio ya no le afectaban, como si él no perteneciera ya al mundo y nadie se acordara de su persona. Por un momento creyó tener hambre y sed. Sí las tenía, pero nadie acudió a aliviarlo, nadie se preocupaba de asistirlo (Andersen, 1858: 27)

Es posible que un hombre muriera y nadie se diera cuenta, y esto inspirará la historia de Antón. Sin embargo, se trata de un cuento que refleja una fábula construida en torno a los miedos sobre la vejez, y el mito del matrimonio que provee a un hombre de cuidados durante su vejez y su muerte. En otras palabras, una de las mayores desventajas de la soltería permanente masculina es el no recibir cuidados; Andersen termina la historia haciendo alusión a que, quien se pone el gorro del solterón, sueña con un amor desgraciado, con la ruina y el hambre.

Todos los que más tarde se pusieron aquel gorro de dormir tuvieron visiones y sueños; su propia historia se transformó en la de Antón, se convirtió en toda una leyenda que dio origen a otras muchas. Otros las narrarán si quieren, nosotros ya hemos contado la primera y la cerramos con estas palabras: Nunca desees el gorro de dormir del solterón (Andersen, 1858: 31)

La fábula es un llamado a desear el matrimonio. En el caso de Antón, el amor no correspondido le trajo dolor, pero la soltería es la peor tragedia porque aparece como parte de la causa del empobrecimiento, cuya única otra posibilidad es la de vivir en soledad, que además significa abandono y desasistencia. El único lazo posible era el del matrimonio, al menos ideológicamente hablando. Deseo en este contexto subrayar que este cuento también refleja la forma como se integraron los idearios del triunfo económico, los méritos personales, los vínculos afectivos y de cuidado, y la sexualidad legítima del matrimonio.

En otro texto, *El buey suelto: cuadros edificantes de la vida de un solterón*, del escritor español José María de Pereda (1833-1906), Gedeón, el protagonista, es un solterón. Viejo y enfermo, Gedeón se queja de que su criada no lo trata con la delicadeza que lo haría una esposa y, lamentándose de su suerte, se arrepiente de haber sido tacaño y de no haberse casado. El estatus económico es diferente del de Antón ya que Gedeón puede pagar una criada.

Antón, al no casarse, llamó al hambre; pero acumular riqueza sin una familia, como el caso de Gedeón, es avaricia. Al menos esta es la advertencia-moraleja en esta historia. El matrimonio es la virtud, el dinero no es el deber, sino el trabajo justificado por sostener una familia. El poder económico no es digno en sí mismo, lo moralmente correcto para la época era que se pusiera en función de una familia, que en últimas era el bienestar entre varias familias, producto de las alianzas. Para mí es evidente que, en estas alianzas, la contrapartida femenina es la promesa de los cuidados: en la figura de la esposa se juega el apoyo y asistencia de los varones. Debo agregar que no se trata de cualquier cuidado, sino de un deber moral, el de esposa, que está asegurado porque surge del sentimiento del amor, sentimiento moral y por eso incondicional y desinteresado. Mientras que cualquier otro cuidado es ilegítimo y tosco porque se enmarca en una transacción económica.

En el caso de las mujeres, la soledad y los cuidados durante la vejez parecen no ser la preocupación porque, recordemos, lo que promete un esposo es la solidez económica y la protección. Dauphin (1993) señala que la soledad de las mujeres solteras consiste en vivir en casa ajena. En el caso de las mujeres, su soledad se refiere solo a que no tienen marido, pues en la mayoría de las referencias se presupone que viven con su familia extensa, en

internados o en cuartos alquilados en casas de familia. La reputación femenina es un requisito para su inclusión y delicada aceptación social. Seguramente los solterones tampoco vivían completamente solos, pero esta figura de tristeza y aislamiento servía como advertencia y figura para promover las bondades del matrimonio.

Por último, las implicaciones sobre la sexualidad de los solteros y solterones son diferentes a la de las mujeres solteras y solteronas. Los hombres debían mantener el respeto hacia las mujeres, evitar intimidad y sobre todo las relaciones prematrimoniales; de esto dependía ser visto como un candidato respetable. En la obra *Memorias de un Solterón*, publicada en 1896 y escrita por Emilia Pardo Bazán, Mauro Pareja, un solterón, se presenta a sí mismo como un hombre acomodado de 35 años. Mauro encuentra la mujer ideal, en Feita, quien nunca vio en el matrimonio un fin, y por eso, su amor por Mauro lo reconoce como cristalino. Mientras espera casarse con ella, él dice estar feliz de poder esperarla, incluso para darle un beso solo después de que se hayan casado. Mauro Pareja demuestra así que es un hombre que ha educado sus sentimientos y sus pulsiones sexuales y espera pacientemente. El personaje de Mauro también es útil para señalar que como la sexualidad masculina no estaba ligada ni a la belleza ni a la reproducción, un hombre podría casarse a cualquier edad, pues ser llamado solterón no era marca de un destino permanente. De hecho, viejo y en su lecho de muerte, Gedeón se casa y esto es aplaudido como su único acto de generosidad. La soltería masculina, durante el siglo XIX, nunca se vio realmente como permanente.

Finalmente, la obra ya mencionada *La tertulia de los solterones* (1974), de Rodríguez Demorizi, recrea un encuentro de cinco solterones: Don José, Don Ramón, Don Antonio, Don Alejo y Don Sebastián, todos mayores de 60 años, que en 1850 aproximadamente, se reunían diariamente en un café. Se refiere a ellos como tímidos, enamorados de sí mismos y conscientes de que el matrimonio es un mal necesario. A pesar de que en diferentes partes del texto están felices de su solteronía, llegan a la conclusión de que no es bueno que el hombre esté solo. Sin embargo, señalan que los juzgan sin conocerlos realmente y que ser soltero no significa que no hayan conocido mujer.

Pero dónde nos maltratan de verdad es entre la gente común: al solterón lo señalan con el dedo, como a desorejado, dicen que el solterón es como un pájaro que va volando con sólo una ala; que la vida del solterón la dicen dos palabras sólo: soledad y desamor; que el solterón, malo, y si es en Pueblo pequeño peor; Qué es como un árbol que no da fruto condenado al hacha; que los solterones son las gentes más descaminadas, que profesan el egoísmo del buey suelto; que el soltero es como el que a la orilla del río ve pasar el agua sin beberla ni bañarse en ella; que vive entre Narciso y hermafrodito, y que de este aquel hay escaso trecho; Qué es un hombre incompleto, que algo le falta; Qué es un loco que no vio a

tiempo a un médico; Qué es un fulano que se quedó para tío; qué solterón y libertino es la misma cosa... (p. 33)

Todas las acusaciones que menciona Don Antonio en la réplica anterior refuerzan lo que he venido sosteniendo a la largo de estos cuatro apartados. En el siglo XIX para ser reconocido como un hombre autónomo, de carácter y virtuoso era necesario estar casado. De lo contrario solo le queda la soledad, la falta de cuidados, el libertinaje y el egoísmo. No depender de una mujer lo convierte en un hombre incompleto e infeliz. Una forma de propaganda negativa de la soltería y una forma de inducir hacia el matrimonio.

Según Dauphin, son más las alusiones a hombres solos famosos. Los hombres solos no fueron figuras que causaran preocupación y en muchos casos los presentan como genios y escritores, como el caso de Kafka. En *La tertulia de los solterones* hay un diálogo en el que los solterones mencionan a los grandes escritores y personajes de la literatura que son solteros: “España puede ufanarse de contar con los dos más famosos solterones que conoció la humanidad: ¡Don Quijote y Don Juan!” (1974: 18).

En el caso de los hombres, no tener esposa significaba sanción y duda acerca de su capacidad de trabajo, de su estatus social y de su personalidad, y se presumía que eran egoístas, libertinos o pervertidos. A pesar de esto, sí aparece un relato alternativo que hace que no todos los hombres solteros permanentes se conviertan en solterones, sino que sean solteros respetados o incluso, como afirma Dauphin, solteros ilustres. Los hombres que no se casaron fueron varones que se desembarazaron de las cadenas del amor, que priorizaron la ciencia o que amaron demasiado la libertad, tal y como discuten Don José, Don Ramón, Don Antonio, Don Alejo y Don Sebastián en una de sus tertulias.

De todo esto se infiere que el solterón fue una figura menor en comparación con la de la solterona. No obstante, es posible afirmar, pese a las escasas fuentes de información, que el término operó sobre todo como estrategia para mostrarles a los varones los beneficios del matrimonio a través de la terrible predicción de terminar como ancianos enfermos, infelices y sin tener quién velara por ellos.

En el apartado anterior decía que la clase burguesa en ascenso, construyó un conjunto de creencias y prácticas sociales que permitieron la libertad económica y de pensamiento, así como una concepción particular de individualismo, encontrando en la nueva división y especialización del trabajo otra de sus fuentes de consolidación (Giddens, 1998). Estas libertades, claramente, implicaron una serie de obligaciones y responsabilidades, con lo que esa subjetividad no se erigió en antagonismo con la moralidad burguesa, sino que se derivó de ella. Siguiendo a Girola (1997), refiriéndose a Durkheim, el individualismo es histórico-

cultural y social, pero no se advirtió que este dependió de la diferencia radical que se estableció entre hombres y mujeres. Como vimos en los dos primeros apartados, podemos afirmar que las mujeres-esposas fueron el complemento necesario para el individualismo masculino. Esta afirmación se robustece después de describir la construcción histórico-social de las figuras de la solterona y del solterón.

De tal forma, un hombre soltero quedó inscrito como un varón a medio camino de su ascenso a la autonomía. Primero, porque no contaba con el “complemento” legítimo destinado a proveer de cuidados cotidianos de alimentación, limpieza de la ropa, de la vivienda, de afecto y sexo: una esposa, lo cual se volvía más crítico, sobre todo durante la vejez. En segundo lugar, denotaba un hombre egoísta, pero no sólo porque no mantenía a una familia, sino porque significaba una alianza menos entre familias. La soltería masculina suponía ir en contra de las posibilidades económicas, políticas y sociales que la burguesía empezó a tener y que aprovechó a fondo, pero que implicaba necesariamente un matrimonio por amor.

Recordemos los miedos sobre la libertad individual una vez flexibilizados los controles familiares, de las jerarquías sociales y divinas. Un varón no casado fue tachado de egoísta y libertino. El control sobre la sexualidad era más bien un llamado de atención acerca de la moderación y discreción sobre las actividades sexuales. Un hombre burgués debía mostrar su virtud, es decir su capacidad de educar sus pasiones y emociones, y a la vez moderar su “naturaleza”. Esta capacidad se demostraba a través del matrimonio, por eso es posible inferir que un hombre que permanecía soltero pudo representarse como un varón cuya formación como individuo autónomo y su capacidad para moderarse quedaba inconclusa.

Tal vez por esto se instaló la idea de que el matrimonio era una carga para los hombres, pues limitaba y moderaba sus libertades y su llamado impulso sexual descontrolado, las que antes regulaba el paterfamilias<sup>4</sup>. El matrimonio se representó entonces como un acto voluntario y autónomo de generosidad y modulación del carácter. El matrimonio burgués por amor y la familia nuclear que proclamó limitaban la individualidad del varón que debía convertirse en marido para moderarse, y así, mostrarse como un hombre

---

<sup>4</sup> Es una locución latina para referirse a una figura legal referente al padre de familia, sin embargo, es importante señalar que en la antigua Roma que dio origen al término y al derecho romano, el significado de familia tenía un sentido mucho más amplio que el actual, por ejemplo, abarcaba a todas las personas que habitaban un hogar, incluidos los esclavos, lo que habla del sentido económico de la palabra familia. El paterfamilias tenía potestad sobre los esclavos, otros familiares, sobre sus hijos y sobre los hijos de sus hijos, de sus descendientes. El derecho romano sentó las bases sobre muchas de las legislaciones europeas y este tipo de familias se extendió hasta el siglo XIX (Amunátegui, 2006).

virtuoso digno de su clase social y de tener el derecho de ocupar un lugar preponderante en la jerarquía social. Por eso los hombres que permanecieron solteros podían ser tildados de libertinos, de vivir en el exceso, pero también de ser mojigatos o ingenuos, en otras palabras, de no contar con un carácter modulado y educado.

La otra cara de esta situación es la de las mujeres burguesas solteras. En el siglo XIX, una mujer no casada perdía la posibilidad de iniciar el camino hacia su autonomía, puesto que la autonomía femenina no existía sino a través de la del esposo, y de ahí se extendía hacia los miembros de su familia. Una mujer soltera, a diferencia de los varones, rápidamente se convertía en solterona, es decir, en una mujer que truncaba “todas” sus posibilidades de realización y de ocupar algún reconocimiento social. Por un lado, los cuidados que podía proveer hacia otros no eran reconocidos sino estaban dirigidos hacia un esposo y unos hijos propios. Esto quiere decir que la complementariedad entre hombres y mujeres, que de alguna manera se había gestado en los siglos anteriores, se limitó a los roles de esposo y esposa; solo estos roles deben complementarse y no los oficios y funciones de un grupo familiar extenso que también se diferenciaba por género. Se radicalizaron las diferencias separando espacios, actividades e incluso, como ya señalé, las formas de experimentar lo emocional y la sexualidad de hombres y mujeres, para limitar la complementariedad a la pareja conyugal.

Esto se vio reforzado en la circunscripción del sexo al matrimonio. Decir que un hombre soltero no conocía mujer era motivo de burla, mientras que una mujer que no conocía hombre era virtud, siendo así la peor de las acusaciones. La sexualidad femenina se limitó completamente al matrimonio y la reproducción. Lo que para los hombres solteros era un llamado a la moderación, para las mujeres solteras era una tajante prohibición, entre otras cosas porque se difundió que la naturaleza sexual de las mujeres era casi inexistente. Lo esperado socialmente era que las solteronas se mantuvieran castas durante toda su vida.

Por otro lado, las labores llevadas a cabo por las mujeres dejaron de verse como trabajo, y el trabajo remunerado realizado por las solteras no era visto como vía de realización sino como mala suerte y tragedia. Los hombres casados y solteros, al tener acceso legítimo al trabajo podían resolver más fácilmente su situación económica, mientras que las mujeres no debían trabajar. Por eso, las mujeres solteras burguesas, al hacerlo, se expusieron a la explotación y a ser discriminadas porque su trabajo fue visto como una humillación para ellas y para su clase social. Se asoció la realización femenina con ser esposas y madres sin ninguna otra posibilidad, salvo tal vez convertirse en religiosas. Así las cosas, es posible entender que, frente a tantos constreñimientos materiales y simbólicos, casarse para las mujeres se entendiera como sinónimo de liberación y no hacerlo como fuente de sufrimiento

y señalamiento, así como de frustración y de no estar completamente realizadas como personas. No casarse equivalía, para ellas, a una vida en la carencia y la incompletud.

En este contexto, el elegir y ser elegido se vuelve más crítico, pues el marco familiar que en otros modelos absorbía y les daba un lugar a los hombres y a las mujeres solteras se desdibujó y se empezaron a señalar como una vergüenza para todo el grupo familiar extenso. Sin embargo, por el proceso de individualización, la vergüenza o fallo empezó a recaer con más fuerza sobre los individuos, diferenciando a las personas solteras temporales de las permanentes, a través de los términos solterona y solterón. Figuras que no solo encarnaban desgracias, sino que ocultaban el proceso de exclusión social centrando la atención en fallos personales y, por lo tanto, en motivo de duda respecto a su carácter. Sin embargo, la figura del solterón no adquirió el peso social que el de la solterona, evidenciando que el matrimonio por amor se quiso imponer con mayor fuerza sobre las vidas de las mujeres.

El individualismo promovido por la burguesía, y manifestado también en el matrimonio por amor, se centró en la complementariedad entre el rol de esposo y el de esposa, por lo que implementó mayores controles sobre el estado civil de las personas. A partir de esto se determinaron roles y posiciones, reglas y principios colectivos que rigieron la vida de las personas, y a la vez limitó las libertades, funciones y actividades, así como enmarcó la valía y el reconocimiento individual en función de estar o no casadas

## **2 DEL MATRIMONIO BURGUÉS AL MATRIMONIO CATÓLICO POR AMOR PARA TODA LA VIDA: DESIDENTIFICACIÓN, PERVIVENCIAS Y TENSIONES DE LA DUPLA MATRIMONIO-SOLTERONÍA EN COLOMBIA**

El objetivo de este capítulo es

describir la particular forma que adquirió hacia finales del siglo XIX en Bogotá la dupla matrimonio-soltería que se caracterizó por la universalización del proyecto del matrimonio católico por amor, que se impuso sobre las élites y que posteriormente se instaló en el plano ideológico más que en las prácticas concretas de los otros grupos sociales. De la mano de este modelo matrimonial se adaptó el estereotipo de la solteronía europea que en la ciudad se plagó de exigencias católicas. Aunque durante el siglo XX, el estereotipo de los solterones (as) se siguió usando ampliamente en el país, perdió casi toda su connotación y se convirtió en una descripción de personas nacidas entre 1870 y 1940, quienes ahora tienen entre 80 y 90 años, nunca se casaron y vivieron sus vidas a partir de las exigencias de una identidad constituida por la religiosidad, la castidad y la dependencia económica.

En los apartados dos y tres de este capítulo, muestro los cambios en torno a los derechos de las mujeres, las presiones por la universalización de la educación, la influencia norteamericana y las presiones del capitalismo internacional cambiaron el panorama nacional y como con este, se agudizaron las tensiones entre los ideales morales religiosos y conservadores, las presiones liberales y de izquierda, las exigencias de consumo e industrialización. En este contexto, se entiende el lento, pero evidente proceso de cambio en las concepciones sobre la soltería.

Este proceso no es una ruptura radical con el modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida en tanto pervive la asociación entre el modelo matrimonial burgués y soltería, como entre matrimonio y éxito personal, que envuelven a la soltería en cierto halo de nostalgia y la ancla como sinónimo de fracaso y frustración, sino la necesaria problematización de la experiencia de soltería frente a otros ideales y procesos sociales como los de realización personal, flexibilidad laboral e independencia personal.

### **2.1 LAS ÉLITES CRIOLLAS BOGOTANAS EN EL SIGLO XIX Y LA RECEPCIÓN DE LOS IDEALES BURGUESES**

Hacia finales del siglo XIX, las figuras del matrimonio por amor y la soltería burguesa, o sea la solteronía, viajaron a América y cada región se apropió de ellas de formas



particulares. Varios procesos son fundamentales para entender la forma en que en el país se fue posicionando la idea acerca de la centralidad del matrimonio católico, la pareja conyugal y la complementariedad entre los esposos.

Antes es necesario acotar que, según diferentes fuentes consultadas, no existe acuerdo en el país acerca del momento desde el cual es posible hablar de burguesía, así como sí es posible referirse al capitalismo y a los procesos de industrialización y urbanización, sin caer en la falsedad de referirse a estos como modelos a los cuales nunca se ha podido llegar plenamente. Es fundamental intentar situar el contexto en el que, desde mediados del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, estos procesos se convirtieron en preocupación política en el país y en la ciudad; así como señalar los matices y particularidades que se pueden identificar respecto de los cambios en la estructura familiar y matrimonial.

Por tal razón construí este apartado cronológicamente, empezando en el siglo XVIII y finalizando hacia la primera mitad del siglo XX. Destaco la particularidad vivida en la ciudad acerca de la figura de la solterona y del solterón, que por supuesto me llevó a indagar en los aspectos que vengo trabajando: la articulación entre moral, clase y economía, así como por la construcción de la vida privada, las nociones de intimidad, la articulación del amor al matrimonio y las creencias y controles en torno a la sexualidad y al individualismo. En la bibliografía sobre la familia, la construcción de la vida íntima y la historia de las mujeres obtuve datos relevantes acerca del proceso de adopción del matrimonio burgués y de la construcción de las figuras y estereotipos de la solterona y del solterón en el país, específicamente en la ciudad de Bogotá.

En el tomo I de *La Historia de la vida privada en Colombia*, algunos autores y autoras plantean hipótesis acerca de la vida privada al final del siglo XVIII. Entre estas me interesa resaltar la forma como se relacionan la introducción de las ideas de la ilustración con un desarrollo particular de la idea de la vida privada. En ese momento Colombia aún era territorio conocido como el virreinato de la Nueva Granada, por eso las ideas ilustradas llegaron vía reformas borbónicas y a través de ciertos intelectuales criollos. Estas llegaron relacionadas con un discurso de civilización que incluía control, normas sobre la vida doméstica y las conductas sexuales públicas, que debían imponerse en todos los sectores sociales constituyéndose en antecedentes favorables para la recepción de las ideas burguesas europeas.

Señala Adriana María Alzate, historiadora colombiana, en su texto *“Cuerpos Bárbaros” y vida urbana en el nuevo Reino de Granada —siglo XVII—* (2011), que para finales del siglo XVIII, la ilustración como ideal, produjo toda una retórica de la civilización.

Alzate puntualiza que “la noción de civilización fue empleada por los funcionarios y dirigentes metropolitanos y por la élite ilustrada neogranadina para criticar las diversas costumbres de la sociedad colonial y para promover y justificar su mutación” (2011: 255). Esto señala que las ideas ilustradas se usaron para promover un modelo de ciudad y de sociedad, que como señala Santiago Castro-Gómez (2005), se sobrepuso a un modelo de segregación racial imperante en el país y que por eso no se vivió como una lucha de una nueva clase económica sino de un sector de la clase alta criolla que quería acceder al poder y liberarse del dominio español. Esto es importante porque, como se verá, la ideología burguesa se asumió como ciertos signos de distinción de las élites criollas, algunas de ellas reconocidas por algunos académicos como burguesía, pero también como una estrategia de la oligarquía tradicional.

Muchos criollos educados empezaron a conocer de primera mano las ideas republicanas ilustradas, así como a presionar por cambios en la económica y en la política que permitieran encaminarse hacia lo que se entendía como progreso y civilización: el capitalismo moderno y el individualismo. Diego Landínez sostiene que la crisis del imperio creció de la mano del aumento de la conciencia crítica de la élite criolla educada.

Aunque la posición oficial respecto a las reformas fue la de impulsar el “progreso material de la nación”, se cernía la posibilidad de controlar la competencia comercial entre los reinos separados por el Atlántico. Pero este tipo de cosas no estuvieron fuera de la conciencia de los americanos; al contrario, hacían parte de las denuncias sobre los abusos del Gobierno peninsular. Camilo Torres y Joaquín Gutiérrez (1810/2007) consideraban, en 1810, que la ignorancia de los americanos frente a las artes, la industria y los derechos del hombre era consecuencia del despotismo de las autoridades, quienes, por ejemplo, prohibieron el uso de la imprenta (Landínez, 2019).

Pese a los choques que se pueden percibir entre las élites y el gobierno virreinal, la corona fue un actor que promovió diferentes ideas sobre el progreso y la necesidad de cambiar ciertas costumbres. De acuerdo con Alzate, gran parte de la ideología de la civilización se dirigió hacia el crecimiento de las ciudades, pero con especial atención en la regulación y modificación, ahora permanente, de las conductas urbanas, incluyendo el objetivo de ciertas autoridades y élites ilustradas, de privatizar ciertos espacios y comportamientos hasta ahora públicos (2011: 268). Sin embargo, dice la historiadora, estas ideas sobre la vida privada aún se distanciaban de las de hogar y de intimidad burguesa, las cuales solo vendrían a observarse hacia principios del siglo XX; lo que parece representar que, desde este periodo, la élite y los funcionarios públicos empezaron a usar palabras como nocivo y promiscuidad para referirse a la vida de las clases más populares y justificar su segregación (2011: 255).

Otro historiador colombiano, Pablo Rodríguez en su texto “los sentimientos coloniales: entre la norma y la desviación”, afirma que hacia finales del siglo XVIII, las autoridades mostraron especial preocupación por el desarreglo de las conductas y el aumento de la ilegitimidad, aludiendo a los encuentros clandestinos, el amancebamiento, los hijos ilegítimos y a las violaciones denunciadas por mujeres (Rodríguez, 2011: 201). Fue en ese momento cuando el matrimonio empezó a funcionar no sólo como arreglo económico sino también moral y de separación étnica, más que de clase como lo fue en el caso europeo.

Las instituciones políticas y religiosas empezaron a intervenir para que se siguieran las nuevas pautas morales. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, las demandas de cumplimiento de promesa matrimonial se habían multiplicado y que por esto el Consejo de Indias prohibió aceptar a todo tribunal eclesiástico y secular demandas que no fueran acompañadas de promesas hechas por escrito. Desde entonces, las promesas íntimas de los enamorados llenas de gestos y ritos quedaron enmarcadas en el ámbito de la escritura (Rodríguez, 2011: 213); cartas de amor que se irán volviendo comunes en el siglo XIX. Los padres contaban con el derecho por ley del poder de veto sobre toda unión racialmente desigual, y con el poder de denunciar al tribunal eclesiástico y secular las promesas matrimoniales incumplidas. (Rodríguez, 2011: 208). Esto demuestra que las ideas sobre el matrimonio por amor aún estaban lejos de llegar al virreinato y con ellas, las del carácter y capacidad de compromiso de las personas como un asunto individual.

Consultando a Carmen Acosta (2011), la escritura de cartas contribuyó al desarrollo de la idea de la conciencia interior e individual. A esto se le debe sumar que, durante el siglo XVIII en Colombia, en especial en las ciudades, se fue formando la conciencia individual, que para el historiador Jaime Borja, tuvo que ver con la confesión individual, el examen de conciencia y la oración mental que caracterizó la *devotio moderna*, difundida y exigida por la iglesia católica en estas tierras (Borja, 2011: 178). Sin este tránsito hacia la experiencia de lo privado sería imposible comprender la forma como se adoptó en Colombia el modelo burgués de hogar, con sus ideales de vida privada, de intimidad de la pareja y las consecuentes figuras de la solterona y del solterón, siempre unidas a las ideas católicas de recogimiento, medida y celo religioso, mucho más que a las ideas de los derechos individuales o el desarrollo capitalista.

Empezando el siglo XIX, la desigualdad política que aludían las élites criollas respecto a las élites peninsulares, y la crisis económica de la corona y sus colonias era evidente:

La bonanza que vivió la economía de España y sus colonias en América, llegó a su fin por la invasión napoleónica en 1808. Los borbones habían hecho un gran esfuerzo para reducir la carga impositiva que golpeaba a los granadinos. El contrabando era casi una obligación ante las restricciones establecidas por la corona y representaba, aproximadamente, el 15% del comercio legal, lo que permitía comprar a ingleses, franceses y holandeses, utilizando el “camino de Jerusalén” que comenzaba en Riohacha y llegaba hasta Mompo, utilizando el oro en polvo que también se contrabandeaba en las minas, como sucedía con textiles, licores, calzado. Salomón Kalmanovitz ha calculado que el producto por habitante de la Nueva Granada era de 27 pesos plata contra casi 42 de México y que la Nueva Granada exportaba, para la misma época, 2 millones de pesos plata, cuando el Perú exportaba 8 y México 18, lo que habla de la pobreza de este reino. (Llano, 2010: párr. 7 y 8)

Durante los primeros veinte años del siglo XIX en Colombia, se vivieron las luchas por la independencia del dominio español. Las décadas siguientes se caracterizaron por las diferencias regionales y los choques entre los intereses de las diferentes élites, el centralismo y el federalismo fueron las ideologías políticas más predominantes que se enfrentaron por imponer su perspectiva acerca de un proyecto nacional y del valor acerca de la herencia económica, social e ideológica.

La realidad mostraba la continuidad de un orden social vertical bastante rígido, signado por la concentración de la tierra en latifundios y por el “dominio monopolístico de los recursos naturales” liderado por “terratenientes como grupo dominante, (...)”. Pese a los cambios previstos -y no previstos- de los procesos de independencia, salía a flote el arraigo social de los criollos a las antiguas costumbres y dinámicas coloniales. El discurso de la libertad, de la independencia y de la conformación de una nueva sociedad se veía en parte refutado por la continuidad en la práctica de los antiguos privilegios estamentales, pues se criticaba el dominio español sobre América, pero se protegía el dominio de los blancos sobre el resto de la sociedad, el cual se ejercía de hecho en la mayor parte del territorio (Landinez, 2019: 95)

Las regulaciones sobre el comportamiento matrimonial y sexual, sumado a las preocupaciones por hacer crecer las ciudades y con ellas hacer llegar la civilización, se enmarcaron en un proyecto primero independentista y luego nacionalista, caracterizados por el antagonismo entre dos bandos que se radicalizó por 100 años. Pese a esto, los cambios sociales y políticos tuvieron en común la preocupación por preservar e incluso aumentar los privilegios sociales, políticos y económicos de las élites criollas. Aunque cada discurso adquirió diferencias ideológicas, coincidieron en justificar las diferencias étnicas y de género a través de las ideas de civilización y desarrollo económico.

Después de la independencia, las instituciones ahora en poder de las élites, reprodujeron las tradiciones coloniales sobre todo en cuanto a la centralidad de las relaciones familiares y de la iglesia católica, junto con la segregación racial. Las élites ilustradas buscaron diferenciarse de los demás grupos sociales y así demostrar su capacidad para dirigir los destinos de la nueva república a través de un modelo de vida familiar y social que llamaron civilizado, letrado y moderno.

En la transición entre el siglo XVIII y XIX no se hablaba del complemento de la pareja, aunque las actividades fueran diferenciadas según el género. Al respecto Jaime Borja afirma que en el nuevo reino de Granada lo que se entendía por familia no era la familia nuclear. Era más bien una realidad compleja que existía y se entrelazaba con el amancebamiento, las madres solteras, viudas que dirigían y administraban los bienes y la moral de diferentes personas, familias extendidas polinucleares y la convivencia de personas sin vínculos sanguíneos. Al finalizar el siglo XVIII, una casa con varias familias era un rasgo común sobre todo de las familias mestizas (Borja, 2011: 187). Esta estructura se mantuvo por casi todo el siglo XIX, excepto en la capital, lugar en el que la élite empezó a cambiar la forma de entender la familia y el trabajo a partir de mediados del siglo XIX. De acuerdo con María del Pilar López (2011) las casas de las familias acomodadas empezaron a tener diferentes habitaciones, salas de recibo, salas de alcoba, oratorio, cuarto de baúles, en fin, cuartos especializados.

Durante todo el XIX aún eran frecuentes los grupos domésticos extendidos que abarcaban al grupo nuclear, a sus parientes y a sus descendientes. Las casas podían estar llenas de numerosas personas: los dueños de la vivienda, indígenas esclavos, parientes pobres e incluso a vagabundos. Se trataba de complejas unidades económicas y colaborativas, en las que se mantenían también el comercio, los talleres de platería y las carpinterías, entre otros. En los textos que se refieren al siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX no aparece ninguna referencia a las personas solteras y mucho menos a las solteronas o solterones. Es posible suponer que durante esta época, hombres y mujeres célibes hacían parte de estas unidades familiares extendidas y trabajaban en las actividades de producción económica.

Estas tradiciones familiares y religiosas coloniales se fueron fusionando y transformando con los ideales ahora diferenciados entre liberales y conservadores, acerca de la nación, la ciudadanía, la política económica y la religión. La real abolición de la esclavitud, el libre comercio, el poder de la iglesia católica y la libertad de culto, la aprobación del divorcio, del matrimonio civil y la educación pública y si se incluía en ella a las mujeres (Bermúdez, 1993, p.3), fueron asuntos que se debatieron y fueron modificando la composición familiar, junto a los roles de las mujeres y la estratificación social. Sin embargo, transformar las condiciones económicas pareció depender más de las presiones exteriores y las relaciones de dependencia que de un proyecto de grupo, las élites no contaban con los recursos materiales para lograr la revolución de las fuerzas productivas.

Diferentes autores y autoras (Acosta, 2011; Loaiza, 2009; Guzmán, 2014; Bermúdez, 1993; Vasco, 2017) coinciden en que las publicaciones se convirtieron en los idearios y las estrategias de divulgación de cada una de las posturas frente a asuntos como el comercio, la institución del matrimonio y la religión.

Para 1850, las élites escribían y publicaban para ellos mismos pues era importante mostrar que eran letrados, que eran herederos de la cultura occidental y que se diferenciaban del pueblo (Acosta, 2011; Mejía, 2011). Además, el analfabetismo era generalizado y adicionalmente Bogotá estaba aislada de Europa, incluso más que otras regiones del país, por lo que no llegaban tan fácilmente impresos de otras partes del mundo. La construcción del tren apenas era una idea, no se contaba aún con el telégrafo y la comunicación dependía de la navegación por el río Magdalena y de las mulas.

Diana Guzmán sostiene que los periódicos católicos de mediados del siglo XIX publicaron una serie de novelas por entregas de narraciones cortas para enfrentar las ideas ilustradas y liberales que pretendían disminuir el poder de la iglesia. Ella afirma que parte de la estrategia de la iglesia en estas publicaciones fue relacionarse íntimamente con los lectores, a través de temas referentes a sus prácticas privadas como la educación en el hogar y el comportamiento familiar (Guzmán, 2014: 49). La autora revela el modo en que la iglesia empezó a presentarse como madre devota y amiga incondicional, al tiempo que se presentaba al liberalismo francés como una muestra de barbarie y de ignorancia. La familia se mostraba como una unidad que debía enfrentar diferentes peligros, y las mujeres y los niños eran los ángeles designados para preservar los valores católicos.

Bermúdez señala que el liberalismo produjo nuevos puntos de vista sobre el deber ser de la familia que se adaptaron mejor al capitalismo, y la familia burguesa parecía ser un buen camino. Sin embargo, la centralidad del matrimonio no fue cuestionada ni por liberales ni por conservadores. Esto se reflejó en las publicaciones que invitaban a las personas a casarse y criticaban a quienes no lo hacían.

Guzmán trae a colación la narración publicada en el número 11 del 27 de mayo de 1865 de un periódico católico. La historia contaba con cuatro personajes: un solterón egoísta, un “fashionable”, un marisabidilla y un joven católico.

Los cuatro intercambian sus ideas e historias sobre el amor; para el solterón es cuento olvidado, para el Fashionable habla de una moda pasajera que puede cambiarse como un par de guantes, para el marisabidilla un conocimiento erudito y razonado; es el joven católico el que define el ideal del amor como “una entrega noble y pura, el reflejo del amor cristiano” (Madiedo, 1865:4). Más adelante cada uno de los personajes estará de acuerdo con el joven

católico y con las instrucciones que da a sus amigos: amar a una mujer virtuosa con la misma pureza con la que se llama a Dios (Guzmán, 2014: 50)

Pese a los intentos liberales de introducir la idea del matrimonio como un contrato civil, el matrimonio católico fue lo que se consolidó al menos como ideal y como otra forma de diferenciación étnica y de clase, pues como se puede inferir de la siguiente cita estaba lejos de convertirse en una realidad:

Alrededor de 1850 la capital era una ciudad en donde la mayoría de los habitantes permanentes eran mujeres. La razón principal que se aduce para explicar este hecho eran las frecuentes guerras civiles que generaban una mayor mortalidad y ausencia temporal masculina. El madresolterismo y las uniones libres eran usuales y, en el transcurso de los años que cubre este estudio (1863-1886), las familias que se organizaban alrededor del matrimonio católico eran una minoría. Es probable que en los sectores más pobres no se casarán por lo católico, entre otros factores, por los altos costos de la ceremonia y porque su interpretación de la organización familiar era diferente a la que tenía la élite. (Bermúdez, 1993: 6)

Esto se fortaleció en el periodo conocido como La Regeneración<sup>5</sup>, en el que se fueron disolviendo las posibilidades de un mismo reconocimiento de derechos del matrimonio civil, y del divorcio, y en el que se usó el discurso conservador acerca de los riesgos de que las mujeres participaran en asuntos políticos. La iglesia y las ideas conservadoras volvieron a fortalecerse. Himelda Ramírez señala que la iglesia recordó la terrible suerte con la que corrieron las mujeres criollas de élite que participaron en las luchas independentistas, juzgadas y condenadas por conspiradoras y agitadoras. Algunas fueron condenadas a muerte, desterradas, se les confiscaron sus bienes, sufrieron humillaciones públicas y fueron sometidas a desempeñar oficios sin remuneración como confección de uniformes para las tropas realistas, asistir a los heridos e incluso barrer las calles (2010: 377), para señalar que el trabajo femenino era una humillación y que el lugar de las buenas mujeres era el hogar alejadas de la vida política. Serrano y Mahecha, citadas por Ramírez, dicen que estas represalias surgieron del reconocimiento del poder de las mujeres y del peligro que significaba que algunas de ellas siguieran las ideas liberales y buscaran los mismos derechos de los varones.

La polarización de las ideas acerca de un estado laico, federalista y liberal o de un estado religioso, centralista y conservador que sumió a las élites liberales y conservadores

---

<sup>5</sup> Se trató de un movimiento político que unió a liberales moderados con conservadores moderados que lograron el poder en 1880. Impulsaron la redacción de una nueva Constitución que proclamó la religión católica como religión oficial de Colombia y frenaron lo que consideraban la crisis de un Estado laico. Se dice que con este gobierno empezó un régimen autoritario que ayudó a la consolidación del conservatismo, que luego llegaría y se mantendría en el poder por 44 años.

en luchas constantes y guerras civiles; una economía precaria y una estructura social heredera de las relaciones coloniales estructuradas sobre la sangre y los privilegios institucionales, se mezclaron con los discursos sobre los derechos individuales y la igualdad entre los hombres. Fue en este contexto en el que se absorbieron las ideas burguesas sobre el matrimonio, la familia y el celibato. Las figuras de la solterona y del solterón fueron una de las formas de persuasión para lograr que las personas y las familias se decidieran por el matrimonio por amor para toda la vida y tuviera un estilo de vida acorde con las ideas de modernización y civilización que se pensaban llevarían al país a integrarse al nuevo orden económico mundial y lograr así riqueza y desarrollo, punto de llegada común de las antagónicas élites criollas.

## 2.2 EL MATRIMONIO POR AMOR PARA TODA LA VIDA Y EL ESTEREOTIPO DE LAS SOLTERONAS Y DE LOS SOLTERONES EN LA BOGOTÁ DE FINALES DEL SIGLO XIX

Teniendo en cuenta los antecedentes descritos en el apartado anterior, el primer punto importante a resaltar son las diferencias entre Europa y Colombia acerca del contexto económico, político y religioso en el que aparece la idea del matrimonio por amor. En el país, la burguesía no era una clase que presionaba por cambios en los modelos económicos, políticos y sociales, sino que estaba formada por unas élites criollas que luchaban por la independencia del dominio español y que, luego, entre ellas se disputaron los privilegios, el usufructo del poder y, con él, los principios a seguir para mejorar las condiciones económicas y aumentar las riquezas, así como un lugar en las nuevas relaciones comerciales mundiales.

Estas élites se fueron representando como dos bandos políticos: los conservadores y los liberales. Ambos bandos tomaron en diferentes proporciones la herencia colonial, sobre todo el lugar privilegiado de la iglesia católica, y las ideas burguesas europeas. Con los gobiernos de los liberales radicales se abrió la puerta al matrimonio civil y al divorcio; sin embargo, este tipo de unión no parece haber tenido una total aceptación ni siquiera entre las élites liberales. Himelda Ramírez, historiadora colombiana, cita a Darlin Salcedo para afirmar que, las personas consideraban al matrimonio civil una categoría inferior y aspiraban en algún momento a sacralizar la unión. Además, las pocas mujeres y hombres que probaron el divorcio fueron excluidos y sancionados duramente (Ramírez, 2010: 380). Estas afirmaciones de Ramírez evidencian que el matrimonio católico fue el que se posicionó entre las élites, sin importar la ideología política.



No obstante, el matrimonio católico se ajustó a ciertas fuerzas. Por una parte, a familias más pequeñas, posiblemente por la presión y condiciones de vivir en las ciudades, y, por otra parte, por la necesidad de vincular el amor como un eje que no chocara con otros valores católicos, como el compromiso, el sacrificio y la caridad, sobre el cual erigir una familia.

Por esto, no es improbable pensar que en Bogotá y en Colombia sucedió algo similar a lo sostenido por Claudia Maia (2007) respecto a las solteras en Brasil. Según esta investigadora a Brasil migraron mujeres burguesas solteras para trabajar como amas de llaves e institutrices, sin embargo, afirma, la invención de la solterona, más que el efecto del desarrollo capitalista se trató de la construcción de mecanismos de control y coerción que buscaron promover y darle centralidad a la familia conyugal en el discurso de la modernidad en Brasil.

En Colombia y específicamente en Bogotá, no se trató como en Brasil, de un proyecto de modernidad burguesa, sino de un proyecto de modernidad de todas las élites criollas que a través del Estado y de los cambios de gobierno, desde el radical liberal, luego el de La Regeneración moderado, y finalmente, por el largo gobierno conservador, impusieron su visión modernizadora y civilizatoria.

El segundo punto para profundizar es la transformación del matrimonio católico de un modelo de familia extensa centrada en un *Paterfamilias* y en las casas como unidades económicas rurales hacia la familia conyugal, es decir una familia cuyo centro fue la pareja basada en la complementariedad entre el esposo y la esposa unidos para construir un hogar y una vida íntima.

Loaiza (2009) menciona que, como producto de la competencia cotidiana y sistemática entre los ideólogos del conservatismo, del liberalismo y de los artesanos, se consolidó el mercado literario. En 1860 se pasó del semanario al periódico de circulación diaria, se amplió el universo de lectores y escritores, y se disminuyó la tradicional preeminencia del libro católico. Para este investigador, a partir de ese momento se puede hablar de una modernización de la esfera de la opinión pública (Loaiza, 2009: 27). Desde 1867 los lugares públicos y privados de lectura se multiplicaron. Las tertulias, las tiendas y las posadas fueron lugares habituales de lectura y de conversación, de circulación de las opiniones y de estos nuevos ideales acerca del matrimonio y del amor. De esta forma, la literatura fue uno de los mecanismos que se usó para construir la nación, pero también se convirtió en fuente de entretenimiento, educación y divulgación de los ideales burgueses, interviniendo también en la consolidación de lo privado (Acosta, 2011: 91).

Las mujeres de élite leyeron novelas nacionales como *El doctor Temis* (1851), *Manuela* (1858), *La María* (1867), *Aura y las Violetas* (1887) o *Dolores* (1867) de Soledad Acosta de Samper. Pero parece que sobre todo se leyeron novelas extranjeras, en su mayoría francesas, como *Matilda* (1819), *Memorias de una joven* (1846) de E. Sué, o *Paulina*, de A. Dumas (1838), las cuales aparecen como historias de amor, aunque aún no del todo vinculadas al matrimonio. Juliana Vasco, en su artículo “Mujeres y obreros: los nuevos lectores de las dos últimas décadas del siglo XIX colombiano” afirma que este tipo de novelas ofrecían a las mujeres las pasiones que la religión no les permitía estudiar (2017: 83).

Con el tiempo la lectura de las novelas se hizo más común y popular, logrando un auge en la primera década del siglo XX. Hacia finales de siglo XIX, el aumento de la alfabetización femenina produjo que se desarrollaran las publicaciones dirigidas expresamente a las mujeres. Vasco también evidencia que entre los nuevos lectores de finales del siglo XIX y principios del XX se encuentran los obreros varones. Para los señores de la élite, el problema con los obreros y las mujeres era su falta de criterio, su carácter flexible y su imaginación débil (Vasco, 2017). Estas lecturas trataron de ser controladas tanto por las élites liberales como por las conservadoras (Loaiza, 2009: 46). La iglesia y las publicaciones conservadoras se preocupaban del tipo de literatura que deberían leer las mujeres.

Algunas novelas se consideraron peligrosas y nocivas como *Madame Bovary* (1856) de Flaubert, *Nana* de E. Zola (1880), *Marianne* (1875) de Jorge Sand, novelas que tienen en común protagonistas descritas como demasiado liberadas y autónomas. Advertían la prudencia que se debía tener frente a la educación del bello sexo. Así, en las publicaciones conservadoras, se señalaba para las mujeres la importancia de evitar el ocio y de centrarse en las labores del hogar, en la maternidad, en la caridad y en leer en familia. Por el contrario, en algunas publicaciones liberales se aconsejaba a las amas de casa a capacitarse, sobre todo por si quedaban viudas y huérfanas. La recomendación era que no se dedicaran en su tiempo libre sólo a orar, sino que se capacitaran, leyeran libros y que salieran a caminar. (Bermúdez, 1993: 122). Este contraste de ideales manifiesta el juego entre las ideas modernas venidas de la Europa Republicana y burguesa, y las reglas morales de base colonial y católica.

La familia conyugal se convirtió en la base para la constitución del modelo deseado de mujer que tenía que ver con ese nuevo papel de madre y esposa y de los discursos sobre la sexualidad de las mujeres (Maia, 2007: 43). Este modelo se exigió y se adoptó

especialmente por las familias de élite, aunque en el siglo XX se difundió por todas las clases sociales y pretendió implantarse entre los grupos indígenas y familias afrodescendientes.

Las labores de las mujeres dejaron de verse como un trabajo, ocultando su dimensión económica y empezando a valorarse como una actividad que no requería esfuerzo físico e intelectual, porque supuestamente se trataba del desarrollo de la naturaleza femenina.

Por ejemplo, en algunas publicaciones aparecen descripciones acerca de cómo el bello sexo ama de una manera diferente a los hombres. Se suponía que ellas eran más sensibles y tenían mayor capacidad de amar de un modo semejante al de Dios (Bermúdez, 1993), con lo que también se fue imponiendo la idea del bello sexo, del ángel del hogar y del ama de casa.

Bermúdez (1993) y Londoño (1995) coinciden en señalar que, en Colombia, para finales del siglo XIX, cada vez eran más fuertes las restricciones para que las mujeres de las clases acomodadas trabajaran fuera de la casa, convirtiéndolas en dependientes de sus esposos y, en el caso de las solteras, de sus familiares. Esto no puede hacernos caer en el error de presentar a todas las mujeres como recluidas en sus casas, puesto que para aquellas que no eran de las élites, como las mestizas pobres, las mulatas y las indígenas, el trabajo ha sido una actividad constante en la historia de Colombia. Desde la colonia, gran parte de las mujeres se dedicaron a la agricultura, a la producción doméstica de tejidos y a los oficios artesanales. En la ciudad era común ver a mujeres vendiendo productos agrícolas, sirviendo en las chicherías, transportando los cántaros de agua y trabajando en las casas de las familias pudientes, con lo que se puede concluir que la mujer siempre ha estado vinculada al mundo del trabajo (Reyes y Saavedra, 2005: 26). Solo de las mujeres de élite se esperaba que se convirtieran en esposas y madres, que fueran los “ángeles del hogar” y que no tuvieran que trabajar; expectativas que luego se convertirían en el modelo deseable de esposa.

Se entiende que la figura sobresaliente era la de la buena esposa y madre. La necesidad de que estas fueran las únicas ocupaciones de las mujeres permeó el pensamiento femenino, en especial de las mujeres de la élite y de aquellas que pertenecían a las clases medias en ascenso, que esperaban ser llamadas “señoras”. Este apelativo mostraba una separación de la clase y la etnia, pero también del estado civil, pues sólo las mujeres casadas pertenecientes a la élite merecían usar este término. Para distinguir a las empleadas domésticas de las “señoras” se les empezó a denominar “las muchachas”. A diferencia de las descripciones que encontré para el caso de Europa, por los altos costos parece que lo común era que las familias tuvieran una sola criada, que eran campesinas y otras esclavas libertas (Bermúdez, 1993: 80), a quienes al parecer se las clasificaba por su experiencia en

el oficio y por las personas con las que hubiesen trabajado. Se valoraba que ellas hubiesen tenido patrones diplomáticos europeos o que tuvieran buenas maneras y fueran limpias, pues se convertirían en la mano derecha de las llamadas “señoras”.

Siguiendo a Germán Mejía (2011), poco a poco las ciudades cambiaron, en especial la capital. Los procesos de diferenciación de clase y género empezaron a ser cada vez más visibles, y los de raza más invisibles, por ejemplo; los comerciantes adinerados y empleados del Estado empezaron a asociarse con una especie de burguesía criolla y a distinguirse por sus viviendas, por la ubicación de las mismas y por su entendimiento sobre el esparcimiento, el ocio, el gusto y la comodidad. Las élites deseaban que Bogotá se convirtiera en una ciudad moderna a través de la construcción de un núcleo financiero, comercio, hoteles, restaurantes, teatros, y por supuesto de una red de servicios públicos consolidada. Todo esto tomó casi ciento cincuenta años en hacerse realidad, en parte porque imponer estas nuevas condiciones en un país de enorme inestabilidad política y económica fue casi una utopía.

Para Susy Bermúdez (1993), en Bogotá, la asociación entre mujer y hogar no tuvo un cambio trascendental, sino que hubo un fortalecimiento de los valores de la religión católica a través de la perspectiva victoriana, de la radicalización de las actividades femeninas como un no trabajo, y de los controles sobre la sexualidad femenina, las responsabilidades de procreación y la crianza de los hijos. Bermúdez señala que:

La familia establecida a partir del matrimonio católico y “completa”, según la óptica de los letrados, estaba constituida por el padre, la madre, los hijos y las empleadas del servicio doméstico. En ocasiones vivían con ellos los padres de alguno de los esposos o alguna tía soltera (1993: 65)

Más adelante Bermúdez dice que, hablando de las mujeres solteras, “se esperaba que ayudaran en la crianza de sus sobrinos, y que velaran por sus padres ya viejos, ya que ellas no habían podido constituir su propio hogar” (1993: 132). En este contexto, se deduce que las mujeres que no eran madres ni esposas fueron encasilladas como solteras. No procrear y no conformar un hogar propio y tener un esposo que las sostuviera, las fue convirtiendo en una figura indigna y contraria a los deseos religiosos y sociales. Bermúdez continúa diciendo que “en el caso de que fueran solteras, la aspiración era contar con el afecto de otros familiares” (1993: 141). Para finales del siglo XIX, las familias habían cambiado, y una mujer que no se casara ya se veía como una persona frustrada que vivía con una carencia. El rechazo social y la poca tolerancia hacia otras alternativas de vida, en efecto, las sometía a enormes carencias. Ellas sólo podían aspirar a vivir a través de los logros y caridad de otras personas, en este caso de las que sí se habían casado.

Las mujeres de clase acomodadas con dificultades económicas no tuvieron la alternativa de trabajar. No hay menciones a la existencia de institutrices o amas de llaves que fueran solteronas de élite caídas en desgracia, como sucedió en Europa. Esto no quiere decir que ciertas familias en ascenso o ya acomodadas no tuvieran problemas económicos, pero lo que sí se puede decir es que la estrategia de las mujeres solteras de estas clases no fue trasladarse a vivir a las ciudades a vivir solas y buscar empleo.

No obstante, Ramírez sostiene que como consecuencia de la guerra de los mil días (1899-1902), algunas mujeres de élite y de clases medias en ascenso terminaron haciéndose cargo económicamente de las familias, asumiendo la administración de los negocios y otros trabajos productivos. Otras mujeres, por dificultades económicas recibieron la aprobación de sus familias para ayudar al hogar trabajando como costureras, preferiblemente como modistas y en repostería. Esto se justificaba porque se veía como una prolongación de las actividades que realizaban en el hogar (Ramírez, 2010; Bermúdez, 1993). El problema es que Bermúdez y Ramírez no especifican el estado civil de estas mujeres, lo que no me permite hacer comparaciones con Europa, en donde las solteronas fueron mujeres burguesas que se veían obligadas a trabajar y así pospusieron la entrada al matrimonio o se convirtieron en solteras permanentes.

Otro punto a señalar es el control sobre la sexualidad femenina que afectó tanto la figura de la esposa como la de las mujeres célibes. El amor y la fidelidad se señalaron como fundamentos del matrimonio, sobre todo para que pudiera durar para siempre. Sin embargo, se mantuvo la idea de que el matrimonio era sinónimo de sacrificio, sobre todo para las mujeres. Aunque se condenaba la infidelidad de hombres y mujeres el sentimiento de repudio iba dirigido sobre todo hacia la mujer infiel porque había mancillado la honra del hogar (Bermúdez, 1993: 54). En el caso de los hombres sólo era señal de debilidad, se menciona además que era común que los hacendados fueran infieles con mujeres campesinas en donde tenían sus tierras.

La antropóloga Virginia Gutiérrez encontró que este patrón se mantuvo durante la primera mitad del siglo XX. Incluso, muchos hombres solteros de clase alta de más de 40 años, vivían en sus haciendas, pero no se les consideraba como solterones porque en realidad estaban atados a una familia ilegítima. De hecho, tampoco querían casarse para no perder la libertad que este tipo de relaciones les permitía (2000: 178). En este sentido, Gutiérrez describe la poliginia del soltero, quien mantenía uniones libres y uniones maritales plurales sin que esto cambiara su estado civil de soltero (2000: 328). La prostitución solo aparece como un asunto a destacar en el siglo XX, lo que parece indicar una diferencia respecto a

Europa producto de la prevalencia en Colombia de una cultura rural, de una economía agraria y de tradiciones machistas de raigambre colonial.

La sexualidad femenina fue sometida a estrictos controles y por eso las solteras fueron necesariamente confinadas a ser vistas como mujeres dependientes, rezanderas y vírgenes, mientras que los solterones contaban con alternativas al matrimonio para tramitar sus afectos y sexualidad. La misma Gutiérrez, aunque refiriéndose a la costa Atlántica, señala que las mujeres de clase alta fueron las que se vieron forzadas a permanecer célibes porque la relación de facto u otro tipo de relación sentimental o sexual les estaba vedada a su categoría social, y después de cierta edad ese tipo de relación era la única puerta de escape a su soltería (2000: 277). En este sentido se entiende por qué la figura de la solterona se afincó más que la del solterón, en tanto que las mujeres no contaban con más opciones que las del matrimonio para gestionar su vida sexual.

De hecho, el solterón es una figura que parece empezó a usarse ya entrado el siglo XX en Colombia. Durante el siglo XIX en algunas publicaciones se invitaban a los hombres a casarse y criticaban a quienes no lo hacían. Al respecto Bermúdez menciona que

Los varones solteros, llamados solterones fueron centro de crítica en ciertos periódicos, de hecho, se establecieron tarifas tributarias diferenciales para ellos y corrían un mayor riesgo de tener que prestar el servicio militar (Bermúdez, 1993: 7)

Como la petición formal de matrimonio debía ser una iniciativa masculina, era necesario que ellos tomaran la decisión de casarse y de hacerlo con la mujer indicada. Los periódicos les insistían a los varones la importancia de constituir una familia a través del matrimonio mostrándoles sus beneficios y las desventajas de la soltería (Ramírez, 2010). A diferencia del cuento de Andersen cuya moraleja es que la soltería de Antón lo llevó a morir solo y sin cuidados, de acuerdo con Bermúdez, en Bogotá las advertencias se referían a que solo los casados pagaban menos impuestos y se les eximía prestar el servicio militar, ventajas que no tenían los hombres solteros. En este marco, las mujeres solteras ya llamadas solteras, eran vistas como mujeres dependientes de la caridad de sus familiares, chismosas, rezanderas y solitarias. Aunque existía preocupación por la soltería masculina, esta no estaba estigmatizada y, por supuesto, no tenía las implicaciones de control sobre la sexualidad ni era impedimento para tener independencia económica.

Por otro lado, para finales del siglo XIX y principios del XX es posible afirmar que el matrimonio católico era el hegemónico, pero había incorporado los ideales de esposo y esposa con responsabilidades, roles y deberes radicalmente diferenciados. Además, las familias empezaron a entenderse como familias más pequeñas que debían tener una vivienda

propia en la cual construir una vida alejada del mundo de lo público. Con particularidades regionales, se habían unido dimensiones étnicas, religiosas, políticas, emocionales, de clase y de género en la institución del matrimonio católico por amor para toda la vida.

Dicho de un modo un tanto escueto, en Colombia el matrimonio católico por amor para toda la vida apenas si fue una estrategia de una clase en ascenso, puesto que las condiciones económicas del país pusieron a las élites a arañar las riquezas y a buscar los privilegios del poder a través de la apropiación del Estado. La iglesia católica reguló las ideas sobre la autonomía individual y moral imponiendo los valores cristianos, que no creían posible regularse por la razón, sino continuar obedeciendo las leyes de dios, que eran las de la iglesia. Lo que sí se reguló fue la sexualidad de las personas aprovechando los nuevos discursos del amor. El respeto por la vida privada de la familia, el reconocimiento de la valía personal por el comportamiento decoroso y la división sexual del trabajo extremaron la interdependencia entre hombres y mujeres. Estos fueron los elementos que se tomaron del modelo burgués sobre los cuales se empezó a transformar la ciudad.

El dinero se sumó a la sangre, las élites se apropiaron del poder político, económico e ideológico ahora sin la intermediación de la corona española, y se conjugaron con parte de la ideología del matrimonio burgués, con el matrimonio católico y las ideas sobre la modernidad como civilización. Como se verá en el próximo capítulo, rápidamente este modelo criollo se fue modificando producto de las exigencias y estrategias de expansión del capitalismo industrial mundial.

### 2.3 EL MODELO DE MATRIMONIO CATÓLICO POR AMOR PARA TODA LA VIDA Y SU SOLTERONÍA NO LOGRARON UNIVERSALIZARSE EN COLOMBIA

Ni la *solteronía* ni el modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida lograron universalizarse en el país. Tal como afirma Virginia Gutiérrez en la ya mencionada investigación *Familia y cultura en Colombia* (2000), durante la primera mitad del siglo XX la diversidad de familias siguió siendo lo común: el amancebamiento, el concubinato, la poliginia, el madre-solterismo y los hijos ilegítimos, y las familias extensas que convivían. Ella también describió las diversas estrategias familiares frente a los cuidados y necesidades económicas que no se restringían a la interdependencia de la pareja conyugal. Por ejemplo, en Santander un varón que se casaba, si tenía suficientes recursos, podía tener derecho de acoger a sus hermanas solteras y a cuidar a su madre viuda, así como acoger a otros parientes (Gutiérrez, 2000: 184). En otra de las regiones, la Andina, cuando alguna mujer de clase

media era madre soltera, el hermano y los tíos solteros contribuían voluntariamente al sostenimiento de los hijos. (Gutiérrez, 2000: 86).

No obstante, Gutiérrez también señala que el matrimonio católico en algunas regiones sí se convirtió en la meta a alcanzar. Las familias y comunidades presionaban a las personas para que cumplieran con este deber y, quienes no lo hacían, eran vistos con desaprobación y extrañamiento. Refiriéndose a la zona antioqueña sostuvo que si un varón no se casaba en el tiempo “normal” era mirado con especial resentimiento por toda la sociedad, sobre todo si no se trataba de incapacidad económica. “El que permanece célibe está negándose a los valores colectivos, es una rama muerta de la comunidad, una flor sin semilla, una fruta vana, cómo explica el habla de la montaña” (Gutiérrez, 2000: 416).

Aunque las prácticas familiares concretas siguieron siendo diversas, desde el punto de vista ideológico el matrimonio católico por amor para toda la vida se impuso como valor colectivo, siguiendo a Gutiérrez, al menos en las ciudades de la zona antioqueña, Santander y Cundinamarca, a la que pertenece Bogotá. Este modelo de matrimonio se convirtió en símbolo de autoridad masculina para cualquier varón, de protección para las mujeres y de civilización para las élites. Afirma Gutiérrez que casarse era fundamental para que los hombres demostraran su capacidad de autoridad, mientras que para una mujer era sinónimo de protección afectiva, económica y de respaldo social (2000: 186-187).

En la única región en la que Gutiérrez hace referencia a las figuras de las solteras y solterones es la zona antioqueña. La antropóloga menciona que se exacerbó la virginidad femenina porque encarnaba un régimen de seguridad doméstico, cuyo quebrantamiento acarrearía la quiebra de la moral, la destrucción de los canales normales de realización cultural de la vida adulta y la pérdida de la opción para llegar a la meta normal de esposa (2000: 385). Asevera que no se aceptaba el celibato femenino,

porque se convierte en un peso muerto dentro de la familia, y ella se ve como un elemento pasivo porque no logró ser esposa que era la única finalidad. Estas mujeres nunca obtenían ser vistas como mayores de edad pues siempre eran objeto de celosa vigilancia, si sus padres morían debía buscar refugio en los hogares de sus hermanas casadas (Gutiérrez, 2000: 418)

Para Gutiérrez, el contexto de este régimen es una sociedad profundamente religiosa y conservadora. Ser solteras y beatas era lo mismo, ya que muchas de ellas terminaron ayudando en las iglesias y en beneficencia, y a veces se convertían en líderes sociales de su comunidad. Según Gutiérrez, las solteras eran exaltadas como buenas tías, pero tildadas de vivir en amargura por su no realización familiar, de ser agresivas, chismosas, y dañar la armonía social (2000: 420). Aunque en el texto no se menciona, seguir las normas, en este



caso de recato y beatitud, podría señalarse como una forma de escapar al estigma y de tener un rol legítimo en la sociedad.

Respecto a la soltería masculina, Gutiérrez dice que en esta región los solterones también eran varones muy “rezaderos”. La diferencia es que cuando un hombre renunciaba a casarse, la comunidad pensaba que se trataba de homosexualismo activo o potencial, de integración de hogares ilegales, o de rebeldía y falta de respeto hacia sus padres. Por supuesto había una excepción, se aprobaba la soltería masculina cuando se trataba de seguir la vocación religiosa o porque era necesario cuidar a la madre viuda o a las hermanas solteras. En muchos casos se trataron de solterías temporales, pues luego estos hombres contrajeron matrimonios tardíos (Gutiérrez, 2000: 417).

Esta referencia al celibato masculino permite señalar que, durante la primera mitad del siglo XX, aunque se hablaba del matrimonio por amor, las familias, en especial los padres seguían siendo la autoridad que aprobaba o no las uniones, y no casarse o no hacerlo “bien” era sinónimo de desobediencia al padre. En segundo lugar, que la soltería masculina permanente solo se establecía cuando el varón ya era muy mayor. Tal vez tuvo más poder e instaló más temor el hecho de ser señalado de homosexual que de solterón. Es decir, que al menos en la región antioqueña, para los hombres la heterosexualidad se demostraba a través del matrimonio, mientras que para las mujeres el matrimonio legitimaba el ejercicio sexual.

En términos generales, de acuerdo con la investigación de Gutiérrez en todas las regiones los hombres no necesitaban legitimar su sexualidad, mientras que las mujeres sí. Aunque siguieron existiendo diversas familias, aquellas fundadas bajo el matrimonio católico eran el modelo utilizado para advertir que las personas en ciertas regiones, o de ciertas etnias o condición económica tenían sexualidades incivilizadas, sus prácticas de pareja o familiares fueron señaladas de promiscuas e ilegales y se utilizaron como explicación de exclusión de sus precarias condiciones económicas y sociales. Por tal razón, la unión libre, el matrimonio civil, el madresolterismo y la soltería nunca fueron contempladas como alternativas por las familias adineradas. Los hombres casados y solteros de élite pudieron tener diferentes familias, pero siempre bajo el manto de un matrimonio católico que era el legítimo y con las debidas normas de ocultamiento para las otras parejas o familias que construyeron; recordemos la `poliginia del soltero´ descrita por Virginia Gutiérrez.

El matrimonio civil no logró posicionarse como un matrimonio digno puesto que los valores católicos continuaron guiando la vida social y política, y no los de los derechos

civiles, tal y como se puede advertir en el concordato de 1887 que tuvo casi el mismo poder que la Constitución de 1886.

La República unitaria, centralista y clerical defensora de la tradición y el orden matrimonial elevó el derecho de familia al nivel de legislación de orden público con la firma del Concordato, implicando con ello la constitucionalización de los asuntos domésticos y familiares. La iglesia se constituyó en un Estado mayor en el interior del propio Estado colombiano con privilegios supraconstitucionales, por ende, carentes de control jurídico (Moreno, Londoño y Rendón, 2015)

En su artículo sobre el concordato de 1887, Fernán González (1993) se refiere a la iglesia católica como una de las instituciones que se posicionó en contra del progreso moderno, reaccionó contra las ideas de la revolución francesa, de las ideas burguesas y de la concepción que proponía de individuo. Fue intransigente frente a las ideas liberales por su asociación con las luchas contra la unidad italiana, el laicismo de los republicanos franceses y el anticlericalismo de los liberales españoles. González continúa afirmando que

En Hispanoamérica, el problema empeoraba por la estrecha relación que había existido entre el Estado español y la Iglesia católica durante los tiempos coloniales y la preponderancia de la Iglesia en la sociedad de las nacientes repúblicas hispanoamericanas. Este peso social de la Iglesia representaba problemas para los estados en formación, como el colombiano, que trataba de extender su autoridad sobre una nación en proceso de integración, pero que carecía de recursos fiscales y de personal suficiente para hacer presencia a todo lo largo del país. En cambio, la Iglesia gozaba de mayor legitimidad y autoridad en el conjunto de la población, lo mismo que de mayores recursos económicos y de personal, que le permitían una mayor cobertura del territorio nacional. (González, 1993, párr. 4)

Este acuerdo entre la Iglesia católica y el Estado colombiano reconoce que la religión oficial del país es la religión católica y, en consecuencia, el Estado se compromete a protegerla y a otorgarle el libre ejercicio de su autoridad espiritual y de su jurisdicción eclesiástica. Siguiendo el texto de González, tres asuntos son destacables: primero, la exención de impuestos a los templos, seminarios y casas cúrales y episcopales; segundo, la imposición de los dogmas y moral católicos para organizar la educación en universidades y escuelas, impidiendo, incluso, la divulgación de ideas contrarias al dogma católico; y tercero, los efectos civiles del matrimonio católico que según González, llevó a la promulgación de la ley 54 de 1924 conocida como la Ley Concha, que estableció que era necesario renunciar a la fe católica para casarse por lo civil.

Para González, “Este control de la educación y de la familia significa un cierto regreso a la situación de la que había gozado durante la colonia, pero con la ventaja de que ahora la Iglesia era más independiente frente al Estado” (1993). Hay que añadir que fue hasta 1973 que se firmó un nuevo concordato entre Colombia y la iglesia católica que derogó entre

otras cosas la Ley Concha. En 1992, a la luz de la constitución de 1991, la Corte Constitucional declaró inviables más de la mitad de los artículos del concordato del 73, sin embargo, “hasta hoy en día en la doctrina colombiana, entre los representantes de la ley constitucional e internacional no hay acuerdo con respecto a la viabilidad del Concordato y su Estado” (Osuchowska, 2016).

En un país en el que la religión católica se había impuesto y practicado durante casi tres siglos es comprensible que muchas personas decidieran casarse por lo católico, y no enfrentarse a ser señaladas de ignorantes, inmorales y apóstatas por promover otros tipos de unión. Lo importante es resaltar que el modelo como práctica no se universalizó, pero sí la exclusión y discriminación directa y vedada de otras formas de pareja, de familia y de estilos de vida. Esto produjo profundas brechas entre hombres y mujeres, entre personas casadas por lo católico y por lo civil, entre personas casadas y personas solteras, así como entre las prácticas culturales de las élites, otros grupos étnicos regionales, y los sectores pobres.

No obstante, otro imaginario empezó a diseminarse desde las élites, sobre todo liberales: la semántica del progreso, en palabras de Santiago Castro-Gómez. Este autor, refiriéndose al impulso al capitalismo en Colombia durante 1920-1930 dice: “diversos actores sociales empezaron a identificarse imaginariamente con un estilo de vida capitalista para el cual no existían todavía las condiciones materiales. Es en esta identificación que se van formando los “sujetos” que harán posible que el capitalismo se convierta luego en la forma hegemónica de producción en Colombia” (2009: 26).

En Bogotá, ciudad en la que se concentra la investigación de Castro-Gómez, empezó un proceso de transformación, sobre todo de la subjetividad de los habitantes dirigida a promover las capacidades civilizadoras del libre mercado y de las ventajas de la modernidad y de la exaltación del trabajo. Era un momento en el que se veía necesario abandonar la herencia colonial, la producción preindustrial centrada en el agro para acelerar el movimiento de mercancías y el comercio, y así cambiar el estilo de vida y, por lo tanto, los deseos de toda la población. Como el país y la ciudad no contaban con los recursos necesarios para modernizarse era urgente atraer la inversión extranjera de capital. Afirma Castro-Gómez que para la instauración del capitalismo industrial en Colombia fue necesario, entre otras cosas, la escenificación y promoción de las imágenes del progreso que “desencadenan identificaciones y produjeron el deseo de materializar unos estilos de vida funcionales al capitalismo” (2009: 56).

Ni los conservadores, ni la iglesia pudieron oponerse completamente al capitalismo industrial, pues el progreso material se fue posicionando como sinónimo de progreso moral

de la humanidad (Castro-Gómez, 2009: 69). Ciertos objetos que se producían en las fábricas, empezaron a tener el valor simbólico del tipo de sujeto que la modernidad industrial necesitaba crear (Castro-Gómez, 2009: 75). Con todo esto también llegaron los discursos sobre la mujer moderna, mujer educada en los ideales del progreso (Castro-Gómez, 2009: 91), lo mismo con los obreros. Pese al control que la iglesia ejerció fue inevitable la educación femenina y de las nacientes clases obreras, y posteriormente la incursión de las mujeres de élite en el mundo del trabajo remunerado, “al igual que ocurrió con las mujeres, las movilizaciones de obreros acompañaron inevitablemente a los procesos de industrialización en Colombia” (Castro-Gómez, 2009: 94)

Fueron varias las mujeres de élite las que, gracias a la educación recibida, pero también de la experiencia adquirida en los proyectos de beneficencia, terminaron incursionando en los ámbitos públicos, lo que luego llevó a que asumieran de manera voluntaria la administración de instituciones, principalmente relacionadas con la protección de la infancia y la familia (Ramírez, 2010). Myriam Báez (2002) afirma que la preparación académica terminó ampliando el campo laboral de las mujeres, pudiendo acceder a oportunidades salariales y, por lo tanto, a la autonomía económica en áreas como la telegrafía, la docencia y luego, en el área comercial como vendedoras y administradoras de pequeños negocios. Solo los ciudadanos que eran los varones mayores de 21 años podían desempeñar cargos públicos. El acto legislativo 1 de 1936, que aprobó que las mujeres desempeñaran empleos públicos, es manifestación de que cada vez era más común que las mujeres trabajaran en el sector público.

Toda la primera mitad del siglo XX se vivió como el verdadero proceso de urbanización e industrialización, con el que creció la clase obrera y por supuesto, las mujeres obreras. Especialmente en Medellín, Bogotá y Cali esto significó una posibilidad de trabajo diferente al servicio doméstico para las mujeres que migraron del campo a la ciudad. Pero no fue Bogotá sino Medellín la primera ciudad colombiana en convertirse en el escenario de la actividad fabril (Castro-Gómez, 2009: 107). Adriana Serrano (2010), en su investigación “las solteras obreras”, señala que, en 1933, al dueño de una empresa de textiles llamada Fabricato se le ocurrió crear el internado para obreras dirigido por las Hermanas de la Presentación, el cual “ofrecía protección moral, alojamiento y alimentación a precios bajos, con lo que se facilitaba el ahorro de las obreras, y, garantizaba al patrón la formación de empleadas sumisas” (Serrano, 2010: 474). Diez años después, la fábrica abrió una política de vivienda para otorgar préstamos para adquirir casa propia. Una de las condiciones para

trabajar en la fábrica, vivir en el patronato y adquirir el préstamo de vivienda era que las mujeres fueran solteras.

Ahora bien, es claro que tampoco podían admitirse mujeres de dudosa conducta moral. De hecho, el reglamento permitía excluir a las obreras que quedaran embarazadas, que decidieran casarse o, incluso, a aquellas cuyo comportamiento moral denotase cierta laxitud en cuanto al tema sexual se refiere. Luego, si querían permanecer en la empresa, recibir la oportunidad de acceder a los préstamos [sic] de vivienda y contar con el salario que las constituía como aportantes de su grupo familiar, las obreras no se podían casar, no podían quedar en embarazo, no podían tener amante o relación alguna que implicase actividad sexual socialmente reconocida. En suma, para conservar su puesto, las obreras de Fabricato tenían que permanecer hasta su jubilación como “hijas de familia”, esto es, como solteras. (Serrano, 2010: 476)

Para el caso de estas fábricas y de estas solteras obreras, lo que la autora quiere demostrar es que “la primera incursión de las mujeres en el sistema industrial no obedece a una lógica de revolución y de búsqueda de independencia. Todo lo contrario, es el resultado de una clara sumisión y de un compromiso total con un proyecto común” (Serrano, 2010: 479). No obstante, Serrano advierte que esto solo se logró con las primeras generaciones de las obreras de Fabricato. Posteriormente, las obreras permanecieron menos tiempo en la empresa y en ese sector de producción, se alejaron de sus familias de origen y se casaron. Gracias a esta investigación, puedo afirmar que para 1933, ya se pensaba en el país que la familia era un obstáculo para el trabajo femenino, lo que representó una enorme contradicción pues, por un lado, se necesitaba del trabajo femenino y por otro, se quería difundir un modelo de familia basado en el control de la sexualidad femenina y de su circunscripción al hogar y, en consecuencia, su exclusión del trabajo remunerado. En este contexto, aunque la figura de la solterona se expandió por todas las clases sociales, se trató más de un discurso de control y distinción de las élites, que de una realidad que encarnaran las mujeres obreras e incluso las mujeres de clase media.

Esto no quiere decir que no haya tenido efectos reales sobre la vida de personas concretas. La figura existió y algunas personas, en especial de las clases acomodadas, vivieron y experimentaron sus vidas a partir de las exigencias de esta identidad: religiosidad, castidad y dependencia económica. No obstante, este proceso tomó décadas y se fue superponiendo a otras realidades. Gracias al trabajo de Gutiérrez (2000) puedo sostener que para 1950 en el país ya se había consolidado la figura de la solterona como una mujer amargada, dependiente y rezandera; y del solterón como un hombre solitario, triste, rezandero y seguramente con alguna mancha en su reputación.

Pese a la existencia de personas solteras, ya señaladas como solteronas, en el país la soltería nunca llegó a percibirse como un problema o angustia social (Lenoir, 1993), en el país se trató más del proceso de apropiación y adaptación de un modelo por parte de diferentes sectores interesados en promover sus ideologías morales, económicas y políticas, tal y como se ha venido exponiendo desde el capítulo anterior. No obstante, esta ideología moralista basada en los valores cristianos, que renegaba de la modernidad y que incluía el modelo de matrimonio católico para toda la vida basado en la radical diferencia de funciones entre esposo y esposa, empezó a chocar con las ideas acerca del progreso capitalista que se veía como la vía urgente para enfrentar la crisis económica, social y política que enfrentaba el país. En este panorama, es plausible afirmar que apenas se logró la consolidación ideológica del matrimonio católico por amor para toda la vida y su contraparte la soltería, empezó a enfrentar fuertes críticas y contradicciones.

El capitalismo industrial requería que las personas pudieran tomar decisiones individuales como consumidoras, lo que implica necesariamente, por un lado, tener el deseo de adquirir y, por otro lado, los recursos para adquirirlos. Las ideologías del bienestar y del consumo requerían posicionarse por encima de las del esfuerzo y el triunfo de la voluntad individual por encima de la fe y la sumisión (Villadiego, Bernal y Urbanczyk. 2006: 162). Esto fue transformando la idea de castas que separaba a las personas entre las capacitadas para la civilización y las ignorantes; entre quienes podían tomar decisiones y los que no. En otras palabras, ya se estaba poniendo en entredicho las diferencias radicales entre hombres y mujeres, entre quien debía trabajar por un salario y quien no, y entre ricos y pobres. La distinción poco a poco dependería más de los artículos que se poseían que de las actividades realizadas o el estado civil. Castro Gómez señala que las élites empezaron a abandonar el centro de la ciudad y a moverse y construir nuevos barrios “lo que aquí estaba en juego era la escenificación de un estilo de vida burgués, en el que el dinero —y ya no solo el linaje— se constituye en el indicador que hace posible el ‘pathos de la distancia’ frente a la ‘plebe’, La vieja sociedad de castas se articula con la nueva sociedad de clases” (2009: 110).

La ciudad se “modernizó”, aunque lentamente, y lo importante en este proceso era promover un “estilo de vida cosmopolita” o por lo menos que lo pareciera. Las élites se preocuparon por difundir el buen gusto, la higiene, la decencia y el patriotismo, fomentar el sentimiento de lo público y lograr que todas las personas se identificaran con los ideales modernos burgueses (2009: 115). Así, durante toda la primera mitad del siglo XX, las personas que vivían en la ciudad, dedicadas a diferentes labores y con diferentes niveles de

riquezas empezaron a desear más objetos, creando las condiciones para el surgimiento de nuevas fábricas, más tratados comerciales y una gran movilidad social.

En esta cruzada fue central la aparición y consolidación de la publicidad, eje central en el impulso de la modernidad entendida como producción de trabajadores y trabajadoras y de consumidores y consumidoras. Fue impulsada en la década de los veinte por la expansión imperial de las industrias estadounidenses en América Latina (2009: 195), con el objetivo de “expandir la hegemonía económica y cultural de Estados Unidos y de Europa, a través del patrocinio de sus empresas a la actividad publicitaria” (Villadiego, Bernal y Urbanczyk. 2006: 162). La publicidad tenía un fuerte componente cultural pues enfrentaba el reto de cambiar las mentalidades tradicionales de una sociedad basada en vínculos sociales orgánicos, así como las ideologías de la iglesia y de una aristocracia terrateniente cuya visión del mundo y de la vida eran en gran medida feudales, y, por lo tanto, obstáculo para promover el consumo (Villadiego, Bernal y Urbanczyk. 2006). Ser modernos empezó a significar una serie de tensiones entre consumir, tener un estilo de vida parecido al europeo y norteamericano, pero mantener la moralidad, la tradición y la herencia colonial y republicana.

Hay que recordar que la figura de la solteronía, una forma particular de significar la soltería, apareció en Europa junto con el surgimiento de la clase burguesa, de la urbanización e industrialización, contexto en el cual el individualismo burgués se expandió gracias a que se controló socialmente a través del matrimonio por amor. En Bogotá no se calcó el modelo de matrimonio burgués para toda la vida europeo y su solteronía, pero sí fue una ideología que tuvo fuerza y se expandió y adaptó a una sociedad con otras características. Una sociedad en la que la estructura de clase se unió con la estructura de castas (Castro-Gómez, 2009) y en la que religión, con altos y bajos y aunque con transformaciones, siguió siendo guía moral fundamental, permeando las concepción y vivencia de la autonomía personal. Las élites y la iglesia católica le tuvieron más miedo a la igualdad que a la libertad de las personas, pues la fe religiosa y la herencia colonial fueron garantía de sumisión.

En Europa, el matrimonio burgués significó una alianza de clase y una estrategia para limitar la libertad masculina. En Bogotá, debía ser católico para ser aceptado, pero pudo imponerse como ideal que significó la reproducción de la élite que se promovió a sí misma como el modelo de civilización, modernidad y con la capacidad de dirigir la nueva nación. La diferenciación radical de los roles de género mantuvo en gran parte la herencia patriarcal colonial, pero promovió la sociedad del trabajo para las élites. Se impuso una nueva masculinidad ya no basada solo en el poder y el apellido sino también en el trabajo, es decir,

intentar asemejar el estilo de vida local al estilo de vida burgués ayudó a introducir a Colombia en el capitalismo.

En Europa, la soltería después de cierta edad, y especialmente en las mujeres, se entendió como un defecto de las estrategias de una clase en ascenso, por lo tanto, era algo que causaba vergüenza y había que evitarlo a través de la figura de la solterona, es decir, de la estigmatización de las mujeres de esta clase social que vivían solas y trabajaban. El crecimiento de Bogotá fue lento y el fenómeno de las mujeres burguesas que vivían solas y dependían de sí mismas, cuyas familias tenían quiebres económicos, nunca sucedió. El cambio de la economía junto a la migración a la ciudad, sobre todo por la ideología de que las mujeres no debían trabajar sino solo casarse, convirtió el celibato femenino en una carga económica y social. A las solteras se les empezó a llamar solteronas sino se casaban antes de los 30 años, y como se les negó trabajar y cumplir algún rol en las casas, se les asignó las tareas de rezar y de colaborar en actividades de beneficencia, es decir que pese a los cambios políticos y económicos que se vivían y a las ideologías venidas de Europa y Norteamérica, la iglesia logró encargarse de reglamentar los cambios tanto en el matrimonio como en la soltería.

No fue un tránsito fácil. Todo esto creó enormes tensiones: la superposición de la estructura de castas con la de clases, una ciudad pobre tratando de parecer moderna, un país y una economía rural tratando de industrializarse, un mercado que pedía incluir a las mujeres como consumidoras y la iglesia católica oponiéndose a la modernización. Siguiendo a Castro-Gómez, parte del movimiento de las mujeres no fue solo de carácter político sino también estético. Nuevas representaciones de lo femenino relacionadas con la forma de vestir, de peinarse y de caminar, que se mostraban como sinónimo de fuerza, belleza, autonomía y modernidad, en otras palabras, “con su identificación con el orden simbólico de las mercancías” (2009: 225).

Parte de esto transformó los imaginarios relativos a la conquista, al romance y al potencial sexual. Las mujeres y los hombres podían mejorar y desarrollar diferentes estrategias de conquista. El amor y el éxito sexual empezaba a aparecer como parte de los éxitos individuales, al lado del éxito social, económico y empresarial (Castro-Gómez, 2009). El mercado ya contaba con productos que ayudaban a las personas a “parecerse” al modelo de candidata y candidato ideales para el amor, el romance y el sexo. Personas modernas, bellas, con objetos que mostraban su distinción y su carácter.

No quiere decir todo esto que la estructura social en Colombia se dirigiera hacia el bienestar general. Se trató más de la promoción de la idea de bienestar, pues lo que se fue



consolidando fue “una estructura social crecientemente excluyente —en términos de condiciones de vida, y de derechos políticos— que, (...) por miedos políticos, se distanció de la posibilidad de consolidar un mercado de masas; factor que, según la historia de los países modernos, ha sido fundamental para el industrialismo” (León Palacios, 2002).

Los cambios políticos necesarios para los cambios económicos y sociales se fueron dando lenta y, en muchos casos, violentamente. Sin embargo, como la iglesia y las élites, tanto liberales y especialmente conservadoras temían al socialismo y a que los trabajadores y mujeres se alejaran de los valores y de la estructura católico-colonial, fueron apoyando y ajustando sus ideales a ciertas luchas obreras y sociales. Castro-Gómez dice que “fue la coexistencia no contradictoria entre una moral católica en lo privado y la ética capitalista del trabajo de lo público lo que permitió que sectores poderosos de la iglesia se integraran al proyecto biopolítico de gestionar la población” (2009: 131). Los cambios, las noticias y estilos de vida promovidos por el capitalismo industrial produjeron la presión y la necesidad de que los gobiernos y las elites aceptaran la lucha social como dinámica constitutiva del capitalismo moderno y aprobaran leyes en pro de unas mejores condiciones de vida para otros grupos sociales.

Afirma Norma Villareal, historiadora colombiana, que hacia 1920 “a Colombia estaban llegando los ecos de la agitación feminista que se venía dando en otras latitudes alrededor de los derechos políticos, de las condiciones de educación, salud y trabajo de las mujeres, la necesidad de una reforma moral” (1994: 66). Sostiene que este discurso fue divulgado especialmente por las mujeres de los sectores medios y altos porque la actividad intelectual de ellas ya era socialmente aceptada. “El cultivo de las artes y de las letras, era parte del atractivo que se otorgaba a las mujeres: un adorno más. A través del ejercicio intelectual, las mujeres se pensaron como seres excluidos de las grandes decisiones; y desde este campo, en que eran valoradas, comenzaron su crítica” (Villareal, 1994: 67).

Una de las primeras reformas legales importantes respecto al lugar de la mujer casada frente a su esposo fue la Ley 8 de 1922, que cambió el artículo 182 del Código Civil vigente según el cual la mujer casada no podía sin autorización del marido, celebrar contrato, aceptar herencia, donación, adquirir, enajenar, hipotecar o empeñar algún bien (Villareal, 1994: 72). Luego en 1932, se consagró el reconocimiento de los derechos patrimoniales femeninos, dice Villareal que entre los motivos para aprobar tales cambios no sólo estuvieron presentes, razones de: “tipo humanitario, sino la evidente necesidad de incorporar a la mujer al proceso capitalista, en vía de expansión en el país” (1994: 72).

Para la década del cuarenta ya se registran en la historia del país diferentes reivindicaciones de grupos de mujeres desde los barrios, las fábricas y medios de comunicación dirigidos específicamente a mujeres. En este periodo algunas mujeres ingresaron a la educación universitaria y ya era evidente la presión para lograr el derecho al voto. Para las feministas, el voto era un problema de autonomía como persona y ciudadana; su carencia significaba que otros seguirían pensando por ellas y que sólo les quedaría la obediencia (Villareal, 1994: 96). El voto femenino se aprobó en 1954, pero solo se ejerció en 1957. Aunque Norma Villareal enfatiza en que la consecución del derecho al voto no significó mayor participación de las mujeres en los partidos políticos o en el Estado, es posible suponer que después de los cambios señalados durante los primeros casi sesenta años del siglo XX en Colombia, hubo pervivencias y transformaciones en las representaciones sobre lo femenino, sobre la familia y sobre la soltería.

En síntesis, la burguesía en Colombia fue sobre todo un ideal, así como el de ser un país rico y desarrollado. En la modernidad colombiana, la familia y los roles de género construidos por la clase burguesa europea apenas si fueron un modelo cuya referencia se asociaba al desarrollo. Aquello que se pretendió unir en el matrimonio burgués y su transformación criolla, sexo, amor, economía, moral, sentimientos, alianzas de clase y división sexual del trabajo, nunca ocurrió plenamente en Colombia. La vinculación al capitalismo industrial, a la ideología burguesa con su modelo familiar y a las ideas democráticas y de igualdad, adquirieron un matiz particular tanto por la cultura colonial que se arrastraba, como por la forma de vida rural imperante, la impronta católica y la pobreza.

La conciencia del cambio, posiblemente más fuerte que el cambio mismo, era más rica en contenidos simbólicos que en transformaciones materiales. El cambio era vivido por la clase en el poder como su transformación de criolla en burguesa. Crearse para sí, afanosamente, una conciencia burguesa y un estilo de vida burgués sería la tarea cultural de la generación del medio siglo. Sin embargo, la tarea de esta emergente clase de terratenientes convertidos (por obra de las circunstancias) en burócratas y comerciantes iba a encontrar un límite casi infranqueable tanto en la precaria riqueza material como en la indigencia espiritual a la que ineludiblemente los sometía un pasado de colonizados. Era esta, por cierto, una burguesía solo a medias, pobre en medios y pobre en espíritu. Jamás hubo en Colombia los niveles de acumulación que se presenciaron en Perú, Chile o Bolivia" (Bejarano, 2016: 295)

Sostener que la mujer no debía educarse ni trabajar, y usar el matrimonio como limitación de la nueva libertad y autonomía masculina no fue la estrategia que llevó a la constitución y consolidación de una clase burguesa; esa no fue la necesidad histórica del país. La autonomía durante la república se refería al derecho de autogobierno, posteriormente fue inevitable terminar articulados desfavorablemente al capitalismo

moderno, específicamente al industrial. El matrimonio burgués fue absorbido primero por el matrimonio católico, admitió el amor como uno de sus fundamentos, pero pronto el amor también quedó alterado por el mercado. La sociedad del trabajo y la libertad individual en el país se mezclaron con los ideales del deber patriótico y de la fe católica, del esfuerzo y del sacrificio; difícilmente en una sociedad rural con una fuerte herencia colonial y republicana, el trabajo podría haberse convertido en un fin en sí mismo (Castro-Gómez, 2006).

Desde la segunda mitad del siglo XX en Colombia se experimentaron profundas transformaciones. Se debilitó la radical sanción social frente al divorcio y a las relaciones sexuales fuera de la unión conyugal. La incidencia de la iglesia católica en las decisiones del Estado empezó a desvanecerse. El trabajo asalariado femenino fue cada vez más común o para ser más precisos reconocido, y el matrimonio católico dejó de ser el único proyecto de pareja con aceptación social. Solo después de la década del sesenta el ideal del matrimonio católico por amor para toda la vida empieza a perder prestigio, por ende, otros tipos de unión y la soltería, prácticas que como se mencionó siempre estuvieron presentes en la historia de Bogotá, empezaban a adquirir un nuevo valor simbólico.

#### 2.4 LAS PERSONAS SOLTERAS EN EL SIGLO XXI NO SE IDENTIFICAN CON LA SOLTERONÍA

El modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida se fue hegemonizando, pero no así el correlato de la soltería como solteronía. Este modelo de matrimonio continuó con su proceso de institucionalización en el sentido de habilitarse como ideal a través del sistema jurídico que como vimos incentivaba este modelo a través de los concordatos y a la vez desestimulaba el reconocimiento de la unión libre y del divorcio, pero otros procesos transcurrían paralelos modificando profundamente las prácticas reales conyugales y la forma de experimentar la soltería. Voy a presentar a los y las protagonistas de esta investigación evidenciando que no se autodescriben como solterones y solteronas y resaltando algunos de los procesos que sostienen dicha desidentificación.

En primer lugar, se constata que en tres generaciones las figuras de la solterona y del solterón pasaron de ser figuras a la que se teme a ser apenas conocida. Muchas personas de mi generación, nacidos en la década de los setenta, escuchamos de nuestras madres dos expresiones con las que explicaban su crianza y el imperativo de casarse: “se va a quedar para vestir santos” y “la va a dejar el tren”. Ambas expresiones hacen referencia a las desventajas y peligros de quedarse solteras y convertirse en solteronas. Recién empezaba a

pensar en esta investigación, le pregunté a mi madre si alguna vez pensó en no casarse. Sin pensarlo ni un segundo me dijo que no, que esa opción nunca se le pasó por la cabeza. Lo que ella y su familia esperaban era que inmediatamente saliera del colegio se casara. Y así lo hizo, justamente porque no quería vestir santos. Mi mamá nació en 1946 y yo en 1973, 27 años de diferencia y de grandes transformaciones. Diferente a lo que mi madre narraba, cuando estaba terminando mi bachillerato nunca sentí que lo que seguía era casarme, y tampoco le oí a alguna amiga que eso fuera lo que “le tocara”. Tampoco recuerdo que se hablara de las mujeres solteras mayores de 25 años como solteronas, aunque en casi todas las familias extensas hay alguna tía o tío solterones.

Quise entonces indagar en otra generación y le pregunté a María José, mi sobrina de 25 años, si había escuchado la expresión “se va a quedar para vestir santos”, me contestó de inmediato que la había escuchado en una canción de Shakira que se llama *Pies descalzos*, de 1995. Ella se acordaba de toda la canción, cantó “Usa medias veladas y corbata en las fiestas. **Las mujeres se casan siempre antes de treinta.** Si no vestirán santos y aunque así no lo quieran...”. Le pedí una interpretación del fragmento. Me contestó que Shakira hace un listado de deberes y resalta convenciones sociales que se deben seguir, pero que pueden ser criticadas y no cumplirse, “ya nadie tiene que volverse monja porque no se casa antes de los 30 años [añadió] Debió ser una época muy extrema en la que ponían a elegir entre matrimonio o convento”. Me sorprendió que fuera la única referencia que María José tuviera acerca de este dicho. En efecto, ella que nació en 1991, relacionó este asunto con otra época. Genoveva coincidió con María José en asociarlo a otra generación, esa imagen que ya no tiene que ver con sus vidas.

Genoveva y yo nos conocimos en la universidad. Nuestras vidas eran diferentes, yo estaba divorciada y tenía un hijo de tres años, trabajaba y estaba ahorrando para irme de la casa de mi papá. Genoveva tenía 19 años, era menor que yo, vivía con sus padres y apenas si había tenido un novio. Nos hicimos amigas tal vez porque habíamos estudiado en un colegio privado y de monjas, y porque para ser miembros de una universidad pública aparecíamos frente a los demás como demasiado neutrales políticamente hablando. Cuando empecé esta investigación en el 2015, nuestra amistad ya llevaba más de veinte años.

Por razones laborales Genoveva vivió un tiempo fuera de Bogotá. Aprovechando que ella me estaba hablando de cómo le había ido con sus papás que acababan de ir a visitarla, le pregunté si su mamá le había dicho alguna vez que se iba a quedar para vestir santos. Respondió que no, que la preocupación de su mamá respecto a que su hija fuera soltera era sutil o por lo menos no pasaba por ese tipo de refranes. Analizamos lo que quería decir este

dicho, entonces ella dijo “La presión social e interna que he sentido por ser soltera no tiene que ver con que me vaya a ‘quedar para vestir santos’ porque de virgen ya no me queda nada. No soy muy católica que digamos y siempre estoy ocupada con algo. Casi siempre con trabajo”. Es una perfecta síntesis de la distancia que Genoveva siente respecto del dicho y del estereotipo.

Genoveva no se identifica con una sexualidad prohibida y reemplazada por una devoción religiosa, y su trabajo remunerado se presenta como eje central de su cotidianidad. La pureza femenina no es requisito indispensable para que las mujeres de las clases acomodadas puedan casarse. Ser soltera tampoco es sinónimo de no tener en qué ocupar su tiempo y de que el ocio femenino sea visto con recelo. Para Genoveva es claro que nada de esto tiene que ver con ella. Son cambios notables en los aspectos económico, sexual, moral y laboral de la vida de una mujer soltera entrando a sus cuarenta años.

Un punto de coincidencia entre diferentes académicos es que la difusión de los métodos de planificación y el movimiento feminista, particularmente la liberación sexual de las mujeres produjo enormes cambios en las formas de entender y experimentar la vida sexual (Giddens, 1998; Gordon, 2002; Illouz, 2012). Uno de ellos es que el matrimonio dejó de ser la única opción legítima para tener relaciones sexuales y para que las mujeres conocieran su sexualidad (Coontz, 2006). En consecuencia, este fue uno de los aspectos que alteró la soltería, singularmente al celibato femenino, que rompió el lazo obligado entre soltería y castidad.

Concretamente, en Bogotá los métodos de planificación son cada vez más difundidos y son más económicos. Torres M. y González P. (2009) afirman que, el uso de los anticonceptivos orales combinados en la ciudad —las píldoras— han estado disponibles por cerca de 50 años, es decir desde 1960, y que las estadísticas demuestran que su uso se ha generalizado con los años. Esto se logró, dicen los autores, gracias a que en 1965 se creó la asociación Probienestar de la familia colombiana —Profamilia— que tenía como objetivo contribuir a la reducción de la fecundidad. Los autores sostienen que a mediados de los años sesenta y hasta la mitad de la década de los 90, el país presentó una caída espectacular en los niveles de fertilidad pasando de siete a tres hijos por mujer (2009: 177).

Creo relevante reproducir tres datos de este artículo: Primero, que es posible establecer una relación positiva entre el nivel educativo de las mujeres y su conocimiento sobre métodos anticonceptivos, lo que explicaría en parte las diferencias en las tasas de fertilidad entre mujeres con altos y bajos niveles educativos. Segundo, que Bogotá es uno de

los lugares en Colombia en el que se observa un mayor nivel de uso de los métodos de planificación. Tercero, citan el informe de Profamilia del 2005 en el que se afirma que tanto las mujeres no casadas, pero sexualmente activas (el 81%), como las mujeres casadas (78%) utilizan en un alto porcentaje métodos de anticoncepción. Esto concuerda con el estudio *Percepciones del uso de anticonceptivos en Bogotá, 2009* de Gómez y Pardo (2010) que señala que las mujeres encuestadas entre los 18 y los 45 afirmaron que la píldora y los inyectables sí representan una protección segura para evitar los embarazos y como protección contra infecciones de transmisión sexual.

La información de estos dos estudios hace plausible decir que en Colombia la planificación familiar se ha dirigido sobre todo a las mujeres. Además, que las mujeres en Bogotá, sobre todo aquellas con cierto nivel educativo, conocen y usan los métodos de planificación familiar y de prevención de enfermedades de transmisión sexual. Finalmente, que cada vez más mujeres están interesadas en tener control sobre su sexualidad, lo que se traduce en control sobre el número de hijos que quieren tener, además de prever que a lo largo de su vida tendrán diferentes encuentros sexuales, así como diferentes parejas sentimentales.

A Luciana la conocí en uno de mis trabajos, dos años antes de empezar mi trabajo de campo. Al principio parecíamos no tener nada en común, no solo por nuestros estados civiles y diferencias de edad, ella nació en 1984, sino también por nuestras posturas religiosas y políticas. La percibí entonces como una mujer incansable en el trabajo, decidida y sistemática, seria y disciplinada. No recuerdo en qué momento nos fuimos haciendo tan cercanas y empezamos a hablar de feminismo, de ética y política, a formar parte de los mismos equipos de trabajo y a darme cuenta de que para ella la lucha de las mujeres por la igualdad es una lucha diaria. Se siente heredera de los logros de los colectivos feministas.

Suele hacer muchos chistes respecto a su soltería y cuando le pregunté qué opinaba del estereotipo de la solterona, me contestó que el feminismo la salvó de serlo: riéndose me dijo que ella era un revuelto, porque era muy católica, pero esto no impedía que saliera y tuviera parejas; a veces busca marido desesperadamente, alguien con quien casarse y al mismo tiempo no quiere casarse. No viaja mucho, prefiere estar cerca de sus padres. Le gusta ver películas piratas porque adora estar en su casa. Con algunas de sus parejas ha sentido tensiones producto de que para ella no suelen ser su prioridad. Luciana está a punto de terminar de pagar su apartamento y de graduarse como doctora en humanidades.

Vemos así que el uso de los métodos de anticoncepción va de la mano de los cambios que las mujeres empezaron a gestionar en sus vidas y de las exigencias políticas y sociales

que comenzaron a hacer. Durante los ochenta y las décadas siguientes los colectivos y grupos feministas crecieron en número y en participantes por todo el país; de hecho, el Primer Encuentro feminista de Latinoamérica y el Caribe se realizó en Bogotá en 1981, y uno de los ejes temáticos fue sexualidad y vida cotidiana.

Según relata Cristina Suaza (2009), en su libro *Una crónica del movimiento feminista en Colombia de 1975 a 1982*, finalizando la década del setenta se vivió en las principales ciudades del país la emergencia de diferentes colectivos feministas, algunos independientes y otros adscritos o absorbidos a los diferentes partidos políticos. El tema de la sexualidad se abordó desde diferentes asuntos como el aborto, la anticoncepción, la esterilización forzada, el deseo y el erotismo femenino, la separación entre reproducción y sexualidad, la violencia sexual, el lesbianismo, la educación sexual, la maternidad, el derecho a decidir sobre los cuerpos, entre otros. Existieron diversas posturas y tensiones entre estos grupos, en especial entre quienes creían que el trabajo consistía en alcanzar cambios cotidianos y más personales, y quienes pensaban que la ruta era el trabajo político masivo para lograr una transformación social radical. Otras mujeres, por su parte, le apostaron a la vía de los partidos políticos o de la academia. Para Suaza, lo más importante era desarrollar autoconciencia, redes entre mujeres y experiencias de vida comunitarias.

Si comparamos a Luciana o a Genoveva con Rosita, la protagonista de la obra de Lorca, ¿tendrían algo en común? Ni Luciana ni Genoveva dependen de un hombre para tener independencia económica; ambas han trabajado incluso desde antes de terminar sus carreras; y su trayectoria educativa no solo muestra el ingreso de las mujeres a la educación secundaria sino a la universitaria y, en el caso de ellas, a un programa de doctorado. Han tenido varios tipos de relaciones de pareja, nunca pensaron que debían mantenerse vírgenes hasta el matrimonio y usan algún método de anticoncepción; no viven paranoicas ni perciben que la gente se burle de ellas en la calle porque son solteras; no han “perdido su color” como *la Rosa Mutabilis* y, por el contrario, tienen múltiples proyectos profesionales, sentimentales y existenciales.

Se han transformado entonces los significados y urgencia del matrimonio, así como los imaginarios y formas de experimentar la soltería femenina, alejándola de la solteronía, al menos en estos aspectos. Recordemos que las relaciones sexuales y la procreación solo estaban permitidas al interior del matrimonio, y este además resolvía que las hijas no fueran una carga económica para sus familias. En un nuevo contexto, algunas mujeres han logrado independencia económica y sexual y por eso no sienten la premura y necesidad de contraer nupcias.

Illouz argumenta que en el centro de la maquinaria capitalista se introdujo la mercantilización del sexo y de la sexualidad. Por tal razón, la sexualidad se distanció de la reproducción, del matrimonio y de los vínculos estables. La cultura consumista ha sido eficaz en sexualizar las relaciones y los cuerpos, por lo que las normas y prohibiciones tradicionales se van dejando de lado y se abre paso a la autoridad proveniente del psicoanálisis y de la psicología. El mensaje de la psicología, sostiene Illouz, se fortaleció con la revolución cultural y sexual que impulsó el movimiento feminista en la década de 1960 (2012: 66). Por supuesto, Bogotá está inmersa en las redes de la maquinaria capitalista y de esta forma de comercialización del sexo. Sin embargo, como voy a explicitar a lo largo del texto, Alexander, Genoveva, Luciana y Pedro experimentan profundas tensiones y complejidades resultantes de la pugna entre esta mercantilización de la sexualidad y las ideas tradicionales sobre ella provenientes del siglo XIX, y que se extendieron a través de la educación religiosa que recibieron.

A Pedro lo conocí porque fue el novio de una conocida, nos volvimos amigos por el gusto que compartimos por el teatro y el cine. No nos vemos mucho, pero al menos una vez al año nos encontramos para “ponernos al día”. Cuando le pregunté si me podía ayudar con la investigación no lo noté muy entusiasmado, sin embargo, con el tiempo empezó a mandarme correos electrónicos y a contestarme los mensajes que le enviaba al celular. De las cuatro personas solteras protagonistas de esta investigación, él fue con el que menos veces me reuní, como dice Pedro, por culpa de su trabajo. Es un hombre callado y muy reservado. Durante el trabajo de campo me confesó que estaba yendo a donde una psicóloga que le había puesto de tarea hablar más con sus amigos y amigas. Yo era una de las elegidas. Empezó a contarme de su familia, y en general de su pasado y un poco de sus emociones. Yo hice lo mismo. La investigación nos volvió más amigos.

Tiene un muy buen sueldo y por eso se da muchos lujos, como él mismo dijo. Salir del país una vez al año, comprar libros, mimar a su papá y comprar tecnología. A veces se describe como un adolescente porque le gusta ir al gimnasio y competir en videojuegos. En uno de nuestros encuentros le pregunté por sus prioridades, me contestó que eran su trabajo y su papá. Que estaba intentando cuidarse más a sí mismo e intentar divertirse y tener ratos de ocio con más frecuencia. Mencionó que le gustaría intentar una relación de pareja más duradera, pues siente que profesionalmente puede, en sus palabras, “bajarle al acelerador” entre otras cosas porque ya terminó de pagar su apartamento. Le pregunté si alguna vez le habían dicho que era un solterón. Riéndose me contó que una tía le decía “mi solterón más cotizado”.



Claudia: ¿te sientes como un solterón?

Pedro: ¡Jamás! Eso suena a viejo, malgeniado y solitario. Tal vez solitario un poco, pero no soy ni un poco de mal genio.

Claudia: ¿egoísta o libertino?

Pedro: Con la plata para nada, casi ni ahorro y me encanta invitar sobre todo a mi papá a diferentes sitios. Tal vez egoísta con mi espacio y mi tiempo, el trabajo me absorbe, pero eso me gusta. Y libertino para nada, ni siquiera más joven, no sé, en eso soy serio. Tal vez en la universidad, en esa época si tomaba casi todos los fines de semana

No se ve a sí mismo como un Gedeón, egoísta que ahorra cada centavo y que depende del cuidado de una criada para comer o mantener la ropa y el apartamento arreglado. Me consta el esmero con que decoró su apartamento y la rutina diaria que tiene para arreglarlo.

Alexander nació en 1966. Es profesional y en el 2015 montó su propio negocio. Lo conocí en el año 2000 porque en ese momento era compañero de trabajo de mi pareja. Ha salido con varias de nuestras amigas y ha sido novio también de algunas de ellas. Él suele molestarnos porque no entiende cómo llevamos tanto tiempo viviendo juntos y nosotros a él por su rechazo a vivir con alguna pareja. Alexander no nació en Bogotá, pero desde que se independizó de su padre y de su madre vive ahí. Sus ingresos son estables, una de sus preocupaciones es mantener su autonomía y por eso, intenta vivir austeramente, a veces lo han tildado de egoísta y él reconoce con orgullo que sí lo es. Hemos reflexionado acerca de que la gente cree que él no tiene mayores responsabilidades y que con lo que gana es suficiente. Alexander está de acuerdo con que gana lo que necesita y por eso se mide en lo que gasta. No está de acuerdo, con que no tenga responsabilidades, él se siente completamente comprometido con su empresa, sus empleados y sus clientes, y con sus padres, cuando estos aún vivían.

Alexander ama viajar solo. A él como a Genoveva también le dicen que es extraño que le guste viajar solo, le preguntan si no se aburre, ante lo que él se ríe porque dice que lo que le aburre es cuando viaja acompañado, excepto cuando viaja con un grupo de turistas bajo su cuidado. En una entrevista me contó que algunas personas le han dicho que no entienden por qué es soltero, si él es un buen partido: profesional, empresario, maduro. Riéndose me dijo que otras piensan que es solitario, callado y poco sociable, intentando explicar su soltería.

Pedro y Alexander se alejan de la figura del solterón porque no sienten que su soltería haya sido una desventaja; su independencia ha incluido su capacidad para cuidar de ellos mismos: cocinan y limpian su apartamento, y no se sienten desamparados como Antón o

Gedeón porque han contado con sus familias. Además, dicen ellos que intentan vivir austeramente para tener ahorros para momentos de crisis.

Los solteros y solteras que entrevisté no se auto identifican con Rosita y Emma o Antón, Gedeón y Mauro Pareja. No hay murmuraciones, no son severos, ni anticuados ni mojigatos. Tampoco son ridículos, amargados o exiliados del amor. A pesar de que la soledad a veces no es fácil, no es una soledad dolorosa. No dependen de sus padres y madres, y aunque cuenten con ellos, no se sienten como una carga social ni familiar. No son un proyecto fallido y no sienten que son presa de un destino trágico. Su sexualidad es socialmente reconocida. Tampoco son libertinas, ni tienen vidas disipadas.

A este respecto existen nuevos estereotipos contemporáneos, al menos del cine y la televisión, entre los que creo que ya es lugar común hablar de la serie *Sex and The City*, los cuales podrían hacer parte de lo que la investigadora británica Tuula Gordon llama el nuevo estereotipo de las solteras urbanas glamorosas (2002: 52): mujeres solteras exitosas profesionalmente y autónomas económicamente. Este éxito se ve empañado por el fracaso en el amor; las cuatro amigas de la serie se la pasan tratando de equilibrar su vida sexual y sentimental, compartiendo los sufrimientos del amor y buscando el amor real (Vega, 2019). La serie no es tanto sobre la soltería sino sobre la amistad, las relaciones de pareja y la búsqueda de sentirse satisfechas (Vega, 2019). Algo muy similar sucede con *Bridget Jones* quien, aunque no es tan exitosa profesionalmente, goza de autonomía económica, pero detesta su soltería y cree que su infelicidad se debe a no haber encontrado al hombre de sus sueños. Una amalgama de ideales.

Para el caso masculino, aunque no encontré figuras tan célebres, creo que se pueden identificar en películas comerciales dos estereotipos muy relacionados entre sí en los que pervive la idea de que la soltería masculina es sinónimo de vacío existencial por desconocimiento del amor: por un lado, el soltero inmaduro y mujeriego como John Bennet y su oso viviente en *Ted* (2012), o Tripp en *Novia por contrato* (2006) quienes finalmente se enamoran y deciden dejar su soltería, porque conocer el verdadero amor transforma a los hombres haciendo que se den cuenta de que su vida de solteros es libertinaje y superficialidad y que deseen dejar esa vida por una trascendente gracias al amor y el matrimonio.

Por otro lado, se encuentran los hombres solteros que deciden aceptar responsabilidades porque sin esperárselo deben cuidar de un niño o niña, como Sonny el protagonista de *Papá genial* (1999), el músico Louka que debe hacerse cargo de Kolya, en *Kolya* (1996), o Will el soltero de la película *About Boy* (2002). En estos casos la familia los transforma y encamina sus vidas hacia el amor y el altruismo, dándose cuenta de que siendo

solteros eran egoístas y se dirigían a ser solitarios y tristes, a pesar de tener vidas profesionales muy satisfactorias. Aunque, el personaje de Charlie Harper en *Two and a Half Men* parece ser el soltero contemporáneo por definición, por su desfachatez, promiscuidad y egoísmo, justamente ahí se puede percibir la pervivencia de las desgracias del soltero: un hombre que ni siquiera es capaz de percibir el sin sentido de su vida cuyo único acto de amor es recibir a su hermano y a su sobrino. La única forma de sostener al personaje es mostrarlo como un oligarca contemporáneo, que sobrevive por su ignorancia y superficialidad, de lo contrario intentaría darle “sentido” a su vida. Todos estos personajes masculinos son felices hasta que se dan cuenta que su felicidad es superficial e incompleta.

La soltería femenina y masculina de estos personajes, aunque se ha extendido más de lo esperado, es aceptada, promovida y exhibida como la época para disfrutar de la vida, divertirse con amigos y amigas, experimentar con varias parejas y conocerse a sí mismos, manifestaciones de una transición hacia nuevos significados de la soltería, pero profundamente vinculada a entenderla como tiempo de transición. Esta etapa suele verse como un rehuir a las responsabilidades, nunca se muestra que su éxito profesional o independencia económica sea posible porque son responsables, sino que esta solo aparece cuando el amor los hace cambiar y madurar, sea el amor hacia una mujer o como consecuencia de tener que cuidar de un menor. Sin perder de vista las diferencias debido al género de estos personajes, se constata que el imaginario es que la soltería es necesariamente un momento de transición mientras el verdadero amor se presenta y nos vuelve responsables porque el trabajo y la existencia se vuelca hacia una pareja o un hijo (a).

Según los nuevos estereotipos, la soltería se mantiene atada a la frustración y a una vida incompleta a pesar del acceso, fuera del matrimonio, a las esferas sexual y sentimental. Estas esferas se posicionan como las fuentes centrales de la realización personal, mientras que la dimensión laboral y las trayectorias profesionales parecen no ser suficientes. Volviendo a mis entrevistados, Genoveva y Luciana no se perciben como solteronas, ni Alexander y Pedro como solterones. El matrimonio católico por amor ya no es la única alternativa legítima para acceder a ámbitos como el laboral, el sexual, el moral, el sentimental, el económico y el social de la vida, por lo tanto, la soltería ya no es solteronía en el sentido de no significar la exclusión tajante y explícita de estas esferas. Ya no hay dependencia económica de las mujeres, ni exigencias de mantener una familia para los varones; la sexualidad puede ejercerse fuera del matrimonio y la formación de las mujeres ya no genera temor. Ninguno de los cuatro entrevistados representan una carga económica o moral para sus familias. Pese a esto, en sus creencias, experiencias y deseos se manifiestan

las tensiones y ambigüedades producto de las expectativas acerca del amor, el trabajo, el éxito profesional y la realización personal, cuestión que abordo a lo largo de la investigación.

Devolvámonos a lo que Luciana estaba narrando cuando hablamos del momento de mayor presión. Aunque en ella persistía la idea de que había un momento en el que debería haberse casado y encontrado el hombre ideal para hacerlo, experimentó que una vez pasó de la edad del “debería”, empezó a conocer diferentes personas, se enamoró varias veces, dejó de sentirse inmadura y descubrió lo importante que era su proyecto profesional y sus padres. A partir de esto, la idea de los rieles fijos del tren y de un orden preciso en el que se pasa de la familia paterna al matrimonio y de ahí al desarrollo de la vida laboral queda en entredicho. Los itinerarios de Luciana se parecerían más a viajes en avión, pues son frecuentes, van en diferentes direcciones y a mayor velocidad que los trenes. No existen rieles y lo más importante es el destino. Viaja varias veces, ensaya, algunas veces por razones de trabajo y otras por motivos personales. Cuando Luciana centra sus relatos en la soltería como si ya fuera definitiva, la temporalidad que predomina está mucho más relacionada con lo transitorio, mientras que, si la centra en su soltería como algo transitorio, inmediatamente aparece una temporalidad lineal en la que se siente presionada y angustiada.

Algo similar sucede con Edith, una de las jóvenes solteras entrevistadas, y Pedro, que cuando hablaron de sus proyectos profesionales y existenciales concluían que querían hacer muchas cosas, viajar, conocer gente y arriesgarse a intentar cosas que aún ni se les ocurría hacer, “a veces siento que el tiempo no me alcanza”, dijo Pedro. La temporalidad para ellos implica velocidad, Illouz destaca que “el ideal de la autorrealización afecta la capacidad y el deseo de proyectarse en una línea recta y continua” (2012: 136). No obstante, en otras ocasiones Pedro mencionó que tener una relación más estable con alguien era algo que le haría sentir más tranquilidad y quitarle esa sensación de estar buscando con quien salir.

La soltería vivida por ellos y ellas es una experiencia de tiempo diferente asociada a velocidad, frecuencia y variedad, y cada vez más alejada de una percepción de lentitud y linealidad condensada en la idea del tren. No obstante, en la preocupación de casarse parece que el tren siguiera siendo la forma predominante de entender la trayectoria de vida, seguramente debido a que la trayectoria hegemónica se percibe como seguridad y certeza. Kinereth Lahad afirma que gracias a la sociología del tiempo sabemos que las nociones del tiempo rigen e informan sobre los significados sociales (Lahad, 2012: 4). Por ende, la coexistencia de estas dos dimensiones socio-temporales de la soltería señalan el carácter multívoco de la soltería femenina y masculina en relación con el ámbito que se investigue:

el mundo laboral, la esfera sentimental, la sexualidad, los lazos familiares o de amistad, y al interior de estos los roles esperados, el género y la edad de las personas. Estas esferas y roles constituyen el posicionamiento discursivo de las personas solteras y, de esta manera, el constructo social de la soltería.

Las preguntas que articularon el contenido de las siguientes páginas fueron acerca de las condiciones para acceder a estos ámbitos, las estrategias para reconciliar las distintas expectativas y la transformación de las imposiciones sobre las personas solteras en el escenario formado por la permanencia del modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida como ideal, el desvanecimiento de las figuras del solterón y de la solterona y la consolidación del capitalismo y sus variaciones sobre el consumo y las ideas de realización personal.

Estos dos grupos de experiencias, por un lado, las derivadas de las expectativas y trayectorias del mundo laboral, profesional y educativo, y por otro, las del mundo afectivo, evidencian que los condicionamientos estructurales se han transformado, y parte de las expectativas también, pero estas pueden superponerse o convivir con expectativas del pasado, en particular con los ideales del matrimonio por amor para toda la vida. En este sentido, puede ser de utilidad la explicación de Giddens respecto a que los actores pueden manipular la estructura parcialmente (Giddens, 1984: 61), dando cabida a la coexistencia de, por un lado, las expectativas y acciones tendientes a anhelar el amor romántico como el amor verdadero, en el que se identifica un mecanismo de reproducción de la institución del matrimonio por amor para toda la vida, y por otro lado, las expectativas y acciones que critican tal institución y, como consecuencias buscadas y no buscadas, los nuevos significados atribuidos a la soltería, a las relaciones de pareja y a la individualidad.

Lo interesante de introducir la comprensión de Giddens es que permite ver la soltería no como falta de consenso social, sino como el cruce de acciones que generan la estructura social (García, 2009). Este carácter cíclico entre las acciones, expectativas y condiciones estructurales permite entender el cambio necesariamente como proceso de transformación y no como rupturas radicales. No obstante, la pugna entre expectativas no puede enmarcarse solamente como un choque entre un marco experiencial tradicional y el marco de la modernidad como lo ve Giddens (1997). Las nociones de simultaneidad y de posibilidades constantes coexisten y se integran con las ideas de “únicas veces en la vida”, de “para toda la vida” y de una trayectoria rígida.

En síntesis, en Colombia el matrimonio burgués y su solteronía adquirió matices al haber sido apropiado por la iglesia católica y por las élites criollas, tanto liberales como

conservadoras, que imaginaron que si lograban reproducir ciertos comportamientos burgueses insertarían al país a la modernidad y al capitalismo industrial. En el país las figuras de la solterona y del solterón se usaron como estereotipos negativos para promover el matrimonio católico por amor para toda la vida, que se universalizó más como ideal y diferenciación de clase que como una práctica social generalizada. Este modelo de matrimonio, aunque hegemónico, en menos de 60 años empezó a ser duramente cuestionado y las figuras de la soltería comenzaron a desaparecer, justamente por el fortalecimiento del capitalismo y de las ideas de modernidad. Como hipótesis, el matrimonio por amor pervive, junto con la ética del trabajo, pero ahora disputan los significados de la libertad, la autonomía y el individualismo con las lógicas del mercado y de la sociedad entre iguales que ayudaron a consolidar.

La soltería ha adquirido nuevos significados, en la medida en que ha cambiado lo que se espera de un individuo a lo largo de su vida y el lugar que tiene el estado civil en estas expectativas. En este sentido, se acrecientan y complejizan las versiones acerca de cómo debe ser y vivir una persona para que sea socialmente aceptable, además del lugar fundamental del estado civil en estas versiones.

### 3 LA SOLTERÍA TEMPORAL COMO APUESTA SOCIAL: LA PRIMACÍA DE UN PROYECTO DE REALIZACIÓN PERSONAL

Además de entrevistar a Genoveva, Alexander, Pedro y Luciana, también conversé con Juan Francisco, Keni y Diego amigos de otra sobrina; a Edith, que fue mi asistente en un proyecto de investigación; a Juan y Mariana, amigos de mi hijo, y a Julia y Ramón que estaban por casarse por el rito cristiano. Todas estas entrevistas adicionales corresponden a jóvenes menores de 32 años que se consideraban solteros y solteras. Las entrevistas a las personas solteras más jóvenes me permitieron acercarme a las nuevas expectativas sobre la soltería percibida como temporal o permanente, los miedos, presiones y ventajas asociadas a estas, así como a las nuevas expectativas acerca del amor, la individualidad y las pretensiones económicas y sociales de la capa social a la que pertenecen.

La soltería *temporal* para las y los más jóvenes opera como categoría a través de la que es posible articular críticas a la pareja de tipo matrimonial y delinear un ideal de persona. En los tres primeros apartados de este capítulo describo el tipo de crítica que un grupo de jóvenes solteras y solteros le hace al modelo del matrimonio por amor para toda la vida, al tiempo que exploran las opciones que les brinda la soltería, que no implica perder la opción de tener relaciones amorosas comprometidas. Debo señalar que, aunque la reflexión de los y las entrevistadas se centró en la dimensión emocional de su soltería, en sus relatos es manifiesto que también buscan opciones o ya cuentan con alternativas para tener experiencias sexuales no estigmatizadas, una vida emocional que incluya la amistad y una relación familiar que no gire en torno a la posible construcción de una familia, tener una formación educativa e iniciar su trayectoria profesional y económica cuyo sentido no sea solo la conformación de una familia.

En el cuarto apartado expongo cómo estas personas han convertido a la soltería, que en adelante denomino soltería temporal, en una apuesta social que convive con la soltería como paso previo al matrimonio por amor para toda la vida. En el quinto y último apartado, me concentro en mostrar que, pese a todos estos cambios respecto a los significados sobre la soltería temporal, una vez las personas entrevistadas se acercan a los treinta años, empiezan a ejercerse sobre ellas formas de presión para abandonar la soltería por parte de sus amigos y familias. Ellos y ellas empiezan a sentir temor y angustia frente a una posible soltería permanente. No obstante, como espero demostrar, tanto la forma que ahora tiene la soltería temporal como los miedos hacia la permanente, nos hablan de las estrategias utilizadas para enfrentar, armonizar y sobresalir en una maraña de exigencias, muchas veces

contradictorias, que provienen de lo que se espera de las personas en los ámbitos profesional, emocional, moral y económico.

### 3.1 LA SOLTERÍA JUVENIL: LIBERTAD Y CAPACIDAD DE COMPROMISO SENTIMENTAL

Desde mi primera entrevista con José Francisco, de 24 años, el soltero más joven que entrevisté, me sorprendió que al preguntarle si se consideraba soltero, me contestó tajantemente que no lo era. “Estoy comprometido”, me dijo.

José Francisco: La verdad, soltero como tal no me considero. No tengo un compromiso validado por la ley ni por la iglesia, lo cual para mí no es de mayor trascendencia. Pero eso me tiene prácticamente sin cuidado. Si yo pensara en formalizar una relación sería más por otras personas que por mí, como por mis papás. El matrimonio es una convención sobre todo de las personas más viejas que yo, pero yo tengo una relación y me considero muy comprometido con la relación y con mi pareja

Cuando les pregunté a Débora y Sabina, la primera me contestó “yo no me considero soltera, porque tengo un novio y llevamos cinco años”; y Sabina “yo sí soy soltera porque no tengo una pareja estable y ese término en su significado más simple significa no tener pareja”.

Estas personas asociaron la soltería con tener o no una pareja, lo que explica que la soltería represente sobre todo la dimensión emocional. A los que señalaron que no eran solteros, también les pregunté qué casilla marcaban en un formulario cuando les preguntaban por su estado civil. Débora contestó que soltera y José Francisco también. Este último me dijo “es que no hay otra opción, para las instituciones o estás casado o no lo estás, punto”. La pregunta por si son personas solteras la asociaron a la existencia de una relación sentimental, mientras que marcar la casilla de matrimonio con reconocer esa relación como un vínculo sentimental certificado institucionalmente, como un compromiso económico, y como una relación de convivencia. Lo extraño es que frente al primer significado no se reconozcan como personas solteras que tienen un novio o una novia.

Le pregunté a Débora si estaba ennoviada y si presentaba a su pareja como su novio. Me dijo que sí, pero que solo lo hace para no tener que dar mayores explicaciones. “No es cualquier novio, es una relación seria, de hecho, ya estamos pensando en vivir juntos”. Algo similar me explicó José Francisco que llevaba 7 años con su novia, desde los 17 años. Para él su novia no era cualquier novia, se iban juntos para el extranjero, antes de estar con ella, incluso teniendo otras novias él era “un soltero total”. Para Débora y José Francisco el



término novio, novia o noviazgo no es suficiente para dar cuenta del compromiso que tienen con sus parejas. Así que no se consideran solteros, pero la relación que tienen tampoco la puede describir como un noviazgo.

Quiero precisar que José Francisco para diferenciar la relación con su novia, lo que hace es adjuntarle un adjetivo a la soltería, menciona que antes de esta relación era “soltero total”, pero tampoco dice con contundencia que sea soltero: “soltero como tal no me considero” dijo. Entonces le pedí a José Francisco que me contara por qué no se va a casar, si como me dijo no le importa hacerlo por darle gusto a sus padres o a los de su pareja.

José Francisco: estoy muy joven, tengo 25 años. Ni ella ni yo queremos perder nuestra libertad. La verdad me siento libre, puedo hacer lo que quiera, estar con mis amigos, irme de fiesta. Hay unos límites, pero cada vez somos más libres, hasta el momento me considero no como soltero, pero sí con sus beneficios. O sea, soy soltero, pero no estoy soltero

“Soltero total”, “estoy soltero, pero no estoy soltero”, “es mi novio cuando lo presento, pero es una relación más seria que eso”. ¿Qué hay detrás de todas estas expresiones? El deseo de ser explícitos respecto del tipo de vínculo que tienen con su pareja sentimental y de calcular su nivel de compromiso, quiere decir que para ellos y ellas, la soltería temporal tiene matices, mientras que el matrimonio no.

Hay un rango que va desde estar solteros, que es el estado en el que no se tiene ningún tipo de pareja, a estar casados, que es el vínculo de la máxima “seriedad” y obligación, pero el más despreciado. José Francisco y Débora se sienten comprometidos con sus parejas, sin embargo, esto no hace que deseen casarse. Queda un espacio intermedio falto de expresiones adecuadas que es llenado recurriendo a veces a la categoría de soltería con algún adjetivo, otras veces con el término noviazgo. Ese recurso evidencia una crítica al modelo de matrimonio al asociarlo a la pérdida de la libertad, mientras que la soltería les permite tener relaciones comprometidas y ensayar modelos de pareja en los que, según Francisco, no se pierda la libertad.

Por otra parte, es llamativa la diferencia entre estar y ser una persona soltera. Para José Francisco “ser” se referiría al estado civil socialmente reconocido, mientras “estar” tiene que ver con estar disponible o no para entablar una relación. Un uso del término sería el institucionalizado, el legal, que restringe la posibilidad a ser soltero o no serlo, y el otro, un uso social que tiene muchos más matices y que está relacionado con diferentes grados de tener una relación, que va desde no tener ninguna hasta sentirse muy comprometido emocionalmente con una persona.

Teniendo en cuenta esta perspectiva, en un par de ocasiones me reuní con Juan, un amigo de mi hijo de 32 años, y su pareja Mariana, de 28. En el momento de la entrevista en 2017, llevaban viviendo juntos más de año y medio. Recién empezábamos la entrevista les pregunté si se consideraban solteros. En el diálogo, las versiones acerca de lo que significa la soltería para cada uno se fueron modificando a partir de la opinión del otro, y de mis preguntas.

Juan: [Dudando] Sí, yo soy soltero. Lo que pasa es que yo creo que la soltería viene hasta que uno toma una decisión de un compromiso de por vida, y ese compromiso de por vida... yo no es que sea religioso, pero siento que el matrimonio es en el momento en el que tú te estás entregando de verdad, como en cuerpo y espíritu. Creo que la etapa en la que nosotros estamos, o sea, viviendo juntos, es una etapa en la que nos proyectamos hacia eso, pero es una etapa en la que todavía podemos tomar decisiones sobre nuestras vidas. Siento que si yo hago una familia me comprometería llenamente y no sería como ser soltero, dejo de ser soltero no por estar con una persona sino porque tengo una familia. Si yo de alguna manera, no sé, no resulte y tenga que vivir en otro lado o lo que sea, no soy libre porque voy a sentirme que tengo un compromiso con la familia. Creo que la soltería se acaba en el momento en el que uno toma una decisión definitiva de compromiso.

Mariana: Yo por el contrario no me considero soltera en este momento porque yo siento que, a nivel interno, como mujer y como persona, creo que ya estoy como formando una familia, así no tengamos hijos. Tenemos plantas y un gato, pero eso para mí es una familia. Yo lo siento como un todo, como que para mí como mujer es mi rol a desempeñar, eso que uno ve a los papas trabajar como pareja, tomar decisiones como pareja, ya tú no piensas solo en ti [Juan va diciendo que sí en la medida que ella habla]. Eso se ve en cosas muy sencillas, como “Hoy quiero pasta, pero ¿será que Juan sí querrá pasta? le voy a preguntar”.

Juan: Es muy cierto, yo ahorita que hablabas, estaba pensando que cuando estaba empezando la entrevista, yo estaba pensando en algo y era que uno, cuando está soltero, se centra mucho en uno mismo, como que piensa mucho, mucho en uno mismo, y cuando uno está con alguien uno aprende a compartir ese instinto de protección que uno tiene con uno mismo, y ese instinto de quererse a uno mismo. Siento que cuando uno está con alguien, uno transmite ese sentimiento y uno lo comparte y uno comienza a ser parte realmente de la vida de la otra persona y la otra persona igual parte de la vida de uno. Cuando yo dije ahorita, que como que no es definitivo, pero un matrimonio tampoco es definitivo, también se puede acabar

Juan se siente comprometido con Mariana, pero el uso de la categoría de soltero le permitió señalar que no está casado, es decir resaltar la definición legal. No obstante, Juan también señala que uno es soltero hasta que toma la decisión de un compromiso de por vida, o de que la conformación de una familia se ha puesto por encima de cualquier deseo personal, que es con lo que Juan asocia el matrimonio. Al igual que José Francisco, aunque con mayor claridad, Juan cree que con el matrimonio se pierde libertad, lo que para él consiste en tomar decisiones individualmente. Por el contrario, Mariana relaciona la soltería con “egoísmo”. Por eso ahora que vive con Juan siente que ya no es soltera, porque no piensa solo en ella y las decisiones se toman en pareja.

La diferencia de opinión entre Juan y Mariana evoca los miedos sobre la libertad individual de los varones que hizo que el matrimonio burgués significara control, limitación

y moderación de esas libertades. La expresión de Juan “por encima del deseo individual”, recuerda que el modelo de matrimonio por amor para toda la vida impuso que un hombre convertido en esposo y padre debía poner por encima de sus sentimientos y deseos individuales el bienestar, sobre todo material, de la familia; esta debía ser la prioridad y la motivación del trabajo productivo de los varones. Por eso, el mayor acto de generosidad de un hombre era casarse y mostrar su autonomía decidiendo voluntariamente modular su carácter. La frase de Mariana no es tan disímil de lo dicho por Juan desde el modelo de matrimonio por amor para toda la vida que se ha venido describiendo. Para ella, vivir juntos, cuidarse uno al otro y tener un gato es haber conformado una familia, por eso, en razón de esas acciones deben limitar sus decisiones personales y convertirlas en decisiones de pareja. Mariana llega a la conclusión de que entonces no son solteros porque ya no los guía el egoísmo, entendido como dejar de centrarse en sí mismos, aunque dice que su rol es ser quien ve en ello una familia y debe preocuparse por pensar en todos.

Esta acusación de egoísmo solía hacerse a los solteros en el siglo XIX. El modelo de matrimonio por amor fincó la idea de que este significaba la renuncia a la pasión y los deseos individuales que debían transformarse en cuidados, renunciadas y trabajo productivo, mientras que en las mujeres se daba por hecho que tenían una naturaleza hacia los cuidados, los sacrificios y el interés colectivo.

No obstante, el miedo de Juan a perder la posibilidad de decisión y la crítica ambigua de Mariana de que Juan sólo piense en sí mismo implica un cambio importante respecto a que la relación de convivencia no signifique una carga para Juan y no signifique inequidad para Mariana en el sentido de que Juan tome las decisiones por ella, y haga que la relación de convivencia se parezca al modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida.

Juan atendió y asintió a la deducción de Mariana de que ya eran familia. A partir de ahí, Juan desarrolló una nueva explicación diciendo que lo que intentaba diferenciar era el carácter de una unión comprometida, pero en la que aún no se ha acordado explícitamente que sea definitiva. En este sentido, definieron que ya no eran solteros porque dejaron de centrarse en sí mismos. Ahora se preocupaban el uno por el otro y cuidaban de otros seres como sus plantas y su gato, pero que eso no era tan definitivo como un matrimonio. Esta conclusión hace latente la preocupación de que la relación se vea amenazada por un individualismo egoísta, es decir que estén demasiado centrados en sus intereses personales.

Sin embargo, la conversación siguió y no sólo a Juan le inquietó decir que estaban casados, sino que Mariana tampoco se sentía cómoda con eso, no era soltera, pero tampoco estaba casada, por eso aclaró que lo que tenían era serio a pesar de no estar casados.

Mariana: Hoy en día mi abuelita me dice “disfruten y todo eso, pero a mi parecer, pues no entiendo, deberían casarse”. Entonces creo que es como una tradición. Yo nunca había vivido con nadie, solo con mi familia y mi núcleo familiar, yo nunca había vivido con amigos, ni nada. Pero no tenemos que casarnos, así estamos bien.

Juan: Nos fuimos a vivir juntos a los tres meses de empezar. [Yo me sorprendo] Nos conocemos hace diez años. En mi familia molestan que el anillo para cuándo. Nosotros nos reímos, no hay afán.

Claudia: ¿Ustedes cuando se presentan, hablan de mi novio, de mi pareja?

Juan: Cuando vamos a conocer a alguien yo digo Mariana, cuando ella no está, hablo de mi novia.

Mariana: Yo hablo de mi novio. No de mi esposo, eso sería muy raro, pero lo de novio es raro también

Posteriormente, fue Mariana quien se esforzó en explicar que no es necesario casarse, que aún eran novios y que la familia entendía su punto de vista. En la conversación ese “disfruten” usado por la abuela de Mariana, puede resumir sus dudas. La conversación continuó enmarcada en ellos contándome que como eran jóvenes querían seguir divirtiéndose, ir a conciertos, viajar, poder renunciar a trabajos que no les gustaban como acababa de hacer Mariana, es decir, sentir que tienen la libertad de hacer todo eso. Tanto en la frase de la abuela como en el relato acerca de la diversión de Juan y Mariana es observable que el matrimonio se representa como lo opuesto al placer y a tener la libertad de tomar decisiones como dejar un trabajo y consumir entretenimiento y experiencias que generen diversión que, según ellos, es lo propio de ser jóvenes. Describí en páginas anteriores que el matrimonio burgués era una marca de clase social que consistió en demostrar autonomía familiar que básicamente significaba solidez y estabilidad económica y sentimental, por ende, a trabajar, a tomar decisiones conducentes al bienestar económico y moral, al buen comportamiento, por encima de cualquier otra consideración.

Llama la atención que casi no hablaron del aspecto económico de la relación, sin embargo, Mariana hizo dos comentarios que también podrían explicar el porqué sienten que no están casados y, por lo tanto, los elementos que asocian al matrimonio. El apartamento en el que viven es de Juan, regalo de su madre, y Mariana recibe apoyo monetario de su papá. Aunque no ahondé en este tema, cuando Juan me contó del regalo de su mamá para que él estuviera bien acá en Bogotá porque ella decidió dejar de vivir en la ciudad, en ningún momento comentó que fuera para que empezara una familia como solía explicitarse entre las familias de élite a principios del siglo XX. Cuando Juan estaba contando esto, ni él ni Mariana se refirieron a querer que ella pasara a tener derechos sobre parte del apartamento. De igual forma, la libertad que tuvo Mariana de dejar su trabajo, y que Juan la apoyara, seguramente tuvo que ver con que ella contó con el apoyo económico de su papá para tomar

esta decisión. Aunque le consultó a Juan sobre su renuncia y ambos me dijeron que de hecho él la impulsó a hacerlo porque “en un trabajo hay que sentirse feliz”, el apoyo de Juan fue más moral que económico, la economía de pareja no se afectó radicalmente.

A Juan le preocupa perder la posibilidad de tomar decisiones individuales y seguir sus deseos, a Mariana le preocupa no poder seguir divirtiéndose, y a ninguno le interesa tener una economía conjunta o en función de un matrimonio. Los riesgos y los logros económicos parecen ser una cuestión individual, aunque en realidad serían familiares, en tanto el apartamento en el que viven es un regalo de la madre a Juan y no a la pareja; y el sostenimiento de Mariana mientras consigue trabajo es una ayuda de su padre a ella y no a la pareja.

Esta es una estrategia que les permite, en primer lugar, alejarse del modelo de matrimonio que asocian con la imposición de poner al cónyuge por encima de los individuos, la moderación y el buen comportamiento, pues la nueva pareja debe ser ejemplo de comportamiento, y una economía conjunta que hace que ambos dependan de estar juntos y convertirse en una unidad económica sólida y ojalá en crecimiento que toma riesgos moderados solo en función de aumentar la riqueza familiar, notorias resonancias del matrimonio católico por amor para toda la vida. En segundo lugar, de este modo, se acercan al modelo de individuo que sale adelante solo, por sus riesgos y méritos, ocultándose las redes de apoyo y la pertenencia a una clase social; y, en tercer lugar, seguir portando los distintivos de juventud en los que la soltería es uno de los más importantes.

Juan y Mariana recurren a las ventajas de la soltería temporal prolongada en tanto tiempo y recursos dados por las familias de origen, porque ya no viven con sus padres, pero se han arriesgado a convivir sin estar casados, es decir, de alguna manera tensan la flexibilidad de las trayectorias de vida aceptadas para los y las jóvenes de esta clase social. Sin embargo, al apelar a la soltería, Mariana y Juan logran salirse del marco establecido por el modelo del matrimonio por amor para toda la vida, o al menos parte de este, también para mantener el apoyo de sus familias y a la vez lograr auto percibirse como jóvenes que gracias a sus decisiones, búsquedas y esfuerzos van logrando independencia y autonomía.

Sin embargo, la soltería tiene el inconveniente de acercarse demasiado al individualismo entendido como egoísmo y poco compromiso, que presuntamente, se mantienen como categorías morales de control social de las relaciones amorosas y de la libertad individual para conducir las hacia el matrimonio por amor para toda la vida.

La presencia de las dos posturas frente a su individualidad, libertad y egoísmo, junto a las creencias sobre las implicaciones de un proyecto de familia de Juan y Mariana están

mostrando la presencia de las fuentes de las que bebió el proyecto de la modernidad: el proyecto burgués con su modelo matrimonial, el consumismo como medio para fortalecer el capitalismo y las ideas de la ilustración más asociadas al progreso de la sociedad y la democracia (Ramírez, 2010).

A la luz de los temores y contradicciones de Juan y Mariana, parece que esta diferenciación solo estaría hablando del desarrollo histórico del individualismo señalado por el mismo Durkheim. Se trata de contradicciones sobre las que se gestó un proyecto económico y político, que también es moral y emocional. Consumo y elección, desinstitucionalización y autogobierno, ocio y trabajo, espiritualidad y materialismo, libertad y esclavitud, masificación y diferenciación, entre otras, dejan de ser opuestos y si se analizan en sus paradojas, pueden ser derechos y condenas a la vez (Bauman, 2018; Camps, 1993; Vega Alonso, 2012).

Se entiende así por qué comprender o calcular el compromiso es tan difícil para José Francisco, Débora, Mariana y Juan, quienes en el momento de las entrevistas tenían relaciones de pareja, descritas por ellos como relaciones serias. Recurrieron de diferentes formas a la categoría soltería como una forma de alejarse y de mostrar su descontento con la representación del matrimonio. En contraposición, les preocupó decir o sentirse solteros porque esto puede significar que no están comprometidos con sus parejas y están demasiado centrados en sí mismos. Sin embargo, la soltería es el estado que asocian con mantener la libertad de tomar decisiones personales, la posibilidad de “aventurar”, divertirse, consumir y, no obstante, armonizarlo con el compromiso, laboral, educativo, sentimental y moral.

Retomando a Illouz (2012), el problema es que usan el modelo de matrimonio burgués que, en el marco más amplio de los intereses morales y sociales de las élites, enlazó cuestiones tan disímiles como el amor, la madurez, el compromiso, el bienestar económico y el proyecto de pareja. Al unir todo esto y dirigirlo hacia la misma dirección, se le terminó asignando contenidos específicos y reduciendo a que todo eso se manifiesta y existe sólo en el modelo de matrimonio por amor para toda la vida y en las características que adquirió. Esto impide ver que lo que se rechaza es el contenido-significado dado a estas cuestiones, y no un rechazo del amor, del compromiso, de la madurez y del bienestar. La inquietud proviene del cierre semántico de estas cuestiones, así como de la dependencia y la condensación que se creó entre ellas. El matrimonio por amor para toda la vida se posicionó como una institución exenta de las paradojas, virtuosa en sí misma.

Esto lo percibí con más claridad cuando los entrevistados jóvenes que se identificaron como solteros y no tenían una relación sentimental en el momento de las entrevistas también

me manifestaron que cuando tenían una relación, esta era profunda y comprometida. Es decir que arrastran los significados del modelo de matrimonio burgués por amor para toda la vida y su patrón de soltería para evaluar cuando tienen una relación y también al autoevaluarse.

Diego afirmó que “no quiero ser un soltero empedernido que sólo piensa en sí mismo, en rumbear, etc. Pero tampoco estoy listo para casarme, el matrimonio, y sobre todo el clásico, requiere de mucho esfuerzo”. Él se ha esforzado por mantenerse alejado del matrimonio, pero se repite el interés desmarcándose de la imagen de soltero que no puede ni quiere tener relaciones de pareja comprometidas y que sólo buscan divertirse.

Alejarse del estereotipo del joven soltero desenfrenado, egoísta y superficial que al ir convirtiéndose en adulto ya no puede ni quiere cambiar, estereotipo que viene desde personajes como Gedeón y Mauro Pareja y que se ha ido consolidando a través del cine y las series de tv, y al mismo tiempo justificar el porqué no se querían casar, fue reiterativo en las charlas que tuve con Diego.

Diego puso el modelo de matrimonio por amor para toda la vida en un extremo y el ser una persona “desenfrenada” en el otro. De su relato resalto que la autonomía masculina se forjó en la idea de la capacidad de autocontrol y moderación. Diego me dijo que él aspiraba a ser ese tipo de persona soltera que “puede estar en el centro, tener suficiente independencia y tener compromisos serios con mis novias, pero no solo con ellas. Por ejemplo, yo siento un gran compromiso con mis papás”. Es de destacar que, aunque Diego no se quiere casar sí aspira a ser reconocido como un hombre comprometido y responsable. Me parecen claras así las resonancias de la masculinidad construida bajo el modelo del esposo burgués. No obstante, él es capaz de incorporar a su relato la crítica al modelo de matrimonio que llama tradicional y seguir sintiéndose en el centro. Este “estar en el centro” ubica en uno de los extremos al matrimonio que encarna la pérdida de la libertad, y en el otro a la soltería, estereotipada como desenfreno y rechazo de lazos de pareja serios o de cualquier responsabilidad.

En el caso de la soltería temporal masculina, detrás de los matices es posible apreciar que el soltero empedernido es aquel que no es capaz de comprometerse, es libertino y solo quiere diversión, mientras que el “soltero total” de José Francisco se refiere a un hombre que no está en una relación sentimental, lo que va dejando al término soltero con la posibilidad de representar la autonomía masculina asignada al rol de esposo del modelo del matrimonio por amor para toda la vida, y además poder tener relaciones sentimentales sin casarse o sin promesa de matrimonio. Por eso, cuando les interesa tener pareja o continuar con su pareja, como José Francisco y Diego, les pareció importante apartarse del estereotipo del soltero

empedernido o del soltero total. En este sentido, es plausible ver la soltería total como un intento de resolver las paradojas del individualismo.

Desde otro punto de vista, el de Juan y Mariana, el que Juan se mantenga como soltero sigue arrastrando la idea de egoísmo, que es problemática sobre todo para ella. Mariana rechaza parte de las dimensiones adjuntas al matrimonio por amor para toda la vida, y sin embargo reconoce que un compromiso de pareja requiere que la prioridad se traslade del individuo a la pareja; no obstante, Mariana también cree que el rol de ella es ser quien más se preocupa por el interés colectivo. Por este motivo la soltería no le alcanza, pero el matrimonio le sobra para describir exactamente lo que espera de Juan, que no es tener una economía conjunta y mucho menos que sea el único proveedor de dinero, ni dejar de divertirse, o pensar en embarazos; tampoco le interesa institucionalizar el vínculo a través de un documento o ceremonia para que los bienes sean conjuntos. En este sentido, para Mariana hay una especie de choque entre los deseos y prioridades individuales y un proyecto de pareja. Del relato de Juan y Mariana entiendo que hay diferencias entre los hombres y las mujeres en la forma de recurrir a la soltería para mantener la crítica al modelo del matrimonio por amor para toda la vida, comprometerse en una relación de pareja y mantener las ventajas del individualismo.

De otro lado, en el primer encuentro formal con Edith, quien estaba a punto de graduarse de la universidad, riéndose, me decía “vas a pensar que soy demasiado juiciosa y que no aprovecho mi soltería. Entonces ¿por qué no me casaría, podrías preguntarme eso? ¿no?”. Le pedí primero que me explicara qué era ser demasiado juiciosa:

Edith: Pues no salir todos los fines de semana para levantar y rumbearme con alguien. Y no aprovechar y salir mucho con mis amigas, por eso creo que soy juiciosa. A mí no me llama la atención salir de rumba, soy muy aburrída, una soltera aburrída, como si no aprovechara que soy soltera [se ríe]

Le pregunté si no le parecía relevante explicar por qué estaba tan segura de que no se iba a casar nunca. Me miró un poco sorprendida y me dijo que actualmente es muy difícil defender el matrimonio porque tiene muchas cosas en contra y que, por eso, si se encontraba a alguien adecuado, lo que había que hacer era vivir en pareja. Repliqué que entonces ella sí creía en el amor de pareja.

Edith: Sí, sí creo en el amor de pareja, eh, digamos que veo algunas dificultades en la monogamia y en el amor de pareja tradicional, pero yo creo que sí se puede construir una pareja duradera y a largo plazo.

Claudia: ¿Y tú crees que esa idea que tienes de esa relación, que puede ser a largo plazo, no tiene de alguna manera relación con el matrimonio?



Edith: Con el matrimonio como institución no, pero sí con un proyecto de vida común, como vivir juntos, construir cosas juntos, estar ahí para el otro a largo plazo, pero con casarse, en la iglesia o en la notaría, no. Quizá luego de cinco o seis años de mucho tiempo de vivir juntos uno asocia que ya es un matrimonio, pero de entrada me parece que eso no significa haberse casado, incluso creo que no tendría que significar que uno ha dejado de ser soltero. Ya ves que soy soltera, pero no vivo rumbeando, pero eso no quiere decir que entonces tenga que casarme, ¿no? [se ríe], y como no muero por rumbeando ...esté dispuesta a estar cuidando y me guste encerrarme en una casa. No quiero una relación tradicional como la de mis papás, pues que ha durado mucho y que yo admiro, pero es una relación digamos muy tradicional, en la que mi mamá tiene los roles de género, se queda en la casa, hace el oficio, cuida las niñas, le pide plata para cosas que, pues yo quisiera nunca tener que pedirle plata a un hombre, o a mi pareja ... Yo creo que no podría ni siquiera pues, como lavarle la ropa, plancharle, no, y ser yo la que lo cuida y cuida la casa [Risas de las dos]. Quiero ser independiente y quiero irme, tener mi plata. Entonces es complicado pensar la pareja porque es mucho más que solo los dos, es seguir con libertad y que se sienta como un par, responsabilidades por igual, difícil ¿no? Yo tuve una relación más o menos así, entonces creo que no es imposible.

Edith concilió la idea de vivir con alguien y la soltería, sacando de la ecuación al matrimonio, que resalta acompañándolo del adjetivo tradicional. Enfatizó que una relación de convivencia larga, aunque parezca un matrimonio, puede no serlo. Incluso, señaló que el hecho de vivir con alguien en una relación no significa que haya dejado de ser soltera, y pueda preocuparse por ella incluso por encima de los demás. Anudó la soltería con un tipo de relación específica en la que las dos personas sean pares y tengan roles equitativos. Es decir, que no se parezca al matrimonio burgués por amor que fundó la tajante diferenciación de los roles de esposo y esposa. Sin embargo, esto no es suficiente, pues en dos ocasiones remarcó que es difícil tener una relación sin perder la soltería y sin perder la libertad.

¿Por qué Edith no se refiere a ser una soltera empedernida? Si se retoma lo dicho acerca de los estereotipos de la solterona y del solterón, se recordará que son figuras que, aunque comparten la exclusión por no casarse, tienen enormes diferencias en razón del género. Una persona empedernida es obstinada, que le gusta una costumbre o vicio que no piensa abandonar, y si a esto se le añade la soltería se comprende que, de acuerdo con los imaginarios sociales, solo los varones decidían ser solteros, por eso tantos llamados a que eligieran casarse, mientras una mujer se “quedaba soltera”; era un destino trágico, no decidido, una mujer siempre “quiere” casarse. Por eso no es posible ser una soltera empedernida; aunque sea posible una soltera desjuiciada, esto representa una transformación en el estereotipo al tiempo que una pervivencia.

Recordemos que las mujeres debían tener un comportamiento intachable, en el caso de las solteras porque esta era la diferencia entre casarse o no, y las solteronas para no quedar completamente excluidas. De esta manera, el cambio mencionado consiste en que ahora el imaginario y estereotipo contempla que una mujer joven soltera debe aprovechar ese tiempo

previo al matrimonio para divertirse. A pesar de esto, la libertad que temen perder en el caso de Edith y Mariana no tiene tanto que ver con esto, sino con tener que representar el rol de esposa asignado en el modelo del matrimonio por amor para toda la vida; para ellas, más que la libertad para divertirse, les preocupa su independencia y la equidad en las relaciones de pareja. Mantener la auto denominación de solteras, estén o no en una relación sentimental, es una estrategia para mantener la distancia de este rol. A las jóvenes solteras entrevistadas les preocupa que su compromiso se entienda como dependencia, desigualdad y desequilibrio.

Por eso, aunque la soltería se ensancha y empieza a ocupar esos espacios grises que deja la crítica del matrimonio burgués por amor para toda la vida, los y las entrevistadas se enfrentan al problema de cómo describir el compromiso que están dispuestos a adquirir. La ambivalencia de esto es que el compromiso afectivo de pareja se entiende como algo que se puede calcular, medir y atribuirle un valor de acuerdo con su nivel. Esto requiere un ejercicio de comparación con una unidad establecida, que en este caso es el modelo de matrimonio burgués por amor para toda la vida, como si fuera un modelo ahistórico y poseedor de una definición neutral. En este procedimiento se sigue poniendo en un lugar hegemónico a este modelo ayudando, en parte, a su reproducción.

A la par se modifica el estereotipo de la persona soltera como alguien que está aprovechando el tiempo para divertirse desenfrenadamente antes de llegar al matrimonio; la soltería adquiere un cariz de grado que compite con el sentido de la soltería como etapa. Tal es el caso de la soltería temporal masculina, la cual ha ido apoderándose de ciertos rasgos de la autonomía asignada a los varones en tanto esposos y padres en el marco del modelo del matrimonio burgués: la total independencia, así como la capacidad de sopesar, decidir y desarrollar un pensamiento fundado en la racionalidad capitalista. En los esposos, el compromiso implicaba moderación de los impulsos y en este sentido, una clase de soltería masculina que se aleje del libertinaje ha logrado posicionarse desde los marcos del modelo de matrimonio burgués.

Por el contrario, la soltería femenina implicaba una etapa dirigida a la búsqueda de un marido y el compromiso de sumisión y cuidado desinteresado hacia otros, una misma naturaleza para ambos estados. Estas implicaciones y expectativas son muy problemáticas porque la sumisión y el cuidado desinteresado no admiten el cálculo de beneficios, seguir intereses, invertir o arriesgarse en una pareja, es decir, de autonomía. Por ende, la extensión del término de soltería para criticar el modelo de matrimonio y alcanzar el estatus de individuo autónomo no es tan potente en las mujeres. Queda la posibilidad de recurrir al

modelo de autonomía masculina con el que la autonomía femenina termina adquiriendo el significado inverso: no como demostración de capacidad de compromiso, sino como capacidad de no hacerlo y de poner sus intereses por encima de los de otros. En los relatos se ve que este no es el camino señalado por las jóvenes entrevistadas, pues ellas están intentando conciliar los intereses individuales en el marco de la igualdad y no de la libertad.

### 3.2 UNIÓN LIBRE, MATRIMONIO Y ESTATUS SOCIAL

De este esfuerzo por estirar el uso y significados dados a la soltería, surge una pregunta ¿por qué seguir usando el término si existen otros para referirse a una relación de pareja que no consiste en un matrimonio y que quizás se adecúen de mejor manera a lo que quieren representar?

Analicemos lo que para los jóvenes entrevistados significa el noviazgo. Las y los entrevistados perciben que sus familias y allegados, una vez se llega a cierta edad, si se está en una relación de noviazgo, el paso a seguir es el matrimonio. Expresiones como las dichas por Mariana y Juan “para cuándo el anillo”, la de Juan Francisco “formalizar la relación”, y la de Débora “nos preguntan que para cuándo es nuestro matrimonio” confirma esta percepción. Esto hace que la generación de Juan, Mariana y Débora, vinculen el noviazgo a una etapa previa al matrimonio. Si tenemos en cuenta las críticas y los temores que ellos y ellas tienen frente al modelo del matrimonio por amor para toda la vida, puede entenderse que esta es una razón para negarse a usar el término de noviazgo.

De forma ambivalente, también se observa que, para José Francisco, Débora y Mariana, el noviazgo no describe con suficiencia las relaciones de pareja serias y comprometidas. Para ellos, tener novios y novias es un asunto de la adolescencia en el que se está explorando, incluso con cierta ingenuidad, la vida emocional y sexual. Investigaciones realizadas en ciudades de Colombia, Argentina y México (González, 2002; Sánchez y otros, 2011; Urrea y otros, 2006; Maldonado, 2005) parecen fundamentar la asociación que ellos establecen entre noviazgo y adolescencia. Aunque surgió como una etapa que se interpretaba como anterior a la vida conyugal y, por lo tanto, como un proceso que servía como preparación para el matrimonio, en épocas recientes el noviazgo ha adquirido una connotación lúdica de experimentación erótica. Ya no se relaciona necesariamente con la estabilización de una pareja, sino que surge como la posibilidad de tener varias relaciones durante la adolescencia y la juventud. Por eso para Débora y José

Francisco les parece problemático usar esta palabra porque ya están considerando irse a vivir con sus respectivas parejas, pero al tiempo no quieren casarse.

Puede entenderse la negación a llamar a sus relaciones un noviazgo, por un lado, como una voluntad de afirmarse en que la relación que tienen a sus casi treinta años es seria y comprometida; por otro, es una manera de decir que el paso a seguir no es necesariamente el matrimonio, sino que queda abierta la posibilidad de intentar trayectorias menos lineales. En otras palabras, es una de las formas de sentar su posición frente al matrimonio y de resistir a las presiones. Su negativa a ser atados con este tipo de vínculo, sea que convivan o no, se puede identificar con la meta de intentar una relación alternativa, pero sin caer en la banalidad o superficialidad del tipo de relación que construyen y que ellos y ellas asocian al noviazgo.

En segundo lugar, en ninguno de los encuentros, ni las o los jóvenes solteros con pareja, viviendo o no juntos, ni los solteros sin pareja, utilizaron la categoría de unión libre. Esto me causó curiosidad, así que les pregunté a Juan y Mariana por qué no usaban el término si ya vivían hace más de un año juntos.

Juan: ¿mmm, no sé, tal vez más adelante? [mira a Mariana], es que eso es como decir que estamos casados.

Mariana: pues eso, pasa lo mismo, que si alguien dice que lo que tenemos es un matrimonio, porque ya vivimos juntos. Si le quieren decir unión libre, pues si quieren, que lo hagan.

Claudia: ¿lo marcan en los formularios?

Juan: no, ¿tú sí? [Preguntándole a Mariana]

Mariana: No

Juan: ¿tú? [Preguntándome a mí]

Claudia: sí, a veces, otras veces marco casada no siempre está la opción de unión libre.

Juan: Claro es que tú si llevas muchos años

A pesar de que Colombia suele presentarse como un país católico en el que se presume se universalizó el matrimonio católico como ya expuse, por el contrario, la unión libre y otras formas de familia han sido una opción permanente a la que las parejas recurren. Virginia Gutiérrez afirma que para los años sesenta en Colombia no sólo existía la forma familiar con estructura matrimonial (familia legal), sino que el madresolterismo, la unión libre, el amaño, el concubinato, la relación esporádica y la poliginia (familias de hecho) seguían presentes (Gutiérrez, 2000). La hipótesis que vengo sosteniendo es que lo que se universalizó fue el modelo como ideal, pero esto no condujo necesariamente a que las personas en efecto se casaran por el rito católico. Sobre todo, fue un ideal que se generalizó entre las élites y se convirtió en una diferencia de clase social.

Este intento por imponer el modelo de matrimonio burgués por amor para toda la vida, que derivó en lo que he llamado la versión del matrimonio católico por amor para toda la vida, se puede observar, primero, en las dificultades que ha tenido el matrimonio civil por expandirse y aceptarse. Baste recordar el intento fallido de reconocerlo a finales del siglo XIX, y la oposición constante de la iglesia y de las élites conservadoras para darle espacio a un tipo de matrimonio que se entiende como un contrato civil. Vuelvo a mencionar que las condiciones del concordato entre Colombia y el Vaticano solo se revisaron hasta 1973 y luego, aunque se revisó su constitucionalidad en 1992, aun no hay consensos sobre los cambios que deben hacerse. Estas dificultades van de la mano de la complicada historia del divorcio en el país, que se aprobó en 1976, pero por mutuo acuerdo solo hasta el año 2005. Ni para las clases sociales acomodadas, ni para las medias y bajas ha habido mucho espacio para incorporar el matrimonio civil y el divorcio entre sus prácticas.

La imposición del modelo de matrimonio católico también se ve en que desde el siglo XX, producto de la herencia colonial, las denominaciones que se usaron para las parejas que convivían, en amancebamiento y concubinato, llevaban en su definición, por un lado, el “no estar casadas” que significaba no haberse casado por la iglesia, y por otro, ser señaladas como una trasgresión a una norma social y religiosa. Estos términos podían usarse como sinónimo de adulterio o bigamia, pues se salían del marco de que un matrimonio o una unión entre un hombre o una mujer fueran para toda la vida obligatoriamente. Ser parte de una unión de este tipo o ser parte de la prole tenía graves consecuencias, pues como la iglesia católica controlaba gran parte de la educación y de las relaciones sociales y laborales, significa exclusión del sistema educativo y subalternidad en el sistema moral y económico.

Por su parte, la unión libre en el país ha permanecido asociada a prácticas ilícitas y luego, de menor valor que el matrimonio católico, así como a prácticas de las clases sociales medias y bajas, y de grupos regionales étnicos y campesinos. La herencia colonial y burguesa de posicionar el matrimonio por amor para toda la vida pervive como marca de “civilización” y clase social. Parafraseando a N. Elias, los grupos que concentran el poder usan la exclusión y la estigmatización de los grupos subalternos como poderosos instrumentos utilizados por las élites para preservar su identidad, afirmar su superioridad y mantener a los demás en el lugar que les correspondería (2003: 223). Este argumento parece corroborarse al constatar que Bogotá mantiene mayores porcentajes de matrimonios civiles y católicos en estratos altos (Saavedra y otros, 2013; Amador y Bernal, 2012). Bogotá se encuentra en lo que Gutiérrez (2000) denominó complejo cultural andino, región en la que la familia legal ha

sido la que constituye la gran mayoría de personas, en especial en la clase social alta y media alta. La clase media alta bogotana no ha recurrido tanto a la unión libre.

De otro lado, el Estado colombiano reconoció en la ley 54 de 1990 la unión marital de hecho que la definió como “la formada por un hombre y una mujer, que, sin estar casados, hacen una comunidad de vida permanente y singular”, posteriormente

La Constitución del año 1991 promulga a la familia como núcleo de la sociedad, al mismo tiempo que reconoce la validez de las uniones libres y establece la igualdad de derechos y deberes de los hijos con independencia de su estatus. Finalmente, gracias a la Ley 979 de 2005, que modificó parcialmente la Ley 54 de 1990, se instauraron mecanismos ágiles para demostrar las uniones maritales de hecho, además de precisar otros efectos patrimoniales (Castro Martín et al., 2011 *apud* por Saavedra, Palos y López, 2013:111)

El Mapa Mundial de la Familia 2017 muestra que Colombia es uno de los países donde las personas menos se casan, al tiempo que encabeza la lista en cohabitación: “por un lado, solo el 18% de los adultos en edad reproductiva (15-49) están casados, por el otro, el 33 % de los adultos en edad reproductiva cohabitan” (p. 29). Así las cosas, las parejas en unión libre siguen siendo comunes y muchas de ellas han tenido hijos y constituyen un tipo de familia habitual en el país, práctica que se ha mantenido sobre todo entre las clases sociales de nivel socioeconómico bajo. Saavedra, Palos y López presentan parte de sus resultados de la siguiente manera:

La explosión y expansión de la unión libre no ha borrado, sin embargo, alguno de sus rasgos característicos. En primer lugar, sigue siendo más común entre las mujeres menos escolarizadas. A pesar de que los aumentos relativos más destacados se han dado entre las más escolarizadas, las diferencias entre grupos educativos en términos absolutos se han mantenido estables. La unión libre, por tanto, sigue estando fuertemente arraigada en las clases más desaventajadas. Si se considera su incidencia por grupos étnicos, la población negra, no importan sus años de escolarización, presenta las proporciones más elevadas, seguida a cierta distancia por la población indígena (2013: 124)

Esto concuerda con la afirmación acerca de los procesos de monogamia y la relación entre la selección de parejas, la estratificación social y el tipo de unión que se permite, existiendo más restricciones para las clases altas (Parsons, 1943; Filgueira, 2000; Solís, 2010). Colombia y en especial Bogotá no han sido la excepción. Los matrimonios se hacen entre personas con características educativas, culturales y económicas similares. En especial, esto se lleva a cabo a través de matrimonios en los que las ceremonias anuncian el compromiso que se adquiere, y con el tipo de fiestas, demuestran la capacidad para pagar por ello.

En síntesis, no es extraño entonces que Juan, Mariana, José Francisco, Edith o Sabina no hayan usado el término unión libre. Por un lado, existen claras limitaciones de clase social

que hacen que no sea una figura a la cual recurran espontáneamente pues está asociada a la clase popular. Segundo, en la época en la que ellos nacieron se decretó la ley 54 de 1990, por la cual, después de dos años de convivencia una unión libre es considerada una unión marital de hecho y las parejas en unión libre no han estado exoneradas del patrón cultural que determina que el género marca la distribución de las tareas en las familias.

A partir de la vigencia de la presente Ley y para todos los efectos civiles, se denomina Unión Marital de Hecho, la formada entre un hombre y una mujer, que sin estar casados, hacen una comunidad de vida permanente y singular. Igualmente, y para todos los efectos civiles, se denominan compañero y compañera permanente, al hombre y la mujer que forman parte de la unión marital de hecho (Artículo 1°, Ley 54 de 1990)

Se siguen los roles tradicionales que dictan que los hombres son proveedores económicos y las mujeres, aunque también proveen económicamente, son las responsables del trabajo doméstico y del cuidado de los menores y de los ancianos. A esto se suma que en el país se suelen presentar a las familias de los estratos sociales populares con mayores problemas de violencia familiar y desigualdad entre hombres y mujeres, reforzando así el estigma respecto a la unión libre.

El aumento generalizado de las uniones libres se ha dado en todos los grupos educativos y territorios del país. En cifras relativas y absolutas, ha sido más importante en los grupos y territorios en los que tal tipo de unión estaba menos arraigada. Por ejemplo, entre las mujeres universitarias aumentó del 1.4% al 43.9% entre 1973 y 2005 (Saavedra, Palos y López, 2013: 124)

Este fragmento de la investigación ya citada de Saavedra, Palos y López, me permite afirmar que, en las cifras oficiales, estatales y demográficas, se suma en la categoría de unión libre todas las relaciones de cohabitación que no son matrimonios civiles o religiosos. Sin embargo, mis entrevistadas y entrevistados prefieren no denominar sus relaciones como unión libre. Si se sigue a Elias, esto puede explicarse por la necesidad de las y los jóvenes de seguir las normas establecidas por su grupo, si quieren seguir siendo miembros y recibir las recompensas, así como no ser sujeto de sanciones que incluso pueden conducir a la erosión de su estatus personal (2003: 241)

La unión que se construya o el ideal de unión por construir no puede en este sentido ser llamada unión libre, porque ese es el término que se ha usado como medio de estigmatización de las clases sociales populares y de los grupos étnicos, un legado colonial. “Las expresiones simbolizan el hecho de que el miembro de un grupo foráneo no está a la altura de las normas del grupo superior, porque según esas normas, es anómico” (Elias, 2003: 228). Esto explica la necesidad de ampliar la categoría de soltería y la estrechez que significa

para ellos el matrimonio, pues en Bogotá para estas capas sociales el matrimonio se construyó a un modelo particular: el católico por amor para toda la vida.

El problema que se enfrenta es que estos jóvenes solteros siguen la norma de no parecerse a los “forasteros”, en términos de Elías, al no querer llamar a sus relaciones de cohabitación unión libre, pero no la siguen al rehusar casarse. Las y los jóvenes solteros con los que me reuní, al no encontrar categorías que se ajusten a sus ideales y estatus, usan y ensanchan la soltería dotándola de nuevas características porque la sienten más cercana a las aspiraciones acerca de su vida amorosa, profesional, económica, moral y sexual. Las preguntas que se siguen de ello son, entonces: ¿reciben sanciones por querer seguir siendo solteros o por convivir con sus parejas? ¿Es factible que la soltería sea capitalizada como un nuevo recurso de clase para diferenciarse?

### 3.3 SIN AFÁN DE IRSE DE LA CASA FAMILIAR: EXPLORACIÓN SENTIMENTAL Y ERÓTICA

La soltería temporal tiene doble significado: no tener una pareja, o tenerla y negociar permanecer solteros y solteras sin que esto signifique falta de compromiso o demasiado compromiso. En los relatos de la mayoría de los y las entrevistadas es posible deducir que han problematizado el matrimonio que denominan como tradicional, y de hecho expresan no querer casarse. A esta decisión le agregan que este no querer casarse no es querer ser, en palabras nativas “un soltero empedernido” o una “soltera desjuiciada”.

Respecto al modelo de matrimonio por amor para toda la vida, las preocupaciones de las personas entrevistadas son tener una relación basada en las diferencias de roles de género y no lograr una relación equitativa, a la vez de no poder seguir tomando decisiones para sí mismos porque la pareja o la familia tengan que convertirse en el centro de sus decisiones y rutinas; esto es, tener una economía conjunta que les haga perder independencia para tomar decisiones. Adicionalmente, no recurren a otros modelos de pareja como la unión libre o al matrimonio civil por las restricciones de clase asociadas a un modelo moral impuesto por la iglesia católica en el país. Sin embargo, esto no es suficiente para comprender todas las razones del uso de la categoría soltería en la definición de las relaciones sentimentales y si esto, al igual que la unión libre y el matrimonio civil, no tiene sanciones y no pone en riesgo su estatus social.

Parte de la respuesta a esta inquietud se encuentra en la experiencia de soltería que tienen, de la cual voy a concéntreme por ahora en la enorme diferencia que manifiestan



respecto al control sexual y emocional que la soltería temporal tuvo entre la segunda mitad del siglo XIX y casi todo el siglo XX. Parte de estos cambios se observa en la displicencia con la que usan la categoría de noviazgo, la libertad con la que se refirieron a su vida sexual y la profundidad de las relaciones sentimentales que logran construir.

Keni fue el primero que se refirió a que sus noviazgos, a pesar de que la mayoría habían durado poco, eran relaciones muy profundas. Le pregunté a qué se refería al describirlas de esta manera y me contestó que con casi todas sus parejas se volvían muy amigos, pasaban mucho tiempo juntos y se conocían muy íntimamente. Algo similar me contó María José, después de que le pregunté si ella y Hendrick estaban pensando irse a vivir juntos. Su respuesta fue “por ahora queremos pasar el mayor tiempo que se pueda juntos, así conocernos cada día más”.

La idea de María José de pasar mucho tiempo con Hendrik no es solo un ideal, sino que en realidad lo hacen. Ellos viven de una manera particular estar en una relación amorosa en la que tienen una cotidianidad muy íntima que es permitida en la casa de los padres y madres de ambos. Al igual que Sabina y Diego, María José vivió un tipo de relación similar con parejas anteriores a Hendrik. Ellos han seguido estos parámetros de intimidad y casi convivencia, tanto con parejas con las que han durado años como con las que han durado meses. Es decir que la búsqueda de la intimidad, entendida como cercanía, profundidad y mutuo conocimiento, no está relacionada con que se lleve mucho tiempo con alguien ni con la intención de que dure. Esto tiene afinidad con la afirmación de Giddens (1998) respecto a que los ideales del amor contemporáneos son el conocimiento mutuo y la contingencia. Él lo llama amor confluyente que está más relacionado con la búsqueda de una relación especial, que puede ser más de amistad, que con una persona especial.

El término relación, significando una relación emocional estrecha con otro, ha sido utilizada [sic] generalmente hace solo poco tiempo. Para clarificar de qué se trata vamos a introducir la expresión “pura relación” para designar este fenómeno. Una pura relación no tiene nada que ver con la pureza sexual, y se trata de un concepto delimitador, más que de una mera descripción. Se refiere a una situación en la que una relación social se establece por incitativa propia, asumiendo lo que se puede derivar para cada persona de una asociación sostenida con otra y que prosigue solo en la medida en que se juzga por ambas partes que esta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo (Giddens, 1998: 37)

Que Sabina, María José y Diego tengan estas prácticas evidencia que sus familias aceptan que tengan sexo, duerman con sus parejas, viajen juntos, entre otras, y que esto no esté enmarcado únicamente en el matrimonio. Además, los parientes aprueban y promueven

que esto puedan hacerlo con las diferentes parejas que van teniendo durante su juventud. Por supuesto, esta aceptación de los padres y madres varía. Se trata de un campo con enormes complejidades. Por ejemplo, según Débora, a su mamá no le gusta que su pareja se quede en el apartamento, pero no tienen problema con que ella duerma donde él. Algo similar le pasaba a Diego con su ex novia, pero, al contrario, era él quien se quedaba donde ella, y sus papás preferían que ella no se quedara en el apartamento de ellos. Mariana y Juan dormían juntos casi desde la semana de cuadrarse<sup>6</sup>. “Vivir juntos fue más un comunicar en nuestras casas algo que ya veníamos haciendo”, me contó Juan. Por el contrario, Edith jamás durmió fuera de su casa, a no ser a través de mentiras, y nunca llevó a nadie a dormir a la casa de sus padres. Ella sintió que era necesario aclararme que sus mentiras no eran solo para tener sexo sino para poder dormir con esa persona, pasar toda la noche juntos y experimentar levantarse juntos.

Edith: Por tener sexo no valdría la pena toda la angustia de que una amiga te tape y arriesgarse. Cuando era más adolescente tiraba [tenía sexo], pero nunca me parecía que tuviera que quedarme. Era en una fiesta o de día [ríe]. Ahora que tengo un amante pues es un rato y ya. No nos interesa pasar la noche juntos. Pero cuando me escapaba, y claro con el susto, eran momentos divertidos y como muy intensos... no sé, como que termina uno acercándose a la otra persona de una forma especial.

No sólo por la aceptación familiar, sino por la posibilidad de seguir sus deseos sexuales, en la práctica de los jóvenes respecto a sus relaciones sentimentales se advierte todo un cambio acerca de la soltería temporal y con quién, cuándo y cómo se accede al mundo de la sexualidad y la intimidad.

La sexualidad es algo que se descubre, se aprende, puede mejorarse e incluso perfeccionarse. Aunque es un compromiso individual, lograrlo es necesario para interrelacionarse no solo adecuadamente, sino sobre todo satisfactoriamente. Edith se refirió a que no entiende cómo era posible esforzarse por llegar virgen al matrimonio, “nunca viviría con alguien con quien no me sienta bien teniendo sexo, hay que tener sexo para saber a uno qué le gusta y qué no”. Esto tiene resonancia con lo expuesto por Giddens (1998) acerca de la negociación sexual y del significado de términos como los de “compromiso” e “intimidad”. Los y las jóvenes con las que me entrevisté plantean su juventud en términos de proyecto, así como del anhelo de lograr igualdad sexual y relaciones interpersonales más equitativas. Una suerte de democratización de la vida diaria referida por Giddens. No puedo

---

<sup>6</sup> En Colombia el término cuadrarse empezó a utilizarse a finales de los ochenta para reemplazar la palabra ennoviarse.

afirmar cómo son las dinámicas específicas de poder que viven en el interior de sus relaciones, pero en efecto se esfuerzan por lograr tal equidad y tramitar los enormes obstáculos para lograrla. Por ejemplo, se esmeran porque las relaciones además de basarse en el amor, lo hagan también en el deseo sexual y en la amistad.

Por supuesto, las personas entrevistadas han tenido relaciones sexuales que no se inscriben en relaciones sentimentales más profundas. Sabina dijo que a veces solo tener sexo es más fácil que armar y sostener una relación; Edith dijo algo similar, pero no se refería a sexo casual, sino a que con un amante el vínculo era más ligero y con menos exigencias. Keni, por el contrario, mencionó que se siente más tranquilo teniendo novias que teniendo sexo por una noche. No voy a entrar a analizar las diferencias, más allá de resaltarlas, sino a destacar que los y las jóvenes entrevistadas tienen en su repertorio la posibilidad de tener relaciones sexuales con sus parejas y con personas que no son sus parejas, y que en la mayoría de los casos sus padres y madres lo aceptan, o al menos si lo rechazan no se los hacen saber.

Esto plantea enormes diferencias respecto a la soltería temporal del siglo XIX. Para los y las jóvenes entrevistados, aunque parte del significado de la soltería permanece sujeto a entenderla como paso previo al matrimonio, no carga con la prohibición a tener relaciones sexuales. Es decir que hay una flexibilización de la conexión entre el celibato y la abstinencia sexual. Por supuesto que la reputación sexual sigue siendo una norma, pero en ninguna entrevista salió a relucir alguna experiencia desagradable al respecto, por ende, si, tanto mujeres como hombres demuestran decoro, ya no es requisito para ser una persona elegible para casarse.

En segundo término, lo anterior quiere decir que ya no hay que esperar al matrimonio para tener sexo ni tampoco para tener intimidad con una pareja sentimental. Antes se prohibía la intimidad porque así se evitaba que las parejas de jóvenes tuvieran sexo y se prevenía embarazos prematrimoniales. En el siglo XIX y parte del XX, la intimidad se sacrificaba por cuidar la pureza de las mujeres y la reputación de que los varones eran respetuosos. Ahora la intimidad es muy importante para los y las jóvenes entrevistadas, quienes no creen que haya razón para no tenerla. Yo añadiría que la intimidad en este sentido se desmarca en parte de su relación con el sexo y el matrimonio, y se vincula con autoconocimiento y conocimiento mutuo en el que debe unirse amor, sexo y amistad.

Aunque no recuerdan cuándo empezaron a vivir sus noviazgos y posteriores relaciones de esta manera, Débora, Diego y María José coinciden en asociarlo a la edad, pero sobre todo a que fueron demostrando en sus casas que eran personas responsables, por lo

tanto, con la capacidad de tomar buenas decisiones. Gracias a esto, lograron que la convivencia con sus padres y madres fuera tranquila.

Diego: yo creo que para mi papá y mi mamá era un gran esfuerzo. Algo como “los tiempos han cambiado mucho”. De hecho, mi papá me decía “no puede ser todos los fines de semana, que pena con esa familia”. Le ha costado entender. Pero ellos se esfuerzan y yo también. Ya tengo casi 31 años y el respeto debe ser mutuo. Yo siempre he sido muy responsable y ellos lo saben, es también una cosa de confianza

Débora dijo algo similar refiriéndose a la relación con su mamá. Ella resalta que se trató de una libertad que se fue ganando. En la medida en que han ido obteniendo mayor independencia económica y han demostrado responsabilidad, han aumentado su autonomía en la toma de sus decisiones, tanto que llega el momento de sentir que la relación con su madre es una relación entre pares.

Débora: Cuando era adolescente obvio que mi mamá me ponía horarios y esas cosas. Ahora pues es más una compañía. La pasamos bien juntas y aunque ya no hay reglas... pues yo sé lo que le molesta a ella. Además, aunque no me lo exige, apporto para los gastos del apartamento y trato de no salir mucho para que ella no esté sola. Aunque ella anda mucho con su mejor amiga. Ya crecí, entonces pues estoy pendiente de mi mamá

Aunque ya estén por cumplir treinta años o incluso como Diego que ya va para los 31 años, la convivencia con sus padres la asimilan más con vivir con un par que con una autoridad que los controla. Así que salir de sus casas para tener relaciones íntimas con sus parejas o para poder tener libertad no es una motivación suficiente. Dos anotaciones al respecto: no es que a los padres y las madres les sea indiferente el tema del sexo, de hecho, de acuerdo con lo expresado por Diego y Débora sí existe una recomendación por parte de sus padres “que sean responsables y tomen buenas decisiones”. Analizando los encuentros esto tiene que ver con no llegar a poner en juego la imagen de personas respetables y responsables, es decir, jóvenes que no se acuestan con cualquiera, demasiado fácil, frecuentemente, públicamente y evitar embarazos. En este sentido, habría que discutir si no es similar al control de la soltería temporal bajo el marco del modelo de matrimonio por amor para toda la vida con una diferencia de grado: la reputación respecto a una sexualidad que ahora puede ser moderada gracias al acceso a los métodos de planificación.

El otro asunto es que el anhelo de equidad que se manifiesta cuando hablan de amistad se ha extendido a las relaciones con los padres y las madres. La autonomía y la idea de tomar buenas decisiones implican confianza en la capacidad de hacerlo más allá de la imposición de miedos a través de la autoridad paterna, por lo menos en el nivel del discurso.

A pesar de que a la mayoría los conozco desde hace años, no puedo decir mucho más acerca de las pautas de crianza de los padres y de las madres.

A partir de lo anterior se puede deducir que la posibilidad de tener intimidad o relaciones sexuales no es una prohibición que genere el deseo de tener libertad y que contribuya a desear irse de la casa de los padres, así como no es una imposición de una autoridad arbitraria.

Algunos de las y los entrevistados “a pesar de sentir muchos deseos de vivir juntos con una pareja [...] hay que aguantarse las ganas”, dijo Hendrick, o en palabras de Diego “primero ensayar y luego dar un paso más”, o “por ahora, mejor experimentar, e ir midiéndose”, dijo Sabina. Dos años después de empezar mis conversaciones con Edith, ella se fue a Europa a hacer su maestría. Me contó por WhatsApp que estaba saliendo con alguien y que allá pasaba temporadas enteras viviendo con él,

Edith: esto en Bogotá sería imposible, a mis papás no les parecería tan chévere. Pero eso no quiere decir que yo quiera pasar de tener más libertad a querer irme a vivir con alguien. Dormir en la casa de él es delicioso, no tenemos ninguna responsabilidad. No hay tareas que distribuir. Ya vivir es otra cosa. Vamos viendo, conociéndonos, es muy fácil caer en lo de siempre. Los roles y esas cosas, es mejor estar listos, yo sabré cuando eso pase

Recordemos que José Francisco se va a ir a vivir con su pareja, pero él dice que se trata de poder seguir juntos porque se va a estudiar y es mejor económicamente vivir juntos.

José Francisco: acá estará mal que viviéramos juntos y nos siguieran manteniendo nuestros padres. O sea, nos vamos es a estudiar, a los dos nos conviene. Solo que vamos a vivir juntos porque es en el exterior. Nos vamos a Europa en dos semanas. Vamos a vivir juntos en un apartamento. Ella se va porque yo me voy, pero va a terminar su carrera allá. No falta la persona que hace algún comentario, en especial la familia de ella que empezaron a decir que si me la llevaba. Yo no considero que me la lleve porque nadie es de nadie. Tenía que responder, sabiendo que yo soy estudiante, que yo no gano plata. Pero yo no me la estoy llevando. Ella tiene una gran oportunidad de estudiar allá y yo también. Vamos a vivir juntos solo porque es una gran oportunidad y nuestros padres nos van a seguir ayudando

Hendrik y María José tienen planeando vivir juntos por largas temporadas, si a Hendrick le resulta un préstamo-beca para hacer su maestría en el exterior.

Hendrik: Hemos pensado vivir juntos. De hecho, lo hemos pensado como en la posibilidad de un viaje y, entonces, en ese viaje buscando una beca o unos recursos, intentar vivir juntos porque pues sí nos gustaría. Pero, pues pensándolo así, como que tiene que ser como en otra situación y en otro esquema de vida. Porque definitivamente en Bogotá siento que sería un poco más complicado.

María José: Y yo realmente creo también que es una cosa que no nos hemos preguntado del todo. Mejor dicho, como que todavía no existe esa pregunta en nuestra cabeza de una manera como real, porque estamos preocupados por otras cosas en este momento de la vida. Por

ejemplo, independizarme, sobre todo económicamente y decirles a mis papás, tranquilos todo bien, porque si viajamos, igual mis papás me seguirían ayudando

Se puede apreciar que, incluso aunque vivan juntos, como el caso de José Francisco y su pareja, esto no significa que hayan decidido dar un paso más, sino que producto de un viaje pueden seguir conociéndose y ensayar una convivencia. A lo largo de las conversaciones, la que tuve con Edith, José Francisco, y con María José y Hendrick, se aprecia que establecieron la diferencia entre tomar la decisión de vivir juntos fuera de Bogotá, y vivir juntos en Bogotá. En Bogotá, afirman, esta decisión debe ser más definitiva. De acuerdo con lo que dijeron, debe cumplir dos cuestiones: contar con independencia económica y estar completamente seguros de querer vivir con esa persona ojalá para siempre, “no está bien seguir dependiendo de los padres”, dijo María José, o decirles que “es un ensayo” dijo José Francisco. En el extranjero tienen la libertad de que esa convivencia no se vea como el proyecto central, sino viajar y estudiar, con la posibilidad de que al regreso cada quien vuelva a vivir en las casas familiares.

Para José Francisco, Hendrick, María José y Edith, el día que decidan irse a vivir con alguien es porque están “listos” y “listas” para hacerlo, es decir, cuentan con la independencia económica y con la seguridad de que quieren hacerlo. Aunque, por ejemplo, Juan y Mariana, así como Keni, después de irse de su casa siguen recibiendo ayuda económica de sus padres y madres, parece que esto fuera motivo de vergüenza, algo que no debería estar pasando y de lo que es mejor no alardear. Esto me lleva a relacionarlo con cierto nivel de ocultamiento de las relaciones de dependencia entre las familias o entre los varones como estrategia de posicionamiento de clase de la burguesía y de lo que representaba ser un hombre autónomo. Para la burguesía era fundamental posicionarse demostrando que el dinero se lograba gracias al trabajo más que a los apellidos. Así que es probable que esto sea parte de la herencia recibida, el intentar demostrar que lo que se tiene económicamente hablando es producto de las capacidades y esfuerzos personales, y no reconociendo el apoyo familiar con el que se cuenta.

Por otro lado, también marcan la diferencia entre ensayar y tener la seguridad de tomar la decisión de irse a vivir juntos. Hendrick, por ejemplo, dijo que en algún momento llegará una emoción que les indicará que ya es hora. Le pregunté que además de la emoción, qué otro indicador podría ser útil para saber que se está listo y me contestó “ya conoces la persona y sabes que te va a apoyar en tus proyectos, que no los vas a tener que abandonar”. De nuevo surgió el miedo a tener que renunciar a sus metas personales. Diego, quien durante las entrevistas no tuvo ninguna pareja, lo puso en los siguientes términos “se trata de ser

capaz de acompañar a alguien en sus planes y de que alguien me acompañe en los míos”. Ese estar listo, no es sólo un asunto económico, también está vinculado al sentimiento de seguridad en la decisión, que pasa por poseer o haber desarrollado la capacidad y la actitud para tener una relación cuya finalidad sea acompañarse en los proyectos de cada uno.

Hendrik y María José también dijeron que en lo posible se querían acompañar en sus sueños. Me contaron que Hendrik se ganó el préstamo-beca y que se iban al exterior por dos años. María José decidió que iba a estar yendo y viniendo, terminando su propia maestría, buscando contratos de prestación de servicios, participando en convocatorias en su área profesional y conociendo esa otra cultura. Dijeron que eso era lo primero. Por eso, por ahora, no iban a formalizar la relación pues, para ellos, su soltería era fundamental. La pareja debía ser un par que también estuviera buscándose a sí misma. Hendrik dijo que para él lo importante era que su relación fuera tranquila y que pudieran compartir proyectos, María José, lo complementó diciendo que la pareja debía ser un apoyo en sus proyectos. Edith fue especialmente clara cuando me contestó que para poder seguir con libertad era necesario que la pareja se sintiera como un par.

Frente a este punto algunos autores (Borges y Magalhães, 2013; Magalhães y Féres-Carneiro, 2003) parecen haber identificado la misma cuestión acerca de la expectativa que actualmente las personas tienen acerca de encontrar su verdadero yo. Aunque esta experiencia no es incompatible con una relación de pareja, sólo es posible en una relación entre pares y socios. Se espera de dicha relación que sea adecuada para el desarrollo de las individualidades. Por eso “en el escenario actual, donde las instituciones son menos apreciadas, la libertad se convierte en un ingrediente esencial en la química de la pareja” (Borges y Magalhães, 2013: 183). Aunque en las entrevistas no usaron el término libertad, lo cierto es que en ese acompañarse y en esa paridad esperada, prima el deseo de que la pareja no sea un obstáculo para la búsqueda de la realización de sus metas.

La soltería les permite a las y los entrevistados tener relaciones emocionales profundas y no perder la libertad para saber qué es lo que se quiere hacer y ser a través de la experimentación sexual y de construcción de intimidad con sus parejas. La construcción de esta intimidad y cotidianidad se asocia tanto con probar si con esa persona podría haber un proyecto de más largo plazo, y también con ensayarse a ellos mismos si tienen o pueden desarrollar actitudes para una vida en pareja que sea equitativa.

Esto significa un cambio respecto a la soltería temporal y lo que significaba ser un o una posible candidata a ser elegida para un matrimonio para toda la vida o una relación de convivencia definitiva. No obstante, perdura la idea de que una relación sentimental debe

ser pensada para que dure toda la vida; el cambio radica en que los y las jóvenes intentan minimizar el riesgo de que se tenga que romper la relación o de terminar atrapados (as) en una relación indeseable. Presenciamos la convergencia de discursos aparentemente antagónicos de la realización personal, la autonomía como valor igualmente legítimo para hombre y mujeres, el horizonte de vidas con independencia económica gracias a las trayectorias profesionales y los ideales románticos del amor para toda la vida, de la compañía incondicional, de la fidelidad y de la intimidad.

En estas preocupaciones, miedos y mezcla de ideales, alcanza a vislumbrarse la tensión entre las reinterpretaciones y la reproducción de la afiliación entre convivencia y sacramento indisoluble que se gestó y consolidó en el modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida. Esta ley divina que hace que el matrimonio católico no pueda romperse se ha transformado y pervive en la convicción de que el amor es una especie de don o gracia que cuando es verdadero perdurará por siempre y se dirige a una sola persona.

Por otro lado, la soltería es condición que legitima recibir apoyo económico por parte de los padres y las madres, quienes además no se oponen a que sus hijas e hijos construyan una relación de noviazgo con altos niveles de intimidad. Esto muestra que alcanzar la independencia económica, elegir una pareja adecuada y saber qué se quiere, toma más tiempo en la vida y transforma la soltería temporal que ya no es sólo una etapa de preparación para el matrimonio sino un periodo para que las personas se conozcan a sí mismas.

### 3.4 LA SOLTERÍA COMO ETAPA DE FORMACIÓN, AUTOCONOCIMIENTO Y PREPARACIÓN PARA LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA

Para generaciones anteriores poder tener relaciones sexuales era una buena razón para que las personas quisieran casarse muy jóvenes, además de la presión ejercida por parte del padre y la madre para que los hijos e hijas contraigan matrimonio, ya que estos rápidamente podían convertirse en una carga económica y en vergüenza social por causa de su soltería. Ambas cuestiones parecen no estar presentes en los relatos de las y los jóvenes ¿por qué las y los jóvenes solteros no tiene afán de irse de sus casas y sus familias tampoco los presionan para que lo hagan?

Cuando me reuní por primera vez con Débora, María José y Sabina, mejores amigas desde el colegio, noté que su amistad era muy sólida y que se conocían muy bien entre ellas, lo que hizo que la reunión fuera divertida y fluida. Ellas ya sabían que yo estaba investigando



sobre la soltería, pues con María José veníamos conversando desde hacía como un año. Por eso la reunión empezó espontáneamente con ellas explicándome por qué eran solteras, a pesar de que Débora y María José tenían una relación de noviazgo de más de dos años. Ellas argumentaron que, aunque su relación de pareja era muy importante para ellas, esa no era su única prioridad. En la reunión ellas continuaron afirmando que sus relaciones de pareja debían hacerlas sentir tranquilas y satisfechas como cualquier otro ámbito de su vida; que sus parejas debían estar preocupados por sus propias vidas y así poder acompañarse en lo que quieren, en sus búsquedas y mejorar juntos.

María José: yo creo que yo tengo bastante alto lo del amor. [silencio] es que es muy raro ¿no?, pero como que compite con... está al mismo nivel de que quiero sentirme satisfecha con lo que hago. El trabajo, mi profesión, es tan importante como tener una pareja. Por eso estoy, creo, como pendiente de mejorar en todo lo que hago, también en como soy como pareja.

Débora: yo creería que está de segundo puesto. Como que pensándolo bien el año pasado salió una propuesta que no quedó en nada, pero era una propuesta de hacer una maestría en que me pagaban todo, era una beca magnífica y no sé qué. Y yo de una dije sí, o sea, me voy. Y después el mismo tipo que me estaba entrevistando me dijo, pero tú tienes novio, y fue como, ok, sí, pero yo no pensé en él, como que yo pensé únicamente en mi profesión y en mí. Fue como sí de una, sí a esta oportunidad. Luego sí lo hablé con él, y le dije “mira, me salió esto y yo lo quiero hacer”, y él fue como “de una, hazlo” y ya. Pero digamos que me doy cuenta que en situaciones así de presión ni siquiera lo tuve en cuenta. Por eso digo que es mi segunda prioridad. Pensándolo así, como que yo primero tomaría un trabajo a quedarme porque él no quiera viajar, o sea, como que sí sería mi segunda prioridad. Yo le dije que siempre está la opción de que él me acompañe.

Sabina: en mi orden de prioridades hay como tres prioridades grandes, y esa es la tercera. La primera para mí es como mis estudios y mi realización profesional, por así decirlo. La segunda es mi situación laboral, económica, y la tercera es la pareja. Sin embargo, sí creo que es muy importante, de hecho, como que una de las cosas que yo siempre he querido es tener un futuro con alguien. Como que yo a veces digo, no sé, me preguntan cuál es mi sueño profesionalmente, y yo no sé responderte. Me preguntan cuál es mi sueño laboral, y yo tampoco sé responderte, pero sí sé responderte que cómo yo me veo y me proyecto es con alguien al lado. Sin embargo, tengo muy claro que si eso no se da pues igual primero estoy yo, hay otras maneras de estar bien también. Creo que tener novios me ha servido para saber mejor cómo me veo, pero estar sola también, eso es muy importante. Ahora creo que no puedo tener cualquier pareja

El hecho de que la reunión empezara así me mostró que, aunque mi investigación fuera sobre soltería y el asunto las remitía a tener que hablar de si tenían o no pareja, ellas mismas le dieron el giro a la conversación para señalarme que en realidad el asunto se trataba de que en este momento de sus vidas la prioridad era su profesión y, si es posible, intentar compaginarla con una relación de pareja. Esto es coherente con lo que venía discutiendo anteriormente. Si se tiene una pareja, esta persona debe tener la característica de ser capaz de acompañar al otro en sus proyectos y, en consecuencia, de tener proyectos propios. Voy a describir en qué consisten esos proyectos que hacen que la soltería se extienda, se patrocine

y se desee, lo que permite que la vida amorosa se viva como un ámbito que se suma a otras dimensiones de igual o de mayor importancia.

Entre las metas que enumeraron están: hacer una carrera, ir a una buena universidad, trabajar, ser independientes económicamente, viajar y hacer una maestría. Sólo Edith descartó tener hijos. Esto tal vez no sorprenda, pero lo que me llama la atención es que casi todos unían a estas metas frases como “saber qué quiero laboralmente”, “ser feliz en lo que hago”, “que me sienta tranquila con las decisiones que tome”, “tener estabilidad”, “sentirme bien conmigo misma”. Quiere decir esto que no se trata solo de una trayectoria, y de unas etapas que se siguen sino de que al seguirlas se experimente gozo interior. Adicionalmente, afirmaron que esto requiere de tiempo para saber qué es lo que se quiere, por lo tanto, el mejor estado para esto es la soltería. Esto coincide con la afirmación de Cabanas e Illouz (n2019) acerca del nuevo ideal de la autorrealización y de la felicidad.

En uno de los encuentros que tuve con María José me reiteró lo importante que era su realización personal. Por eso requería de la libertad para tomar riesgos y para cambiar decisiones. Siendo soltera podía seguir sus deseos sin miedo a equivocarse, ya que como era muy joven, debía experimentar para prepararse, conocerse y desarrollarse. Como vimos, la prioridad de Sabina es investigar qué es lo que desea y tomar riesgos. Diego, el único que tuvo un trabajo estable durante los dos años que me reuní con las y los entrevistados más jóvenes, lo puso en términos de “no podría comprometerme con alguien. Me da miedo no mantener una promesa porque mis deseos individuales estén primero. Me gusta poder seguirlos o poder cambiar de opinión”. Por su parte, Edith habló de que no estaba en edad de hacer sacrificios por otros y que por eso lo mejor era ser soltera.

Los y las entrevistadas relacionan las metas individuales con la satisfacción personal a corto y a largo plazo. Diego y Mariana consideran que para lograr tener satisfacción personal y profesional lo primero es “tener una carrera” y estudiar lo que se quiere en una buena universidad. Mariana me contó que les pidió a sus padres un tiempo para dilucidar qué quería ser y, en consecuencia, resolver qué carrera universitaria seguir y en dónde. Ella viajó fuera del país a aprender inglés mientras tenía tres opciones de carrera. Su decisión final, narra, tuvo que ver con la gente que conoció y con un proceso de percibir lo que realmente quería.

Mariana: conocer a esa gente me dio a mí muchas herramientas para entender realmente lo que yo quería porque me di cuenta de que yo podía hablar con ellos para poder ayudarles, no sé. O sea, como que sentí que podía ayudar de alguna manera. Pero de mis tres opciones el arte era lo que me conectó con la gente. Fui a otra ciudad y lo mismo. Entonces eso fue como puff, explosión en la cabeza, y dije ¡ya!, lo que quiero es estudiar arte. Entonces llegué acá

y le conté a mis papás, y ellos como siempre los más lindos dijeron -Dale de una, no hay problema, vive tu proceso

Este año “sabático” también lo tomaron María José y Diego. La razón de irse un año después de terminar el colegio fue aprender inglés y, en palabras de María José, “conocer otras culturas, otras maneras de hacer las cosas y pensar bien el futuro”. Para María José, Mariana y Diego, no sólo es importante estudiar sino estudiar lo que se ha querido. Por eso, se esforzaron en dilucidar cuáles eran sus deseos académicos y proyectarlos a futuro, lo que incluyó elegir la universidad, aprender inglés o, como en el caso de Sabina, hacer un doble programa universitario.

Esta perspectiva no es individual. Se ha extendido y arraigado tanto que las familias la promueven y la financian. Para los y las entrevistadas jóvenes ha sido esencial tener el apoyo de sus familias. Sin él no hubieran tenido el dinero y el tiempo para viajar, decidir qué quieren estudiar y en dónde, pagar las matrículas en una universidad privada o tener el respaldo para endeudarse.

María José siempre ha estado orgullosa de su carrera y de su universidad. Sabe que este es un privilegio al que ha accedido gracias a su papá:

María José: Yo creo que estudiar en mi universidad fue un verdadero privilegio. Es la más costosa del país. Y ahí estoy haciendo mi maestría también. Mi papá me dio la posibilidad de estudiar lo que yo quisiera y donde yo quisiera. Además, gracias a eso tengo contactos, he conocido gente muy buena en lo que hace y además que tienen vínculos. Entonces, como que es una cadena, y además yo soy muy responsable y me muevo mucho. Entonces, eso es una buena combinación

Las exigencias respecto a los perfiles profesionales han venido cambiando desde 1990. Ya no es suficiente ser profesional. Cada vez es necesario especializarse, tener maestrías, saber idiomas, contar con habilidades tecnológicas y ser egresado de determinadas universidades. Se entiende que son características que no todo el mundo puede cumplir. Los precios, en el 2018, de los postgrados en las universidades públicas oscilaban entre 1800 y 2000 dólares el semestre, que es igual al precio en una universidad privada de rango medio. Una maestría en la Universidad de los Andes, una de las más costosas, sino la más costosa de las universidades del país, estaba costando por semestre 3.300 dólares. En total las maestrías cuestan entre 8000 a 13000 dólares. El histórico del 2018: un dólar en promedio se cambió por 2950 pesos colombianos.

Según el índice del nivel de inglés de Education First, en el 2016, Colombia se ubicó bajo la categoría de dominio bajo y muy bajo. Las razones son varias, como la existencia de muy pocos profesores, la mayoría con niveles medios de dominio del idioma, además de

tener políticas públicas deficientes. En general, esta situación es común en América Latina, con excepción de Argentina, que se destaca con un dominio alto del idioma. Por supuesto que esta deficiente educación en bilingüismo es peor en los colegios oficiales, y en general, en los estratos socioeconómicos bajos. Solo de un tiempo para acá ha aumentado la oferta de colegios bilingües privados para las clases altas. Empezados los noventas, la educación de estas clases sociales aún estaba a cargo, especialmente, de las comunidades religiosas católicas cuya preocupación principal no eran los idiomas. Por eso, una opción común en la ciudad, es que los jóvenes de clases altas, una vez terminan el colegio se vayan un año de intercambio. Esta situación ha variado, pues en la medida en que mejora la educación bilingüe, los y las jóvenes no viajan a aprender inglés sino a perfeccionarlo.

En Colombia, una de las estrategias de diferenciación de clase y de estatus social ha sido la educación privada y la educación universitaria. “Al lado de la educación sufragada por el Estado, va surgiendo todo un subsistema de carácter privado dirigido a escolarizar los grupos directivos de la sociedad” (Cataño, 1984: 2). Con los años, segmentos de población de clase media alta se han esforzado porque los miembros de la familia ingresen a las universidades privadas de prestigio.

En Colombia, el Estado nunca tuvo el monopolio o cuasimonopolio de la educación superior. Al lado de las universidades del Estado, siempre funcionaron universidades de carácter confesional, muchas de ellas con orígenes coloniales, aunque sin presentar un funcionamiento continuo desde la Colonia hasta nuestros días, y desde el inicio del siglo XX se vinieron a sumar universidades laicas de carácter privado. Al finalizar la primera mitad del siglo XX, la participación de la matrícula en establecimientos de educación superior de carácter privado dentro de la matrícula total de la educación superior fue de la misma magnitud que la observada en el conjunto de América Latina a mediados de los años ochenta (Misas, 2004: 129)

La vocación elitista de la educación universitaria en el país pervive de diferentes maneras. Primero se trató del privilegio de hacer una carrera universitaria para un número reducido de varones. En 1940 Colombia tenía 2990 estudiantes universitarios. Solamente en 1960 se consigue sobrepasar los 20.000 estudiantes en la educación superior. En 1975, este número llega a 176.000; en 1980 a 279.000; en 1983 a 356.000 (Parra y Jaramillo, 1985: 10). Luego vino el lento pero progresivo ingreso de las mujeres, en especial de este mismo segmento social a las universidades. En 1943 la mujer representaba el 43% de la población estudiantil, lo que, si bien en términos generales no parece un mal porcentaje, es necesario matizarlo a medida que se asciende en los niveles educativos, especialmente en el nivel de educación superior donde sólo representa el 2% de los 5.113 estudiantes inscritos en él (Herrera, 1993: 13).

Posteriormente, empezó a ser importante ingresar a una universidad privada, es decir, pagar una matrícula elevada. Más recientemente, no solo se volvió relevante estudiar lo que se desea y tener un buen trabajo, como se ha estudiado a través del concepto de capital social y de capital cultural, sino también de hacerlo en ciertas universidades para poder tener un trabajo acorde con el nivel socioeconómico, y usar esa educación y esas relaciones en beneficio propio de modo que sea posible reproducir los privilegios asociados a la clase (González, 2009). Ahora parece que estamos viendo un cambio nada despreciable que está por explorarse, pues ya no se trata únicamente de estudiar en una buena universidad y una carrera de prestigio para luego tener un buen trabajo en términos de dinero y estatus, sino de demostrar que se estudió y que se trabaja también por la satisfacción de hacer lo que se quiere y sentir gusto en ello.

¿Por qué es importante estudiar lo que se quiere? Les pregunté en alguna ocasión a Sabina y a Diego. Sabina con algo de angustia replicó que “pues gracias a eso he podido hacer lo que me gusta. La música es lo que quiero, la amo. Claro que hice otra carrera también. Yo sé que vivir de tocar es difícil. Ahora mismo estoy en crisis”. Diego dijo “imagínate hacer algo que no te interesa durante toda la vida, tenaz”. De hecho, tanto Diego como Sabina señalaron que sus padres y madres insistieron en que debían ser felices. Ellos les dijeron que los apoyarían en lo que decidieran, tal como le dijeron los padres a Mariana: “vive tu proceso”. No solo se preguntan qué estudiar y en dónde con miras a la vida laboral, sino que tal cuestionamiento se ha extendido al sentido de su existencia misma, a una pregunta por el autoconocimiento, la felicidad y por la realización personal que ninguno de ellos y ellas asocia con una distinción de clase (Ahmed, 2019)

Por eso Hendrik pasó casi un año intentando decidir qué maestría cursar. Él expresó que no es fácil saber qué estudiar, pues cada vez ve más clara la relación entre lo que estudió y las oportunidades laborales que ha tenido. Mencionó que ahora que ya ha trabajado y conoce mejor cómo desea sentirse, quiere evitar al máximo estar en trabajos que lo hagan infeliz, aunque estén relacionados con su carrera.

Hendrik: Uno tiene como ideas de lo que quiere, saber en qué mundo se quiere mover, qué cosas le interesan profesionalmente y sabe que lo más importante es sentirse feliz. Por ejemplo, en mi caso, yo sé que me gustaría más un mundo medianamente académico que político. Incluso es algo que he aprendido por cómo he trabajado. Sé que me gustan más los temas de las ciencias sociales. Más específicamente, los de población y ciudad, etcétera, que las matemáticas, o las ciencias duras. La maestría tiene que ser en algo así. Como que claro, uno sabe y lógico lo ha ido aprendiendo, qué le gusta, qué le gustaría profesionalmente y también personalmente. Como que uno también va encontrando cosas que le gustarían en otros ámbitos y descartar cosas y tener trabajos en los que me sienta bien

Es decir, además de estudiar lo que les gusta, lograr un trabajo que los haga felices es otra de las metas. Como vemos, para Hendrik su trabajo no representa sólo tener ingresos estables, sino también desarrollarse profesionalmente y, en consecuencia, personalmente a través de un trabajo que lo haga “sentir bien”. Este desarrollo consiste no tanto en un buen salario y posibilidades de ascenso, sino en amar lo que se hace y en sentirse a gusto en el trabajo. Hendrik dijo que es importante tener diferentes trabajos y experimentar para saber en qué ambiente le gustaría estar. Él lo planteó de la siguiente manera:

Hendrik: En este momento, mi prioridad no sería independizarme, entendiéndolo como irme de la casa. Yo creo que mi prioridad sería como estoy en la onda del trabajo. Como de ir armando un camino profesional, digamos, que a futuro me parezca que puedo crecer ahí dentro y como que me pueda sentir tranquilo.

Claudia: ¿Tranquilo es qué?

Hendrik: Eh, tranquilo es como que yo sienta que no, que no estoy siendo como subvalorado y que trabajo con gente que es de mi agrado. O sea que yo pueda estar en un círculo laboral digamos en un ambiente, en el que me sienta cómodo, en el que pueda ser yo mismo, y me sienta a gusto. Eso no es fácil, por eso debo tener tranquilidad también de poder renunciar, irme y seguir buscando.

Diego dice que, aunque lleva ya tres años en su trabajo, él sabe que debe irse, permanecer abierto a la posibilidad de cambiar y que por eso debe ser soltero. La posibilidad de elección se replica en el caso del mundo del trabajo. Así como debe ser posible pensar bien la carrera, incluso cambiarse en los primeros semestres, así debe ser posible experimentar en el trabajo y poder conocerse en este proceso de cambios laborales. Cuando empecé a conversar con Sabina, ella estaba en un momento de transición, pues tuvo que dejar el trabajo que realizó durante cuatro años y que amaba por la edad que tenía. Se trataba de una organización juvenil que contrata solo hasta los 27 años. Estaba buscando trabajo, pero tenía muchas dudas y expectativas.

Sabina: Había pasado muchas hojas de vida a cosas que no me gustan o no me llenan, porque en lo que yo estudié digamos que no hay muchas posibilidades, y las posibilidades que hay es para ser profesor... Y pues yo tengo muy claro que, a mí, eso no me gusta y tengo muy claro que es una responsabilidad muy grande. Entonces había pasado hojas de vida más bien a mi otro campo, pero también hay cosas en las que no me hallo. Y entonces yo decía, bueno, y si me llegan a llamar yo qué hago. Yo no quiero un trabajo de tiempo completo. Yo no soy una persona que le guste estar en una oficina, que le guste cumplir un horario que tenga un jefe, o sea... caprichosa [se ríe]. No me veo haciendo eso. Si me toca lo hago y seguro lo haré bien, pero que yo diga eso es lo que quiero, pues no. Entonces estoy pensando la posibilidad de hacer empresa. Eso sí me gusta más. Odio la palabra emprender, pero sí quiero emprender. Como que va más acorde a lo que yo soy, y también como que uno puede proponerse sus propias metas y gastar más bien ese tiempo en uno y no en otros, que a veces no aprecian tampoco lo que uno hace

La premisa para Sabina es que el trabajo se ajuste a sus deseos y no que ella tenga

que ajustarse a las exigencias del trabajo. Mariana y Juan dijeron algo similar. Hablaron de ser felices en el trabajo, y cómo para lograrlo es necesario poder renunciar y buscar el que sea más adecuado para sus intereses.

Mariana: Yo quiero sentirme feliz en el trabajo. Por eso necesito tener la libertad de renunciar y hacer otra cosa. Por ejemplo, me gané una convocatoria con el Ministerio para hacer un proyecto. Entonces, es chévere porque ya puedo tener toda la imaginación para hacer cosas y no solo estoy metida en un cuadrito... O sea, estoy metida en un cuadrito hoy en día, pero un cuadrito en donde puedo sacar todo de mí ¿sí? En cambio, en el otro trabajo era encerrada no podía hacer nada, no podía demostrarles quién soy yo.

Juan: Si uno no la rompe, entonces sí le va a tocar estar allá esclavizado y tal.

Mariana: Exacto, y no era feliz. Entonces, también uno tiene que apostar a eso, a que uno consigue su propia felicidad y tranquilidad. Renuncié, y pues esa decisión la verdad sí me ayudó porque me abrió muchas puertas a explotar lo que yo tengo, lo que yo puedo dar

Estas citas evidencian que para los y las entrevistadas poder cambiar de trabajo es central y para esto deben contar con el apoyo económico de sus familias, pues están buscando “ser ellos mismos”, “romperla”, “que no los subvaloren”, “que me llene”. Esto indica que el hacer una carrera en una empresa, que el ideal de ascenso y de ir adquiriendo reconocimiento en el mismo lugar de trabajo, no es el derrotero con el que ahora se guían las personas jóvenes que están empezando sus trayectorias laborales. En la medida en que las familias deben apoyarlos y apoyarlas en estos ensayos es mejor mantener la soltería y apoyar que los y las jóvenes tengan relaciones íntimas con sus parejas.

Especialmente la sociología, pero también la demografía, ha mostrado que estudiar una carrera universitaria en distintos países, en especial en las ciudades, ha significado entre otras cosas, posponer el matrimonio (García, Salvador, Guzmán, 2012; García, 2011; Spije, López y Esteve, 2012); prolongar la soltería (Gil, 2002); aplazar la salida de la casa (Gaviria, 2002; Gil, 2002); prolongar el proceso escuela-trabajo (Jurado, 2004), y realizar cambios en las relaciones de género (Gómez y Salguero, 2014; Catherine y Evelyn, 2004; Gordon, 2002). Erikson (1971) propuso el término de moratoria social y vital para referirse al tiempo de gracia social que toman las personas jóvenes para estudiar, saber a qué quieren dedicarse y adquirir las responsabilidades del mundo adulto.

La categoría de moratoria social de los años sesenta y setenta del siglo pasado, que trató de explicar en los adolescentes de la época su “falta de habilidad para ubicarse en una identidad ocupacional” (Erikson, 1971: 180), considerada como un aplazamiento forzado de las mejores cosas de la vida reservadas a los adultos, se percibe en el globalizado mundo actual como una prórroga voluntaria de los jóvenes urbanos de clases adineradas, representantes de los prototipos de juventud definidos socialmente, con fines de alcanzar las calidades exigidas para competir en el espacio laboral global (López, 2010)

Coincido con estos autores en que la prioridad de estudiar ha ido produciendo un

tiempo en los jóvenes cada vez más extenso en el que se recibe ayuda económica por parte de la familia, y con ello una prolongación de la soltería. También en que muchos y muchas jóvenes quedan excluidos de esta posibilidad en razón de la clase social a la que pertenecen. Es decir, que es posible ser una persona joven soltera dependiente hasta pasados los 30 años, sin sentir, por ser solteras y mantenidas, presiones internas ni externas, si se cuentan con los recursos económicos familiares para hacerlo.

Lo que no dicen estos autores es que las familias con los recursos necesarios para el privilegio de la moratoria social también están apoyando esa idea de que los jóvenes busquen aquello que los hace felices. No se trata únicamente de un tiempo para prepararse para el medio laboral, que cada vez es más exigente, sino para saber cómo ser felices en el mundo laboral. Esto representa un cambio en la forma de explicar la moratoria social, la juventud y la prolongación de la soltería e implica preguntarse por cuál es la nueva relación entre el mundo laboral y este tiempo de preparación que ahora impone la felicidad. La felicidad se ha convertido en un valor y esto modifica la construcción social de la juventud y de la soltería (Margulis y Urresti, 1998).

Algunas teorías señalan que, en efecto, el individualismo alcanzado permite darse cuenta de que el capitalismo a través del trabajo esclaviza y necesita agentes que reproduzcan la maquinaria; sin embargo, teniendo en cuenta la capa social a la que pertenecen estos y estas jóvenes, no parece plausible aceptar esta explicación. Tal vez, la reflexión deba incluir la advertencia acerca de que el capitalismo logró convencer al ser humano que producción y felicidad van de la mano, o en palabras de Cioran, regocijarnos del esfuerzo permanente de la productividad.

Lipovetsky observa que la paradoja de la postmodernidad y del individualismo se ve reflejada de lleno en el mundo del trabajo también en otro sentido. Podemos formularlo de esta forma: ¿Cuál es el valor supremo en el mundo actual: el placer, al que nos ha conducido la moda de la fruición y el consumo, o el trabajo, ¿al que innegablemente nos ha conducido la tendencia del capitalismo y el protestantismo? Según Lipovetsky, en este momento nuestras sociedades están estimulando simultáneamente esos dos valores tradicionalmente antitéticos: el hedonismo y el trabajo. Dice Lipovetsky: “Esto está cambiando con el surgimiento de la gerencia participativa, el deseo más pronunciado de implicación en el trabajo y la rehabilitación de la ambición profesional. Desde ya, dos asalariados de cada cuatro ven en su trabajo un medio de disfrute y de expresión personal; se trata de uno de los efectos de la era hedonista sobre la esfera del trabajo” (Vega Alonso, 2012: X)

Se trata entonces de las dos corrientes del individualismo que ya mencioné y que producen las constantes paradojas sobre él mismo. Los y las jóvenes entrevistadas están en medio de las contradicciones entre los beneficios del trabajo como un derecho, el trabajo como un placer y convertirse en parte del engranaje de la productividad y el consumo,



convirtiendo ambas en la fuente de la felicidad, y que además a través de la flexibilidad y de contratos a corto plazo asuman los riesgos del sistema. Por supuesto, se trata de jóvenes con un capital económico, social y cultural por encima de la media de la población colombiana. Educarse, viajar y ahora ser felices en su trabajo también es una exigencia de su clase social.

La pertenencia a esta capa social no puede hacer pensar que sea cierto que posterguen el ingreso al mundo laboral, pues Hendrik, Edith, Juan, Mariana, Sabina, Débora y Diego trabajaron durante su pregrado. Algunos porque tenían que ayudar a pagar el préstamo adquirido para la matrícula, y otros porque querían ir adquiriendo experiencia laboral, responsabilidad y algunos ingresos. Estos últimos hicieron prácticas para ir teniendo experiencia profesional, lo que evidencia que cada vez es más exigente el requisito de tener experiencia para acceder a los cargos que aparentemente ellos tendrían el privilegio de ocupar, a la vez que es muestra de que en Colombia la educación superior es muy costosa, incluida la educación pública, que muy pocas familias pueden costear los costos de la universidad privada y los costos de los posgrados y por ende, las y los jóvenes deben endeudarse para cumplir con los requisitos del mercado laboral.

Las biografías y contexto en el que viven las personas jóvenes entrevistadas hacen dudar de la tesis de que posponen la entrada al mundo adulto. La prolongación de la juventud no parece un aplazamiento de la vida adulta, por lo menos en lo referente al ingreso al mundo del trabajo o a no contraer deudas, ni a la construcción de relaciones comprometidas de pareja. Si tenemos en cuenta las enormes prevenciones que tienen frente al modelo de matrimonio por amor para toda la vida, habría que problematizar un poco más que se trate de un aplazamiento de este, y no un proceso de transformación de las relaciones de pareja.

Adicionalmente, frente a las experiencias de estudiar lo que quieren en una buena universidad, aprender inglés y ensayar trabajos, algunas de las personas jóvenes entrevistadas me repitieron que una meta era que “querían conocer para conocerse”: conocer otros idiomas, otros países, personas, estilos de vida y, de esta manera, a sí mismos. Edith lo puso en términos de “conocer el mundo y probarme”, y María José de conocer gente y tratar de encontrarse a sí misma.

María José: pues ahora por las redes uno se entera prácticamente de qué hace todo el mundo. Siempre es como yéndose a otros lugares, así sea dentro de Colombia, como viajar, transitar, conocer gente, trabajar en diferentes cosas, como tratar de encontrar. Yo creo que nos han vendido mucho esa idea de que tenemos que encontrar lo que más nos guste hacer, lo que nos apasione. Lo que no sé es qué. Entonces, yo creo que nosotros sí tenemos una búsqueda de eso. Finalmente, es como que no nos contentamos con tener un trabajo y estar estables y tener una familia o tener no sé qué. Como que nos han vendido mucho eso de, de usted podría hacer lo que usted quiera. ¿Sí? Yo ando en esas [risas]

Edith empezó una maestría en el exterior, ya sabe otro idioma y estaba pensando en trabajar un rato para luego empezar su doctorado. Me contó que estaba feliz porque estaba sola, se sentía independiente y luchando, enfrentando algunos días muy difíciles, pero dándose cuenta de todo de lo que es capaz. Hendrik y Diego también hablaron de cómo prefieren gastarse el dinero viajando, pero no se trata de hacer turismo, enfatizó Diego, sino de tener experiencias y siempre estar aprendiendo o mejorando algo.

Se puede concluir que la soltería para estos y estas jóvenes se vincula con una temporalidad que les permite construirse como la persona que quieren ser. Por eso trazan metas para ir tras ellas. Es un proceso de autoconocimiento necesario para tener la capacidad de elegir entre un sinnúmero de posibilidades, pues detrás de esto se halla la creencia de los entrevistados de que pueden elegir entre un sinnúmero de opciones de estilos de vida que incluye el tener o no tener pareja. Frente a estas opciones se debe ensayar: elegir una carrera o varias, pero acompañarlas de cursos y de posgrados; experimentar diferentes relaciones amorosas y si es posible vivir con algunas de ellas; no olvidar aprender a estar solos, viajar, saber otros idiomas, tener amigos, etcétera.

La soltería es el escenario ideal para llevar a cabo este proceso, afirmaron los jóvenes entrevistados. No solo porque sea únicamente una etapa previa al matrimonio y el período para formarse o para divertirse antes de asumir las responsabilidades de la adultez, sino porque es el tiempo en el que se hace una apuesta social que consiste en la capacidad de elegir y aprender a valerse por sí mismos. La soltería no es una categoría fácilmente delimitable y definible. A las y los jóvenes entrevistados los remite a una tensión y falta de recursos terminológicos para nombrar un futuro que puede ser el de ellos. Uno en el que no hay matrimonio ni hijos, en el que buscan continuamente trabajos y la felicidad, así como la posibilidad de darle un nuevo sentido a la vida en pareja, al trabajo, a los amigos y a la soledad.

La soltería ya no es sólo una categoría para describir el estado civil opuesto al matrimonio, sino que opera como categoría en la que, de diferentes maneras, se articulan las críticas a la pareja de tipo matrimonial con un tipo de ideal de realización personal y los discursos sobre la flexibilidad laboral, el capital humano, la gestión sobre sí mismos y los procesos de cambio en el mundo del trabajo asalariado.

### 3.5 SOLTERÍA TEMPORAL: UNA COSA ES PROLONGARLA Y OTRA PERMANECER EN ELLA

Los solteros y solteras jóvenes entrevistadas se refirieron a la sensación de apremio y de imposición que empezaron a sentir más o menos a partir de los 26 años para formalizar sus relaciones o empezar a buscar una relación “seria”. Julia, por ejemplo, me dijo que hubo un tiempo en que no quería casarse y que como hasta los 26 años se sentía tranquila y feliz. Después llegó un momento en el que ya no quería luchar contra la presión social, que al mismo tiempo sentía como una presión interior, y le dijo a su novio Ramón que quería casarse. La presión no solo era producto de la edad, me dijo que también tenía que ver con que llevaba mucho tiempo con Ramón. Le pregunté a Julia, que en ese momento tenía 27 años, cómo empezó a sentir la presión para casarse y me contestó

Al principio la gente preguntaba que cuándo nos íbamos a casar y yo decía que falta muchísimo porque tenía 19 y para mí era importante primero graduarme, estudiar, mientras que mi hermana no terminó la carrera por casarse y tener hijos, es una imagen de lo que yo no quería hacer con mi vida. Yo sabía qué era lo que quería hacer, pero la presión social sí es muy fuerte porque nosotros ya llevamos ocho años, todo el mundo preguntaba que cuánto llevamos juntos que, si ya nos vamos a casar, si ya hemos hablado de matrimonio, por qué no nos habíamos casado. Entonces llega un momento en que para mí eso era muy hartito que me preguntaran esas cosas y si me preguntaban cuánto llevábamos yo decía que dos años porque para mí era súper hartito. (...) de hecho apenas nos comprometimos ya empezaron a preguntar cuándo íbamos a tener hijos, todo el tiempo están preguntando eso

Le pregunté a Débora si sentía esta presión por llevar casi cinco años con su novio, me contestó que han hablado de irse a vivir juntos, pues es importante para ellos planear el futuro. Sin embargo, le da mal genio que los presionen cuando van a los matrimonios de sus amigos. Esta presión, en forma de preguntas y recomendaciones, para que las personas jóvenes formalicen un noviazgo, sobre todo si se le considera largo, es manifestación de que uno de los significados de la soltería y el noviazgo es ser la antesala del matrimonio y en este sentido, del valor que socialmente se le da a la figura del matrimonio por amor para toda la vida como algo que debe suceder a determinada edad, es decir de algo que debe suceder en un momento específico de la vida.

Frente a esta misma pregunta, María José respondió que no siente esa presión, que lo que ha sentido es que hay presión sobre las personas que llevan mucho tiempo sin pareja. Por ejemplo, a ella le preocupa un amigo al que nunca le ha conocido una novia. Luego se quedó pensando y agregó:

María José: Me preocupa mi amigo, pero parece que a él no [risas], no sé. A mí me gusta mucho estar con mi novio, pero no creo que sea tan grave estar sólo. Yo he estado sola. Creo que nos angustia estar solos o no saber cómo levantar<sup>7</sup>. Hay un montón de youtubers explicando cómo tener novio o novia, o cómo estar sólo sin estar triste y disfrutar la soledad.

---

<sup>7</sup> Es una expresión que se usa en Bogotá para referirse a tener éxito atrayendo eróticamente a otra persona.

Mmm, creo que somos nosotros los que no sabemos estar solos [se ríe otra vez]. Claro que esos youtubers son muy malos, pero imagino que si los ven es porque a la gente le preocupa estar sola o no lograr tener novios, no sé. ¿Esta generación es muy paila<sup>8</sup> no? (ríe) Igual me parece que mi amigo es raro

Le pedí que me mostrara a alguno de esos youtuber, y vimos a “Ella te explica: todo lo que el hombre necesita saber”<sup>9</sup>, en la página están anunciados dos videos como los más vistos: por esto no tienes novia y cómo atraer a una mujer siendo feo. Mientras veíamos estos videos nos sorprendía el número de vistas, el primer video “1.5 M” (uno punto cinco millones de veces) y el segundo “703 K” (setecientos tres mil veces), me contaba el esfuerzo que hacían ella y sus amigas, cuando tenían 18 años, para arreglarse y salir; y cómo ahora que tienen 27 y 28 suelen arreglarse para ellas y salir a conversar sin el peso de tener que levantarse a alguien.

María José: Cuando empiezas a salir, te presionan para que consigas novio o rumbeos<sup>10</sup>, es como mucho voltaje, probar de todo. Luego es más tranquilo, o te afana menos conseguir este tipo de plan todos los fines de semana, y si tienes novio es aún mejor, más tranquilo y los planes son como de viejitos [risas] conversar, jugar juegos de mesa. Pero cuando uno no tiene pareja creo que si le interesa tener planes que armen la posibilidad de conseguir novio. Los amigos empiezan a pensar qué amigos presentarte y eso. Cómo que sí hay preocupación de que amigos o amigas de uno anden solos por mucho tiempo

Ramón comentó que, a él y a sus amigos, les preocupaba una de sus amigas, dijo “la más soltera”, para diferenciarla de sus amigos que son solteros, pero tienen pareja.

Ramón: Tengo una amiga que nos preocupaba mucho porque fue novia de un amigo de nosotros, estábamos dentro del mismo círculo, entonces a raíz de que ellos terminaron, ella se alejó del grupo y él se quedó muy unido a nosotros, entonces la veíamos sola. Ella nos decía que la habíamos alejado del grupo, y nosotros nos dábamos cuenta que no estaba con otra gente, sino que realmente estaba sola. Como todos los grupos son en común, íbamos a una fiesta y estaba él con la esposa, porque él ya se casó, y ella ahí sola. Decíamos entonces que qué cagada, que ojalá consiguiera a alguien, era tan grave el pesar que el mismo exnovio decía que quería que ella se consiguiera un “man”<sup>11</sup> para que salga adelante porque la veíamos jodida, y ella misma lo decía. Hoy en día ya tiene su novio y creo que están bien por lo que pone en Facebook entonces ojalá le dure

Teniendo en cuenta estas noticias y lo dicho por María José, Débora, Julia y Ramón, antes de los 30, la soltería preocupa si durante la soltería juvenil nunca se tiene alguna relación afectiva profunda y, en segundo lugar, si la soltería, que puede significar estar solo

---

<sup>8</sup> Expresión utilizada en el léxico popular para referirse a un fracaso o pérdida de algo. “Paila” también es usado para expresarle a alguien que se ha jodido, que ya no se puede hacer nada. (tomado de tubabel.com)

<sup>9</sup> Youtuber mexicana. El enlace del sitio web es: <https://www.ellateexplica.com/>

<sup>10</sup> Expresión popular usada en algunas ciudades de Colombia para referirse a que solo por diversión dos personas pasan un rato besándose.

<sup>11</sup> En Colombia se usa el anglicismo man de manera coloquial para referirse a un hombre, a una persona de sexo masculino

o tener un noviazgo demasiado largo, se extiende demasiado en el tiempo y la persona se convierte en una soltera permanente. Julia, refiriéndose a los amigos de su hermana me dijo que:

Julia: Mi hermana tiene 30 y sus amigos tienen 32, 33. Ahí sí me parece como raro que estén solos. Me doy cuenta que sí digo “en qué estarán pensando”, “será que tienen a alguien”, “qué tendrán de malo que no han conseguido nada”

Es decir que, aunque se suele hacer referencia a un momento específico de presión, en realidad todo el tiempo se está imponiendo una vida en pareja. Además, si una pareja decide vivir juntos por un tiempo o para experimentar, las personas alrededor les muestran que este es un paso y un compromiso demasiado serio, prácticamente un matrimonio. María José recordó que cuando confirmaron el viaje de Hendrik a hacer su maestría, ella decidió viajar con él y tuvo la percepción de que para su familia esto significó que se iban a vivir juntos, que era un compromiso para toda la vida.

María José: Por ejemplo, hace poquito en la despedida que nos hicieron, entonces nos dieron una caja de regalos, y la abrimos y lo que había adentro era plata y como noticas de cada persona de la familia. Las noticas súper emotivas y bonitas, que sean muy felices que no sé qué. Y todas las notas apuntaban como al desafío al que uno se enfrenta cuando empieza a vivir en pareja, entonces era como, no se vayan a dar de trompadas, bueno, vainas bonitas, como no peleen por las cosas. En ese momento yo no lo sentía así, pero después pensándolo fue como ¿acaso nos casamos? o que como que fue esa vaina como una locura y la familia de mi mamá y mi mamá como diciendo de los retos de vivir en pareja, que nosotros no nos habíamos dado cuenta que era así. Yo no siento que es así. Eso sería así, si estuviéramos pasándonos a vivir juntos en Bogotá. Como que la gente pues sí presiona un poco, a que se sienta más formal la cosa

Este tributo permanente a una vida en pareja parece fundamentarse en el miedo a la soledad que las personas entrevistadas diferencian de la necesidad de “aprender a estar solos”. En uno de los encuentros con Diego, le hablé de su frase de que estar solo era un proceso de aprendizaje. Su reacción de satisfacción frente a mi comprensión del asunto y de su frase “como un aprendizaje que va teniendo uno sobre uno mismo”, me parecieron sugestivas porque señalaron la asociación entre construcción personal y la soledad.

Diego: No sé si tenga que ver con la edad, de pronto sí, pero es como inconscientemente, a más temprana edad tú piensas que de pronto hay alguna angustia existencial al pensar en quedarse solo, y como que te afanas al ver a la gente con parejas. Por ejemplo, en la universidad yo quería salir y todos tenían planes con parejas, entonces me sentía como aburrido. Con la edad se pierde un poco eso. Hoy, un viernes, yo soy feliz quedándome en la casa, acostándome a ver mis series de Netflix y cualquier cosa. Si hay plan salgo, si no, pues no me afecta. Entonces, digamos que se van perdiendo esas angustias. Digamos que uno ya se da cuenta que es mentira que uno no puede ser feliz si no tiene a otra persona. Además, yo tengo muchos amigos, entonces creo que eso también me ha ayudado mucho a estar como tranquilo. Igual, uno todo el tiempo está conociendo a alguien, saliendo, y pues

tampoco es que uno esté solo todo el tiempo, seguro pronto empiece a salir con alguien, aunque la soledad me gusta. Entonces, yo creo que sí, que sí es un aprendizaje que va teniendo uno de uno mismo

Para Sabina el tiempo que estaba viviendo era vital, de mucho aprendizaje, me dijo “estoy entrenando mi capacidad de estar sola”.

Sabina: Terminé hace 7 meses, he estado tranquila. Además, es la primera vez que he estado soltera. Porque siempre tuve alguien. Llevaba 10 años en relaciones seguidas, pues cambiando, o sea salida del uno al otro. Literalmente sin espacio de una semana, o sea, [risas] terminaba con uno porque conocía a otro [risas]. Las amigas son muy importantes porque entonces la soledad no es total. Nosotras nos reunimos y me ayudan a estar tranquila y a reflexionar, y si estoy aburrida las llamó y armamos un plan.

José Francisco dijo que iba a vivir con su novia, pero que la prioridad para ambos era mantener la libertad para poder lograr las metas que cada quien tenía, además de construir espacios donde pudieran estar solos, aprovechar que ya no iban a vivir con sus familias. Edith se refirió a la importancia que tenía para ella la soledad, y la ilusión que le hacía vivir sola. Esta etapa debe ser para ensayar estar solos, pero su contracara es que también debe servir para tener relaciones sentimentales, pues eso hace parte de la experimentación y del conocimiento personal, pero nunca para que esto signifique no tener, a largo plazo, una pareja permanente.

Quiere decir esto que no tener pareja se convirtió en sinónimo de soledad. Julia lo expresó de la siguiente forma, “Parece una escala, si estás solo te presionan para que tengas novio, y si llevas mucho con el novio te presionan para que te cases, parece que lo importante fuera no estar sola”. Diego me envió un enlace a un video cuyo título es “Tres diferencias entre estar SOLO y estar SOLTERO”. Es una breve noticia en la que la frase central dice “Si no tienes pareja, no tienes por qué hundirte en la tristeza. Es el momento perfecto para salir y disfrutar al máximo”, al final advierte “Que no tengas una persona a tu lado no quiere decir que estarás así el resto de tu vida”.

Este sitio tenía enlaces a tres contenidos similares. En la revista Glamour “3 diferencias que te harán entender que ‘estar soltera’ y ‘estar sola’ no es lo mismo”, afirman que: (1) Estar soltera no significa que debes estar sola, (2) "Soltera" sólo es un estado civil, no una "realidad" y (3) Sentirte "sola" es un sentimiento más grande que estar soltera. Un enlace a la revista *GQ* titulado “El miedo a quedarse soltero”, afirma que se debe superar el miedo a la soledad y estar a gusto con nosotros mismos, así se superará el miedo a la soltería y será posible iniciar una sana relación de pareja. Y un último enlace que se llamaba “tres diferencias entre estar soltero y estar solo”, dice que la soltería es solo un estado civil y que

se debe tener calma para que la pareja perfecta llegue, además que la soledad es algo más profundo que la soltería y que puede relacionarse con una baja autoestima.

Así como las novelas románticas ofrecieron a las mujeres las pasiones que la religión no les permitía conocer, la popularidad de este tipo de publicaciones y de los youtuber que dan consejos sentimentales pueden estar representando aquellas emociones que no se pueden expresar como mostrar ansiedad por conseguir pareja o que no se note que no se consigue una pareja. Estas son concepciones que mantienen viva la idea de romance y de que la soledad se trata de fallos personales o de ignorancia. Este tipo de consejos muestran que el camino es moldearse a sí mismos para encontrar a la pareja ideal. Lo cual encaja con las expectativas de formación que los y las jóvenes me expusieron, ya que para ellos estar solos (as) o ser un candidato (a) deseable es algo que también se puede aprender.

Diego me aseguró que nunca era una soledad absoluta. “Incluso cuando no salgo me la paso en WhatsApp o Facebook. Tengo unas amigas fuera del país con las que hablo mucho, así nos acompañamos un resto”. Sabina y Edith también dijeron que los amigos y amigas son una compañía fundamental, pues los fines de semana o los días en que no quieren estar solas tienen a quien llamar y con quien hacer diferentes planes. Además, tienen grupos por WhatsApp a través de los cuales se comunican permanentemente.

De acuerdo con las entrevistas y los artículos mencionados, la soltería puede experimentarse como peso y angustia producto de la asociación entre no tener pareja y sentirse solo. Para mí, las resonancias al vínculo que se estableció entre compañía y matrimonio burgués son indiscutibles, y no solo como una fuerza ideológica sino por su concreción en los límites que les impuso a otras relaciones. El amor de pareja que se construyó en el marco del matrimonio por amor para toda la vida se promovió como, entre otras cosas, el vínculo fundamental que provee de compañía permanente y evita el aislamiento y el desamparo.

Recordemos que el matrimonio burgués, para posicionarse como el único núcleo en el que es posible una intimidad compartida, construyó a su alrededor fronteras que otras relaciones debían respetar; la intimidad del matrimonio debe protegerse de la intromisión de la familia extensa, de las redes de amistades y de los quehaceres laborales, así como de los egoísmos y necesidades personales. En este orden de ideas, los y las solteras deben resolver el tener compañía que es una de las dimensiones que se supone se resuelven con el matrimonio por amor para toda la vida. Esto explica que se haya asociado la soltería con la soledad, en tanto la preocupación es en realidad la transformación de la presión social de casarse a través del miedo real e imaginario a la soltería que se presenta como soledad. Las

presiones se transforman, no desaparecen. A pesar de que las personas solteras pueden acceder a las esferas que se aunaron en el modelo de matrimonio burgués, es difícil que la soltería se desprenda de ser significada como una decisión por la soledad, la independencia y la escasez, en contraposición al matrimonio por amor para toda la vida que se presentó como solución para tener siempre compañía, cuidados y estabilidad económica.

Por lo tanto, las y los jóvenes además de enfrentar el temor a la soledad y resolver tener compañía, también deben resolver las preguntas y tensiones frente al deseo de ser independientes.

Edith: Me quiero ir para otro país, pero si no me puedo ir me quiero ir de mi casa rápido. No porque no viva contenta ni que mis papás me jodan. Ellos son muy respetuosos y paso mucho tiempo sola. Me encierro, eso me gusta. Siento que necesito irme y vivir sola.

Claudia: ¿Y qué es lo que te ilusiona de eso?

Edith: el silencio me parece chévere. Pues depender de uno mismo, como saber que, si toca lavar la loza, pues toca porque es que no hay nadie más que la vaya a lavar, o pagar para que la laven, la responsabilidad recae únicamente sobre uno. Me gustaría también trabajar sola, cocinar sola o no cocinar. Eso también me parece muy atractivo. No tener que pensar en nadie más... pero pues también siento que son armas de doble filo porque pues voy a querer hablar con alguien, voy a estar triste, me voy a morir de la soledad, si estoy enferma nadie me va a cuidar. Entonces, es como ser verraca, eso me emociona, quiero vivir eso, demostrarme que soy una persona madura

Dos años después de esta conversación, Edith ya estaba viviendo sola en Europa. Me dijo que le gustaba lo que había logrado: vivir en un pequeño apartamento y haberlo amoblado, tener que luchar y aceptar trabajos malos. Estaba enamorada y su novio le había hablado de la posibilidad de vivir juntos, pero ella no estaba dispuesta a volver a empezar en otra ciudad y perder lo que ya había logrado. El miedo a la soledad se había disipado pues veía a su novio casi todos los fines de semana y “aunque acá no tengo amigos del corazón, salgo con ellos, vamos a cine o a conversar”.

Sobre los cuidados me contó que frente a la enfermedad “no es tan malo no tener quien me cuide, y otra vez él me cuidó y también fue chévere, no es malo pedir ayuda”. Seguimos hablando sobre la preocupación de su mamá cuando ella se enferma, las familias se sienten tranquilas si ceden los cuidados a un esposo o esposa, por eso se cree que la independencia se sacrifica para tener cuidados. La independencia se asocia con no depender de nadie, lo que revela que, de nuevo relacionado con los límites que el matrimonio burgués impuso sobre otras relaciones, la única dependencia legítima o que parece no serlo, en el caso de los varones-esposos es la interdependencia construida al interior del matrimonio burgués entre esposo y esposa. El modelo de matrimonio burgués invisibilizó las redes de interdependencia entre hombres y mujeres, entre familias y entre clases sociales.



En este mismo horizonte se encuentran la incertidumbre respecto a las posibilidades de la independencia económica de estos y estas jóvenes. Según dos artículos de prensa (López, 2017; Vega, 2017), una persona joven de estrato medio alto (estrato 4 y 5) recién graduada puede independizarse e irse a vivir sola, pero bajo ciertas condiciones. Vega afirma que un joven trabajador “que ya tiene dinero y una cierta estabilidad laboral”, que gane el salario promedio de recién graduado, que según el Ministerio de Educación Nacional (MEN) es de \$1'899.592 para el 2017<sup>12</sup>, “puede decidir dejar el nido”. Dice que, haciendo cuentas razonables, cuentas apretadas, es posible vivir solo si arrienda un aparta-estudio, en barrio estrato 4, monta en bus y lleva el almuerzo al trabajo (Vega, 2017, párr. 39-43). López dice algo similar señalando las mismas condiciones. Según un estudio realizado por la Universidad Nacional, en el que se entrevistó a un grupo de 500 personas con el fin de establecer los gastos obligatorios para quienes quieren vivir en su propio espacio; a la lista de las cuentas “apretadas” añade un par de sugerencias de las personas que ya viven solas, tales como “comprar donde se venda al por mayor, realizar pocas actividades de ocio al mes, y vivir cerca del trabajo para ahorrar en transporte” (López, 2017, párr. 1-7).

Los artículos consultados proyectan el escenario de la independencia en estrato medio-alto, sin embargo, hay que recordar que se trata solamente de presupuestos y no están pensados para proyectar la estabilidad del estilo de vida. Ese presupuesto no contempla, por ejemplo, la opción de un rubro destinado a seguir estudiando, tener un plan de medicina complementario al básico existente en el sistema general de seguridad social en salud, viajar, ser miembro de un club, salir a comer seguido, pagar un taxi o Uber, tener un carro, comprar el mercado en supermercados que no sean de bajo costo, etc. Además, tampoco es un escenario real para una buena parte de la población estudiantil que ha financiado con créditos su educación y que al salir de la universidad deben dedicar una parte de sus ingresos al pago de esas deudas. De acuerdo con la revista *Semana* se ha aumentado las formas de financiación de la educación superior en Colombia, cita que “un análisis de Bancolombia, en el país más de la mitad de las matrículas universitarias (58%) se financian con crédito –porcentaje que está dividido en 53% en instituciones oficiales y 47% en privadas–, y el porcentaje restante se sustenta con otras formas de pago” (Cómo se mueven los créditos de educación superior en Colombia, mayo de 2018).

---

<sup>12</sup> En el 2017, el dólar estadounidense estuvo en promedio entre 2900 y 3000 pesos colombianos, esto quiere decir que un recién graduado ganaba en ese momento unos 640 dólares mensuales.

De esta manera, las personas de estrato medio y medio alto que antes de independizarse tenían un estatus y un estilo de vida mayor y mejor al que se estima según las proyecciones mínimas de los artículos. Las personas solteras tendrían que disponer de mucho más que un millón ochocientos mil pesos para mantener ese estatus y estilo de vida, es decir unos 1200 dólares mensuales, pues ese valor es lo que permite más que solo sobrevivir, y mantener el nivel de vida que previamente tenía cuando vivía en casa de sus padres.

Cuando se habla sobre independizarse se hace mucho énfasis en que las personas que planeen hacerlo deben contar con una estabilidad laboral que les permita mantener constantes sus ingresos y gastos. El problema es que los profesionales en Bogotá no cuentan con esa estabilidad. Contratos por prestación de servicios a corto plazo y los llamados *freelance* son la constante, por lo tanto, si quien se independiza destina casi todos sus ingresos a gastos de manutención sin generar ahorro, en caso de que quede desempleado, pone su proyecto de vida en peligro, independiente de la casa familiar.

Frente a la ausencia de modelos de convivencia o de compartir gastos, con excepción de los jóvenes que vienen de la provincia a adelantar sus estudios universitarios y viven como estudiantes, es comprensible que las personas jóvenes piensen que vivir con sus parejas sea la mejor alternativa para poder independizarse de la casa familiar. Las cifras para independizarse cambian bastante cuando se hace en pareja, pues es la oportunidad de compartir gastos de arriendo, de los servicios públicos, los servicios de internet, o ahorrar un poco de dinero, como lo muestra un estudio realizado por la plataforma inmobiliaria Properati,

Bogotá es catalogada como la séptima ciudad más costosa de Latinoamérica según el ranking anual del Banco Suizo, este dato se ve reflejado en el costo de los arriendos de la ciudad. Dos aparta-estudios, por ejemplo, están valuados alrededor de los \$2.970.000, razón por la cual si las parejas toman la decisión de irse a vivir juntos pueden lograr conseguir un apartamento de dos habitaciones en \$ 1.725.000, generando un ahorro del 42%. (Properati, 2019, párr. 1)

El estudio realizado en junio de 2016 por Dada Room, una plataforma que se usa para compartir vivienda en Latinoamérica, muestra que los latinoamericanos son los que más se demoran en independizarse, empezando desde los 25 años en Brasil hasta los más demorados que lo hacen a los 29 en Perú. Colombia y Chile, por su parte, registran que es a los 27 años; a diferencia de países europeos o incluso de Estados Unidos, donde los jóvenes se independizan desde los 20. La conclusión a la que llega el estudio es que los jóvenes

latinoamericanos no han decidido irse de la casa debido a los bajos salarios que reciben cuando terminan sus estudios y los altos gastos de vivir solos.

Frente a este panorama, no es fácil tomar la decisión de irse a vivir solos, sin embargo, deben tomar la decisión pues las presiones para que se vayan de la casa se vuelven más constantes, sobre todo a través de las preguntas cada vez más recurrentes acerca de si ya tienen pareja y si se van a casar pronto. En Bogotá son muy estrechos los modelos tanto de matrimonio como de soltería. Pero la diferencia es que el matrimonio se promueve y sigue teniendo ventajas en tanto continúa con la hegemonía sobre la compañía, los cuidados y la económica conjunta, mientras que la soltería prolongada, más allá de los 30 a 32 años, no se estimula y debe enfrentar diferentes obstáculos.

Las preguntas acerca del “para cuando el matrimonio” van de la mano de las dudas que genera que las personas después de cierta edad sigan solteras, viviendo en la casa familiar. Son varias las etiquetas y comentarios como los de “ser Bon Bril”<sup>13</sup> o ser inmaduros o vagos, incluso sino mantienen otros signos de realización y éxito, que hacen que las personas se consideren en riesgo permanente de sentirse o de ser calificado de fracasados. En algunas revistas se habla del Síndrome “Bon Bril” para referirse a hijos e hijas que tienen más de 32 años y viven con sus padres y dar una explicación sobre el fenómeno.

El fenómeno de los 'bonbriles' es mundial. El encarecimiento del costo de vida, el desempleo, los bajos salarios y la falta de estabilidad laboral hacen que se piense dos veces a la hora de emprender vuelo. Muchos prefieren el 'hotel mamá', ya que así pueden ahorrar y seguir manteniendo un estilo de vida mucho mejor que el que podrían alcanzar por su cuenta (...) Al ser una generación de cómodos, también les da pereza tener que afrontar responsabilidades como las relaciones de pareja. Estas son complejas y difíciles y como ya saben convivir con los papás y conocen sus rabietas, pues aplican el viejo adagio de más vale malo conocido que bueno por conocer. Por su parte, a la mayoría de los padres les gusta mantener a sus hijos consigo el mayor tiempo posible y fomentan esta situación. (El síndrome “Bon Bril”, Revista Semana, mayo de 2007)

Diego me comentó que algunas personas le preguntan por qué no tiene una relación estable y si no le interesa casarse, incluso le han insinuado que es hora de madurar, “a veces me he preguntado si será que tengo alguna incapacidad de tener relaciones sentimentales comprometidas”. Me miró y me preguntó si en esta investigación iba a decir algo sobre esto.

---

<sup>13</sup> Un “BonBril”, un personaje que, a pesar del paso de los años, se resiste a abandonar el hogar de los padres. Este rótulo salió del comercial de una esponjilla para lavar platos, en el cual aparecía un padre resignado atendiendo a su hijo cuarentón y diciendo que éste duraba más que la longeva esponja. "Si dura mucho, es Bon Bril", era el eslogan de la campaña, que pronto se convirtió en el epígrafe con el que hoy son señalados aquellos que se demoran más de lo que se considera normal en independizarse.

Le expliqué que seguramente si lo mencionaban otras personas iba a preguntarme por qué les preguntaban eso.

Una forma en la que es observable que no se promueve la soltería es tacharla de inmadurez, puesto que se pone en cuestión la personalidad de las personas solteras, calificándolas como personas complicadas o muy exigentes, o que son solapadas o incapaces de asumir compromisos. Aunque ninguno de mis entrevistados señaló que en sus casas los presionaran directamente de esta forma, si ronda la idea de *sentar cabeza* o de *organizarse*. Keni dijo: odio esa idea de “*organizarme*”, es como de otra época que te pregunten cuándo te vas a organizar, yo no me siento desorganizado, nos reímos los dos con esta frase. Ramón lo presentó de esta forma:

Ramón: Todavía me quedan varios, y ya empiezan también a sentir la presión. Por lo menos ahora me quedan dos del grupo más cercano, ahora ya están preocupados ellos. Tienen 28 y 29 años, antes me la montaban a mí [me fastidiaban a mí], pero ahora los que están jodidos son ellos. Hay uno que tiene novia hace dos años y ya dijo que se le complicó un poquito el parche [en este caso, término referido a la situación], y el otro está soltero, no tiene novia, y a raíz de que ya estamos todos en esas, ya empieza a pensar en las cosas de manera diferente. Otro amigo de otro grupo, que también ya la mayoría están casados, se consiguió una novia y lo llamé hace dos semanas a decirle lo de la fiesta y me dice que está pensando en irse a vivir con ella, entonces yo sé que ya lo hace él por no quedarse atrás, porque él antes nunca se le hubiera ocurrido, y menos con esa vieja, la verdad. Entonces yo creo que la gente siente presión y hace cosas por presión y después se arrepiente.

Definitivamente casarse empieza a estar entre sus metas a corto y mediano plazo, por eso les preocupa que en el camino no surjan los deseos de comprometerse radicalmente con alguien, y de ser padres o madres. Existe la idea de que esto surge espontáneamente. Ramón comentó “eso de casarse es serio, yo me siento preparado, tal vez me demoré en decidirlo, pero no me quiero equivocar, uno no es como un actor que quiere tener encima cinco matrimonios. Demoró, pero llegó, ya quiero, es hora”. Luciana, por el contrario, al referirse a su soltería que percibe como permanente a pesar de su edad dijo “creía que el amor iba a llegar y espontáneamente con él, el deseo de casarme”.

Cuando se refieren al momento de vivir o casarse con alguien, ya está completamente interiorizado que esto se hace por amor y que ese sentimiento se siente con transparencia, tanto como para convertirlo en matrimonio o convivencia que, como ya he repetido, se asume debe ser en lo posible para toda la vida. Diego señaló que “no tengo afán de irme de mi casa, sé que me voy a dar cuenta de cuándo debo hacerlo solo o con alguien”. Esta afirmación es similar a la de Hendrick “una emoción llegará y me indicará que ya es hora”. Tomar la decisión de vivir con alguien o irse de la casa familiar, más que un proceso de

deliberación, se percibe como un riesgo cuyos prejuicios intentan evitarse, pero no son del todo prevenibles.

Pese a esto, hablan de la necesidad de experimentar, calculan los riesgos que pueden correr de tal forma que puedan alcanzar las metas establecidas, pero no dejan que pase tanto tiempo como para quedarse solos toda la vida, o sea solteras y solteros, y, en consecuencia, no lograr la estabilidad esperada.

Ramón: La verdad sí, los amigos y la familia todo el tiempo hacen esos comentarios de cuándo nos vamos a casar, pero a mí nunca me importó. Sí tenía claro que había un límite de tiempo, pues más por ella que por mí, pero presión la empecé a sentir hasta hace muy poco en realidad, en todos estos años nunca sentí esa presión hasta hace poco. ¿Sabes por qué yo no sentía presión? porque a ella no le afectaban esos comentarios hasta hace poco, y no es que ella me dijera a mí algo, sino que yo veía que antes no se indisponía y ahora ya empecé a ver que se empezó a indisponer, entonces yo dije que acá ya hay una alerta amarilla de que las vainas son o entre poquito me fumiga. Entonces ahí fue cuando yo dije tenemos que hacer algo

Los y las jóvenes solteras entrevistadas viven una época de transición que les fue moviendo el “punto de arranque” de su independencia y de su vida laboral, teniendo que tomar decisiones que priorizaban su educación y formación. Este arrancar de un punto cada vez más alto en la formación ha requerido del esfuerzo individual y familiar. En consecuencia, las presiones de las familias para que se casen tienen que ver con que el modelo de matrimonio por amor para toda la vida, a pesar de sus transformaciones y las críticas de las que es objeto, es la vía conocida para reducir los riesgos de perder la inversión en tiempo y en dinero dedicado al autoconocimiento, a la formación y a la experimentación.

La apuesta por la soltería debe dar frutos para que no se haya perdido: independencia económica, una trayectoria laboral exitosa, la realización personal, viajar, madurez emocional; todo esto en un contexto de incertidumbre laboral, elevación del costo de vida, inestabilidad amorosa y sobreoferta de opciones de experimentación. Es la exigencia de resolver estas tensiones la que genera la presión para terminar con la soltería temporal, y no el cumplimiento del mandato matrimonial que aparentemente se sigue demandando.

En los términos de lo que se debe cumplir, la soltería representa un riesgo más alto de que no se logre demostrar que el esfuerzo ha valido la pena: que sea evidente la dependencia económica de los padres y madres, tener que permanecer viviendo en la casa familiar después de los treinta años, no esforzarse por tener estabilidad laboral, no poder mantener el estilo de vida y las características de esta capa social, así como seguir comportamientos asociados con la falta de compromiso. Con todo esto se entiende la percepción de que, para casarse, las personas jóvenes que entrevisté no necesitan mayores

explicaciones más allá de descubrir el momento indicado, mientras que permanecer solteras requiere de demasiadas justificaciones; es aún una decisión sospechosa.

#### **4 LA SOLTERÍA PERMANENTE: EXPERIENCIAS DIFERENCIADAS DE LA INCERTIDUMBRE Y LA ADMISIBILIDAD**

En este capítulo me ocupo de la soltería que en la academia suele denominarse como soltería permanente o persistente. Esta denominación se utiliza para referirse a una soltería que ya se experimenta como un estado que difícilmente va a cambiar como consecuencia de que se contraiga matrimonio o se construya una relación de convivencia de largo plazo. De esta manera, completo el panorama de lo que la soltería está significando actualmente en sus dos dimensiones temporales: la soltería temporal o transitoria que es la vivida por los y las jóvenes entrevistadas, y la soltería que Alexander, Pedro, Genoveva y Luciana, personas mayores de 35 años, perciben como permanente.

En la primera parte del capítulo me concentro en cómo Alexander, Pedro, Genoveva y Luciana vivieron el paso de la soltería temporal hacia la permanente y la forma en que estuvo enmarcado en las transformaciones del mundo laboral y educativo que como vimos heredaron y preocupan a los y las solteras jóvenes entrevistadas.

Planteo, también, que la soltería permanente es una soltería de transición en tres sentidos: primero, implica cambios en los planes educativos para responder a las exigencias del mundo laboral; segundo, el paso de considerarse personas solteras temporales a solteras permanentes como un proceso espontáneo, y en tensión respecto a la inmadurez con la que es señalada; y tercero, cambios en la forma de comprender la soltería permanente que significa pasar de lo accidental ser comprendida como un proyecto y decisión.

En el primer apartado me concentro en mostrar que la evaluación de sus decisiones está enmarcada en las expectativas de formación superior y los cambios en el mundo del trabajo, así como en la forma en que los y las solteras entrevistadas recurren a estos requisitos para justificar la soltería permanente. A pesar de estas justificaciones, el objetivo del segundo apartado es evidenciar en los criterios de evaluación que usan los y las solteras entrevistadas para reconocerse como personas solteras permanentes, las tensiones entre las representaciones y estereotipos negativos de la soltería, la ansiedad que produce y las certezas que han adquirido.

Para enfrentar estas tensiones las y los entrevistados han recurrido a ideales como los de realización personal, felicidad y autoconocimiento, produciéndose un cambio de la comprensión de la soltería como azar a la comprensión de la soltería como proyecto y decisión, temas que desarrollo en los dos últimos apartados del capítulo. Alexander,

Genoveva, Pedro y Luciana han logrado proponer una soltería admisible, en medio de la incertidumbre que produce.

#### 4.1 SOLTERÍA MASCULINA EN TRANSICIÓN: ESPECIALIZACIONES Y EL ÉXITO LABORAL

Pedro, Elizabeth, Alexander, Genoveva, René y Luciana construyeron una soltería particular, una soltería que voy a denominar “de transición”. Comparten con María José y Hendrik en sus relatos, los ideales de mantenerse en formación y de realización personal, al igual que la crítica al matrimonio tradicional. Sin embargo, en su caso vivieron el proceso por el cual estos discursos se fueron posicionando; tuvieron que irse acomodando a los cambios de expectativas, y con sus decisiones y acciones, darle nuevos significados a la soltería permanente. Me centro en mostrar la relación entre el posicionamiento de las exigencias de formación para tener un buen trabajo, sostener una posición social y el sentido que fue adquiriendo su soltería una vez empezaron a pasar la línea simbólica ser solteros temporales a considerarse solteros permanentes. En el caso de Alexander y Pedro, la ecuación de estudiar, especializarse para ascender y posponer el matrimonio, no fue cuestionada por sus familiares. La masculinidad construida en torno a la figura del “futuro” esposo de convertirse en un buen candidato se ha relacionado con trabajar y hacer lo que sea necesario para ascender y tener dinero. Para la época en que Alexander y Pedro terminaron sus carreras, una de las formas para ascender que empezaba a perfilarse en el país era hacer un posgrado.

Cuando Alexander y Pedro iniciaron sus carreras, el primero en 1985, cuando tenía 19 años y el segundo en 1991 a los 18 años, la perspectiva era trabajar una vez obtuvieran el diploma e igual que sus padres, iniciar su trayectoria profesional ingresando a una empresa en la cual ascender. Poco a poco fueron cambiando sus expectativas y decidieron hacer posgrados, pues señalan que sintieron la necesidad y el deseo de mantenerse en formación, sobre todo para tener buenos empleos y así, producto de su trabajo, vivir bien. Ya había señalado que los solteros y solteras entrevistadas son parte de un segmento de población que en sí misma es heterogénea, con orígenes sociales diferentes, pero que comparten distintivos tales como la trayectoria educativa, en especial la deseabilidad de estudiar en una universidad privada. Desde la década de los ochenta a estas marcas de diferenciación social se suma la importancia dada a hacer posgrados.



Alexander me comentó que cuando estaba por salir del colegio, en 1983, debía elegir qué estudiar y que para él no era una opción no hacerlo. Quería ser veterinario, pero un tío le dijo que se iba a morir de hambre, entonces cambió de pensamiento: lo importante no era lo que le gustaba, sino el futuro económico. Hasta ese momento su trayectoria parecía igual a la de cualquier otro hombre de su edad y de su nivel socio-económico: estudiaba ingeniería, vivía con sus padres y tenía novias, luego se graduó y consiguió su primer trabajo. Sin embargo, no estaba del todo a gusto con lo que hacía, quería cambiarse del área técnica a la administrativa, por lo cual consiguió un trabajo en Bogotá en donde logró reorientar su área de especialidad profesional. Cuatro años después de graduarse hizo una maestría para consolidar esta área de especialización profesional. Pedro, por su parte, ingresó a una empresa como pasante y después de graduarse lo contrataron como profesional a término indefinido, cinco años después su jefe lo convenció de que debía hacer una maestría, con lo que logró un ascenso y mejoró sus ingresos.

Ambos estaban cumpliendo con las expectativas propias y las de sus familiares. Por la trayectoria del relato calculo que cuando Pedro tenía unos 30 años, su madre le recomendó endeudarse y comprar un apartamento, a la vez que le empezó a insinuar que se acercara más a la novia con la que salía en ese momento. Recordando a su mamá, Pedro me dijo riéndose que ella le decía que no estudiara tanto, que no entendía para qué si él era muy buen trabajador, que lo que le faltaba era volverse mejor novio.

La invitación de la mamá de Pedro a que no estudie tanto coincide con que en el país hacer una maestría era relativamente reciente. Jaramillo (2009) refiriéndose a la formación de recurso humano para el desarrollo de la ciencia y la tecnología en Colombia, destaca cuatro etapas de este proceso. Antes de 1968, los pocos recursos y convenios que hizo el Estado consistieron en apoyar estudios de posgrado en el exterior. Entre 1968 y 1988, se destaca la creación de las primeras maestrías en el país y el aumento de los convenios para que más colombianos estudiaran en el extranjero. Sólo hasta la década de los noventa fue evidente el aumento de las maestrías y de las especializaciones nacionales, pues la política de ciencia y tecnología apuntaba a su articulación con el sector productivo para promover el desarrollo económico y social del país.

Al cumplir treinta años Alexander y Pedro ya habían terminado sus maestrías. Ellos no hicieron su posgrado con el objetivo de convertirse en científicos o investigadores sino para ascender en sus trabajos y tener salarios más altos, en tanto esa fue la promesa que se promovió y que se convirtió en necesidad individual; Jaramillo llega a conclusiones similares en su artículo (2009). Cuando Luciana terminó su pregrado tenía 23 años y hacer

una maestría inmediatamente después de graduarse era lo esperado, al menos en esta capa social, así que a sus 26 años ya tenía el título de maestría. Tomó tan solo dos décadas para que adelantar un posgrado en el país, especializaciones y maestría, pasara de ser una “buena sugerencia” a convertirse en un imperativo profesional para los sectores socio-económicos acomodados, como se evidencia en las trayectorias de las personas más jóvenes como Keni, María José, Hendrick y Edith.

En medio de un inicio exitoso de sus trayectorias laborales, Alexander y Pedro enfrentaron la decisión de hacer sus maestrías. Ambos tenían que pagarse estos estudios por cuenta propia, pues sus empresas a pesar de que les sugirieron que era bueno para ellos, no iban a costear esta formación, y pese a las políticas del Estado al respecto, estas no estuvieron acompañadas de sólidas líneas de financiación, por lo que tomar esta decisión era un verdadero riesgo. No obstante, sintieron que era un momento propicio pues nadie dependía de ellos. Pedro lo presentó de la siguiente manera:

Pedro: Cuando mi jefe me sugirió hacer la maestría, no lo tuve que pensar mucho, debía decidir hacerlo en una buena universidad y en un horario que no interfiriera con mi trabajo. De hecho, mi papá dijo, es ahora o nunca, no tienes una familia para mantener.

Claudia: ¿en tus planes estaba tener una familia?

Pedro: mmm no me acuerdo bien, nunca fue uno de mis deseos más grandes, imaginé que llegaría el momento y ya. Tal vez lo que pensé es que si hacía la maestría y lograba el ascenso iba a ser muy bueno para mí y si llegaba la familia pues con mayor razón, pero de alguna manera ya sentía que mis amigos se estaban casando y yo no lo veía ni cerca. Pero, en ese momento sentí algo así como “Qué dicha que soy soltero”, de hecho, ni novia tenía y eso fue muy bueno pues yo estudié jueves y viernes en la noche y luego sábado por la mañana. Con una pareja seguro hubiera sido un lío

Alexander y Pedro consideran que tomar el riesgo financiero y de tiempo para sus maestrías no fue un problema porque tenían un buen trabajo, vivían solos y nadie dependía de ellos. En ambos casos, sus posgrados significaban mantener los empleos que en ese momento tenían, así que formarse era una buena decisión. Como Pedro dijo “era una inversión en mí mismo que traería diferentes réditos”. Valga la pena comparar esto con lo dicho por los más jóvenes respecto a que ya no sienten la certeza de que sus maestrías signifiquen mejores sueldos; para ellos la maestría debe gustarles porque es una gran inversión que no saben si recuperarán en términos de dinero, solo saben que es importante para tener un empleo. Aunque ahora es común hacer una maestría, en el país los costos de cursar una, corren por cuenta de las familias y de los individuos, pues la política de Estado más consolidada es de

préstamos, y como la educación superior pública no es gratuita, para Genoveva, Hendrick, y Edith el endeudamiento valía la pena solo si estudiaban en el extranjero.

En una nota de prensa del diario El Tiempo de abril de 2019, el periodista Camilo Peña afirma que, en los últimos siete años, el número de colombianos que viajan al exterior para estudiar ha aumentado un 25,8 por ciento. Cita a Carlos Mario Lopera, director del Observatorio de la Universidad Colombiana, quien dijo que:

Hoy en día es mucho más barato hacer un doctorado o maestría en Argentina que en muchas universidades privadas de Colombia. Eso, incluyendo sostenimiento. Y no solo para los colombianos que viajan, sino también para los muchos que están cursando posgrados virtuales con IES extranjeras. Además, culturalmente, en Colombia, para efectos de estatus, decir que se estudió en el exterior gusta más (Más de medio millón de colombianos se han ido a estudiar al exterior, abril 13 de 2019)

Para mí todo esto es completamente familiar. Como docente universitaria sentí que, para mantener mi trabajo, mejorar mi salario y mi reconocimiento como profesora debía hacer una maestría y luego, el doctorado. La maestría la hice en la universidad pública con ayuda de mi padre y, posteriormente, al hacer los cálculos para estudiar en el país era más económico estudiar en Argentina, incluso con el descuento que me daba la universidad en la que trabajaba.

Este lenguaje y perspectiva económica es mencionada por Katrine Marcal quien afirma que:

A través del término “capital humano”, todos y cada uno de nosotros nos hemos transformado en emprendedores en el negocio de vendernos a nosotros mismos. Hoy en día, en mayor o menor medida, aceptamos este hecho como algo incuestionable. Si uno se forma, está invirtiendo en sí mismo y, por tanto, puede esperar una buena recompensa en el futuro. Si uno decide emigrar a otro país, es también una inversión en su capital humano; un cálculo racional de lo que el futuro puede depararle a modo de retribución. Si uno abandona prematuramente el colegio, está frenando esa inversión, y, a cambio, recibirá menos. El salario que uno gana ya no se trata de un salario, sino de un fruto de ese capital que llevamos dentro. Tu vida es tu pequeño negocio, y el capital se halla, en este caso, dentro de ti. (Marcal, 2016: 144)

Como vemos, en la evaluación de Pedro y Alexander acerca de lo que los llevó a tomar la decisión de hacer un posgrado, la presión de especializarse para ser competitivos en el mercado laboral ocupa un lugar preponderante. En segundo lugar, contar con el tiempo para hacerlo en el sentido de no tener las responsabilidades derivadas de un matrimonio. En tercer lugar, y relacionado con los puntos anteriores, incluido en lenguaje economicista, un cálculo de poco riesgo (no tener familia), que disminuye el miedo a hacer una gran inversión (matrículas y tiempo) con la promesa de una buena ganancia (mejores salarios/ingresos). Esto indicaría un cambio desde el matrimonio como una estrategia económica de una clase,

de las familias y de los individuos, hacia la soltería como mejor estado para enfrentar la exigencia de extender la trayectoria educativa de algunas capas sociales acomodadas.

Este panorama complementa lo dicho por Marcal (2016), porque lo contextualiza en una realidad como la colombiana. Las empresas se dan cuenta de los beneficios de la formación de su personal, pero no hacen las inversiones más grandes para este propósito. El Estado promueve la formación para mejorar el sector productivo, pero tampoco hace las inversiones más gruesas al respecto; lo que se suele encontrar desde esta época son apoyos a las deudas que adquieren directamente las personas: los llamados préstamo-becas o el descuento de nómina de las cooperativas de trabajo. En este sentido, la responsabilidad recae primero sobre los trabajadores, y luego sobre los futuros trabajadores porque las empresas y el Estado frente al beneficio, o mejor para aumentar el beneficio, lo empiezan a exigir como requisito de ingreso o permanencia en el mundo laboral. El riesgo lo corren las personas y no las empresas ni el Estado. En un país que no es rico, los recursos y el tiempo de las personas con recursos considerados de ingreso medio alto terminan disputándose entre las empresas y las familias, las de origen, las construidas y las que podrían formarse.

No encontré datos estadísticos respecto del estado civil de las personas que adelantan un posgrado en la ciudad; no obstante, como docente rodeada de amigos y amigas docentes, pude constatar que en los posgrados al menos de ciencias humanas y sociales, hay gente muy joven soltera y muchas personas mayores de 35 años casadas. Se esté o no soltero o soltera, el requisito de seguir estudiando para esta capa social implica un alto riesgo e inversión económica y en tiempo, que puede no ser recuperado en las condiciones laborales existentes en el 2018. Esto puede ayudar a comprender la asociación entre la extensión de la trayectoria educativa y la prolongación de la soltería. Según constaté, al menos en el imaginario social, se recomienda adelantar el grado y el posgrado sin tener personas a cargo o incluso sin tener demasiadas responsabilidades económicas o familiares, pues los posgrados incluso en la universidad pública son costosos. En una ocasión escuché a la mamá de Hendrick decir que “los posgrados eran para los solteros”.

En el mercado, los individuos deben mostrar ser más competitivos y especializarse, la formación se incorpora entonces como deseo, necesidad y beneficio personal y familiar. Alexander y Pedro aceptaron convertirse en capital y asumir los riesgos de tal transformación. Al tratarse de una inversión personal, el no tener pareja ni familia lo vieron como una condición que les permitió arriesgarse y dirigir los esfuerzos, en dinero y en tiempo, hacia el ámbito laboral y profesional. Esto permitió valorar la soltería como una ventaja, pese a haber pasado el tiempo considerado prudente para casarse. La transición al

menos para Alexander y Pedro consistió en quedar en un estado intermedio entre ser vistos como estar listos para casarse, incluso al límite de tener que hacerlo, pues ya eran hombres profesionales y con un puesto de trabajo prometedor, y ser vistos como afortunadamente solteros para poder darle respuesta a las nuevas exigencias del medio laboral.

Alexander, René y Pedro recuerdan su preparación como una opción y no como una presión. Alexander, evaluando su vida retrospectivamente no lo ve como una imposición externa sino como la priorización de su carrera; por ejemplo, cuando hizo el recuento de las decisiones importantes que ha tomado en su vida, intentó mostrarme cómo estas estuvieron marcadas por su vida profesional:

Alexander: mira que interesante que todas mis decisiones han tenido que ver con mi carrera, no tengo ninguna decisión que sea: decidí casarme, decidí tener un hijo, decidí separarme, decidí divorciarme, no. Todas tienen que ver con mi carrera. Sin importar la edad he hecho lo que gente más joven no puede.

En su relato, la soltería es la situación gracias a la que ha podido tomar decisiones arriesgadas y es un estado con el que evalúa que sus prioridades han sido su carrera y su trabajo. Los tres señalaron que se concentraron en mantenerse vigentes para responder a las exigencias del mercado laboral del momento, quizás esto mismo hayan hecho otros hombres de la misma edad y casados, pero para ellos su soltería empezó a significar una ventaja, por lo menos en lo que atañe a la dimensión profesional.

Alexander: Entonces yo decía lo que quiero es esta línea de trabajo, mi prioridad es trabajar y triunfar en lo que hacía. Eso está de primeras y las relaciones con las mujeres de segundas. Y eso sigue siendo así.

Alexander, Pedro y René sintieron que disminuyó la presión para que se casaran mientras tuvieran un buen trabajo, suficiente dinero para ser independientes y estudiar al tiempo, con lo que su soltería parecía justificarse y no ser un problema mayor para sus familiares y amigos. El riesgo y el esfuerzo valía la pena porque estaban ampliando sus posibilidades de éxito laboral y profesional, y de hecho afirman que lo valió. Al menos para ellos, la promesa de que hacer una maestría, de la que se graduaron hacia finales de los noventa, los mantendría en sus trabajos y aumentaría sus salarios se cumplió. Pasaron de su soltería temporal a la permanente, sin sentir mayores presiones ni exclusiones gracias a ser independientes económicamente y a tener un trabajo bien remunerado. Hacer sus postgrados fue visto como un logro adicional que se les facilitó por ser solteros.

Que estuvieran interesados en estudiar con el fin de tener éxito profesional y laboral no fue extraño ni para ellos ni para sus familias, nadie dudó de que iba a valer la pena porque

de hecho los convertía en mejores candidatos para un posible matrimonio: trabajadores, con dinero y con una reconocida trayectoria laboral. Como dijo la mamá de Pedro, solo les faltaba ser mejores novios. Llegado a sus 35 años, me explicó Pedro, incluso su mamá le decía que aún era joven y que el matrimonio llegaría después. Aceptar las exigencias educativas prolongó su juventud, que a hoy también se considera un capital valioso.

En la evaluación que hacen Alexander y Pedro para responderme afirmativamente que son solteros permanentes, introducen la cuestión de que el deseo de seguir teniendo éxito laboral nunca dejó de ser su prioridad, mientras que el deseo de casarse no llegó y no se convirtió en otra de sus prioridades. Recordemos que Pedro dijo “casarme nunca fue uno de mis deseos más grandes, imaginé que llegaría el momento”. Esta es una evaluación que Pedro hace de su pasado en el momento en que lo entrevisté en 2016, a sus 43 años. No es posible saber si en algún momento sí tuvo deseos de casarse, sin embargo, tanto él, como lo que recuerda de lo dicho por su madre, coinciden en la idea de que el matrimonio llegaría.

En el capítulo anterior me referí a que el momento de irse de la casa familiar, sea para independizarse o vivir con alguien, Diego, Hendrick y Luciana lo describieron como una decisión que se tomaba porque iban a sentir que era el momento; esa decisión iba a ser clara porque aparecería como deseo y como apetencia de hacerlo. En la expresión de Pedro, lo que se aprecia es que él sabe que el matrimonio llega; en otras palabras, que es un suceso esperado social e individualmente porque la mayoría de personas que él conoce así lo hacen. Aunque presuntamente son dos cosas diferentes, el deseo y el mandato social, justamente lo que se logró instalar con el modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida, fue sobre todo el “por amor”, logrando así que el mandato se espere vivir como deseo.

Pedro dijo “esto no me sucedió” y Alexander dijo “nunca he sentido el deseo de vivir con ninguna novia”, ninguno de los dos lo explica como rebeldía contra el mandato sino como otros deseos que fueron más fuertes, sobre todo el éxito en el trabajo que se convirtió en su prioridad; en otras ocasiones reflexionaron que tal vez son solteros por alguna característica de su personalidad, Alexander dijo que tal vez era egoísta y ambos señalaron que tal vez eran demasiado solitarios.

#### 4.2 SOLTERÍA FEMENINA EN TRANSICIÓN: EDUCARSE Y FORMARSE

Pese a que Genoveva es nueve años mayor que Luciana y ambas hicieron una maestría en la década del dos mil, el relato de cada una sobre su soltería es diferente. En uno de los encuentros que tuve con Genoveva, quizá el más formal de todos, ella me explicó que

sus decisiones más importantes estuvieron relacionadas con estudiar. Genoveva viene de una familia en la que sus padres, tíos, primos y hermanos estudiaron en una universidad, sin embargo, ella es la primera en tener un título de doctorado, sin contar al esposo de una prima lejana, que es un europeo mayor que ella treinta años, quien también tiene doctorado. Desde que la conozco ha estudiado y en efecto, la identifiqué como alguien a quien le gusta hacerlo. Su familia ha pasado por algunos problemas económicos y en parte por eso, o como yo lo recuerdo, decidió buscar un préstamo e irse a hacer una maestría a Europa.

Genoveva: Y a pesar de lo difícil que fueron los primeros años, mientras me acostumbré a estar sola, a aprender el idioma, a que le pelearan a uno porque no lo hablaba bien, también era el decidir quedarme, y quedarme tanto tiempo, por eso hice dos maestrías. Luego, el doctorado fue una decisión que tuve que fortalecer todos los días. Y una de las decisiones más fuertes: devolverme. Esa es una decisión que todavía me cuesta, que todavía no tiene respuesta.

Genoveva, al igual que Alexander y Pedro, sabía que era importante hacer un posgrado; sin embargo, a diferencia de Pedro, no lo hizo pensando en el trabajo que tenía, ni como Alexander por querer cambiarse de área de experticia. Lo hizo porque sabía que a futuro le iban a exigir tener un título de posgrado. También quería aprender un idioma, viajar y seguir siendo independiente, pues en ese momento acababa de terminar su pasantía con la que se graduó y pasó automáticamente a tener un trabajo, pero no ganaba lo suficiente y seguía viviendo como estudiante. Así que teniendo en mente que la situación de sus padres ya no era la misma de antes, viajar al exterior parecía ser una muy buena alternativa para hacer su maestría sin agobiarlos con ese gasto.

En el 2001, a sus 26 años, cuando viajó ya era común hacer una maestría, pero como ya mencioné, la política pública no se vio reflejada ni en la ampliación de una verdadera educación pública ni de becas. Los posgrados públicos, aunque más económicos que los de las universidades privadas, eran y aún son costosos en relación con los salarios, especialmente en el área de Genoveva, las ciencias sociales, y con pocos años de experiencia laboral. Por esta razón, Genoveva viajó a Europa, se vinculó a una empresa que ofrecía trabajo de niñera y entró a una universidad pública. De esta forma mantuvo su independencia, hizo un posgrado, aprendió un idioma y pensó que al regresar ya contaba con los requisitos para volver al país y tener un buen empleo.

Sus planes fueron cambiando, le gustó el tipo de vida que tenía en esa ciudad, pese a que vivía modestamente. Vino otra maestría y después, el doctorado que costó adquiriendo

un “crédito-beca” con Colfuturo<sup>14</sup>. Geneveva regresó a Colombia 15 años después porque, aunque quería quedarse en Europa, no encontró opciones para extender la visa. Llegó a la casa de su papá y de su mamá con la idea de que fuera temporal mientras encontraba un trabajo, pero no consiguió el trabajo que imaginó tener gracias a la cualificación lograda en el exterior.

Geneveva: me devolví convencida de que aquí era más fácil crecer ¿no?, aunque vivir en Europa me encantó. Ya con mis estudios, con otro idioma, allá como extranjera era muy difícil, pero no me imaginaba que acá estuviera tan mal, no me lo imaginé.

En el 2017, Geneveva aceptó un contrato en una ciudad pequeña cerca de Bogotá, en el área en la que trabajó antes de irse para Europa. Después de tres años en ese trabajo, me dijo que muchas veces ha sentido que hacer el doctorado perdió sentido porque fue un esfuerzo grande que en Colombia no se ha visto recompensado. Tampoco las dos maestrías que hizo, ni manejar otro idioma a la perfección, “creí que esa iba a ser una suficiente hoja de vida”, “por lo menos ya voy a terminar de pagar el préstamo y no tengo hijos que mantener”, comentó en otra ocasión.

Luciana tomó la decisión de hacer sus posgrados en Bogotá, justamente porque se dio cuenta que tener trabajo no era fácil y renunciar al suyo para endeudarse e irse le parecía un riesgo muy alto, especialmente por las condiciones de calidad y estabilidad que su contrato le proveía.

Luciana: Yo lo interpreté en aquella época como: "Claro, tú puedes correr el riesgo de irte, desvincularte laboralmente y del contexto en el que estás". Bueno, aunque yo tuve también otra bendición adicional de empezar a trabajar, ¿no? Yo podía desvincularme de ese contexto y correr el riesgo, pero yo sentía que, si lo hacía, tenía que hacerlo en un programa de maestría y de doctorado ya de un nivel importante porque implicaba volver al país con mejores credenciales, o sea, no podías volver con las mismas credenciales que si te hubieras quedado.

Claudia: ¿Qué hubiera pasado acá?

Luciana: Es que yo siento que existe la doble presión de: "No solo queremos tus títulos, sino además un montón de experiencia". Creo que eso se vive mucho en esta generación. No es como la anterior generación que, por un lado, valía mucho la experiencia y no pasaba nada si no tenía los títulos porque te valoraban muy bien por ese lado. Después llega un punto en que las generaciones se empiezan a titular muy pronto, pero además sigue existiendo la otra exigencia de que debes estar trabajando, debes tener toda la experiencia posible. Ahí fue cuando pensé que finalmente no podía perder ese campo de experiencia. Mejor dicho, el desarrollo profesional no siempre va de la mano con el académico; puede ser mucho desarrollo académico, nada profesional, o al revés; y hoy se piden ambos.

Claudia: ¿Y tus compañeros también hicieron doctorado o están haciendo doctorado?

---

<sup>14</sup> Colfuturo —Fundación para el futuro de Colombia—. Según la página web funciona desde 1991, y a través de recursos públicos y de algunas donaciones de empresas privadas han financiado el estudio de posgrado de casi 13000 colombianos en universidades del exterior. El programa Crédito beca condona parte de la deuda (hasta un 80 %) dependiendo del cumplimiento de los requisitos establecidos.



Luciana: Sí. Algunos se quedaron para la maestría, pero para el doctorado ya se fueron. Claramente ahí sí sentí más presión [risa].

Claudia: ¿Y ya volvieron? ¿Y tienen trabajo?

Luciana: No, ese es el asunto. Su experiencia valida mi decisión, pero me ha generado mucha preocupación el sentir que llega toda esta generación de jóvenes formados fuera, muy capaces porque claro, pues donde estudiaron y lo que hicieron evidentemente refleja muchas capacidades, y sí siento la presión de que en algún punto evidentemente será más valorado ese profesional. Pero la verdad es que no han conseguido trabajo o el que tienen no es el esperado.

A pesar de todas las previsiones, aunque se esforzó por ser la mejor empleada, apreciación que no es solo de ella sino también de sus compañeros y compañeras de trabajo, un par de años después fue despedida. Al igual que Genoveva, Luciana me señaló que el recorrido académico es parte de sus prioridades y de sus satisfacciones, pero algunas veces duda de que sea un sacrificio que valga la pena, pues según ella, sus posgrados no le han significado estabilidad laboral.

Luciana tomó la decisión de hacer su maestría en el 2008 y Genoveva en el 2001, y más adelante el doctorado. Ambas heredaron en diferente medida los cambios laborales producto de una serie de reformas que empezaron desde mediados de los ochenta. Según Avella (2012), la estabilidad laboral predominó en el país desde finales de los sesenta hasta 1986, tanto en las políticas laborales como en las discusiones de los sindicatos y de los empresarios. En 1985, se creó una Misión de empleo que concretó en su informe la preocupación que en 1970 tenía la OIT: que la legislación laboral en Colombia impedía la creación de empleo porque eran muy rígida. Por ende, las críticas acerca de la inflexibilidad del mercado laboral en el país crecieron hasta lograr, en 1990, la expedición de la Ley 50:

En lo individual se expidieron normas sobre los contratos a término fijo, haciéndolos más flexibles; en el caso de terminación del contrato sin justa causa, se eliminó el reintegro de los trabajadores con más de diez años de servicio, pero se incrementó la indemnización; se flexibilizó la jornada laboral; se modificó el concepto de unidad de empresa, y se actualizó la normatividad sobre la licencia de maternidad. En relación con las prestaciones patronales comunes, se verificó un cambio crucial en el régimen de las cesantías al eliminar su doble retroactividad y sustituirla por un sistema de liquidación anual y consignación en fondos especializados en la administración de cesantías. En cuanto al derecho colectivo, se reconoció el derecho a la personería jurídica desde el momento de su fundación, pero se exigió su inscripción en el registro sindical; se estableció la libertad para negociar sin mediación gubernamental, y se ofreció protección en el caso de despidos colectivos. (Avella, 2012: 23)

Los miedos, la incertidumbre y los análisis con los que Luciana y Genoveva tomaron la decisión de estudiar y con los que evalúan su perspectiva laboral tienen este contexto. Sin embargo, aunque con casi una década de diferencia es el mismo contexto que el de Alexander y Pedro, que terminaron sus maestrías en 1996 y 2000, respectivamente. Así las cosas, la

diferencia en las experiencias probablemente esté relacionada con que los efectos de la ley y de la flexibilización del trabajo se demoraron en ser percibidos, mientras las consecuencias de esto la están experimentando los y las jóvenes nacidos en los noventa. No obstante, se comprende mejor si a este proceso de apertura económica, flexibilización y desestabilización del trabajo, le sumamos los obstáculos en las carreras profesionales que enfrentan las mujeres. Chávez y Ríos (2014) realizaron un estudio sobre discriminación salarial por género en siete ciudades de Colombia entre el periodo de 1984-2010 encontrando que:

A pesar de la inversión que realizan en educación ambos géneros, los datos presentan una clara discriminación salarial. En el periodo de estudio se puede ver que, aunque las mujeres tienen características educativas similares al de los hombres, muestran un nivel salarial claramente inferior en las seis áreas metropolitanas (Chávez y Ríos, 2014: 38)

El estudio sobre diferencias por género en el mercado laboral colombiano de Tejo y Bernat (2018) sostiene que las mujeres en trabajos asalariados son más educadas que los hombres, y que esto podría indicar que tienen que estudiar más para competir con los hombres en el ingreso al mercado laboral, pero a menudo no suele representar que tengan mejores ingresos. La investigación de Chávez y Ríos (2014) continúa describiendo cómo en el ámbito empresarial no solo se discrimina a las mujeres por la diferencia salarial sino también por las pocas oportunidades que tienen de alcanzar puestos directivos.

En el ámbito empresarial se discrimina a la mujer, ya que pocas tienen la oportunidad de alcanzar la dirección en las empresas, demostrando el “Efecto Techo de Cristal”, tal y como se presenta en la tabla 3. Esta tabla resume, las pocas posibilidades de acceso a la mujer a niveles jerárquicos de las empresas. En todos los casos, exceptuando el área metropolitana de Bucaramanga, la mujer tenía en promedio el 17% de probabilidad de acceder a un cargo directivo y a partir de 1994 la brecha fue disminuyendo llegando en 2010 a una relación 65:35 (hombre – mujer respectivamente) (Chávez y Ríos, 2014: 38)

Esta discriminación se mantiene, según el informe 2017 de Aequales, organización que promueve el empoderamiento laboral de las mujeres,

Las juntas directivas en el sector privado se componen en un 64.63% por hombres y en un 35.37% por mujeres; es decir que aproximadamente dos tercios de los cargos directivos están siendo ocupados por hombres actualmente. Lo anterior, demuestra la existencia de lo que se denomina segregación vertical, que segrega a las mujeres a los cargos más bajos, debido al conjunto de dificultades que enfrentan para poder desarrollarse profesionalmente y llegar a ocupar posiciones de liderazgo (Informe Aequales, 2017: 17)

Esto coincide con el Informe sobre la participación de la mujer en los cargos de los niveles decisorios del Estado colombiano (2017) que arroja la misma proporción para las entidades públicas. Genoveva, Luciana y Elizabeth, un mujer con la que me reuní en solo un par de ocasiones, tienen múltiples relatos acerca del malestar que han sentido en sus

trayectorias laborales y en sus puestos de liderazgo. Genoveva en su primera experiencia laboral fue víctima de acoso sexual, quince años después ya liderando un equipo de trabajo, como profundizaré en el siguiente capítulo, vio cuestionada su jefatura por ser mujer y ser soltera. Elizabeth teme no poder jubilarse porque en sus primeros trabajos la empresa para la que trabajó no consignó lo correspondiente a su pensión, en sus múltiples lugares de trabajo ha sentido que sus colegas tratan con mayor respeto a los hombres y a otras especialidades médicas. A Luciana le oí muchas veces decir cosas similares, sobre todo cuando fue despedida por primera vez:

Luciana: Mi hermana siempre me decía "es un ambiente demasiado tóxico y te vive bloqueando y te deja es más bien desgastada y horas enteras allá metida y desgastada y envejecida".

Claudia: ¿Y qué explicación le das a tu hermana de por qué seguías ahí?

Luciana: Bueno, pues en parte yo seguía ahí porque tenía unas aspiraciones en las que yo en serio me veía como una académica y aportando mis ideas. En algún punto de mi vida yo pensé que lo iba a lograr. Porque lo que yo siento es que en mi área para las mujeres es como tan cerrada, porque incluso te reúnes en un congreso y son los mismos de siempre. Es un mundo muy cerrado, pero para las mujeres la posibilidad de estar en ese mundo es como cero, entonces en algún punto yo pensé "dentro de esta facultad, en la que logré un tantín [un tanto] de entrada, quizás lo logre". Esa era mi expectativa y la necesidad de aguantar.

Claudia: ¿Ya no lo vas a volver a intentar?

Luciana: No, pues por ahora lo único que espero es tener trabajo.

Claudia: No, yo digo diferente a tener trabajo, que tú digas "voy a intentar meterme a otra facultad y darle, volver a intentarlo".

Luciana: Ahorita siento que es un esfuerzo como tan complicado por lo que yo he visto que mucha gente no es solo que sea buena, sino que alguien diga que es bueno y que alguien le dé como la venia. Es un ámbito profesional en el que necesitas como de un padrino, necesariamente que alguien diga "esta no es tan bruta, pensamos que todas las mujeres son brutas, pero esta es menos bruta", porque así lo siento yo, como que es un mundo de veinte machos que dicen "todos somos excelentes, todos somos muy buenos" y hay cinco gatas ahí metidas que ellos dicen "no son tan brutas", entonces dejémoslas ahí. Ahora, lo único que yo quisiera es como en este momento poder trabajar, seguir haciendo lo que me gusta, pero de pronto lo de las aspiraciones académicas y de estar al frente, de pronto quizás no se vayan dando tanto.

No es extraño que Genoveva y Luciana evalúen que a pesar de sus títulos el reconocimiento laboral ha sido más bien poco, pero sí lo es que a pesar de esto decidan continuar especializándose con un doctorado, y Elizabeth con una subespecialización. No puedo obviar que la situación de los doctores en el país no es precisamente la mejor. El comentario de Luciana sobre sus amigos y amigas con doctorados y la dificultad de Genoveva para encontrar trabajo es una situación recurrente en Colombia. Tanto hombres como mujeres tienen enormes dificultades para ser contratados como investigadores y tener salarios que compensen las deudas adquiridas o los sacrificios realizados. Según un artículo de la revista Semana, esta situación tenderá a agravarse pues el mundo laboral en Colombia

no está teniendo la capacidad de absorber a las personas con doctorado, “la brecha entre las necesidades del mercado y el grado de especialización alcanzado por los PhD señala uno de los principales problemas de fondo de las políticas públicas del país y evidencia un “desperdicio” de talento y energía” (¿De qué tanto sirve ser doctor para conseguir trabajo en Colombia? Revista Semana, sept. 8 de 2018). Esto quiere decir que, en el país en el siglo XXI, es muy difícil garantizar que quienes hacen un doctorado tendrán mejores empleos y salarios.

Una interpretación plausible es que, por un lado, y siguiendo a Tejo y Bernat (2018), en efecto las mujeres deben tener más títulos para competir con los hombres, pero, por otro lado, mientras que el mundo laboral plantea para las mujeres enormes obstáculos, el espacio educativo y los títulos académicos les dan una gran satisfacción.

Alexandra, Elizabeth y Luciana representan los cambios en el ingreso de las mujeres a la educación superior en Colombia, teniendo en cuenta que en el país sólo hasta 1936 se consagró el derecho a la educación superior para las mujeres en las mismas condiciones que para los varones y que en 1977 la participación de la matrícula de las mujeres ya era de un 40% en promedio entre la universidad privada y las oficiales (Correa, 2003).

Las madres de Alexander y Pedro, que ya fallecieron, fueron amas de casa, y la mamá de Genoveva empezó a estudiar, pero no se graduó y decidió que lo mejor era dedicarse a su familia; la mamá de Luciana se graduó, pero también priorizó su hogar. Las madres de Genoveva y Luciana tienen actualmente 70 años, es decir que terminaron su colegio a mediados de los cincuenta, momento en el que no era común que las mujeres ingresaran a la universidad, sino que se casaran antes de los 20 años. De acuerdo con el dato de Correa, fueron las mujeres nacidas en los sesenta las que empezaron a estudiar regularmente en una institución de educación superior. Genoveva nació en 1976 y para cuando pasó a la secundaria ya no había ninguna duda ni para la familia ni para las monjas con las que estudió ni para ella, que apenas se graduara iba a ingresar a la universidad. María José, Sabina y Edith, todas jóvenes de 28 años, ya están haciendo o están pensando en iniciar una maestría, para ellas esto es lo normal. Son más de sesenta años de cambios y de salvar obstáculos, en donde la formación universitaria en efecto es motivo de orgullo y un logro para las mujeres.

A esto le podemos agregar que el ingreso de las mujeres a la educación y posteriormente al mundo del trabajo ha estado estrechamente vinculado con la acumulación del capital cultural, en términos de Bourdieu, y de la reproducción de la cultura letrada. El contexto colombiano que nunca ha tenido una educación pública robusta es un terreno propicio para que el solo ingreso a la universidad sea usado como símbolo de prestigio, es

decir, que las familias y personas muestren que cuentan con suficientes recursos económicos, sociales y culturales. Así que imagino que en la década de los setenta y después, pese a la reticencia inicial de las familias a que sus hijas ingresaran a la universidad, el prestigio de educarse no debió ser tan despreciable.

Genoveva, Elizabeth y Luciana, e incluso Mariana y María José, han construido unas narraciones para sus vidas a través de su trayectoria educativa, en las que destacan la libertad que tuvieron de decidir qué querían estudiar, el riesgo laboral que eligieron al escoger sus carreras y el orgullo personal y familiar que sienten por sus títulos. A pesar de que Genoveva y Luciana no creen que su decisión de estudiar esté relacionada con estar solteras, ellas afirman que tantos títulos académicos sí se han convertido en fuente de explicación familiar acerca de su soltería y, aunque en tensión, en una aceptable justificación de la misma. Insinuaron que cuándo les preguntan por su soltería, sacar a relucir sus títulos juega a favor de ellas como fuente de seguridad y respecto social.

Elizabeth: Yo terminé de estudiar medicina y por la admiración que me despertó un profesor me fui al exterior a especializarme. Cuando regresé me puse a trabajar inmediatamente, pero volví a vivir en la casa con mi padre y mi madre. Yo percibía que para ellos y para mí, mi decisión de estudiar y de continuar formándome era muy importante, tal vez por eso ni yo ni ellos hablamos de que yo siguiera soltera.

Se aprecian así las diferencias sobre la idea de seguir formándose entre Alexander y Pedro, y Genoveva y Luciana. Ellos lograron pasar de su soltería temporal a la permanente, aferrados a ser independientes y tener trabajo, en cuyo caso, estudiar fue visto como un logro adicional. Para ellas, por el contrario, seguirse formando fue lo que les dio respecto social y una disminución en la presión de casarse. El tener trabajo y ser independientes era una preocupación, según ellas, más personal. Esta disparidad en las razones para haber seguido la trayectoria educativa, sumada a la percepción que tienen de aquello que hizo que su soltería fuera admisible y justificada, es manifestación de que los intereses y las posibilidades en los terrenos laboral y educativo tienen un valor diferente según el género.

El funcionamiento del orden de género se funda en la creencia compartida en la “naturalidad” de las diferencias. Se considera “natural” que las mujeres tengan ciertos intereses y los hombres otros; por ejemplo, que la vocación profesional sin discusión es distinta entre unas y otros; que tengan distintas responsabilidades sociales, como las referidas al ámbito familiar sustancialmente atendidas por las mujeres; que tengan distintas capacidades intelectuales; y un sinnúmero de diferencias más que sitúan a las mujeres y a los hombres en distintos espacios sociales, que a su vez poseen valores simbólicos y económicos no equivalentes. (Buqet, 2016)

Los ámbitos laboral y escolar, al tener valor social diferenciado producen un cambio en el valor de la soltería, y además un valor diferente si se trata de la soltería femenina o de la masculina y, por ende, diferencias en la forma como se experimenta. A pesar de que Alexander y Pedro en el paso de la soltería temporal a la permanente percibieron preocupación por parte de sus familiares por posponer el matrimonio, vieron que, al tener éxito laboral y económico, la presión para casarse disminuyó. En este marco adelantaron sus maestrías como el medio claro para obtener mejores salarios y posiciones laborales.

En el caso de Luciana y Genoveva, aunque en apariencia este es el mismo ideal que ellas siguieron, en sus narraciones y experiencias se evidenció que al ser mujeres sintieron que era mejor estudiar más, en el caso de ellas hasta el nivel más alto de formación. En sus evaluaciones de cómo seguirse preparando estaban presentes los miedos acerca de las posibilidades reales de encontrar un buen trabajo, uno que les permitiera poder pagar las deudas, ser independientes económicamente y además sentirse realizadas profesionalmente. Aparentemente ellas no han tenido menores salarios que sus pares en sus lugares de trabajo, sin embargo, sus prevenciones y la forma en que toman decisiones y se enfrentan a sus trabajos es completamente diferente de la de Alexander y Pedro. Además, han enfrentado sabotajes, hostilidad y limitaciones para ejercer puestos directivos y sienten casi nulas expectativas de que esto cambie. Tienen dudas acerca de su soltería, y de su decisión de no ser madres, pues sienten que ser esposas y tener hijos o hijas sigue siendo uno de los terrenos que otorga reconocimiento social a las mujeres.

Las personas a su alrededor suelen decirles que ellas siempre han sido muy estudiosas, y que son inteligentes y que por eso prefirieron estudiar; mientras a Alexander, por ejemplo, le decían que es bueno para dirigir y a Pedro que es un luchador con enormes capacidades para organizar y pensar proyectos. Estas capacidades y cualidades, frente al panorama de flexibilidad laboral en el que, como expuse, tomaron y evaluaron cómo seguirse formando los situó a ellos de antemano en una posición con mejores perspectivas de futuro económico y laboral que a ellas. Promesas cumplidas para los hombres: que siempre encontrarán oportunidades, que podrían montar sus propios negocios, como lo hicieron Alexander y René, y que seguir siendo solteros, “a pesar de todo” era una enorme ventaja. Mientras que, para ellas, expectativas insatisfechas: escucharon cosas como que son demasiado formadas, están sobre calificadas y que esto representa una dificultad pues necesitan cargos muy específicos, que su soltería es una debilidad puesto que su futuro económico es menos prometedor, sumado a que tal vez todo ese esfuerzo no vale la pena y representa una pérdida de tiempo para “encontrar un marido”. En su caso el mercado laboral

se encarga de recordarles que las mujeres siguen necesitando de un hombre para mejorar su perspectiva económica.

### 4.3 SOLTERÍA PERMANENTE: YA ESTOY AHÍ

En las entrevistas identifiqué cuatro pautas o explicaciones que Luciana, Genoveva, Alexander y Pedro utilizaron para explicar ese darse cuenta de que era solteros y solteras permanentes: la edad, disminución y cambios en la presión externa, dudas acerca de la creencia de un único amor “verdadero”, y autopercepción de ser inadecuados para el matrimonio por amor para toda la vida.

Hendrik o Sabina consideran que ellos no son “verdaderos” solteros pues apenas tienen 28 años y como dijo Hendrick “no sé qué pasará”. Cuando me reuní por primera vez con Alexander, Genoveva, Luciana y René se sorprendieron frente a la pregunta de si se consideraban solteros, pues en su caso no tenían ninguna duda de que lo eran; en términos de Luciana, ella era “soltera-soltera”, “no pensaba dejar de serlo” y “hay una edad para cada cosa, hay una edad de casarse”.

Evidentemente, decir “verdaderos solteros” o “soltera-soltera” es la forma nativa para diferenciar la soltería temporal de la soltería permanente. Ambas están asociadas a unos rangos de edad específicos y que, siguiendo la expresión de “verdaderos solteros”, quiere decir que se es un “falso” soltero porque Hendrick al ser joven mantiene la posibilidad de casarse. La expresión de Luciana tiene un sentido similar, solo que referido no a ser joven sino a ya no serlo tanto. Ella se reconoce como católica y cree que el matrimonio católico, específicamente el ritual, la ceremonia y la fiesta, después de cierta edad le parece que podría ser ridículo “una fiesta y un vestido de novia”, es mejor ser joven para hacerlo. Por lo tanto, aunque llegara a enamorarse “discretamente” se iría a vivir con la persona “y ya”.

Las personas entrevistadas, las más jóvenes y las mayores coinciden en que la presión se siente más o menos desde los 28 años y va hasta los 32. De igual forma hay una especie de consenso en que mientras estaban estudiando y empezando su trayectoria laboral, la presión disminuyó. Cuando terminaron de estudiar, de nuevo surgieron los comentarios acerca de que debían preocuparse y apurarse para casarse. Posteriormente, perciben que la presión vuelve a bajar y a transformarse, lo que relacionan con el darse cuenta de que son solteros y solteras permanentes.

Alexander y Pedro señalaron que más o menos entre los 35 y los 40 años la presión inicial empezó a disminuir, y fue el momento de darse cuenta de que esto era importante.

Pedro se refirió a que cada vez menos veces lo hacían sentir como un “bicho raro”. El caso de Luciana es particular, pues ella solo es mayor que Diego por un año, pero a diferencia de este, en el momento de la primera entrevista ya se refería a sí misma como soltera-soltera. Al profundizar en esa especie de definición, ella usó otra expresión “ya estoy ahí, ya soy soltera”, eso fue en el 2018 cuando estaba por cumplir 35 años. René dijo “el tiempo pasó y dejó de ser una pregunta”, es decir que ya no se preguntaba si iba a dejar de ser soltero, porque ya sabía la respuesta, no iba a dejar de serlo.

Alexander y Genoveva dicen que, llegados a cierta edad, la preocupación de sus familias y la sensación de presión dejaron de sentirla como algo permanente y ahora la perciben como algo que aparece de vez en cuando. Como dije, Pedro lo refirió como que ya no lo hacen sentir tan a menudo como “bicho raro”, mientras que Genoveva sostuvo que la presión cambió.

Genoveva: Antes la gente, preguntaba que cuándo me iba a casar, después de los cuarenta me preguntan es por qué no me casé. No sé, tal vez pensaban, y yo también, que mi soltería no era definitiva, si antes tenía novio pues no me estaba quedando soltera simplemente era concretar una relación. Pero después de que terminé con él y pasó el despecho y me quedé con otra persona, dicen “bueno posiblemente con él sí se va a casar”. Ya desde la última ruptura creo que ahí ya comenzó a pesar para mí y para los otros. Ahora ya llevo bastante tiempo soltera, obviamente, es cierto que uno ya encuentra menos gente con que relacionarse o generar una relación y eso pues todos lo saben, entonces yo creo que ya se comienzan a descartar cosas. Y por aquello del reloj biológico pues ya no me preguntan si voy a tener hijos, —“¿Usted por qué no tuvo hijos?”— o —“¿usted por qué no se casó?”—. Entonces, en esos momentos vuelve y se siente presión social, pero no es así de —“¡uy, el colmo!”—, sino sutil, pero más contundente a la vez. Esos comentarios de ya no tiene la opción, como que hay algo que ya no puedo hacer, entonces se vuelve crucial pensar en mi vida.

Mona, con quien me reuní una sola vez y que en el momento de la entrevista tenía 43 años, dijo que su papá que era muy tradicional y religioso ya no le pediría casarse por la iglesia porque ya no iba a poder tener hijos. Teniendo en cuenta esto puedo inferir que para las mujeres solteras la edad está asociada con ya no poder embarazarse y esto, con la señal ineludible de su soltería permanente.

En efecto, la edad es un criterio fundamental al que recurrieron Luciana, Pedro y Genoveva como indicador de soltería permanente. No establecieron una edad específica, pero por sus explicaciones se asocia con que el paso entre la soltería temporal y la permanente sucede entre los 30 y los 35 años. Estrechamente relacionada con la edad, otros criterios que les permiten reconocerse como solteros y solteras permanentes se encuentran en afirmar haber dejado de sentir presión, “la gente deja de preguntar”, dijo Genoveva; “ya lo dan por hecho”, afirmó Luciana. Le pregunté a Genoveva ¿Qué es lo que dejan de preguntar?



contestó “si estoy saliendo con alguien, si me voy a casar”. Pedro señaló que él dejó de estar ansioso de que alguna relación “le funcionara”.

Ese “estar ahí” de Luciana apunta a que las personas a su alrededor y ellos y ellas mismas dejaron de esperar que la soltería terminara, entendida esta como no estar casado o en una unión que sea posible señalar como permanente. Ambos casos se equiparan en un llegar ahí sin mucha conciencia de cómo ocurrió, siendo el único indicio que pasaron por “el momento de mayor presión” y pasaron a otro momento en el que la presión disminuye y en el caso de las mujeres cambia; siguiendo lo dicho por Genoveva, el cambio consiste en que la presión pasa de ser una pregunta por un futuro posible hacia un cuestionamiento por lo que no sucedió en el pasado.

Genoveva y Alexander comparten que una forma de saber que ya son personas solteras permanentes es que han tenido relaciones sentimentales profundas y esto no ha hecho que pierdan su soltería. Genoveva incluso vivió con una persona por dos años y pensaron en casarse, sobre todo para que ella pudiera quedarse en Europa, pero por la religión de él no lo hicieron. A diferencia de Pedro y José Francisco ella no estaba dispuesta a profesar una fe que asocia con desventajas para las mujeres. Teniendo en cuenta estas interpretaciones de Genoveva y Alexander, un tercer elemento que surgió al indagar acerca de con qué relacionan ser solteros y solteras permanentes es que no asocian el enamorarse con que esto conduzca al matrimonio por amor para toda la vida.

Pedro me dijo que cuando cumplió 36 años y se dio cuenta de que le encantaba su apartamento y vivir solo, debió ser el momento en que descartó completamente la posibilidad de casarse. Le pregunté si lo que había descartado era el matrimonio católico, a lo que respondió que eso solo había sido una posibilidad cuando pensaba que si aparecía una persona para la que el matrimonio católico fuera importante lo habría hecho. Recordemos que José Francisco dijo algo similar.

Pedro: No, lo que descarté fue cualquier matrimonio.

Claudia: ¿y vivir con alguien?

Pedro: también. Ya es complicado, sobre todo mi espacio, no sé negociar eso, ya sé que no es fácil. Pero obvio no descarto tener parejas, novias, no quiero la soledad total.

René y Alexander tienen una percepción similar respecto a que les costaría mucho vivir permanentemente con alguien, porque tener un lugar para estar solos es algo que aprecian mucho.

De acuerdo con estos intereses, otro asunto que hace que ellos y ellas se reconozcan como solteros permanentes es la relación entre amor y diferentes posibilidades de pareja,

pues ya no la significan como “tener que” en el conjunto: para toda la vida, convivencia y contrato. Son varias las alternativas, para Luciana por ejemplo esto significa no casarse por lo católico, pero para Pedro y Alexander la no convivencia, y para Genoveva “yo no estoy pensando en envejecer al lado de alguien, sino tener en el presente una compañía”. Aunque como dije, solo me reuní con Elizabeth una vez, fue la única persona soltera que señaló que no le interesaba ningún tipo de relación amorosa, que por supuesto es otra de las opciones.

Recordemos que en el siglo XIX y parte del XX, el deseo de casarse entre los 18 y los 25 años era de lo más común. Esto no es extraño, pues al matrimonio se amarraron el sexo, el amor, el estatus socio-económico y moral y la procreación; todos los esfuerzos sociales y culturales se concentraron en promover el matrimonio como institución que agrupaba numerosas dimensiones, así como familias y compromisos sociales que rebasaban ampliamente la pareja de enamorados. Siendo así, no es difícil imaginar que el matrimonio se convirtiera en casi la única opción de reconocimiento y supervivencia social, posicionándose como una ambición generalizada pues eran más sus ventajas, mientras que las desventajas eran enormes, especialmente para las mujeres.

Aunque parezca contradictorio, en el modelo del matrimonio por amor, el requisito del amor tenía un peso menor, pues las familias se encargaban de recomendar los candidatos más adecuados y el enamoramiento venía después (Illouz, 2012). Parte de la transformación de este modelo de matrimonio es que el amor se convirtió en requisito indispensable para iniciar una relación y más aún, un matrimonio. Ya mencioné que una de las creencias es que en la vida habrá un enamoramiento superior a todos, el “verdadero amor” que conducirá a que se desee por encima de cualquier otro interés el matrimonio para toda la vida, que mantuvo unidas las dimensiones ya señaladas: sexo, convivencia, contrato, procreación, estatus social y económico.

Detrás de las palabras de Alexander, Pedro, Genoveva y Luciana se aprecia el resquebrajamiento de la creencia de que el verdadero amor sea sinónimo de matrimonio por amor para toda la vida, y por lo tanto de que el amor de pareja tenga que conducir a la convivencia, al contrato o al “para siempre”. Disociar los elementos unidos al modelo de matrimonio por amor para toda la vida, los llevó a empezar a reconocerse como personas solteras permanentes, sin descartar poderse enamorar varias veces y sentir un amor profundo por alguien, pero con la posibilidad de elegir entre estos elementos los más adecuados para ellos y ellas.

En el capítulo dos mostré cómo la limitada universalización del matrimonio por amor para toda la vida tuvo suficiente fuerza en lo ideológico para constreñir el proceso de

institucionalización de las leyes que promovieran otros modelos de matrimonio y de vínculos sentimentales. Siendo así, en las reflexiones de los y las solteras se puede apreciar que el proceso de desinstitucionalización del matrimonio por amor para toda la vida que alcanza a apreciarse en la experiencia de la soltería temporal, la vemos ya no solo en el nivel de los deseos sino en opciones concretas de vida amorosa. Aquella figura única, con un único significado posible que reunía varias dimensiones, empieza a ser separada en sus múltiples dimensiones: la económica, la de convivencia, la sexual, la amorosa, y la de la división de roles de género.

Retomemos que Alexander, Pedro y Luciana han explicado su soltería como algo que no tienen, un asunto de su personalidad o de sus prioridades que, de forma involuntaria, los y las condujo hacia la soltería permanente. Esto se une a los reproches de sus familias por el pasado y a una preocupación por el futuro. De tal manera que la soltería permanente como lugar, ese estar ahí, tiene como cuarto criterio que se experimenta un etiquetado negativo y una intranquilidad que es diferente a la primera presión, producto de que no se siguió el mandato social del matrimonio por amor para toda la vida pues ya se ha llegado a cierta edad en la que se da por cancelada esta posibilidad.

El primer momento que algunos destacaron como aquel de mayor presión lo asociaron con la época en que sus amigos, amigas o familiares empezaron a casarse o a irse a vivir con sus parejas. René recordó que a pesar de la presión “ese deseo nunca llegó” y Luciana recordó que a ella le buscaban con quien sentarla en los matrimonios porque ni siquiera tenía novio “creo que solo me preocupaba no tenerlo en esos momentos”, señaló.

En este sentido la experiencia de la soltería es vivida como una anomalía en razón de un elemento que no se comparte con el grupo de pares. Es una suerte de alarma de la temporalidad personal-colectiva. Lo que subyace al supuesto social del deseo que debería haber llegado es que se resalta como un fallo personal sobre el individuo que permanece soltero y se invisibiliza la obediencia al mandato social de las personas que se casan.

A partir del siglo XIX, el énfasis dado al amor en el matrimonio fue una forma de abrirle la puerta al individualismo y a consolidar la idea de la autonomía moral. Aunque las familias aun intervenían explícitamente en el proceso de elección, el valor dado al enamoramiento fue la forma de involucrar el deseo y la intención voluntaria de los contrayentes, lo que hacía que se viera el matrimonio como una elección personal. El capitalismo, la ideología de la libertad y los derechos individuales y de la contrición religiosa contribuyeron al desarrollo del espíritu individualista que, por estar fundamentado en la

voluntad y el reconocimiento de las intenciones personales, oculta o disimula los mandatos y constricciones sociales.

Cuando René y Luciana hicieron una evaluación de qué requisitos no cumplían para poder responder a esta primera alarma o primer momento de presión, entre los indicativos que contemplaron para saber que no era el momento para que ellos pensarán en casarse estuvieron: no tenía pareja, no estaba enamorado, no sentí el deseo de casarme o de vivir con alguien, mi trabajo no era lo suficientemente estable, no tenía los recursos económicos adecuados. Y en palabras de Pedro “aún tenía mucho por hacer”. René, Pedro y Luciana al sentir que no cumplían con algunos de estos requerimientos, el “reloj” colectivo se experimentó como un desfase entre las expectativas sociales y las características y condiciones personales.

El meollo está cuando las personas solteras de esta capa social se reconocen como solteras permanentes y muchos de estos “fallos” o asuntos por los que se juzgaba que no se estaba listo para el matrimonio ya se han resuelto o han dejado de ser una preocupación: trabajo, independencia económica, tener pareja, estar enamorados.

El modelo de matrimonio burgués por amor para toda la vida hizo parte de las técnicas usadas por las élites en el país para participar del capitalismo industrial e imaginar alcanzar la modernidad. Una técnica de control de las normas, para mantener privilegios y diferenciarse de otros grupos sociales que incluyó la construcción de los estereotipos de la solterona y del solterón (Maia, 2007). Por los cambios sufridos en las relaciones de género, en el mercado laboral, en la economía y en el ideal del individualismo era imposible que se mantuvieran intactos estos estereotipos, pero no la estrategia de crearlos. La estigmatización de un grupo privilegiado sobre otro grupo logra fortalecer la identificación colectiva y la reproducción de los privilegios (Elias, 2003), pero de acuerdo con este estudio también al interior del grupo los estereotipos logran seguir las normas y mostrar la sanción y pérdida de parte del estatus del grupo por no acatar los mandatos con los que se han diferenciado.

En este orden de ideas, se transforma el estereotipo sobre la soltería masculina y femenina, se aprecian ciertas pervivencias, pero con marcas más ajustadas al mundo productivo, individualista y consumista actual: personas materialistas, inmaduras, inconstantes, inseguras e irreflexivas. Estos estereotipos, como mencioné en el capítulo dos circulan en el cine y en la televisión, también han sido interiorizados por las y los solteros que entrevisté y que se manifiestan en frases como la de Alexander “sí debo ser un egoísta”, la de Luciana de “no puedo priorizar a mis parejas”, Pedro que dice ser “demasiado solitario y adicto al trabajo” y Genoveva que dice que “soy muy crítica y los espanto”.

Elias señala que en la forma de estudiar el problema de la estigmatización social se ha caído en el error de describirla como una cuestión de unos individuos que muestran un profundo rechazo hacia otros individuos y la clasifican como prejuicio. “De este modo, se pierde de vista la clave del problema, a menudo discutido bajo la etiqueta de “prejuicio social”, cuando se indaga exclusivamente en la estructura de personalidad de individuos concretos (2003: 224). Esto que Elias señala como error yo lo veo como parte de la forma en que funciona la estigmatización de las personas solteras permanentes. Como se trata de personas que hacen parte de un grupo con privilegios económicos y sociales no es posible acusarlos de tener un menor valor colectivo, sino de destacar un problema como individuos para que opere como sanción y no como exclusión definitiva.

Sus logros económicos y educativos son necesarios y reconocidos como el cumplimiento de uno de los mandatos. Hacer sus posgrados y buscar el éxito profesional resultó ser una buena estrategia para tener reconocimiento social y ser valorados con la identidad de jóvenes que se preparan para el futuro. No obstante, esta posibilidad solo es aplicable como prolongación de la soltería temporal; la soltería permanente es penalizada.

El poder del matrimonio como normalidad se funde con una idea de normalidad psicológica y emocional. La propuesta del síndrome de SIMON que significa Soltero, Inmaduro en lo afectivo, Materialista, Obsesionado con el trabajo y Narcisista, de un psiquiatra español, me es útil para mostrar el funcionamiento de la estigmatización al interior de los grupos. El psiquiatra termina analizando el incumplimiento de un mandato social como un problema de inmadurez emocional.

Al mismo tiempo, estamos observando enfermedades o trastornos psicológicos nuevos que no existían hace unos años y citaré como ejemplo, tres: La anorexia bulimia, (...) Por otra parte, el miedo o pánico de los profesores a dar clase en los colegios públicos: (...). Y en tercer lugar quiero exponer el caso del síndrome de SIMON. „Se trata de un hombre soltero, en torno a los 30 años (de 28 a 38 años aproximadamente o separado que pasa por soltero); inmaduro desde el punto de vista sentimental (solo quiere pasar un rato con las mujeres, en plural) divertirse, jugar como un donjuán que sale y entra, pero no busca una mujer, sino que se busca a sí mismo; obsesionado con el éxito (quiere triunfar, alcanzar una cota profesional relativamente alta), es capaz de sacrificarlo casi todo por esta subida de peldaños en su trabajo. Y finalmente narcisista (como la planta del narciso, que se inclina en el espejo que el agua le ofrece y está mirándose continuamente así mismo, en una especie de contemplación placentera), muy centrada en la imagen, en la impresión que va a causar a los demás (Rojas, 2016)

La perspectiva de Rojas es que existe una enfermedad psicológica que consiste en la inmadurez sentimental de algunos hombres que les impide terminar con su soltería. La inadecuación o trastorno proviene de un modelo que se toma como normal y natural, y que

vincula, solo al matrimonio por amor para toda la vida, el deseo de tener relaciones estables y la construcción de las mismas que son manifestación de seguridad, capacidad de compromiso, madurez, y facultad de dar y recibir amor. Desde perspectivas como éstas se niega cualquier otro tipo de relación en las que la estabilidad, el compromiso y el afecto están presentes y son posibles. En Colombia, como ya mencioné, en un artículo de la revista *Semana* se habla del hijo “Bon Bril”, como un hombre inmaduro que no quiere abandonar la casa de sus padres y que no quieren afrontar las responsabilidades de una relación de pareja. En el artículo se cita a la psicóloga María Helena López que piensa que “los adultos jóvenes hoy tienen muchas expectativas, quieren tenerlo y vivirlo todo y eso cuesta. Vivir con los papás les permite salir, viajar, rumbiar. Esta generación es la del no sacrificio, quieren tener una vida fácil, y vivir con los papás ciertamente lo es”. (El síndrome “Bon Bril”, Revista Semana, mayo de 2007).

Otro ejemplo de cómo opera el encubrimiento de la sanción social al mandato de matrimonio como fallo individual, y que se cuele en los discursos de académicos, se da en lo que algunos especialistas en derecho canónico discuten sobre cómo dilucidar en los procesos de nulidad matrimonial si hubo falta de juicio o libertad al casarse, y si esto tiene que ver con alguna inmadurez afectiva (Aznar, 2009; Cárdenas, 2015; Stankiewick, 2005).

Y precisamente son las ciencias psicológicas y psiquiátricas las que nos advierten de la extensión y amplitud en la sociedad actual de los trastornos psíquicos: “La rápida modificación de las costumbres sociales, con los correlativos fenómenos de movilidad horizontal y vertical; las relaciones interpersonales mucho más numerosas, frecuentes y veloces de una vez, generalmente vinculadas a lo consumístico y a lo transitorio; la pérdida de las tradiciones y su sustitución con las modas; la carencia de sistemas familiares y sociales de control y de referencia cultural; y finalmente la emergencia de nuevas patologías psíquicas, más o menos vinculadas a las transformaciones sociales, han producido un progresivo incremento de uniones matrimoniales inauténticas, inestables, frágiles y, en consecuencia, han aumentado los procesos de nulidad matrimonial con las necesarias pericias psiquiátricas para delimitar, apoyando los elementos en posesión del juez, la existencia de una incapacidad consensual o también de una incapacidad de asumir, por razones de naturaleza psíquica, las obligaciones esenciales del estado matrimonial. (Aznar, 2009: 520)

Lo que me interesa resaltar es, por un lado, la asociación entre costumbre social y normalidad psíquica, y entre madurez emocional y el matrimonio católico. Para el autor una persona “madura emocionalmente” es aquella que puede cumplir con las obligaciones del matrimonio católico, es decir cumplir las reglas impuestas por la iglesia acerca del funcionamiento del matrimonio católico y la conducta de los contrayentes. La obediencia y la correcta realización del modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida se

recompensa con el otorgamiento de la madurez emocional, mientras que la alteración de este orden se desaprueba a través de la condena de la inmadurez.

La estigmatización de la soltería permanente está operando a través del etiquetado de inmadurez psíquica, es decir, de estar demasiado centradas en ellas mismas y tienen problemas para relacionarse correctamente con otras personas, lo que las convierte en inadecuadas para el matrimonio por amor para toda la vida. La soltería se señala como producto de la involuntariedad, lo que confirma que no contaron con los requisitos para poder tomar la decisión voluntaria de casarse. Esta es la forma de diferenciar un comportamiento deseable de uno que no lo es.

La aceptación de que no cuentan con la madurez y requisitos emocionales para el matrimonio por amor para toda la vida, junto a sentir que no son tan jóvenes, los cambios en el tipo de preguntas sobre su soltería que apuntan hacia el pasado y ya no a presionar un escenario futuro y las nuevas creencias sobre el amor para Luciana, Pedro, Genoveva y Alexander son indicativos de que son solteros y solteras permanentes. Estos reflejan la forma como funciona el mandato del matrimonio por amor para toda la vida frente a la soltería permanente. Si lo comparamos con la solteronía, es decir la comprensión que sobre la soltería se fue gestando desde el siglo XIX, el modelo de matrimonio ha tenido que cederles espacio a otros mandatos sociales. El consumismo, la consolidación del ideal de la libertad individual, del éxito profesional, y el posicionamiento de la educación y la juventud como valor, que produjeron profundos cambios a nivel estructural, ideológico y normativos se han constituido en espacios de aceptación y reconocimiento de la soltería permanente. Sin embargo, estos nuevos significados también han originado la reconfiguración de las estrategias de estigmatización de la soltería permanente.

#### 4.4 LA SOLTERÍA PERMANENTE SE CONVIERTE EN UN PROYECTO

En las narraciones se advierte que una vez se afirma ser una persona soltera, los y las entrevistadas vincularon esta conciencia de “ya ser soltero (a)” a la consecución de otras metas, diferentes a la laboral, y con preguntarse qué tipo de vida querían tener.

Los indicativos a los que recurren para autoperibirse como personas solteras permanentes tienen efectos concretos, pues no es una cuestión de mera impresión sino de significados acerca de la edad, los mandatos, las relaciones interpersonales y las restricciones que emergen en la vida social de un sustrato material de relaciones. En otras palabras, las acciones y experiencias de los y las solteras permanentes enfrentan condiciones reales de

exclusión y desventaja desde la perspectiva del deber y ser de la organización social, política, económica y cultural fundamentada en el matrimonio por amor para toda la vida. Al tiempo, otras visiones promueven otros modelos y prácticas que se han ido hegemonizando, y aunque no están en completa contravía del modelo matrimonial, si producen rupturas al mismo, se entiende que el modelo también produce quiebres en los otros modelos y sistemas.

En otras palabras, la experiencia e identidad de la soltería permanentes reflejan las creencias y mandatos en tensión, así como la reproducción y cambios en las prácticas y en las relaciones sociales. En este marco, la pregunta por el tipo de vida que se quiere tener convierte a la soltería permanente en proyecto y responde a: minimizar la incertidumbre que produce una trayectoria no hegemónica, dar cuenta de los fallos que se les atribuye, y reforzar las marcas con la que han obtenido reconocimiento en el marco de otros mandatos.

La soltería permanente trae consigo dos marcas, el señalamiento de no haber alcanzado una madurez “normal” en el sentido emocional-amoroso y la inseguridad derivada de no seguir la trayectoria común. Ambas “faltas”, madurez y seguridad, dejan vacíos para “solventar”, pues se entiende que la solución no es el matrimonio, pues ya se da por hecho que esta no fue la vía seguida. Queda entonces todo un camino por explorar, significados por construir, asuntos por sanar, preguntas sobre la madurez, la seguridad en el futuro. Retos que Alexander, Pedro, Elizabeth y en general la generación de personas solteras de los setenta y ochenta enfrentaron y están enfrentando, pues fueron los novatos en esta nueva experiencia de soltería.

Para ellos, ellas y sus allegados, lo previsible era casarse, por eso, continuar solteros (as), después de cierta edad, pese a las justificaciones de las que hablé en el primer apartado, se advierte como una situación azarosa que produce niveles considerables de incertidumbre y ansiedad. Comparemos con lo que sucedía hace 80 años. Cuando las mujeres no se casaban y pasaban de los 25 años de edad, se convertían en solteronas, los hombres tenían un poco más de tiempo antes de considerarse solterones, pero igualmente se transformaban en esa figura. Cuando el matrimonio católico por amor para toda la vida se presentaba como la única opción, la soltería no causaba incertidumbre en la medida en que se sabía el destino social a cumplir por no convertirse en esposa o esposo, y el “papel” a representar estaba prestablecido, esto incluía comportamientos y emociones, celibato, sumisión, dependencia y estigma. El proceso de desinstitucionalización del matrimonio ha ido de la mano de la desestigmatización de la soltería permanente, dejando de representar una ofensa y una vergüenza familiar. Como señalé en el capítulo dos, sería difícil encontrar una avergonzada



Rosita, un melancólico Antón, o una vengativa Miss Havisham en el siglo XXI, cuyos comportamientos y emociones se pudieran justificar por su solteronía.

Ni Luciana ni Alexander ni Genoveva ni René sienten un drama semejante, pero sí refieren cierta sensación de inseguridad y de desconocimiento acerca de cómo se convirtieron en solteros y solteras permanentes y en las consecuencias de esta situación. La incertidumbre que produce la soltería tiene que ver con que Luciana y Pedro no la asocian con un “papel” a ser representado, ni un destino cruel. Ahora, la soltería y la identidad asignada a las personas solteras es imprecisa, no contamos con las certezas de las figuras de la solterona y del solterón para comprenderla, experimentarla y darle una posición social.

Las representaciones y estereotipos sobre la soltería permanente son variados y más benévolos, muchos de ellos inspirados o fortalecidos por el cine como los ya mencionados de la soltera glamorosa o del soltero exitoso mujeriego, o la soltera profesional insegura. También se encuentra la estigmatización de la soltería como inmadurez emocional y egocentrismo, sin contar con las pervivencias de la solteronía, de incapacidad del carácter para conseguir pareja y por lo tanto de ser personas infelices. Quiere decir esto que coexisten diferentes representaciones. Ortner advierte que varias posiciones, intereses, reivindicaciones políticas y objetivos de marketing detrás de estas representaciones en pugna, no debe conducirnos a afirmar apresuradamente que son un libre juego de significantes sin ningún tipo de referentes (2016: 100). Por eso para ella una pregunta crucial es a quiénes parecen referirse esos significantes, para comprender de qué están hablando.

Recurriendo a los antecedentes históricos, observé que la representación de la soltería femenina como solteronas fue una imagen que surgió en Europa de la mano del modelo de matrimonio por amor para toda la vida por intereses de control del comportamiento femenino, produciendo condiciones materiales específicas para un grupo de mujeres burguesas célibes miembros de familias con dificultades económicas. Según Dauphin (1993), ya lo mencioné, ellas y la estigmatización recibida representaron el miedo de la clase burguesa de no lograr el proyecto de ascenso económico y de estatus con sus respectivos privilegios políticos y sociales. Es decir, esta forma de representar la soltería como solteronía tiene una fuerte connotación de clase. Al revisar los nuevos estereotipos, los personajes del cine y la televisión es posible constatar que siguen representando a una clase social con niveles económicos medios y altos, y con una identidad y marcas de prestigio que obtienen del ser profesionales y de tener un capital cultural importante.

La pregunta de Ortner acerca de cómo cargan con los atributos de las etiquetas se torna importante ¿Quiénes podrían sentir algún nivel de identificación con el glamour de

Carrie Bradshaw, la vida profesional Bridget Jones o el atractivo y éxito de Tripp (interpretado por Matthew McConaughey)? ¿A quiénes les genera mayor ansiedad el camino del éxito profesional y económico, y de un tipo de independencia que se demuestra en vestirse de determinada manera, vivir solo, tener apartamento propio, viajar, saber idiomas, ser profesional, ir a determinados lugares a divertirse? ¿Quiénes pueden ser tildados de materialistas, egoístas, egocéntricos, inmaduros en lo afectivo por los gastos que hacen, el tiempo dedicado a su trabajo? Por supuesto, que Genoveva, Luciana, Alexander y Pedro, no encarnan el mismo tipo de clase media-alta norteamericana o inglesa, pero si tienen muchas posibilidades de identificación por el hecho de ser profesionales, con maestría, provenientes de familias con trayectorias educativas de nivel profesional, cargos ejecutivos o académicos y que han logrado independencia económica. No obstante, a estas preguntas es necesario añadir otras más ¿Por qué esas características son una representación de la soltería? ¿Por qué son un estereotipo y no el modelo, si parecen encarnar privilegios y los nuevos ideales del individualismo, la productividad y el consumo? ¿Por qué se viven más como señalamiento y sanción que como ventajas?

En resumen y de acuerdo al levantamiento de información de campo, concuerdo con Dauphin (1993) y Ortner (2016) en que la incertidumbre y las representaciones, para el caso de mi estudio, sobre la soltería permanente también reflejan los temores de perder las condiciones y el estatus social y económico de la capa social a la que pertenecen.

Quiere decir que los temores frente a la soltería permanente tienen que ver con los cambios estructurales e ideológicos que he venido identificando. Lo fundamental es no homogenizar los temores sino diferenciarlos en razón de las características sociales y económicas particulares de las personas solteras. Los miedos y las formas de enfrentarlos de Alexander, Genoveva, Luciana y Pedro tienen que ver con cómo los cambios en estructurales e ideológicos constituyen un obstáculo o una ventaja para las expectativas de ellos como miembros de una capa social específica. En las nuevas condiciones y bajo los nuevos estereotipos, la soltería permanente se ha convertido en un terreno desconocido y un camino inexplorado como trayectoria de vida en esta capa social.

Luciana relacionó ese ya ser soltera con preguntas acerca de lo que esto va a significar a largo plazo para tomar decisiones consecuentes con esto, sobre todo para lograr una estabilidad económica, señaló. Pedro mencionó que a veces su mamá le decía estar preocupada por él, sobre todo cuando ella ya no estuviera, eso hacía que él se preocupara, pero ahora que ella ya murió no sabe muy bien si debería estar preocupado. Alexander y Elizabeth varias veces dijeron estar preocupados por la pensión.

En todos los casos, es observable que la preocupación principal es el dinero con el que contarán cuando llegue el momento de dejar de trabajar y la vejez. Obsérvese la preocupación de la mamá de Pedro, para ella, una esposa es la persona a la que ella puede delegarle los cuidados de su hijo. Cuando le pregunté a Pedro si podía identificar con más precisión la preocupación de su madre, me contestó que tal vez se refería a cuando él se enfermara o cuando enfermarse sea más frecuente. También se acordó de una vez en la que ella le dijo que estar viejo era mejor si no tenía compañía, si tenía con quién hablar y quién se preocupara tanto como ella por él. La conversación se fue cerrando pues el tema de la muerte de su madre en el momento de las entrevistas aun lo afectaba mucho. En medio de la reflexión puntualizó “sentirme huérfano es algo que me llena de mucha tristeza. Mi madre pensaba que era una buena idea que yo tuviera una esposa, pero jamás reemplazaría el amor y las atenciones de ella”.

La asociación entre tener dinero suficiente en la vejez en todos los casos tiene que ver con recibir los cuidados suficientes, estar enfermos les preocupa. También con mantener el nivel de vida que tienen ahora que trabajan. Con excepción de la mamá de Pedro ninguno y ninguna se refirió a que los cuidados no se pudieran pagar. En este sentido Pedro, no comparte totalmente la preocupación de su madre, pues también él paga por algunos de los cuidados que su madre asocia con una esposa-ama de casa: una empleada que limpia la casa una vez por semana, y cuando está enfermo acude a su servicio de salud.

En 1993, en el país se expidió la ley 100 que crea el sistema de seguridad social integral que está conformado por el Sistema General de Pensiones, el Sistema General de Seguridad Social en Salud, el Sistema de Riesgos Laborales y los Servicios Sociales Complementarios. Dentro de sus objetivos tiene reconocer las prestaciones económicas y de salud de aquellas personas que en virtud de la existencia de una relación laboral o de su capacidad de pago les permita estar afiliadas al Sistema.

Esta ley hizo obligatorio que las personas con contratos de prestación de servicios e independientes empezaran a cotizar para su pensión y pagar por la salud. Antes de esta ley solo quienes contaban con empleos estables contaban con una pensión asegurada al final de su vida laboral. Existiendo *regímenes* pensionales diferentes: el *Régimen* de Ahorro Individual con Solidaridad y el *Régimen* de *Prima Media*. Esta ley ha sido ampliamente criticada entre otras cosas porque entregó parte de la administración de la salud y de las pensiones al sector privado. En el sistema salud, las personas con recursos pueden hacer pagos adicionales al plan obligatorio de salud, planes complementarios, voluntarios y especiales. Estos servicios permiten acceder a especialistas sin la intermediación de un

médico general, reducir el tiempo de espera en obtener citas, y están pensados para mejorar la calidad de la atención en el servicio.

Pero más allá de cualquier discusión, lo cierto es que reforzó la percepción de que quien tiene dinero para pagar recibirá un mejor servicio de salud y contará con una mejor pensión. La voluntariedad dentro del sistema, es una cuestión individual que se trata más de dinero que de un trabajo estable o de un derecho universal. La salud y la pensión también se convierten en una diferenciación de clase a través del poder de pagar por servicios, como derecho es casi un auxilio del gobierno para los pobres. Para las capas sociales que hacen parte de las clases media-alta, este sistema ha reforzado la idea de que se trata de un esfuerzo privado más que de un derecho público.

Teniendo en cuenta esto, los y las solteras que he llamado de transición, enfrentan diferentes situaciones que comparten con las personas de su generación. La edad establecida de pensión para las mujeres es de 57 años y para los hombres 62 años y se deben haber cotizado 1300 semanas que equivalen a 26 años de trabajo continuo. La vinculación estable a una empresa permitiría lograr esto sin mayor dificultad, contando con vacaciones pagas. Sin embargo, Alexander, Pedro, René, Luciana, Elizabeth y Genoveva hacen parte de la primera generación del proceso de flexibilidad laboral y del discurso acerca del emprendimiento y la independencia laboral. Empezaron a trabajar aproximadamente a los 26 años, algunos por prestación de servicio cuando por el cambio de sistema no se obligaba a los independientes a cotizar e, incluso, el control sobre el pago que las empresas hacían de pensiones de sus empleados era menos estricto. Por eso, Elizabeth empezó un proceso legal contra la primera empresa en la que trabajó porque descubrió que nunca tramitaron estas obligaciones.

Luego, se vieron en la necesidad de seguir estudiando y tuvieron deseos de viajar y de aprender otros idiomas, estas decisiones atrasaron su vinculación al mundo laboral y por supuesto el ahorro obligatorio de sus pensiones. El caso más crítico sería el de Genoveva quien prácticamente no tuvo mayor aporte a su pensión con sus primeros trabajos en el país, y luego se fue por 15 años, regresó, duró un tiempo desempleada y luego los trabajos que tuvo fueron de prestación de servicios, lo que quiere decir que ella lleva muy poco tiempo cotizando y sumando semanas. Alexander y René, quienes tienen sus empresas propias, dicen que cuando las crearon, y cuando han tenido momentos difíciles una de las cosas que suelen sacrificar es sus pensiones, pues cotizan menos. Quizás esto no sea diferente a la trayectoria de personas casadas de la misma generación, no obstante, como ellos mismos lo han mencionada, estar solteros y solteras les permitió tener más libertad para arriesgarse,

endeudarse para estudiar, salir del país, cambiar más a menudo de trabajo; si esto es cierto, las personas casadas y con hijos están menos motivadas a tomar estas decisiones respecto a su vida laboral y por ende a su pensión. Frente a los más jóvenes tienen la desventaja de haber frenado sus trayectorias laborales para lograr tener algunas de las cualificaciones exigidas por el mundo laboral, los más jóvenes han hecho casi toda su formación y preparación antes de iniciar sus carreras profesionales propiamente dichas.

Este panorama hace que deban doblar sus esfuerzos pensando en el futuro, Alexander y René han empezado a ahorrar y a intentar bajar sus gastos, ambos son propietarios de un apartamento pequeño y son dueños de empresas pequeñas. Alexander logró comprar su apartamento cuando en sus propias palabras aun quería ser ingeniero y rico. René hizo sus estudios gracias al apoyo económico de sus padres y tuvo el dinero para ser socio en una empresa, luego se independizó y monto la suya. El padre de Elizabeth era dueño de una casa grande, negoció el lote con una constructora que se comprometió como forma de pago a entregarle un apartamento a cada una de las hijas, ahora ella tiene su apartamento propio.

La estrategia de Luciana, que es la más joven ha sido mantener sus empleos por encima de cualquier otra prioridad, decidió estudiar en el país, no ha aprendido otro idioma, ha viajado muy poco y extendió su convivencia bajo el techo de sus padres, lo que le permitió comprar un aparta-estudio que ya terminó de pagar. Pedro es quizás el más tranquilo con este tema, rápidamente se enganchó en una empresa y con su salario pagó su maestría, pues aún vivía donde sus padres, y luego lo ascendieron. Con el nuevo sueldo compró un apartamento cuya cuota inicial fue un regalo de su madre y su padre. A sus 46 años, me dice que solo ha tenido tres trabajos, sin contar algunos contratos por prestación de servicios que han sido ingresos adicionales con los que terminó de pagar el apartamento en menos tiempo. Se siente tranquilo porque antes de cumplir la edad para pensión ya tendrá el número de semanas cotizadas y espera un último ascenso que le permitirá subir el promedio para su pensión.

Esto puede no ser tan diferente a las estrategias de las personas casadas, sin embargo, es necesario señalar que un esposo-esposa de esta capa social suelen ser parejas profesionales con salarios similares, lo que no solo significa un ingreso total familiar más alto que el de una persona que vive sola, sino además más acceso a préstamos, respaldo financiero, y derechos en el sistema de seguridad social, pues el o la cónyuge en momentos de desempleo puede usar el plan obligatorio de salud de su cónyuge y es beneficiario de la pensión en caso de viudez. Las condiciones estructurales están sobre todo basadas en el matrimonio por amor para toda la vida y la posible familia que se forme de esta unión.

Aunque el ideal es mantener su nivel de vida y poder pagar por los cuidados médico en caso de enfermedad y durante la vejez, las expectativas económicas son difíciles y plantean obstáculos que provienen de ser de la generación en transición, es decir, los primeros en enfrentar la flexibilidad laboral y los deseos de ser independientes, y ser personas solteras en un sistema en el que habría que tener mucho dinero para solventar la ausencia de un esposo o una esposa producto de los beneficios legales y de tener gastos compartidos. Tener el suficiente dinero, de acuerdo a sus expectativas de clase social, era la perspectiva cuando se formaron y prepararon como lo hicieron, pero la realidad laboral y económica del país no ha pagado tan bien los riesgos que han corrido. Aunque, frente a otras capas sociales no tienen de qué preocuparse, hay mucho de real en el orden de la experiencia y las posibilidades de perder el nivel de vida en el que han vivido.

La seguridad que da el matrimonio por amor para toda la vida es una de las pautas de comportamiento social hegemónicas, no solo en el nivel ideológico sino también en las condiciones materiales de existencia de las personas, quien se casa cuenta con todo un sistema social, político, legal, de obtención de cuidados, de reconocimiento social y personal que le garantiza protección de su nivel de vida. No es que las personas solteras estén completamente excluidas del sistema, pero su trayectoria al no ser la hegemónica no tiene a su favor todas las condiciones sociales y culturales que se han creado para reproducir el modelo de matrimonio por amor para toda la vida que a su vez se creó para reproducir una organización socio-política y económica específica. A pesar de los cambios en el capitalismo y en el individualismo, el augurio de mejores salarios y oportunidades producto de la preparación profesional, de la flexibilidad laboral y del emprendimiento no es posible cumplirlo en un país que no es rico, los niveles de consumo son bajos, donde las desigualdades económicas son altísimas y cuya economía es dependiente del llamado primer mundo.

Bajo esta perspectiva, adquiere mucho sentido que sus proyectos no sean comprar más apartamentos, cambiar de carro o comprar uno, viajar más, mejorar la decoración del apartamento, sino lograr la pensión, ahorrar, vivir austeramente, y lograr el equilibrio entre sus aficiones y el trabajo, a mediano y largo plazo. Luciana, Genoveva o René viven sus vidas sin una sensación inalterable de perpetuo fracaso, a pesar de la inseguridad respecto del futuro, a las ideas de inadecuación personal y a los obstáculos estructurales que se le adhieren a la soltería. Por el contrario, en los encuentros que tuvimos resumían la biografía de su soltería como cayendo en cuenta que, en los últimos años, esta era motivo de

exploración y de formas de enfrentar sus miedos, fortalecerse y legitimar su soltería como una vida en armonía.

Esta búsqueda de equilibrio y de armonía, la relaciono con los dos ideales que he venido refiriendo: el matrimonio por amor para toda la vida, desde el cual se trata de resolver un fallo personal y la realización personal, que son usados por los y las entrevistadas como modelos de actuación e ideales a encarnar, discurso en el que lo importante es saber lo que se quiere. Lo que sostengo es que a partir del matrimonio como modelo se esfuerzan por demostrar que son maduros, comprometidos y responsables, y desde la realización personal que su soltería es voluntaria y deseada.

En la última década, Alexander y Genoveva empezaron a incorporar el discurso sobre el autoconocimiento y el bienestar personal, y algo de la realización personal y la experimentación, que como vimos ya han naturalizado los más jóvenes. Estos ideales han dado espacio a que sientan que es posible tener un estilo de vida armónico, que los haga sentir satisfechos con lo que hacen y saber qué y cómo quieren vivir. Alexander en una ocasión lo dijo de esta manera:

Alexander: mira, de un tiempo para acá me he concentrado más en mí, en saber qué quiero y hacer eso. Y hacer crecer mi empresa, eso es lo que quiero hacer el resto de mi vida. Mi empresa, es pequeña, pero con ella sostengo a tres personas. Es como mi hijo, hago enormes sacrificios por ella, además de eso depende mi pensión. Me gusta que esas personas devenguen de esta empresa, o sea, que la empresa sea un medio a través del cual ellos pueden tener unos recursos, eso me parece muy interesante, y, no lo había pensado, en este instante me quedé pensándolo, pero es distinto a la responsabilidad que uno puede tener por un hijo o por un papá o una familia. Y lo mismo con mis parejas, yo no soy responsable de ellas, son independientes, lo que pasa es que a veces se ponen muy consentidas a que les ponga todo el cuidado y mi trabajo y lo que yo quiero es lo primero, y el de ellas debería ser lo primero para ellas. Así es que me gusta vivir, me ha costado tener estas claridades.

Le pregunté a Genoveva si era que se arrepentía de ser soltera y de la vida que tenía. Me contestó que a veces sí, que a veces estaba sola, con un trabajo mal remunerado y sintiendo que la maltratan. Otras veces está feliz, no se arrepiente de sus 15 años en Europa, y de la lucha que está dando por instalarse de nuevo en Colombia. Siente que es una mujer autónoma y fuerte, que ha logrado cosas que para las mujeres de su familia eran impensables y que lo ha logrado sin depender de un marido.

Genoveva: Yo creí que con mis títulos extranjeros iba a tener un buen trabajo, claro que lo que estudié no fue solo por eso también quería quedarme en Europa, y pues si siento algo de desilusión y preocupación. Pero pues también han sido parte de mi evolución personal, solo que ahora busco crecer de otras maneras porque si ves yo trabajo un montón, hasta los sábados y a veces los domingos entonces el tiempo que me queda a veces es para organizar y limpiar donde vivo y dormir porque ni televisor tengo. La verdad es que me gusta lo que

he hecho, pero quisiera estar más tranquila y seguir demostrando que es posible ser una mujer independiente, que además de trabajar tengo otros proyectos.

Pedro ha estado preocupado por darle más espacio a sus aficiones. Le han venido criticando porque trabaja mucho, y que eso es una irresponsabilidad con él mismo y con su papá que lo necesita más desde que enviudó. Contándome esto me dijo como una confesión que le preocupa no saber bien qué otras cosas además del trabajo le gustan, pero tampoco entiende bien por qué la gente cree que trabaja tanto. Le pregunté si era muy difícil dejar de trabajar un poco.

Pedro: Esa pregunta, es la pregunta. No es fácil eso de no volverme un adicto al trabajo, yo sé que no debería, pero algunos fines de semana pues no tengo nada más que hacer. Yo lo que trato es no ser muy mamón [exigente y demandante] en el trabajo, y esperar que todo el mundo trabaje a mi ritmo. Tengo *hobbies*, me gusta leer, tener mis espacios impecables y viajar, tengo unos primos con los que me veo mucho y un grupo de amigos con los que vamos a bailar y a hacer ejercicio. Ellos son los que me regañan, sobre todo mis amigas, que me cuida más que no trabaje tanto y ahí pienso qué otra cosa podría gustarme mucho, y cuando me doy cuenta la verdad es que he logrado cierta armonía. Lo de las parejas no sé, tal vez ellas se aburren porque piensan que conmigo no hay futuro, que trabajo mucho y que salgo me encierro en mi apartamento, yo podría tener una relación larga, pero obvio sin casarme.

Claudia: ¿y es que alguna novia te ha dicho que por eso no quiere estar más contigo?

Pedro: no directamente, pero en el fondo yo siempre he sentido que es eso.

Claudia: ¿Que no les dedicas tiempo por estar trabajando?

Pedro: sí, y por qué me gusta estar en mi apartamento y si mis amigos me llaman a veces no voy con la persona con la que estoy saliendo. O sea, ¿si ves? Ellas me critican por trabajar mucho, pero también porque si salgo tiene que ser con ellas. Mis amigos que trabajo mucho y no tengo hobbies. Yo sé que va a sonar raro, pero mi trabajo también es mi *hobby* y salir con ellos [se ríe]. Además, sí hago muchas cosas, ahora que te lo estoy resumiendo no vivo pensando en mi trabajo. Tal vez pueda hacer más deporte, pero no es que no lo haga. La próxima vez que me regañen, ya tengo claro que no es cierto que sea un adicto al trabajo. Ah y eso sin contar que si veo a mi padre prácticamente todos los domingos y me acusa de lo mismo.

De los comentarios de Genoveva, Alexander y Pedro se puede colegir que los tres han buscado tener claridad sobre lo que les gusta y que sus vidas han sido armónicas entre su trabajo, el tiempo para sus aficiones, amigos y amigas y familiares. Los tres mencionaron que trabajan mucho y hacen un esfuerzo constante para que esto no sea su único interés y ocupación. Pero al mismo tiempo, se alcanza a percibir, en las réplicas de Alexander y Pedro, que cuando sus amigos, amigas y familiares los acusan de ser “adictos” o “estar obsesionados” con sus trabajos, ellos sienten que esta afirmación es falsa. Para Alexander se trata de una incomprensión de la independencia, sus novias no entienden que si cada quien estuviera preocupado por su trabajo y sus proyectos no lo podrían acusar de que ellas no se vuelven su prioridad. Pedro, lo interpreta como que la gente no entiende que no siempre se tiene que separar el trabajo de las aficiones, y que dedicarle tiempo a los amigos y a la familia



puede leerse como una afición, en el sentido de que es un interés y deseo muy importante para él.

Una tarde nos fuimos a tomar un café al terminar la jornada laboral de Luciana. Cuando no encontramos ella estaba molesta con la persona con la que estaba saliendo que ella describía más como un amante que como cualquier otra cosa. Luciana, lo criticaba por la forma en que él pensaba que ella debía organizar su tiempo, “ni siquiera es mi novio, pretende que trabaje ocho horas y luego este con él, como si fuera su esposa, yo qué sé. Y fuera de eso le parece extraño que me preocupe y me guste estar con mis padres. Y que además me voy a ver contigo y que nunca tengo tiempo para él”. En el imaginario, el tiempo de una persona debe distribuirse entre el trabajo y la pareja, herencia de la separación entre el trabajo (público) y la familia (privado) que se introdujo con los procesos de urbanización e industrialización. Posteriormente, el llamado tiempo libre u ocio se vinculó a la familia, es decir solo se descansa del trabajo remunerado. Este marco se ve presente en las preocupaciones por lograr armonía de los y las solteras que entrevisté.

En el caso de la soltería, este imaginario no puede “aplicarse” sin complicaciones. Por un lado, el ocio se separa de la familia extensa. Sin una familia nuclear se piensa que el soltero no encuentra equilibrio porque en su tiempo libre entonces o solo se dedica a trabajar o al ocio. Es decir, sin la familia nuclear la categoría de vida privada parece desdibujarse en el imaginario. Miremos la queja de Pedro, Alexander y Luciana sobre las demandas de tiempo y priorización que algunas parejas sentimentales les han hecho. Recordemos lo dicho por los y las jóvenes solteras, si se está en una relación se espera que el otro se comprometa “completamente”. Durante la soltería temporal, esto es un factor fundamental porque este compromiso es un indicador de que esa relación puede convertirse en algo serio e implicar convivencia o incluso matrimonio, de cualquier tipo civil o católico.

En la soltería permanente, estar en una relación es uno de los variados intereses y relaciones que se pueden establecer y los proyectos a futuro están fundados en la soltería y no en un posible matrimonio. Esto ocasiona un cortocircuito entre quienes se consideran solteros permanentes y quienes no se autoperciben de esta manera. Para Pedro, Alexander y Luciana sus relaciones de pareja no son lo único con lo que entienden su vida privada.

También perciben que en algunas oportunidades las personas a su alrededor no comprenden que les guste y defiendan estar solos. Pedro me contó que una vez un primo le dijo que él no tenía que hacer nada porque una señora va una vez por semana a arreglarle el apartamento, entonces, que no le sacara la excusa de que lo estaba arreglando y evitar ir a una fiesta a la que lo invitó.

Pedro: No era una excusa, yo creo que además piensa que como soy hombre eso no me interesa, pero tú me conoces, y no solo que esté limpio sino cambiar las cosas de sitio y me gusta estar pendiente de no estar acumulando cosas que no necesito. Eso me quita tiempo, pero además me gusta, es un tiempo en el que veo mi espacio y saber que es mi espacio y que no me molestan, o sea que estoy solo. No, pero él creía que era que me iba a ver con alguien y que no le quería contar [se ríe]

Frente a mi pregunta de si no había pensado en vivir con alguien, Alexander me contestó:

Alexander: Aunque a veces la gente crea que debo vivir triste por estar solo, la verdad es que vivo tan bueno solo. O sea, eso es un gran problema. Pero es que a mí me gusta tanto vivir solo, llegar después de una caminata, un domingo, llegar solo a mi casa sin tener que decir nada de nada a nadie ni como me fue no nada de nada, bañarme, ponerme la pijama, servirme un whiskey, sentarme en mi silla mecedora, poner música a nada a relajarme. Eso me gusta tanto llegar a mi casa a hacer lo que yo quiera como yo quiera, eso es tan bueno que lo otro... lo otro también tiene cosas buenas. Tener la opción de tener mi apartamento y a veces ir donde mi novia tiene sus ventajitas. Ves, es cuestión de equilibrio.

Así que al imaginario de que la vida privada está estrechamente vinculada a una pareja, hay que añadirle que se cree que vivir y estar solo debe ser siempre algo desagradable y angustiante y que mientras el matrimonio promueve el deseo del recogimiento y estar en el hogar, la persona soltera permanente, si vive sola, no tiene la motivación de la pareja o la familia para estar en su hogar. Dado lo anterior, valdría la pena indagar acerca de los significados que se le da al término hogar.

Es significativo, también, que ellos a veces dudan acerca de qué es aquello que define su vida privada en el sentido de que en varias ocasiones Alexander, Genoveva, Pedro, Luciana, René, Nina y Elizabeth dijeron que se esforzaban por tener proyectos más allá de su trabajo y por salir más e invertir en sus gustos personales. Pedro ha estado tratando de no llevar trabajo para el apartamento entre semana, pero algunos fines de semana sí lo hace, dice que justamente es una forma de distribuir mejor el tiempo, trabajar algunos fines de semana sobre todo en probar diseños de arte y diseño industrial que es algo que le gusta hacer mucho. Nina a veces se siente culpable por trabajar un sábado en la noche, pero también dice que a veces no quiere salir, y leer algo relacionado con el tema que está investigando se puede volver un plan interesante. Sin embargo, me advirtió que intenta verse con amigos y divertirse. A Luciana no le preocupa tanto, me dice que pasarla en su apartamento trabajando y viendo películas es un plan perfecto para ella, así logra tener libres los domingos que están completamente destinados a sus padres, así como ir a comer con ellos mínimo una noche a la semana.

La evaluación del equilibrio entre el trabajo y la familia aún no tiene una brújula concreta cuando las personas están solteras. Las actividades dedicadas a sí mismos, a las aficiones, amigos y amigas y a sus familiares no se establecen con total claridad en el ámbito de lo privado, pero tampoco de lo público, y con las actividades laborales pasa algo similar, sobre todo, porque muchas veces sus aficiones o tiempo libre se ponen en función de su vida profesional y laboral. En otras palabras, se torna difícil para ellos y sus allegados usar categorías como familia, vida privada, responsabilidades y ocio y saber exactamente qué se quiere decir con ellas, porque el sentido o la brújula que usan para determinar la separación entre ámbitos es la familiar nuclear, el matrimonio y un hogar construido en torno a este proyecto, uno que suele ser la vida privada. Todo lo que sucede fuera de ella está casi completamente ocupada por el trabajo y el tiempo libre. Como he venido señalando, el matrimonio por amor para toda la vida estableció un orden y jerarquizó las relaciones y los tiempos dedicados a determinadas actividades, es decir, produjo un orden moral y una temporalidad específica. El modelo de matrimonio por amor para toda la vida se volvió una “brújula cultural” para guiar qué va primero, qué tiempo se dedica a qué, cuál debe ser el sentido de las actividades y a qué campos del binomio público-privado pertenecen las actividades, los tiempos, las relaciones y los proyectos.

En consecuencia, convertir la soltería en un proyecto es una lucha individual y colectiva entre los sentidos que se le pueden otorgar a las prioridades, actividades, relaciones y a la temporalidad misma. Cómo no existe un mapa para la soltería en la interpretación nativa, el tipo de relaciones y la prioridad dada a las mismas y a las actividades en las que se distribuye el tiempo diario de una persona soltera permanente plantea dudas acerca de la forma como priorizan determinadas relaciones y actividades, y las razones para hacerlo, incluida, la relación con ellos mismos, si son equilibradas y correctas. Por eso, el esfuerzo de Alexander, Pedro y Luciana por tener presente este equilibrio en su proyecto de soltería.

#### 4.5 LA SOLTERÍA PERMANENTE COMO DECISIÓN

Esta búsqueda del equilibrio, opera, por un lado, como forma de enfrentar y darle respuesta a las acusaciones estereotipadas de inmadurez, egoísmo, inseguridad y libertinaje. Y por otro, aporta un sentido de control sobre la incertidumbre del futuro económico y de las relaciones de cuidado. Estrechamente conectado con esto, el proyecto de la soltería permanente tiene un componente más: comprender la soltería como decisión y autoconocimiento.

Los y las solteras entrevistadas, en algún momento de su juventud, pensaron que una posibilidad era casarse, han tenido y tiene momentos en que se cuestionan el porqué de su soltería —si lo decidieron o es una circunstancia—, sin embargo, su autopercepción como solteros y solteras permanentes ha permitido que empezaran a vivir su soltería como un estilo de vida en constante construcción, y entenderla como una decisión. Al menos en el contexto de las entrevistas esto fue lo que sucedió. A continuación, describo el procedimiento analítico que hicieron.

En muchas ocasiones en las conversaciones, los protagonistas usaban como eje de organización de su relato la noción de decisiones. Esta noción les permite presentar sus trayectorias como una búsqueda, pero con conciencia. Por ejemplo, hablaban de prioridades y de momentos de profunda reflexión. Como ya mencioné en el primer apartado de este capítulo, para ellas y ellos sus trayectorias laborales y educativas les han traído satisfacción y reconocimiento. A pesar de que Luciana no cree que estudiar haya estado por encima de casarse o de vivir con alguien, en su forma de presentar su biografía iba reflexionando que definitivamente ella ha priorizado estudiar, trabajar y a sus padres, y que nunca le ha parecido que una pareja tenga que estar por encima de estas prioridades, o por lo menos competir con ellas. Ella concluyó que “aunque nunca me han propuesto matrimonio, creo que de alguna manera le he huido”. Cuando organizan sus narraciones en torno a las decisiones que han tomado aparece la ambigüedad o la pregunta acerca de si por haber decidido estudiar y priorizar el trabajo de alguna manera estaba decidiendo ser solteros (as) o, en palabras de Luciana, huirle al matrimonio.

René no cree que por culpa de su pasión por su profesión y su búsqueda de hacer crecer su negocio no se haya casado, sin embargo, mencionó que “tampoco es que me haya esforzado”. Para él era un indicativo de que su soltería era una determinación en el sentido de que el matrimonio nunca lo entendió de esta forma. Por su personalidad, “cuando algo me interesa voy detrás de lograrlo”. Alexander hizo una reflexión similar y fue quien dijo que teniendo en cuenta su pasado, era evidente que él hace rato decidió ser soltero. Sus palabras fueron reveladoras para mí. Alexander lo dijo con mucha claridad “si hubiera querido casarme lo hubiera hecho, pero no lo hice, otras cosas fueron más interesantes, así que en últimas yo decidí ser soltero”.

No quiero decir con esto que ellos y ellas evalúen que su soltería fue una decisión que tomaron con toda resolución en un momento determinado, y que luego tomaron la decisión de volverla un proyecto. No obstante, cuando evalúan su vida en retrospectiva

encuentran indicadores de que fueron decidiéndose por la soltería. Y ahora, que se perciben como solteras y solteros permanentes resuelven volverla un proyecto.

Hay que repetirlo, esta operación es una forma de control sobre una trayectoria que tanto ellos y ellas como sus familias suelen señalar de azarosa. Un asunto central del proyecto ilustrado y burgués fue resaltar la capacidad de autonomía de los individuos y, por ende, de la posibilidad de ser libres, por lo tanto, iguales. Bajo este ideal, demostrar trayectorias de vida producto de decisiones y de la voluntad personal conduce a percibirse y demostrar que se es una persona autónoma.

Producto de la entrevista centrada en su soltería, en este ejercicio los y las solteras notan e interpretan sus trayectorias como la capacidad que han tenido y tienen de afrontar y dar cuenta de sus decisiones y realidades, es una narración que destaca la perspectiva de que sus vidas han estado regidas por la voluntad y la autonomía. Perspectiva que se reproduce a través de la soltería permanente como proyecto.

Los proyectos descritos y diseñados por las y los solteros entrevistados están tejidos en dos claves: la autorrealización y el estilo de vida. Ambas, desde mi punto de vista le brindan estatus social en tanto se manifiestan con marcas asociadas a la independencia, la juventud y a la industria de la felicidad (Cabanas e Illouz, 2019). Estas expectativas renuevan la fuente del reconocimiento de estatus, que ocuparon por un tiempo sus carreras educativas, profesionales y laborales, que son actividades sociales valoradas, sobre todo en su capa social. No obstante, después de cierta edad, aunque no pierde del todo importancia, empieza a ser insuficiente fuente de reconocimiento, pues no ayuda a contrarrestar las presiones y las ansiedades generadas por el paso de la soltería temporal a la permanente.

El discurso sobre la autorrealización encaja en el proceso que viven Alexander, René, Genoveva y Luciana, pues este les ha permitido presentar sus trayectorias y sus proyectos futuros como una búsqueda de realización personal. Su soltería se vuelve susceptible de ser convertida en un proyecto y en un estilo de vida entendido como la capacidad que tienen de orientar sus intereses, comportamientos, opiniones y deseos dirigidos hacia el logro de unas metas.

Según cuenta Alexander su trayectoria laboral cambió en el año 2000 cuando llegó a un puesto como empleado público. Era un cargo de responsabilidad y buen sueldo, pese a esto, Alexander empezó a desencantarse.

Alexander: Ahí en esa institución me di cuenta que lo que yo hacía era hacer informes para el alcalde, eso no me chocaba, pero para el Concejo, para la Contraloría, para la Procuraduría, eso sí me chocaba porque me di cuenta que no interesaba si yo hacía el trabajo bien o mal.

Si ellos no son del mismo bando político, de la misma corriente política de la que era el alcalde, entonces todo lo que yo hacía estaba mal hecho, aunque estuviera bien hecho. Entonces eso sí ya me aburrí mucho, y ahí fue cuando tomé la segunda decisión importantísima de mi vida que fue renunciar a todo eso.

Claudia: Pero tenías ahorros

Alexander: ¡Ah sí! No, por la parte económica no tenía problema, pero yo no tenía ni idea, ni una pista de a qué quería dedicarme. Si iba a buscar trabajo otra vez en eso mismo o qué, ni idea, cero, no se me había pasado por la mente tener una agencia de viajes, nada, cero. Cuando yo renuncié, yo no tenía ni idea de a qué me iba a dedicar. Yo simplemente estaba en una crisis donde sentía que no podía seguir estando ahí haciendo esa tarea; yo renuncié y al otro día estaba mejor y decidí que eso era lo que debía hacer: estar mejor

En el relato, toma una decisión radical que es renunciar a un trabajo con un salario importante y que, aunque no sabía a qué se iba a dedicar la segunda decisión importante fue estar mejor. Empezó a practicar taichí y luego fue a un retiro espiritual porque lo invitó un amigo.

Alexander: Era un retiro de tres días donde uno no habla con nadie y lo único que hace es meditar y reflexionar, pues me llegó la iluminación. En ese retiro yo descubrí que lo que yo quería hacer era tener un trabajo en el que me acercara a la naturaleza. ¿Y eso qué será? ¿Ser un guardabosques, ser campesino o estudiar veterinaria que era lo que quería ser cuando era adolescente? Entonces en ese retiro hablando con el que lo dirigía y por una película que vi de cine una semana antes, llegué a la decisión, de que yo iba a ser fotógrafo de la National Geographic.

Con esa decisión en mente, Alexander empezó a buscar en dónde hacer un curso de fotografía y a ver en dónde podía aprender inglés, así que viajó al exterior. En la forma como evaluó ese momento utilizó la palabra descubrir, iluminarse, saber qué quería. Me trató de explicar la importancia de ser libre de dejarse llevar y ensayar para saber lo que quería y cómo no habría podido hacer esto si hubiera estado casado. Alexander está muy orgulloso del giro que le dio a su vida y de la forma en que fue capaz de poner su felicidad e independencia por encima de cualquier otro interés. La libertad para poder perseguir y hacer aquello que lo hace feliz, además de enfatizar que se necesita estar soltero, en otras ocasiones lo relacionó con no darle cuentas a nadie; por eso también decidió crear su empresa y no tener jefes, vivir cómodo y con pocas cosas. En octubre de 2018 en una de nuestras conversaciones sobre el tipo de vida que Alexander había construido a partir del cambio en su trayectoria profesional, empecé a indagar por sus gustos y los gastos que estos representaban

Claudia: Y ¿Tienes algún gusto que te implique gastar?

Alexander: Me gusta ir al cine, leo, juego tenis, hago ejercicio por Monserrate, camino por la quebrada de La Vieja, eh, hago algunos viajes. Soy muy austero. Yo casi no gasto, mis gastos son muy poquitos, pero no porque mis ingresos sean poquitos sino porque yo no soy como antojado como de nada. No me hace falta la plata, me gusta el estilo de vida que tengo, con pocos gastos.

Claudia: ¿de nada te antojas? Por ejemplo, cosas de esas de tu trabajo son costosas, ¿no?

Alexander: Sí correcto, o sea al principio sí, digamos hace cinco seis años yo buscaba comprar ciertas cosas, ahora no, yo no ando comprando las últimas botas, la última carpa, tengo una carpa, que es la misma carpa que he tenido hace quince años, una estufita que es la misma de hace veinte años porque todavía me sirve. Tengo dos o tres cosas que he comprado en mi vida que nunca he usado, de resto todo lo uso, y no compro casi nada, por ejemplo, el único mueble que he comprado es este, de resto este escritorio me lo regaló Darío. Ese televisor que hay allá, ¿no sé si se ve?

Claudia: Sí

Alexander: Ese televisor fue cuando se murió mi mamá, ese televisor era de mi mamá y yo no tenía televisor, porque no me gusta ver televisión porque soy teledicto. Vivo con muy poco, entonces, en conclusión, mis gastos son muy bajitos porque me gusta vivir, así como estás viendo. No necesito nada más.

Claudia: Y con tus novias, cuándo tienes novia ¿Qué planes haces?

Alexander: Bailar, vamos a bailar, vamos a cine, bueno vamos mucho a comer a restaurantes, ese quizás es mi gasto más alto, ir a un restaurante por ahí una vez a la semana

Desde que Genoveva regresó ha sentido que las cosas no le han salido como esperaba. Recuerda sus años en Europa como una muy grata experiencia y a veces no entiende por qué tomó la decisión de regresar. Se dedicó de lleno al trabajo que consiguió fuera de Bogotá, pero en este lapso de tiempo decidió empezar un proceso psicológico para “arraigarse”, usando sus propias palabras.

Claudia: ¿has pensado volver a Europa?

Genoveva: Sí, y precisamente ahora que fui y me lo planteaba. La gente con la que yo... la que yo dejé, evolucionó también, pero allá se evoluciona más rápido que acá. Entonces mientras yo evolucioné... tal vez mi experiencia ha sido ser jefe, estar a cargo de un proyecto, enfrentarme a situaciones difíciles en el trabajo, y tener un grupo de 40 personas y pelear con los jefes porque la gente tenga mejores condiciones de trabajo y esto... las de ellos han sido, mejorar su estatus laboral, ganar más plata, comprar apartamento, irse a vivir en lugares mucho mejores que donde yo los viví. Vivir solos, tener cosas.

Claudia: ¿pero sí lo han logrado?

Genoveva: sí... si se logra, entonces si yo me devuelvo, yo volvería otra vez a estar en esa vida arrancada, buscando trabajo y eso, yo dije: “no, yo también he ganado cosas” y no quiero volver a empezar. No quiero volver a cuidar niños hacer ese tipo de trabajos, guerreándomela. Esa es una de las razones por las que yo sé que yo no puedo volver ahora. Entonces mi asunto es arraigarme acá. Quiero asumir ya una vida... digamos, la próxima meta sería comprarme una cama, que no tengo. Yo no tengo cama, yo nunca me he comprado una cama. Claro, yo siempre he arrendado lugares donde me dan camas. En la casa de mis papás pues está la cama. Yo he pensado que me muevo demasiado.

Claudia: estás como queriendo no moverte tanto. ¿O no sabes?...

Genoveva: ¡Claro! pues la idea es que ya después de tener una vida nómada desde hace 25 años... Yo no sé por qué todavía me cuesta asumir una vida. Allá quería tener una vida que no podía por la falta de dinero, vivía como estudiante, acá no logro adaptarme, pero tengo más dinero, tengo que tratar de tener la vida que quería y de alguna manera tuve allá, acá: desplazarme en bicicleta, ir al gimnasio, tener un apartamento más grande que una habitación con baño e ir comprando mis cosas, ir a eventos con mis amigos y amigas.

Genoveva usó términos como evolucionar, arraigarse, encontrar el equilibrio, tener una vida tranquila, reconocer sus logros, crecer y cómo estos objetivos han hecho que tome

decisiones importantes para ella como ir al gimnasio, continuar con su psicóloga, leer y ver videos específicos sobre temas de autoconocimiento, usar su bicicleta entre otras cosas. Ella asocia autorrealización con un estilo de vida específico:

Genoveva: Estoy buscando el equilibrio en todo, por ejemplo, me pongo horarios para ir al gimnasio y no trabajar más de 8 horas al día. Mirar mi vida y reconocer que sí he evolucionado. Reconocer mi esfuerzo por tener una vida laboral, yo llevaba quince años siendo estudiante. Yo, personalmente, no me imagino a una persona casada con hijos haciendo lo que yo hago. O sea, tomé la decisión de reconocer lo que he hecho, ya no estoy en ceros y seguir creciendo aquí. Mostrar la independencia que he alcanzado, cuidar mi salud, mi estado físico y mental

Alexander y Genoveva, más o menos a sus 36 años empezaron a dirigir su formación y preocupación hacia la atención a sí mismos, un interés por conocerse mejor, por vivir tranquilos y con la intención de identificar mejor sus deseos para satisfacerlos apropiadamente, conocer sus pasiones y cuidarse. Un giro hacia lo que ellos llaman autoconocimiento. Desde su punto de vista, sus decisiones, y experiencias los han conducido hacia una búsqueda de un bienestar basado ya no tanto en sus estudios sino en la búsqueda de la felicidad que ha hecho que transformen sus ideales laborales, su cotidianidad, la forma cómo viven, los objetos que poseen y sus expectativas de futuro.

La premisa que siguen es que la realización personal se alcanza en el autoconocimiento, es necesario saber qué es lo que se quiere y qué es lo que los hace felices. Esta combinación permite estrategias y otros criterios de evaluación de la soltería masculina y femenina, en la medida en que la evaluación empieza a percibirse como más personal, no depende tanto de logros externos sino de deseos individuales: solo la persona sabe qué lo hace feliz y sólo ella sabrá en qué medida logra alcanzar su felicidad.

Estoy de acuerdo con que estamos cayendo en una psicologización de la sociedad. La industria de la felicidad se supone que ayuda a lidiar con las ansiedades sociales producto de la pérdida de toda una serie de fuentes de certidumbre, y esto “puede hacer que las personas sean más propensas a interpretaciones psicológicas individualistas acerca de los problemas de la vida” (McLaughlin, 2012; Ahmed, 2019; Cabanas e Illouz, 2019). Es una acertada crítica a que se están individualizando, a través del diván, los problemas estructurales. Frente a la debilidad laboral y para promover los cambios económicos neoliberales, se ha venido imponiendo las bondades de la flexibilidad y de ser empresarios y adaptativos (Sennet, 2000), que tiene su correlato de volverse empresarios de sí mismos (Marcal, 2016).



En el pasado, quitarle la connotación maldita a la expresión “sistema capitalista” dio lugar a muchas circunlocuciones como sistema de “libre empresa” o de “empresa privada”. En la actualidad, el término flexibilidad se usa para suavizar la opresión que ejerce el capitalismo. Al atacar la burocracia rígida y hacer hincapié en el riesgo se afirma que la flexibilidad da a la gente más libertad para moldear su vida” (Sennet, 2000: 10)

Ahora bien, como la misma crítica lo reconoce, la estrategia del autoconocimiento, la realización personal y la construcción de un estilo de vida es una forma de asumir las incertidumbres, en el caso de los y las solteras entrevistadas que les permite lidiar con la ansiedad de la soltería permanente en tres sentidos. Primero, construir una identidad frente al desdibujamiento de las figuras del solterón y de la solterona con la que se problematizan los estereotipos del pasado y del presente. Segundo, esa identidad y estilo de vida les permite ser austeros sin perder las marcas de su capa social. Y tercero, demostrar autonomía, tanto en el significado del modelo del matrimonio por amor para toda la vida como en el marco del individualismo, un yo abierto a las opciones.

Ellos y ellas han ligado su felicidad y realización a un estilo de vida que se refiere necesariamente al consumo de ciertas actividades. Estas actividades, y los objetos y servicios relacionados con ellas, tienen unos significados sociales a través de los cuales se vehiculizan proceso de identificación y de diferenciación social.

Lo primero que destacaremos es que el consumo es una actividad que desborda el dominio de lo meramente material; esto es, haremos referencia a la dimensión simbólica del acto de consumir, íntimamente ligado con el contexto cultural e histórico en el que tal actividad se desenvuelve. No estamos, pues, ante un simple proceso económico y utilitario, sino ante un fenómeno que depende, como muestra Jean Baudrillard (1988, 2001), más del deseo –de convertirse en un determinado tipo de persona– que de la satisfacción de una necesidad biológica preexistente. La existencia de procesos de identificación y diferenciación social a través de los objetos que se consumen y de la manera de consumirlos. (Rodríguez, 2012: 3)

El estilo de vida de Alexander y Genoveva está basado en la austeridad, el cuidado de la salud, el ejercicio, la meditación, es una forma de construir una nueva identidad, personas solteras que viven en armonía, que son autónomas, cuidan su salud, son espirituales, les gusta la naturaleza, qué saben lo que quieren, y tienen el control sobre su vida. No se trata de un estilo de vida compartido por todos los y las solteras, pero sí por muchas personas de su capa social (Barrero, Clavijo y Gómez, 2011; Sarrazin, 2012) que asisten y consumen prácticas que cada vez más tienen presencia en la ciudad: alternativas de alimentación vegetarianas, medina alternativa, ejercicios de meditación, talleres de constelaciones familiares, eventos de yoga, biodanza, caminatas ecológicas (Barrero, Clavijo y Gómez, 2011). Estas prácticas les permiten mantener el vínculo con su clase y es

una forma de responder con imágenes positivas a las representaciones negativas sobre la soltería.

Esta vinculación del estilo de vida y el estatus social es fundamental para sostener que el camino de la realización personal, la armonía corporal, espiritual y material, es un estilo de vida que les permite ser austeros sin perder el estatus adquirido, en parte, y siguiendo a Sarrazín, porque estos seguidores de espiritualidades alternativas son personas que por su formación académica, se presentan como un individuo crítico que busca “alternativas diferentes al *main-stream*, a la cultura de masas o a lo establecido dogmáticamente, como las religiones convencionales e institucionalizadas en el país” (2012: 146).

En este contexto se justifica la ausencia de lujos, en sus viviendas, en su forma de vestir, en las actividades recreativas, el tipo de viajes que realizan, entre otros aspectos. Esto les permite en ocasiones ahorrar, en otras enfrentar dificultades económicas y en otras “darse gustos costosos” en términos de Pedro.

Por último, este estilo de vida que han adoptado y que se centra en el autoconocimiento es otra forma de reforzar la interpretación de su soltería como una decisión. Retomando de nuevo a Sarrazín, es importante establecer la posible confusión entre tomar la propia idea de los sujetos estudiados, que dicen ser libres y con un pensamiento autónomo que no estaría determinado por la sociedad, guiados únicamente por criterios personales. No quiere decir que en efecto yo esté diciendo que son sujetos autónomos, puesto que nadie está libre de sometimientos externos.

En el new ager, la influencia “externa”, es decir social, no se da a través de autoridades formalmente reconocidas como tales que obligan al individuo a creer o a hacer algo mediante reglas o leyes explícitas (que es lo que pasa en las iglesias institucionalizadas, como la católica o las pentecostales). La influencia externa se entiende en la medida en que los valores, gustos, inclinaciones o criterios de verdad personales están socialmente construidos y determinados por factores múltiples y más o menos sutiles (entre los que se incluyen, por supuesto, los medios de comunicación), los cuales proporcionan además matrices interpretativas para un sinnúmero de situaciones y objetos de la percepción. Es cierto que el new ager colombiano (sin duda en parte por su formación académica), es finalmente quien decide qué cree y qué debe hacer, y somete a juicio las imposiciones dogmáticas. También es cierto que cada itinerario personal es diferente en los detalles de los productos y servicios consumidos (...). Sin embargo, es evidente que los itinerarios de estos individuos “autónomos” se entrecruzan constantemente y que podemos hablar de circuitos de consumo alternativos de tipo New Age (Gutiérrez 2008, 364). Así, más allá de sus discursos de autonomía, libertad y contracultura, los new agers siguen tendencias claramente colectivas, incluso transnacionales. (2012: 147-148)

En mi argumento, lo más importante es lograr el reconocimiento de su total autonomía, esto es, de su capacidad de tener un estilo de vida escogido, que incluye su

soltería. La soltería como decisión se suma a un estilo en el que se demuestra equilibrio, madurez, responsabilidad, generosidad con nuevos valores sociales explícitamente dirigidos a los colectivos: cuidado del medio ambiente, consumo responsable, armonía espiritual y respeto de las diferencias. Que además quiere decir que es un estilo de vida que toma características del individualismo llamado egoísta y del individualismo republicano, consumo, deseos e intereses personales, pero también la elección de un estilo de vida que lo relacionan con justicia y ética. Desde la perspectiva de Adela Cortina, a pesar de la constatación de que los individuos están inmersos en condicionamientos externos, sigue siendo posible hacerse preguntas en un sentido moral y contestarlas.

Más parece que para cobrar la propia identidad social las personas se inscriben en formas de consumo ya socialmente delineadas, en patrones de consumo socialmente consagrados, que no existe el individuo con sus necesidades auténticas y sus deseos puros, sino la persona inscrita en estilos de vida socialmente compartidos. Lo que importa, o eso queremos defender en este libro, es que conociendo las motivaciones, sistemas de creencias, estilos de vida, “elijan desde su propia identidad moral”, y no desde voluntades ajenas, en qué estilos quiere insertarse, cuáles cree indispensable crear para una vida justa y buena (Cortina, 2002: 51)

No es cierto que identificar y perseguir los deseos y seguir un estilo de vida fundamentado en identificar los intereses personales y seguirlos se remita solo a deseos egoístas. A pesar de que los discursos más recientes de realización están vinculados a la idea de felicidad como un hacer lo que se quiere sin mucho esfuerzo y potencializar lo que se quiere al máximo; en los relatos de Genoveva y Alexander y de Luciana y Pedro es posible advertir que sus búsquedas están enlazadas con categorías como las de vocación, que remite a intereses y acciones de servicio, dedicación, atención, respeto, ideales afincados en el ideal del trabajo y de una vida colectiva, e incluso sacrificio y perseverancia, de resonancias católicas.

Socialmente se considera un valor central el desarrollo de la capacidad de elección, y así, demostrar buen juicio y autonomía moral. A partir de esto se entiende que las y los solteros desde este marco prefieren y se esfuerzan por asumirse y presentar sus vidas como un proyecto que entraña toma de decisiones razonadas. Por su parte, el ser arriesgados (as) y “alternativos” (as) es una forma de enfrentar la vulnerabilidad a la que están sujetos, estereotipos de la soltería, incertidumbre del futuro producto de no seguir la trayectoria hegemónica y de las condiciones económicas, laborales y espirituales propios de la modernidad en un contexto como el colombiano:

La espiritualidad alternativa “constituye una metanarrativa (Lyon, *apud* por Wood 2007, 35) en la que el individuo moderno puede o espera encontrar guías en medio de la

incertidumbre que afecta particularmente la esfera de lo privado. Esta búsqueda se ve motivada aún más por cuanto “el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo” (Bauman 2004, 13) [Referencia de autor citada en la obra de Sarrazín] (Sarrazín, 2012: 158)

En otras palabras, frente a las nuevas formas en que se construyen sujetos vulnerables, la osadía o aparente irreflexión de no seguir las trayectorias de vida esperadas de Alexander, Genoveva, Lucia y Pedro puede leerse como estrategias de enfrentamiento de los miedos y de un ejercicio de prevención de las posibles condiciones futuras adversas, todo esto, recuerdo, en el marco de las expectativas de clase, específicamente de la capa social a la que los y las solteras entrevistadas pertenecen.

En síntesis, el autoconocimiento y los discursos sobre la felicidad, pueden interpretarse tanto como discursos de dominación, como de agencia. Así como alertan acerca de una hiperbolización del consumo, productividad y psicologización, asimismo, informan acerca de un modelo de persona que está basado en el compromiso, la vocación y que sirve para tramitar la vulnerabilidad. Alexander, Genoveva, Pedro y Luciana no empezaron a comprender su soltería como un proyecto de la noche a la mañana. Es uno de los procesos a través de los que le hacen frente a la incertidumbre y a la evaluación de inadecuación.

## **5 SEXUALIDAD, AMOR Y FAMILIA EN LA SOLTERÍA PERMANENTE: AVIDEZ, CARENCIA Y DISPONIBILIDAD**

Para los y las solteras permanentes entrevistadas el proceso de individualización y aceptación de la soltería, que incluye la institucionalización de otros ideales y discursos diferentes al modelo del matrimonio católico por amor para toda la vida, ha hecho posible acceder a las dimensiones del amor y del sexo sin que esto signifique contrato, convivencia y otras dimensiones que se ataron al modelo de matrimonio. Pese a esto, persisten sobre ellas y ellos controles sobre la sexualidad, la emocionalidad y la intensidad de los lazos que son deseables construir.

Uno de estos controles se manifiesta incluso frente a la representación social del estado civil el cual, entre otros usos, también guía las interacciones sociales en tanto indica supuestas características y necesidades de las personas, donde las solteras se representan como ávidas de sexo y carentes de amor, así como con afán de tenerlo y disponibles para quienes las necesiten. En efecto, el trato hacia una persona soltera permite ciertas licencias de acercamiento e implica su representación como persona “vacante”; representaciones que operan como valores morales condenatorios para lograr determinados comportamientos y con estos marcar diferencias de género, de clase y de estado civil.

Como veremos en este capítulo, las relaciones que Alexander, Genoveva, Luciana y Pedro construyen son producto de la negociación, de las demandas y los deseos que surgen en el marco de entender la soltería permanente como exceso, carencia y la disponibilidad.

### **5.1 LA SOLTERÍA ES SINÓNIMO DE AVIDEZ SEXUAL**

La soltería es sospechosa, en especial respecto a la vida sexual y amorosa de las personas. A Alexander, incluyéndome, a veces lo hemos juzgado como frío y distante con sus novias, incluso le reclamamos que se esfuerza poco porque las relaciones funcionen. Keni, por su parte, hablando de la soltería de un compañero de trabajo, dijo “es que es muy dominante y por lo que me dice solo quiere tener sexo, así no se lo va a aguantar nadie”, y Genoveva en varias ocasiones me dijo que la gente de su trabajo vivía pendiente de su vida sexual porque es soltera.

En estos comentarios se observa que a menudo damos por descontado que las personas solteras tienen sexo, se enamoran y pueden tener relaciones de pareja, pero su

soltería permanente es un indicio de que han hecho algo malo o que algo no anda bien en sus vidas. De alguna manera, esta representación muestra que desapareció el estereotipo de la soltería como castidad, la solterona y el solterón célibe de por vida, pero que persiste el imaginario de la soltería como adversidad.

Recordemos que las élites colombianas adaptaron el modelo del matrimonio burgués como unión del sexo, el amor y el matrimonio, con el objetivo de presentarse y verse a sí mismos como civilizados y orientados a ser modernos, y de esta manera diferenciarse, sobre todo moralmente, de otros grupos sociales. Esta distinción implicó dos diferencias profundas al interior de las élites: por un lado, la caracterización de la sexualidad de los hombres como opuesta a la de las mujeres, y por otro, la radicalización de las diferencias entre personas casadas y solteras, junto a la promoción de las bondades del matrimonio católico por amor para toda la vida a través del estereotipo de la solteronía como abstinencia sexual, vergüenza y carga. Se recreó y posicionó entonces una forma específica de sexualidad guiada por la moral católica: monogámica, heterosexual, gesto exclusivamente marital, reproductiva, casta y moderada.

No obstante, en la actualidad la vida sexual y amorosa de las personas solteras es un punto neurálgico porque las diferencias al interior de la clase media-alta se han difuminado, específicamente de la capa social a la que pertenecen los y las entrevistadas. En contraste con el modelo descrito, ya no les exigen abstinencia y las diferencias en los comportamientos sexuales femeninos y masculinos parecen ser libres y menos diferenciadas. En consecuencia, se puede deducir que el matrimonio por amor para toda la vida ya no es una marca de distinción de clase, o no al menos desde la dimensión sexual.

Cuando en las entrevistas indagué directamente por la sexualidad, tanto las y los entrevistados como yo misma, lo asociamos inicialmente con la cuestión sobre con quién tenían sexo y qué tan importante era para ellos. Pedro fue quien hizo la asociación entre la importancia que tenía el sexo para él con la educación que recibió, de sus padres y en el colegio, y el imaginario de sus amigos respecto a la cantidad de sexo que él desea y puede tener por ser soltero. A partir de eso, les pregunté a Alexander, Genoveva y Luciana por las reglas que tuvieron sus madres y padres y por la educación sexual que recibieron en los colegios, porque al menos en el relato de Pedro aparecieron como parte de la comprensión que él tiene acerca del deber ser de su comportamiento sexual.

Pedro: Mis amigos juran que yo cada fin de semana tengo sexo, a veces no niego que me gustaría que fuera así, pero eso con el tiempo me aburriría. Nunca ha sido así y no tiene que ver con que yo no quiera o no le guste a alguna mujer o sea que no pueda. Desde el colegio

era como que, sí debes, pero no debes [se ríe], que era mejor tener al deseo controlado. Yo he dejado es que sea espontáneo. No es que, si duro meses sin sexo diga uy por dios que voy a hacer, porque eso de estar al acecho pues tampoco está bien o yo no soy así.

Claudia: ¿Siempre has pensado que no está bien?

Pedro: ¿no es creíble? A ti no te acosé, ¿o sí? [Se ríe]. Desde mi casa me decían que debía ser un caballero, no, pero en serio, tal vez es por mi personalidad, nunca fue un problema para mí, o sea no ando buscando o ansioso ni siquiera cuando era más joven.

Claudia: ¿tus papás te tenían muchas reglas? [de convivencia en la casa, especialmente sobre el comportamiento con las mujeres dentro y fuera de la casa]

Pedro: No eran reglas explícitas, lo típico, no me quedaba fuera de la casa, mis novias no se quedaban a dormir porque lo que te digo me repetían que debía respetarlas. Me daban plata para que yo pudiera invitarlas a comer y al cine y cosas así. Claro que no tuve muchas novias, tuve más amigas que novias y fíjate que todavía es así. Nunca me dijeron que no llevara a una novia a dormir, pero es que eso era obvio. Mi mamá decía que me había metido en ese colegio porque me iban a enseñar a ser un caballero. También porque yo debía saber inglés y tener el diploma de ese colegio me iba a abrir puertas.

Alexander recuerda que sus padres le enseñaron que no era apropiado estar en la habitación con sus novias y mucho menos quedarse con ellas en las noches. Pedro dice que sí recuerda ver televisión con sus novias en su cuarto y acostados en la cama, pero ni siquiera se le ocurrió pensar en que se quedaran a dormir y ninguna novia tampoco se lo pidió. Aunque no tenía horario de llegada, él sabía que debía llegar a su casa todas las noches. Estos cuidados tenían que ver en gran parte con la inseguridad de la ciudad, pero también y claramente con el control sobre la sexualidad sin tener que hablar de ella. Alexander, Pedro y Genoveva tuvieron que respetar las normas de la casa del padre y la madre relacionadas con un control tácito de las relaciones sexuales.

Se trataba de formas de control como horarios de llegada, manifestaciones medidas de cariño con sus novios y novias, que comprendía, por supuesto, no quedarse por fuera de la casa ni quedarse a dormir con ellos o ellas en sus casas. Incluso, Luciana, que es la más joven, siguió este tipo de reglas, explicó ella, porque sus padres son mayores. Ella vivió con sus padres hasta los 30 años y después cuando quedó sin empleo, pero siempre se preocupó por seguir respetando esas normas. Elizabeth que es la mayor de todos recuerda que las normas de su padre eran muy estrictas y que controlaba en exceso sus salidas, no importaba la hora del día, a la vez que era muy crítico de sus novios o pretendientes. Genoveva me contó sorprendida que su madre le preguntaba o trataba de imponerle horarios de llegada aun cuando ya vivía sola en otra ciudad y estaba por graduarse.

Como señalé, estas pautas de crianza se reforzaron en el colegio. Pedro estudió en un colegio bilingüe no religioso frente al cual recuerda que para su madre era importante que aprendiera inglés, estuviera en un colegio de renombre y aprendiera a ser un caballero. Por su lado, Alexander, Pedro y Genoveva estudiaron en colegios católicos, lo cual era mucho

más común que estudiar en colegio bilingüe. Los padres y madres de ellos tres hacen parte de la generación de esta capa socioeconómica que eligieron colegios católicos, que eran instituciones educativas de prestigio, para que ayudaran a la educación no solo intelectual, sino también moral de sus hijos e hijas. Recordemos a este respecto, como ya mencioné en el capítulo dos, que la iglesia católica mantuvo su poder gracias al concordato y a casi tener el monopolio de la educación hasta entrados los años ochenta.

Como yo también estudié en un colegio de monjas y me sentí identificada con el relato de las y los entrevistados, se me ocurrió que una forma de conocer las enseñanzas sobre sexualidad recibidas en el colegio era preguntar si habían visto la materia de comportamiento y salud que yo tuve.

Genoveva: si, tal cual, lo dictaba una monja [se ríe]

Claudia: la más conocedora

Genoveva: Mi educación sexual fue videos contra el aborto y esas cosas

Luciana no tuvo una materia específica, me dijo que eran talleres relacionados con el desarrollo físico y biológico de una mujer y enfocados a evitar los embarazos. Pedro dijo que no le hablaron mucho de sexualidad, cree recordar que tuvo un par de charlas sobre el tema, pero que “serían tan bobas que ni me acuerdo de qué me hablaron”, “tal vez de los aparatos reproductores y una vez algo sobre los noviazgos”, dijo.

Antes de 1994<sup>15</sup>, para educar sexualmente a las y los estudiantes de secundaria el Estado determinó que se incluyera en el plan de estudios la asignatura de comportamiento y salud, legislación que abarcó un periodo de veinte años desde 1974 a 1994. En esta materia el país mezcló un discurso religioso-moral con uno científico y gubernamental que avaló dicha conjunción. Según Tovar Tello (2001), los textos que se usaban en las aulas se esmeraban en mostrar que se trataba de un discurso científico, de avances tecnológicos y estudios confiables, unido a un discurso cristiano sobre el amor y la vida dada por dios. El punto de vista era sobre todo médico, clases de anatomía mezcladas con moral y psicología en las que la sexualidad, particularmente la reproducción, se enmarcaban en temas como el noviazgo, el matrimonio, los hijos y el amor: la puesta en el escenario educativo de la tríada amor, sexo reproductivo y matrimonio.

---

<sup>15</sup> En 1994, se expidió La Ley general de Educación, que recogió los cambios del cambio de constitución de 1991. En el artículo 14, literal e), ratifica la obligatoriedad de la educación sexual, "impartida en cada caso de acuerdo con las necesidades psíquicas, físicas y afectivas de los educandos según su edad". En el 2003, el gobierno nacional publicó la Política Nacional de Salud Sexual y Reproductiva.



Aunque mis entrevistados no lo mencionaron, la noción central de esta materia fue el llamado desarrollo psicosexual (Tovar Tello, 2001), según el cual el desarrollo normal de una persona respecto a su sexualidad es aceptar que es parte de la naturaleza pero que está ligada al aspecto afectivo, conduciendo de esta manera al deseo. Por eso, el recorrido debe hacerse desde el afecto hacia el sexo, no de otra manera: amistad, noviazgo de cierta duración y sexo, ojalá en el matrimonio (Tovar Tello, 2001; Hincapié y Quintero, 2012).

Esta forma de presentar el desarrollo psicosexual concreta la ideología del encadenamiento entre el amor, el sexo y el matrimonio en un discurso científico; no indagué si para la fecha existían otros discursos científicos sobre la educación sexual y si los colegios y el Estado Colombiano eligieron esta perspectiva entre varias. En todo caso, podemos reconocer que en estos discursos la sexualidad no es un fin en sí mismo sino un medio, con un sentido trascendente que es el amor de pareja heterosexual y la plenitud del desarrollo corporal y emocional de las personas con el matrimonio; en síntesis, el amor conyugal (Hincapié y Quintero, 2012). Desde esta perspectiva el proceso amoroso culmina con un amor sexualizado, un sexo que se da única y exclusivamente en el contexto de una relación de intimidad y que debe hacer crecer dicha relación. En otras palabras, una buena salud sexual psicológica y física requiere necesariamente de la construcción de parejas de larga duración con quienes es lícito tener intimidad orientada al sexo y la reproducción.

Este tipo de enunciados podrían ser refutados por todo el contenido normativo que estilan, pues a pesar del esfuerzo por reivindicar que lo prescrito no es un mandato, sino un bien natural que la conciencia y la autonomía eligen: *formarse* sexualmente con miras al matrimonio, terminan por postular un *afuera* donde es expulsada toda sexualidad no inscrita en el matrimonio (Hincapié y Quintero, 2012)

Aunque la investigación de Hincapié y Quintero se dirige a sostener que los criterios para impartir esa educación sexual mantuvieron la homofobia como un producto de la educación, en el contexto de esta investigación es posible sostener que la soltería se inserta en otro orden, no de lo abyecto sino de lo inconcluso. Las personas solteras serían personas que se quedan en medio del proceso de su normal desarrollo sexual porque este, se cree, culmina con el matrimonio. La soltería sería luego, bajo este esquema de poder, manifestación de un incipiente crecimiento afectivo.

Foucault advirtió acerca de los discursos en los que la conducta sexual es tomada como objeto de análisis por la ciencia y el Estado, un objeto sobre el que hay que decir su verdad (2002: 36). En los recuerdos sobre la educación sexual recibida en el colegio y los análisis encontrados en investigaciones sobre la educación sexual en el país se observa la

concatenación entre la moral católica y el modelo de matrimonio por amor para toda la vida, un discurso de control del Estado sobre la salud y el crecimiento de la población, sumado a un discurso científico centrado en el desarrollo psicosexual. De esta manera, los discursos de la ciencia y el control del Estado sobre las vidas de los ciudadanos se unieron a la moral católica en las instituciones educativas y se alinearon con las creencias religiosas familiares, así como con sus expectativas de brindarles la “mejor” educación intelectual a sus hijos e hijas.

Por otro lado, retomando la referencia que hace Pedro: “Mis amigos juran que yo cada fin de semana tengo sexo”, vemos que esta afirmación pareciera estar en el polo opuesto al control ejercido por las familias y el colegio, pero en realidad proviene del mismo marco interpretativo: la unión entre amor-sexo y matrimonio.

Claudia: ¿el sexo en tu vida, ha sido muy importante?

Alexander: no, no me ha obsesionado

Claudia: no es que mantengas la soltería porque te encanta estar buscando o que te busquen para sexo porque eres soltero.

Alexander: Ojalá me buscaran. Si vamos a ver realmente, yo he tirado [tenido relaciones sexuales] con quienes han sido mis novias, con algunas excepciones, digamos que en general es con las que han sido novias mías y algunas que no, por otras circunstancias. Por ejemplo, con algunas con las que la atracción ha sido gigantesca, pero a mí no me ha interesado tener una relación más allá de eso con ellas. No sé si te acuerdas de una que era hippie, era una atracción gigante, pero yo desde que la conocí ya sabía que yo no iba a ser novio de ella. Con una de Medellín, yo sé y ella sabe que de ahí no vamos a pasar, tanto que ya me echó. Cuando me llaman nunca he sentido que me busquen para eso. De pronto una, pero ella no es totalmente clara. Se me viene a la cabeza una mujer que me utilizaba sexualmente, pero es que... o sea el final de la relación para ella es que yo solo le interesaba para sexo, al final. Hasta que yo le dije que yo quería algo más que sexo.

Claudia: ¿Has tenido más sexo que tus amigos casados?

Alexander: Ellos creen que sí. Que soy infiel. A ver mis amigos casados... yo creo que ellos ya tiran más poquito con las esposas y no tiran con nadie más, de pronto por ahí han sido infieles una vez, pero no es recurrente.

Claudia: ¿Eres infiel?

Alexander: muy pocas veces, es más la fantasía de mis amigos casados, en el fondo creen que a mí mis novias no me importan.

Alexander dice lo mismo que Pedro, que sus amigos creen que tiene mucho sexo, pero también que creen que es infiel. Según lo que manifestaron ellos dos, el imaginario acerca de la sexualidad de los solteros es que son hombres desenfrenados y que tienen relaciones románticas superficiales que no logran trascender. Los deseos, cuerpos, emociones y creencias de los hombres solteros se ponen en entredicho por su estado civil.

Genoveva: yo pienso que ser mujer es más difícil. A mí me afecta, me ha afectado eso mucho por todos los chismes que inventan, porque soy soltera.

Claudia: ¿Qué chismes te han inventado?

Genoveva: pues me han acostado con mucha gente.

Claudia: ¿Tus mismos empleados o tus jefes?

Genoveva: Ah, pues mis jefes a lo mejor, pero no me lo dicen. En cambio... digamos, hay una persona a la que yo le digo, “vaya usted a Bogotá y me hace esto y esto” y los otros entonces dicen: —“claro a él le da eso porque seguramente se la está clavando”—

Alexander y Genoveva no sólo aprendieron acerca de la sexualidad moderada, heterosexual y conyugal como ideal de normalidad psíquica en el colegio, también experimentan constantemente otras formas de conducción hacia este ideal, que como hemos visto están estrechamente relacionadas con las tipologías de género: los imaginarios sociales en forma de dichos y señalamientos. Ambos expusieron que las personas creen que tienen vidas sexuales desenfrenadas indudablemente, sin embargo, la forma en que lo expusieron es completamente diferente.

Cuando Alexander y Pedro me contaron que sus amigos creen que tiene mucho sexo usaron expresiones como “ojalá fuera así”. Ellos no perciben esta representación como desaprobación sino como un chiste o cierta envidia por parte de sus amigos. Por el contrario, Genoveva usó la frase “chismes que inventan” que es lo opuesto al *ojalá fuera así*. Ella tiene la misma percepción de que la gente cree que tiene una vida sexual disoluta, pero esto no es motivo de envidia sino de desaprobación. Este tipo de comentarios sobre su sexualidad ponen en juego su reputación y el respeto que los otros les tienen y por eso generan el efecto de ser una ofensa y una calumnia y, por lo tanto, verse muy afectada por ellos.

Marta Lamas afirma que “el intercambio sexual fuera del matrimonio degrada exclusivamente a las mujeres. Los hombres no corren riesgo de afectar su reputación, pues la virtud de los hombres no se relaciona con su actividad sexual” (2013: 320). Estoy parcialmente de acuerdo con Lamas, pues, aunque la reputación femenina depende completamente de sus actividades sexuales, no es cierto que la de los hombres no tenga nada que ver con esto.

En estas diferencias sobre el tipo de control sobre la sexualidad de los y de las solteras permanentes se observa la distribución de las virtudes en razón del género, pero también los contextos y dimensiones en los que se ponen en juego. En relación con las entrevistas de los más jóvenes, pero también cuando me concentré en la soltería permanente, a los hombres solteros que están interesados en casarse o en tener relaciones de pareja les preocupa que sus parejas o que las mujeres a su alrededor duden de su madurez y capacidad de compromiso que proviene en parte de evidenciar una vida sexual moderada. La reputación de un hombre soltero demuestra que cuenta con la capacidad de “controlar” sus impulsos sexuales y, por ende, su capacidad de ser fiel. Al menos para la capa social de los entrevistados.

Al mismo tiempo, pero fuera del contexto amoroso, un hombre soltero permanente a través de la fama de mujeriego o de tener muchas relaciones sexuales, que no es una virtud, demuestra éxito con las mujeres, potencia sexual y evita cualquier duda respecto de su heterosexualidad. Esto en un entorno de pares puede significar ser envidiado y hasta admirado, no obstante, corre el riesgo de parecer infantil y superficial. La masculinidad hegemónica en las clases media-altas y altas cuenta con otras formas de ser demostrada con riesgos menores para otro tipo de relaciones: el puesto de trabajo, el dinero, el éxito profesional, el atractivo físico. Adicionalmente, a estas otras formas es muy posible que se sumen el ser tachado de ser un hombre atractivo que tiene éxito con las mujeres, sin poner en riesgo que en efecto alguna de ellas pueda considerarlo para una relación profunda de pareja.

El sexo, sobre todo cuando no es reproductivo, ha estado vinculado más al vicio que a la virtud. En el caso de la caracterización que se le dio a la sexualidad masculina bajo el modelo del matrimonio por amor para toda la vida, como de una naturaleza ingobernable, la virtud tiene un campo perfecto para ser demostrada: la disposición de obrar por voluntad y razón sobre la naturaleza, lo que confirma que la masculinidad tiene la potencia de transformar la naturaleza en cultura y civilización. Ya puedo adelantarme a señalar que esto se ha usado también como argumento de distinción de clase.

En otros términos, a través de la representación de la sexualidad del hombre soltero como libertina se mantienen la distancia entre los hombres casados y los solteros, pero la moderación de la sexualidad de los hombres solteros permite sostener la diferencia de clase.

Luciana varias veces habló de que es importante mantener sus deseos y prácticas sexuales de bajo perfil, pues cualquier comportamiento o comentario sexual puede ser usado para insultarla y dudar de su seriedad e idoneidad para el trabajo. Genoveva siente que en Colombia se usa más el insulto y la separación entre “mujeres bien o prepagos<sup>16</sup>” que en Europa. Luciana se quejó de que muchos hombres solo la buscan para tener sexo, y ambas afirmaron que los hombres piensan que siempre quieren sexo o que es fácil tener sexo con ellas porque son solteras y seguro están ávidas de acostarse con alguien. Genoveva se pregunta por qué creen que es fácil tener sexo con ella, si no da pie para que piensen eso;

---

<sup>16</sup> De acuerdo con algunos blogs, como por ejemplo Ailinvip, un sitio de servicios de *escorts* y prepagos, el término prepago se usa en Colombia, Venezuela y Ecuador para referirse a las mujeres que ofrecen servicios sexuales a cambio de dinero. Lo que diferencia a estas mujeres es que no están paradas en una esquina o en un bar, sino que ofrecen sus servicios de formas más discretas, como en páginas web o catálogos de agencias de modelos. En Colombia, también se asocia con que las mujeres “prepagos” son estudiantes que hacen este trabajo para pagar la universidad.

Luciana lo puso en términos de “yo sé cuándo coquetear y cuando no, pero a algunos hombres esto no les importa, se supone que yo siempre quiero”

Si algo destaca persistente y notoriamente en la trama de género de nuestra cultura es que la diferencia se traduce en desigualdad. Este mecanismo de traducción vuelve al género el fundamento y el entramado de la subordinación social de las mujeres. Un hilo central en esta trama es el hecho de que las mujeres son estigmatizadas por su vida sexual. La valoración desigual de algo que debería ser común a ambos sexos —la actividad sexual, gratuita o mercantil— es el andamiaje moral que sostiene la vida social. Con una moral distinta para los hombres y para las mujeres (una doble moral) se clasifica a éstas como decentes o putas. Todas las mujeres están sujetas a esta valoración, que es una forma de violencia simbólica (Lamas: 2013: 313)

Vemos con esto que mantener la reputación para Genoveva y Luciana implica mayores cuidados de los que deben tener Alexander y Pedro porque, de acuerdo con las quejas de ellas, su sexualidad no tiene un punto intermedio; cualquier comportamiento sea sexual o no puede conducir a que las insulten señalándolas de “putas” o “fáciles”. En consecuencia, ellas mantienen una vigilancia constante sobre los chismes, se preocupan por la imagen que proyectan de sí mismas en su trabajo y con los hombres con los que salen, y protegen la información sobre su vida afectiva.

Genoveva: La vez pasada estaba hablando con otra peladita que tiene 26 años, que está también soltera, pero tiene 26 años, es diferente, y entonces me estaba contando lo que la gente decía, y yo le decía a ella “¿sabes que yo no sé si a ti te está comiendo alguien o no? y no me interesa”.

Claudia: O sea, ella te contó que se preguntaban por tu sexualidad.

Genoveva: No. Que ya afirman que soy la amante de fulanito o de zutanito. Entonces los trabajadores son iguales. Una vez hice, al principio cuando era muy amiga de los muchachos, que los trataba, así como igual, cuando me di cuenta que eso era un gran error, yo hacía bromas en doble sentido, y le hice una broma a uno de los pelados y él dijo, que yo me le había insinuado. En mi vida se me había ocurrido siquiera ponerle un dedo a esa persona, pero una broma en doble sentido hizo que hiciera eso.

Claudia: ... ¿Qué pensara, que sí?

Genoveva: Y yo nunca tuve esa intención con él. Entonces yo ya supe que tampoco las bromas podía decirlas.

En el pasado a las mujeres solteras se les señalaba como solteronas y se les imponía un celibato estricto; al desaparecer esta figura se perdió una de las estrategias de vigilancia sobre la sexualidad de las mujeres solteras. Posteriormente, la dimensión sexual se separó aún más del constreñimiento del matrimonio producto de la popularización de los métodos de anticoncepción. Esto no significó liberación de los controles sobre la sexualidad femenina, sino su transformación y una radicalización de las formas simbólicas de control.

La existencia y aceptación de la puesta en ejercicio de la sexualidad de las solteras permanentes plantea un doble problema para la forma en que se organizaron las relaciones

de género y la distinción de clase social en el marco del matrimonio por amor para toda la vida. Bajo este modelo, solo las mujeres casadas de élite podían tener sexo habilitadas por la institución matrimonial, mientras que las solteras debían mantenerse célibes. Eran las mujeres de otras clases sociales las que tenían sexo fuera de la institución matrimonial y sus prácticas se señalaban de ilegítimas. Aún ahora opera esta distinción al señalar el tipo de familia y prácticas de las mujeres de clases populares como propensas al amancebamiento, la promiscuidad, de ser coquetas y vestirse de determinada manera, a tener hijos con diferentes hombres, demostrando inmoralidad. Entonces, si las mujeres solteras de esta capa social tienen relaciones sexuales, ¿qué de su comportamiento sexual las diferencia a ellas de las mujeres de otras clases sociales?

En segundo lugar, si las mujeres de clase media-alta y alta pueden tener sexo sin fines reproductivos, tienen acceso al placer sexual, a la educación y al trabajo remunerado, ¿en qué se diferencian de los hombres de su clase social? Cuestión que se agudiza frente a las mujeres solteras permanentes, puesto que en apariencia no cumplen ningún rol doméstico, lo que intensifica el temor a la igualdad.

Partiendo de esta doble dislocación del modelo es posible proponer una interpretación del cómo está operando el insulto y la fragilidad, en particular de la reputación sexual y de la reputación en general de las mujeres solteras permanentes como mecanismo para mantener las diferencias entre las personas casadas y las solteras, entre los géneros y la distinción de clase.

El insulto y la sospecha sobre la sexualidad de las mujeres solteras es una forma de castigar la rebeldía de no casarse y aun así tener relaciones sexuales. Siguiendo a Lamas, el insulto se dirige a las mujeres que se salen de la norma de la doble moral (decentes o putas), la rebelde, la que se acuesta libremente con quien quiere o la que no acepta una relación (2013: 315). El insulto les recuerda, sin embargo, que es más fácil quedar del lado de ser putas que ser vistas como decentes. De esta manera, se fomenta una idea de prudencia y de moderación, entendida como tener relaciones sexuales con pocos hombres, que estos sean sus novios, coquetear poco y evitar el sexo casual. Límites que a su vez marcan diferencias respecto a los imaginarios de la sexualidad de las mujeres de otras clases sociales: coquetas, se visten llamativamente, tienen sexo con cualquier hombre, son amantes, quedan embarazadas, no son discretas.

Genoveva y Luciana por eso sienten que deben estar atentas a asuntos tales como la forma de vestir, el trato con los demás, lo que se dice, cómo se dice, entre otros aspectos; su comportamiento debe ser “correcto” pues cualquier “error” o “exageración” se leerá en clave

de insinuación o indecencia. Esta posibilidad, a su vez, es reforzada por que el trato que reciben por parte de los hombres de su clase social puede ser producto de la falta de moderación de su parte. Es decir, la trata como una “cualquiera” en el doble sentido de puta y una mujer que no es especial, o no está a su “altura”, no es de su clase social, es decir no se comporta según las expectativas de clase.

Agregado a lo anterior, la presencia de estas mujeres que han roto con la mayoría de las diferencias respecto a los hombres significa un reto a la masculinidad y sus privilegios sociales. Suponer y acercarse a las mujeres solteras como si tuviesen una sexualidad desmedida puede tener el mismo marco de comprensión del binomio puta/decente. Una prueba para que demuestren que son como ellos y que pueden tener sexo sin que implique compromiso, y al tiempo que demuestren que es cierto que no quieren compromiso y que no se trata de “haberse quedado solteras”. Si la segunda hipótesis es la correcta, que no quieren ser solteras, entonces ellos les estarían haciendo un favor, el favor al menos de desearlas sexualmente ya que nadie las quiso como esposas. Para parecerse a los hombres hay que ser putas, en el sentido de poder separar el sexo del compromiso y del amor.

Al quedar del lado de la pasividad, la sexualidad femenina también ha cargado con el significado de la espera (Lahad, 2012). Un estar aguardando que se utiliza como constatación de que el deseo y las cualidades de las mujeres solteras están dirigidos hacia un probable y siempre abierto matrimonio. Cuando ellas se encuentran en la esfera pública de un trabajo remunerado, su derecho a estar ahí se pone a prueba de muchas maneras, una de ellas es que muestre que es idónea para el trabajo profesional y remunerado, el que, por su masculinización, se ha representado como el lugar del uso de la razón y no de la emocionalidad. Si las mujeres solteras permanentes son “realmente” profesionales deben demostrar que no están buscando pareja, ni amantes, ni esposo.

La constante sospecha sobre la decencia y el comportamiento sexual de las mujeres solteras permanentes opera como un recordatorio de que la libertad y los privilegios sexuales son masculinos, y sobre esta libertad y privilegios es que es posible mostrar dos de sus virtudes más preciadas: el control de su naturaleza devoradora sexual y la razón; con la primera acceden al mundo de la vida privada y con la segunda mantienen el dominio sobre la esfera pública.

Es así como el insulto resulta efectivo para las mujeres en tanto sanciona la soltería y crea nuevas restricciones; recuerda que el mundo sexual y laboral es de los hombres y que el ingreso a ellos tiene consecuencias y obstáculos para las mujeres. Como la sexualidad de las mujeres solteras no se dirige hacia un hombre particular ni hacia la reproducción, y

tampoco se les puede exigir celibato pues la mayoría tienen independencia económica, el rechazo de la sexualidad de las solteras se manifiesta presentándola como una sexualidad masculinizada, inmoral o frustrada. Representaciones que se dirigen hacia la reproducción de los privilegios sexuales masculinos, de clase y del matrimonio. En consecuencia, los controles sobre la sexualidad de las personas solteras son otra forma de entender los mecanismos tendientes a mantener el sistema capitalista y sus binomios producción-reproducción, público-privado, racional-emocional.

No obstante, estos controles se hacen frente a una sexualidad que, si tenemos en cuenta la historia narrada desde finales del siglo XIX, representa también una sexualidad femenina alternativa de las mujeres solteras; una sexualidad con múltiples significados, con frecuencia, contradictorios (Rodríguez y Pérez, 2014). A pesar de la ansiedad que puede provocar encontrar la exigencia de “moderación”, para las entrevistadas es un hecho que ejercen su sexualidad libremente, en cierto modo, porque lo asumen como parte de su vida, reconociendo que no es condición necesaria que el sexo y el amor vayan juntos, y porque tienen control sobre sus decisiones, incluyendo la anticoncepción. Llama la atención que en las entrevistas ellas no se refirieran a si desean o desearon tener hijos o hijas, aunque sí a que llevan usando métodos anticonceptivos, tanto para cuidarse de enfermedades de transmisión sexual como para evitar embarazos. Tal vez esto lo que muestra es que indagar por su vida sexual para ellas no está relacionado directamente con la procreación.

En el caso de los solteros, ellos sí hicieron referencia a haber decidido no tener descendencia y ser esta una razón por la que algunas mujeres no intentan relaciones más serias con ellos. Alexander mencionó que no entiende por qué no se ha hecho la vasectomía, dando una explicación posible a que las mujeres suelen ser las que se preocupan por la anticoncepción, lo que ha hecho que él posponga esta intención, como lo corrobora lo dicho por Luciana y Genoveva. Aunque ellos no se refirieron a la unión entre sexo y amor, Pedro lo puso en términos de “yo no prefiero” el sexo por el sexo. En el siguiente apartado, expongo la importancia y limitaciones que enfrentan los varones solteros para ingresar plenamente en la esfera del amor.

## 5.2 AMOR SOLTERO

Genoveva y Luciana hacen maniobras para lograr el equilibrio entre tener una vida sexual satisfactoria sin que esto signifique quedar expuestas a sufrir ofensas y poner en juego



el respeto que han alcanzado. El colegio, la familia, los pares varones, entre otros crean la ilusión de que depende de ellas que su intimidad y vida privada no sean de dominio público.

El desenfreno sexual atribuido a los hombres solteros parece no tener mayores consecuencias, no obstante, si las tiene. A pesar de que este tipo de estereotipo puede elevar su prestigio masculino basado principalmente en el éxito que tienen entre las mujeres, si retomamos lo dicho por Alexander y Pedro, se observa que ellos no se esfuerzan por lograr que su fama sea verdadera. La razón es que, en el caso de los solteros, corroborar una fama de mujeriegos y libertinos profundiza las dudas acerca de su carácter y de su capacidad de comprometerse en una relación amorosa, por lo tanto, es en la dimensión emocional donde parece que la masculinidad es puesta a prueba. Pedro empezó a estudiar derecho, pero luego se pasó a diseño. En este contexto, hablando de sus relaciones amorosas una vez me dijo:

Pedro: esa claridad que tuve de saber cuál era mi carrera la tuve sobre los hijos, nunca quise tener hijos y he sido claro con las mujeres que salgo, no quiero hijos, les digo.

Claudia: ¿crees que eso ha hecho que se alejen de ti?

Pedro: no tanto así... creo que solo una de mis novias, cuando tenía 35 años, ella creía que yo iba a cambiar de opinión. Pero las otras no, no sé, tal vez atraigo a las que tampoco quieren hijos. Yo no creo que sea por eso que se hayan acabado mis relaciones.

Claudia: ¿eso te preocupa?

Pedro: creo que a mis amigas les preocupa [ríe], o les preocupaba, y a mí no. Pero ahora pienso que me gustaría salir con alguien, pero sin tanto peso, creo que ya con la edad que tengo podría encontrar a alguien que sienta lo mismo, querer una relación seria, pero diferente, nada de matrimonio ni que se le parezca. Sin vivir juntos, no compartir mi espacio, ni tener que vernos todos los días y no unir las economías y todo ese paquete tan complicado. Ahora que me preguntas tal vez eso las ha espantado, a veces no me entienden y creen que eso es que yo no quiero algo serio y que solo es como de despache [pasar un rato]

Pedro se ha sentido rechazado o criticado, según él porque lo juzgan como alguien incapaz de comprometerse en una relación sentimental. Dos de sus relaciones duraron más de cinco años, y uno de sus mejores amigos me dijo que Pedro era un novio atento y detallista. En otra entrevista le volví a preguntar por su vida sexual, después de burlarse diciéndome que eso era lo único que me interesaba de los solteros, señaló:

Pedro: no en serio, me gusta el sexo, sí, pero nunca es un problema o que yo sea un insaciable, ni siquiera en mi adolescencia. Mira, ahora a veces hasta pereza me da, como que me toca hacer muchas vueltas y no siempre funciona bien eso del sexo primero y ya, y luego intentar salir otra vez. Es como que me toca fingir que no quiero tanto tener sexo porque creen que solo quiero eso. No sé, a veces es o cada vez es más complicado. Ser soltero a mi edad, aunque no lo creas puede ser un problema no es solo “uy que chévere que hace lo que se le da la gana”

Alexander y Pedro no luchan por demostrar que su sexualidad es desmesurada pues les preocupa ser tildados de poco confiables. Aunque su sexualidad o los chismes sobre ellos

no representan ningún problema ni insulto, dejar que los encasillen en este estereotipo sí les trae problemas para demostrar que pueden armar relaciones sólidas de pareja. Así que por sus relatos infiero que les preocupa que las mujeres con las que empiezan a entablar una relación crean que ellos encajan en este tipo de estereotipos. Situación diferente a la de las mujeres solteras, porque como ya describí, ellas luchan permanentemente porque su sexualidad no sea tema de conversación, ni motivo para malentendidos, así como para jamás llegar a ser insultadas con el término de putas. Ellas se preocupan por la cercanía física, por la manera en la que se visten, por los chistes que hacen; ellos se preocupan porque estas actitudes no impidan su acercamiento afectivo.

No discuto que esto tenga relación con las restricciones sobre la sexualidad femenina, es decir, no es tan sencillo encontrar mujeres distintas con quien acostarse cada noche sin ningún tipo de vínculo o promesa de vínculo, pues sobre la sexualidad femenina se imponen estrictos controles. Sin embargo, lo que quiero resaltar acá es que a ellos les preocupa ser encasillados como hombres superficiales que solo desean sexo, pues esto es motivo de desconfianza para las mujeres con quienes podrían construir una relación amorosa trascendental. La moral que pesa para la conducta de las mujeres también condiciona la de los varones, pero como voy a argumentar, en el caso de los solteros la dimensión problemática no es la sexual sino la afectiva.

Ellos sienten que las mujeres con las que han salido los acusan de inestables, de no estar completa y seriamente interesados en la relación, sino demasiado centrados en ellos mismos. Pedro me contó que una ex novia lo acusó de egoísta y de no interesarse realmente en los demás, ni siquiera en su familia. Yo le dije que le había dicho frívolo, y me miró sorprendido, tanto que buscó en su celular la definición,

Pedro: Eso suena tenaz.

Claudia: Pero estas de acuerdo conmigo en que te dijo frívolo

Pedro: Pues digamos que no, yo nunca me he sentido frívolo, y pues según la definición es que solo me interesa divertirme y que me desintereso cuando me aburro y que la relación no me parecía lo suficientemente importante. Entonces, sí me gusta que me gusten las cosas, pero no es cierto que no me preocupo por mi familia y por mis amigas y esa relación sí me parecía importante. Entonces no estoy del todo de acuerdo en que me haya dicho frívolo, es lo mismo que ya habíamos hablado, es que quería que estuviera todo el tiempo pendiente de ella. ¿crees que lo soy?

Claudia: No, yo creo que te preocupabas sobre todo de tu mamá, y te he visto en relaciones largas y enamorado. Tal vez es diferente egoísta a frívolo en el sentido de que el egoísmo del egoísta no siempre es por querer divertirse.

Pedro: Pues a mí me importa vivir haciendo lo que me gusta y soy egoísta en el sentido de que mi trabajo, mi apartamento e ir al gimnasio son muy importantes, me parece que, aunque tenga una novia debería poder seguir haciéndolo como siempre.

En la interpretación de Pedro hay una contradicción. Afirma que se cuida de no ser tildado de mujeriego para demostrar que es un hombre capaz de comprometerse, pero según él, algunas de las mujeres con las que ha tenido relaciones amorosas igual lo tildan de no estar completamente interesado en la relación ¿quiere decir esto que la estrategia de Pedro no sirve?, ¿que no importaría si fuera infiel o mujeriego, igual lo van a seguir tildando de desinteresado?

Pedro sabe que debe cuidar su reputación sexual para no parecer un hombre que solo quiere sexo, y sabe que cuando se enamora la fidelidad es fundamental, pero también que debe cambiar su cotidianidad y volcarse hacia la mujer con la que empieza a salir. Al parecer, la primera exigencia no le parece difícil de cumplir, pero la segunda sí. Esto es similar a la percepción que tiene Alexander de sus noviazgos.

Alexander: Sí, hay que hacer negociaciones, pero como yo soy, he sido tan solo, y tan independiente, entonces, probablemente yo no entiendo el concepto de negociación, y entonces no negocio y entonces por eso me echan

Claudia: Puede ser...

Alexander: O no concedo, soy muy egoísta ¿sí?

Claudia: ¿Te lo han dicho?

Alexander: Claro [Risas] Siempre que me echan es el mismo discurso

Claudia: ¿No es una interpretación de tus terminadas?

Alexander: No, me han dicho que soy egoísta, que solo pienso en mis cosas, que yo tengo un montón de cosas mucho más importantes que ella. Cuando empiezan a pasar mucho tiempo en mi apartamento me desespero. Una vez una novia cambió unas cosas de lugar y casi la mato.

Alexander, Pedro y René han priorizado su trabajo o vocación, en palabras de Alexander, pero nunca han dejado de intentar tener relaciones de pareja satisfactorias. No obstante, se sienten acusados y decepcionados, pues no ha sido posible construir relaciones serias debido en parte a que sus novias les exigen que ellas sean la prioridad.

Él no quiere casarse y sus novias sí, afirma Pedro. Dice que para las mujeres con las que ha salido, si él estuviera realmente enamorado esto debería significar cambiar su cotidianidad en función de que sea evidente que quiere estar con ella el mayor tiempo posible. Si este deseo permanece y crece, lo que se espera es que finalmente él desee vivir con ella. Retomemos lo que dijo Pedro “me gustaría salir con alguien, una relación seria, pero como diferente, sin todo ese paquete tan complicado... creen que yo no quiero algo serio y que solo es como de desparche [para pasar el rato]”, él percibe que lo que pasa es que intenta relaciones inviables porque su enamoramiento no se traduce en un deseo de estar todo el tiempo con la otra persona, ni en deseos de convivencia, o de tener hijos y una

economía compartida, ni en pasar el tiempo “libre” siempre en pareja. Es decir, “el paquete complicado” es el modelo de matrimonio católico por amor para toda la vida.

A lo que se han tenido que exponer Pedro y las mujeres con las que ha salido es que el modelo de matrimonio por amor para toda la vida señala un camino a seguir además de una serie de comportamientos que se aceptan, como bien lo dijo Pedro “como un paquete completo”. Al separarse las dimensiones, el camino a seguir se torna incierto, así como los significados atribuidos al amor, a la idea de casarse, a lo que representa un compromiso y a los roles, la responsabilidad del espacio privado y la responsabilidad económica. En otras palabras, cómo y con qué tipo de acciones se demuestra el amor, los sentimientos “profundos” y el compromiso afectivo.

Esta contradicción permite entender que, aunque se han estado separando las dimensiones que se habían articulado al modelo de matrimonio por amor para toda la vida, estas mismas cargan en muchos sentidos con los significados del modelo que, entre otras cosas, mantienen parte de los vínculos entre ellas; por ejemplo, la convivencia y el amor. Sin embargo, más allá de esto hay un núcleo que complica la separación de las esferas y el entendimiento de sus múltiples y posibles significados en una relación de pareja: la fundación de la idea de complementariedad e interdependencia, en razón de los roles diferenciados entre el varón/esposo y la mujer/esposa.

Si ninguna de las personas entrevistadas desea que su relación de pareja signifique división del trabajo, dependencia económica, separación de roles reproducción-producción, dualidad sumisión-dominación, ¿por qué asumen que si se vive en pareja se reproducirá este tipo de relación? La respuesta es que el matrimonio por amor para toda la vida ha influido profundamente en los modelos hegemónicos de deseo y comportamiento masculino y femenino.

En efecto hay una diferencia entre la reacción de Pedro y Luciana frente a los reclamos de sus parejas de que ellos no les dedican tiempo y que son obsesivos con el trabajo. Pedro no está dispuesto a cambiar sus rutinas, para él es una pérdida de su autonomía pues lo percibe como un tener que cambiar las decisiones que ha tomado; es similar a Alexander que no está dispuesto a negociar lo que él entiende como su independencia. Por su parte, Luciana lo interpreta como una forma de control que sus parejas intentan ejercer sobre ella. Alexander y Pedro ya han elegido y no quieren ser condicionados, Luciana siente que es una coerción que le impide indagar acerca de lo que quiere, pues sus parejas suponen que lo que ella quiere es tener pareja y cumplir con los roles de novia dedicada. Ambas posturas hacen parte del mismo binarismo: Pedro

no quiere obedecer, necesitar o someterse, y Luciana no quiere ser vigilada y dominada; él no está dispuesto a dejar la posición de dominio, pero tampoco quiere “gobernar”, y ella sabe los riesgos permanentes y velados de la subordinación.

Luciana: Me gusta pasar el tiempo con él, pero tampoco sentirme muy monopolizada. Yo misma digo como "uy no, ya qué intensidad".

Claudia: ¿Y a él no le parece?

Luciana: No, a él no le parece, y esa es una cosa muy rara porque yo lo que siento de él es que él no está pensando cuántas veces nos hemos visto. Es como que pensara que yo debería tener siempre ganas de verlo. En cambio, yo sí lo pienso "pero ya nos hemos visto dos veces, ¡ya, suficiente!" Él es tan capaz que puede decir "veámonos de 8 de la mañana a 11 de la mañana y ahorita en la tarde nos vemos otra vez". En cambio, para mí eso es como "¿pero por qué si ya nos vimos?!" [risas].

Claudia: "¿Por qué quiere verme otra vez?!"

Luciana: "¿Por qué vamos a volver a vernos?!". Él hace cosas, yo sé que él hace muchas cosas, pero creo que para él el tiempo en pareja sí es como lo que más disfruta. Yo pensé que él era más estilo hombre soltero, pero le interesa un noviazgo más tradicional, como una convivencia, como que las cosas se hacen con la pareja, uno está allá todo el tiempo, derretida por él. Pero no sé, a veces también siento que quiere saber qué estoy haciendo y que le cuente todo, es raro. Y yo pues estoy haciendo mis cosas y yo no sé si quiero una relación tan intensa.

Desde esta perspectiva, el ideal de complementariedad pervive, de acuerdo con Pedro y Luciana, sobre lo que sus parejas esperan de ellos. En apariencia, el enamoramiento se entiende de la misma manera: como deseo desmedido por un otro, por su tiempo, su cuerpo, sus sentimientos y pensamientos. En esta creencia y definición no solo perviven los ideales del amor romántico, que explica que lo opuesto al exceso se traduzca como desinterés, sino también los del amor conyugal. Basado en el complemento entre los sexos, este ideal hace que el exceso sea pedido con connotaciones diferentes para los varones, que den voluntariamente, y para las mujeres, que dejen salir su amor natural. En efecto, a las solteras se les pide entregarse al amor y a los solteros darlo; a ambos que esto se haga y se demuestre de forma exclusiva y grandilocuente.

Como ellos y ellas también hacen parte de esta matriz, que no estén dispuestos a hacerlo no quiere decir que a veces no esperen estos comportamientos de sus parejas. Tal vez la noción de escisión vital, propuesta por Marcela Lagarde (2006), sirva para comprender esta ambigüedad, aunque ella solo se refiere a las mujeres. Para esta autora, las mujeres nos sentimos partidas internamente entre lo tradicional y lo moderno, en tanto esperamos y esperan que respondamos a deberes tradicionales y modernos.

Ya he dicho que el modelo por amor para toda la vida funciona como matriz para evaluar el amor y el compromiso, pero de acuerdo con esto, también es el monstruo contra

el que hay que pelear, por representar unas exigencias que ninguna de las dos partes quiere asumir, pero que permanecen en el núcleo de los deseos y modelos a seguir. Esta idea de complementariedad que determinó que el mundo de la sensibilidad y del hogar era responsabilidad de las esposas, y que el mundo de lo económico y lo público era responsabilidad de los esposos, también se observa en el malestar que Alexander y Pedro exponen respecto a su espacio privado y el cuidado del mismo. En casi todas las sesiones Alexander y Pedro mencionaron sus apartamentos, describiéndolo como un lugar en el que les gusta estar solos, a la vez como un proyecto que han ido armando a su gusto y que los hace sentir cómodos, en conclusión, que es su hogar.

Sin embargo, ambos refirieron que a veces es un problema. Pedro intenta viajar al menos una vez al año y ha armado un grupo de amigos y amigas con los que suele salir a pasear en Colombia, me contó que se burlan de él cuando compra cosas para el apartamento, pues le dicen que lo cuida más que a sí mismo e incluso que parece gay, debido a su interés por la decoración y por la forma como lo mantiene arreglado. En una ocasión su mamá le dijo que cuando se casara iba a tener que dejar que fuera la esposa la que se encargara del apartamento. Alexander no enfrenta estas burlas, pero nota que cuando una novia pasa mucho tiempo en el apartamento se desespera y se aburre; además no le gusta que intenten ayudarlo a arreglarlo o a decorarlo porque ellas crean que es demasiado sencillo. También le dicen que es muy pequeño y le preguntan si no ha pensado en cambiarse a uno más grande, y esas preguntas le molestan porque siente que desaprovechan o quieren cambiar la forma como vive.

Alexander: Vivo como un monje, mis gastos son muy bajitos porque me gusta vivir así como estás viendo. No necesito nada más, no es por tacaño o dejado. A veces digo ¿Será que yo debería irme para un apartamento más grande? Y después digo, pero y para qué si yo aquí me siento bien. No necesito una cosa más grande ¿sí? tengo pocas cosas porque me gusta así, en la medida en que he pedido ayuda con mis plantas, pues he comprado más y así viajo tranquilo. Mira que interesante, no solo me gusta llegar y sentarme en mi silla mecedora, tranquilo, saber que este lugar es mío, lo armé para mí. Lo arreglo para mí. Vivo muy bueno solo, un espacio más grande con más cosas no lo necesito, ni lo quiero.

La existencia y aceptación de la puesta en ejercicio de la emocionalidad de los solteros permanentes plantea un problema para la forma en que se organizaron las relaciones de género y la distinción de clase social en el marco del matrimonio por amor para toda la vida. Bajo este modelo, solo los hombres casados de élite podían demostrar amor habilitados por la institución matrimonial, los solteros se señalaban de amargados o gais; eran los hombres de otras clases sociales los que no podrían casarse legalmente y armaban relaciones ilegítimas demostrando así que no contaban con el carácter, ni el dinero, ni la posición social

necesarias para construir una familia en la que los sentimientos y la moral fueran el eje de su unidad, entonces ¿Qué distingue a un hombre soltero que se enamora y construye relaciones de pareja de un hombre casado y de otra clase social?

Si los hombres de clase media-alta y alta pueden enamorarse y acceder al mundo de las emociones y de los cuidados, tienen acceso al amor, a cuidar de un apartamento, a cuidar de sus padres y madres, ¿en qué se diferencian de las mujeres de su clase social? Esto agudiza el temor a no necesitar de las mujeres excepto para tener sexo con ellas, no obstante, ya mencioné que para acceder a una relación profunda es preferible no tener fama de mujeriego, que, entre otras cosas, tiene el riesgo de ser, bajo ciertos signos, relacionada con hombres de clases populares. Se demanda que los varones de las clases altas no tengan una sexualidad escandalosa o al menos que sean prudentes y disimulados.

Partiendo de esta doble dislocación del modelo es posible proponer una interpretación de cómo está operando el mecanismo para mantener las diferencias de estado civil, de género y de clase, sin perder determinados rasgos con los que pueden mantener sus privilegios y pertenencia. En primer lugar, se activan una serie de estrategias para limitar que los hombres solteros permanentes construyan relaciones amorosas alternativas al matrimonio por amor para toda la vida y compitan en mejores términos frente al estado civil de casados. Si el amor no se dirige hacia la protección de una mujer se cree que solo queda pensar que se dirige hacia ellos mismos. Si realmente son solteros deben demostrar que no quieren mantener a nadie, ni su felicidad esta mediada por la de nadie; se construye una suerte de significado del “verdadero soltero”. Esta verdad sobre el soltero implica entonces vivir solo, casi aislado, sin depender de nadie, ni enamorarse, ni sostener a nadie.

A diferencia de la moderación que deben mostrar respecto a su sexualidad en la esfera emocional, los varones solteros permanentes no pueden recurrir a un término medio, pues culturalmente se ha establecido que el amor es desbordamiento y como tal, debe significar deseo de convivencia, que todas las actividades se dirigen a mantener a la mujer que se ama, trabajar para una familia, cuidar de otros, gobernar a otros y que sea para siempre. Por eso a los varones solteros permanentes se les califica de insensibles, mientras que los hombres casados son los que se han enamorado verdaderamente y con el matrimonio muestran sus emociones. No es casualidad que estos sean los parámetros establecidos para el matrimonio católico por amor para toda la vida. Si no se ama así, las otras formas de relación se entienden como superficiales, de tal manera que cualquier mujer siente desconfianza de establecer una relación diferente con ellos. Si la máxima ha sido que no se puede confiar en los hombres, con mayor razón hay que hacerlo si es soltero permanente.

Esta caracterización los distingue de los hombres casados como algo negativo, pero les otorga unos rasgos concordantes con la masculinidad hegemónica, aunque por exceso: insensibles.

En segundo lugar, aunque la responsabilidad del espacio privado, el gusto o capacidad para administrar y organizar un hogar o un espacio sigue estando asociado a lo femenino, que los solteros muestren autonomía en cuanto a su capacidad y deseo de cuidar de sus hogares no los asemeja a las mujeres. En el caso de ellos, este interés, gusto y cuidado se explica aludiendo a que están mostrando su lado racional; por ejemplo, tener que ser tacaño para ahorrar o desinterés si el espacio es muy sencillo. Las razones de este cuidado o que sepan cómo hacerlo no pueden ser estéticas, cualquier signo de que se trata de esto puede significar que son homosexuales, demasiado egoístas o materialistas. Si se logra una explicación que explota el rasgo racional atribuido a lo masculino, pasa lo mismo que en el primer caso, se trata de un desbalance por exceso: demasiado racionales, prácticos o consumistas, pero dentro de las posibilidades de la masculinidad. Sin embargo, ser tildados de gais se constituye en una alarma de exclusión y opera de forma similar al insulto de putas para las mujeres. Es recordatorio de que un hombre no puede estar al frente de los cuidados y deberes domésticos sin ser sancionado.

En tercer lugar, como supuestamente los solteros no tienen responsabilidades, el exceso de interés y tiempo por su trabajo se castiga como ya mencioné por sus parejas o sus familias al ser llamados egocéntrico y obsesivos con el éxito profesional y económico. No obstante, este exceso claramente es una marca de clase para diferenciarse de los hombres de otras clases sociales, aunque los ubica con mayor razón del lado del supuesto egocentrismo y de la codicia. Este imaginario y exigencia sobre los hombres solteros permanentes les permite mantener parte de los signos de masculinidad hegemónica y de clase social, y evitar una exclusión o sanción mayor a la ya referida frente al ámbito de lo emocional.

A pesar de que los solteros permanentes representan un reto para la masculinidad de su capa social, a través de las restricciones y señalamientos se les recuerda que no está bien ser solteros y que deben enfrentar dificultades e incertidumbres. Son representaciones que se dirigen hacia la reproducción de los privilegios económicos, los privilegios de clase y los privilegios del matrimonio en cuya cima están los hombres heterosexuales casados profesionales y pertenecientes a capas sociales altas.

Eva Illouz menciona el miedo al compromiso de los hombres, y dice que la pregunta al respecto es qué clase de relaciones sociales posibilitan y fomentan el miedo al compromiso y cuáles son los marcos culturales que hacen de él una conducta significativa, legítima y



placentera (2012: 100); ella responde que es la nueva libertad sexual y la reorganización de las marcas del estatus de masculinidad. Yo agregaría que en el caso de los solteros entrevistados, también interfieren las restricciones a través de las cuales se regulan los comportamientos para reproducir privilegios y mantener desigualdades.

### 5.3 TENER TIEMPO DE SOBRA

Esta perspectiva de ver la soltería como exceso o carencia también permea las relaciones familiares. En algunas ocasiones las y los entrevistados se quejaron de que sus familias consideraban que tenían tiempo de sobra y que por eso se debería poder contar incondicionalmente con ellos y ellas, lo cual se agudiza si las familias perciben que su trabajo no es muy exigente o están desempleados. René me contó que se siente especialmente presionado por su madre, quien espera más cercanía y atención de su parte.

Esta disponibilidad también se proyecta a futuro. Genoveva expresó que se sienten invadidas e irrespetadas en sus vidas privadas cuando las personas a su alrededor les demandan o tienen la expectativa de que ellas cuiden a sus padres cuando estos estén viejos. René y Pedro, a diferencia de ellas, no lo sienten como una presión sino como una intromisión. Se invierte así lo que identifiqué en la esfera laboral: respecto a la vida familiar son ellos los que sienten que la demanda de atención es una imposición, mientras ellas sienten que ya están pendientes y que no les cuesta tanto. Lo que no quieren es que cuenten con ellas como si no tuvieran proyectos u otras responsabilidades.

Nuevamente, aparece la representación de los roles femeninos y masculinos para evaluar las demandas y para decidir acciones a seguir, unida a la representación de la disponibilidad de las personas solteras. Solo que en el caso de la familia son ellos los que sienten que no cuentan con las cualidades y disposiciones para responder a las demandas afectivas y de compañía, mientras ellas no sólo sienten que ya lo han venido haciendo, sino que además han podido contribuir económicamente a la casa de sus madres y padres. Genoveva estaba molesta porque una vez que su papá y su mamá fueron a visitarla y su padre le dijo que se sentía tranquilo porque si él faltaba sabía que ella se iría a vivir con la mamá.

Genoveva: yo si le dije a mi papá, que no planearan mi vida, por qué no pensó que mi hermana divorciada podría ser la encargada, mis sobrinos ya son independientes, entonces claro que dijeron la hija soltera. Y no es que yo no esté pendiente, siempre lo he estado, pero cada quien debe planear y proyectar su vida hacia el futuro, o sea ellos, ellos deben organizar su futuro. Claro contarán conmigo como siempre.

Es muy importante el cuestionamiento de Genoveva, ¿por qué su papá y su mamá no piensan en su hermana divorciada? se pregunta. Lo mismo pasa con Luciana, ¿por qué Luciana no piensa en compartir la responsabilidad futura con su hermana casada? El matrimonio, en este caso cualquier modelo, o las relaciones de pareja “serias” guían a las personas respecto a qué tanto se pueden entrometer y esperar de sus parientes, así como las obligaciones para con los padres y las madres, y posiblemente con otros parientes. Una persona casada o con pareja estable se entiende como que tiene una vida privada y su responsabilidad y tiempo es para su pareja y sus hijos o hijas. Una persona divorciada sin hijos, ya hizo su vida y por eso tiene vida privada. Una persona soltera o que se declara soltera, aunque viva con alguien, parece que quedara atrapada o cobijada por su rol de hijo o hija y tuviera que, en consecuencia, asumir la responsabilidad del cuidado de sus padres. Emerge nuevamente el significado de que el matrimonio es el indicador de que ya no se es hijo dependiente y se convierte en un adulto independiente, así como de que se tiene una nueva responsabilidad manifestada en una familia propia.

Lo que se manifiesta es que la vida privada sigue profundamente atada a la construcción de una familia propia vinculada al matrimonio, así como al tiempo y al espacio dedicados a esta. En este orden de ideas, a las personas solteras se les exige certificar su vida privada a través de vínculos sentimentales que se asemejen al esperado en el matrimonio: tener una pareja y demostrar que esta se ha constituido en el centro de su vida, tanto como para dejar de percibirse como persona soltera. Bajo este panorama es que suele afirmarse que fuera del trabajo, los y las solteras no tienen una vida, una vida propia y privada. Es decir que eso llamado esfera privada es una forma de denominar a un tipo específico de relaciones de parentesco. Frente a esto son muy útiles las críticas feministas a dar por hecho o como natural la existencia de las esferas separadas de lo público y lo privado (Strathern, 1984).

Ya mencioné que para Alexander, Genoveva, Luciana y Pedro no es sencillo diferenciar su trabajo de otras actividades y mucho menos diferenciarlas como su vida privada, separación que tampoco es sencilla para sus familiares. Frente a la división entre trabajo y familia, si una persona soltera no está trabajando ¿cuál debe ser su siguiente responsabilidad? La respuesta es que si no existe familia nuclear su responsabilidad debería ser la familia extensa, empezando por las madres y los padres.

De acuerdo con lo narrado por las personas solteras, ellas sienten que la expectativa de sus familias es que el lazo entre padres/madres e hijos/hijas sea la relación que se mantiene de por vida, mientras todas las demás pueden ser efímeras, excepto si ya se tienen hijos (as)

propios. Sin embargo, este lazo también adquiere sentidos diferentes en razón del género y del estado civil. Buen ejemplo de ello es Alexander que nunca se sintió presionado por ningún miembro de su familia para estar más presente y dar más afecto. Él, durante años, les ayudó a sus padres económicamente e iba a visitarlos cuando podía. Nunca ha sentido que lo juzguen por esto, de hecho, según me dijo, su madre le decía que no se casara, que hiciera su vida y que se concentrara en su trabajo. Él con orgullo afirma que es desprendido y no ha sentido que esto haya significado menos amor hacia su familia. Mientras que Genoveva, quien también se reconoce como desprendida, se siente juzgada por cuidar su vida privada y su autonomía frente a sus padres.

Vemos con esto que las expectativas de que los hijos (as) solteros asuman la responsabilidad de los cuidados y acompañamiento de los padres y madres cuando estos envejecen tiene un nivel mayor de exigencia para las mujeres; incluso en dinero, pues si ellas trabajan se les pide cuidados en ambas dimensiones. Pedro me contó que su mamá durante su enfermedad le decía que él era muy bueno cuidándola, ayudándolos económicamente y que parecía una hija por la forma como la cuidaba. Así que se entiende que Genoveva se sienta más presionada que ellos.

A pesar de esto, Alexander, Genoveva, Pedro y Luciana tratan de equilibrar su trabajo y su vida privada, lo que incluye separarla de la vida de sus padres. Esto indica una contradicción en términos de que se espera que la familia extensa sea la vida privada, entonces ¿cómo tener vida privada por fuera de la vida privada esperada?, ¿Cómo justificar la misma exigencia para todos los hijos e hijas sin que parezcan personas egoístas o desconsideradas?

Como alcancé a perfilar, ellos y ellas empiezan a tener que defender que su soltería es un proyecto de vida legítimo para, de esta manera, demostrar que sí tienen vida privada. Por supuesto, el trabajo es el espacio privilegiado para obtener este reconocimiento, que los pone en otra ambigüedad pues, aunque este no hace parte de la vida privada, no existe dicotomía entre trabajo y el hogar. Además, ellos sí tienen un hogar que deben limpiar, mantener y también deben cuidar de sí mismos, justamente, muchas veces sienten agobio porque se exigen demasiado en sus trabajos y sienten que descuidan la formación de un hogar y de una vida fuera de estos.

Por otro lado, también se preocupan por lograr un equilibrio entre su trabajo y su tiempo libre: recordemos que Genoveva intenta tener horarios para ir al gimnasio, Elizabeth y René por obligarse a darse vacaciones una vez al año, Luciana por poder ir a visitar a su hermana y Pedro por leer un libro por mes. En este mismo sentido se refirieron a lo

importante que ha sido para ellos y ellas tener una afición pues han visto que sus familiares y algunas de sus parejas están dispuestas a respetarles algunas de estas pasiones como espacios privados. Esta afición es una vía para construir lazos de amistad, además es una forma de afianzar su sentido del autoconocimiento y de seguir sus gustos. Elizabeth, René, Luciana y Pedro en varias ocasiones me transmitieron su deseo de fortalecer sus redes y lazos de amistad; sienten que deberían dedicarle más tiempo al cultivo de relaciones satisfactorias con sus amigos y amigas.

Sin embargo, las aficiones y amistades, incluso el trabajo, no tienen la misma valoración que la pareja o los hijos, aunque en ambos casos se desestimula hacer cosas para sí mismo. En todo caso, todas las actividades son tendientes a la responsabilidad; es un sistema en el cual la delegación de responsabilidades materiales, morales y de cuidado recae especialmente sobre los individuos y cualquier modificación tensiona el equilibrio. El Estado y el trabajo deberían garantizar los cuidados y la manutención, cuando esto falla, las familias deben responder, pero lo hacen, en efecto, desde la carga que representan los miembros de la familia. En Colombia una pareja esposo-esposa con hijos/hijas debe responder por la salud, la educación, la alimentación, la vivienda, el ocio, etc. Si los padres no cuentan con los recursos serán una enorme carga económica para los hijos o hijas casadas, así surge la búsqueda de otros familiares que se cree tienen menos responsabilidades en tiempo y dinero. De esta manera, frente a un ámbito público débil y sin recursos, el derecho al ámbito de lo privado se reduce.

Es como entrar en una competencia por demostrar quién está más ocupado y tiene más responsabilidades, pero bajo un único esquema de escasez para enfrentar grandes riesgos y dificultades familiares (Beck, 1998). Por supuesto, esto tiene enormes efectos sobre las personas que se casan, quienes deben asumir grandes volúmenes de carga y obligaciones pues sus allegados no se inmiscuyen al tratarse de la vida privada de una familia. Así mismo, trae consecuencias para las personas solteras permanentes pues las responsabilidades del hogar nunca competirán con las de las personas con hijos.

Esto explica que muchas veces en los relatos de Genoveva, Pedro, Luciana y René mencionen que se sienten solos o les señalen una preocupación por su soledad por lo que ella implica en la vejez. Pese a esto, en los relatos también se encuentra que las personas solteras se refieran a otros vínculos sociales que les traen bienestar, soporte y felicidad, como sus amigos, amigas y familiares. En este sentido, puedo señalar que la soltería nos permite ir más allá de los vínculos amorosos e indagar acerca de otros vínculos, es posible colocar sin temor a las relaciones amorosas en el mismo nivel de contingencia,

imperfección y fragilidad de las otras formas de relación interpersonal y los impedimentos sociales y culturales para fortalecerlas; frente a lo cual es preciso desvelar y preguntarse por las dinámicas que hacen que la única dependencia válida sea el matrimonio.

Ahora bien, la idea de disponibilidad también fue mencionada respecto de su trabajo. Aunque en el capítulo hemos abordado que el trabajo es fuente central de satisfacción y construcción de sentido para Alexander, Pedro, Genoveva y Luciana, es innegable que para ellas su trayectoria académica es motivo de orgullo mayor. Esto debido a que ellas sienten que deben esforzarse más en sus trabajos para ser reconocidas como profesionales capaces y comprometidas, a la vez que estiman como estresantes algunas de sus relaciones laborales justamente porque ellas le dedican mucho tiempo al trabajo, pero también porque las personas las juzgan como rígidas y demasiado exigentes.

Ambas mencionaron que cuando tuvieron un cargo directivo se sintieron evaluadas constantemente y por eso, se presionaron y trabajaron al máximo para tener todo controlado y al día. En el caso de Luciana, ella señaló que, y de hecho en su nuevo trabajo también, fue muy difícil trabajar en una institución dirigida por hombres, todos sacerdotes católicos, y en una facultad en la que por tradición la mayoría de profesores y directivas son hombres.

Luciana: a las mujeres siempre nos ven como secretarias. Creo que incluso se hacen los bobos para no tener que hacer tanto trabajo, que no pueden o que no les queda bien, entonces ellos sí se dedican a lo que les gusta mientras las viejas hacemos lo aburrido. A los hombres suelen faltarles dedicación y como que no se fijan en los detalles. Mis compañeros se asombraban y felicitaban porque yo podía dedicarles tiempo a los documentos, reuniones a organizar, ellos en cambio dilataban todo.

Claudia: pero tú eras la directora, entonces les podías asignar responsabilidades, ¿no?

Luciana: por eso te digo se hacen los que no pueden, que les quedan mal los documentos. Claro eso es la parte administrativa, porque son inteligentísimos para lo que les conviene. Esperan o mejor sabían que yo iba a revisar todo, entonces pues al final era doble trabajo para mí. Además, si algo salía mal para los decanos era yo la responsable, entonces, aunque tuve un equipo de profesores que me ayudaban casi todo lo hacía yo sola. A veces es mejor, es más sencillo mantener el orden y que los documentos queden unificados.

Claudia: ¿eres muy exigente?

Luciana: sí, pero sobre todo conmigo misma. No sabes lo que es trabajar con curas, o sea no solo son hombres sino también curas. Esos son terribles porque toda la vida les han hecho todo. Y tratan diferente a los hombres y a las poquitas mujeres nos dicen niñas.

Claudia: por ser mujer te han tratado distinto y ¿por ser soltera?

Luciana: pues trabajo muchísimo, es un trabajo que requiere más de 8 horas al día, y pues ser soltera me ayuda. Hay que hacer de todo y pues no hay presupuesto para personas de apoyo.

Claudia: trabajas mucho.

Luciana: muchísimo, yo no tengo problema en llegar a mi casa y seguir trabajando, y los sábados y los domingos.

En términos similares, Genoveva se refirió a que fue arduo coordinar el trabajo de un grupo de jóvenes, pues sentía que debía estarlos presionando para que trabajaran y para

que hicieran bien las cosas. Se refirió a ellos como milenial para marcar que los sentía de otra generación, aunque ella les llevaba a algunos no más de 10 años, y los veía como menos apegados al trabajo y por lo tanto menos responsables. También mencionó que fue muy difícil la comunicación con personas de una disciplina tan diferente a la suya. A ella la contrataron para responder a una ley que exige a las empresas de ingeniería contar con alguien que vele por el patrimonio arqueológico. Para ella, intentar que los ingenieros, abogados y psicólogas entendieran la importancia de su trabajo y que no la vieran como alguien que los hacía perder tiempo y dinero, muchas veces fue una pérdida de energía y, por el contrario, se sintió irrespetada y que trabajaba con un enemigo.

Genoveva: El trabajo es muy absorbente, el que tengo, sobre todo mandando, manejando estos milenial

Claudia: ¿no te pasa que, por estar allá, lejos de Bogotá, tu vida se volvió en función del trabajo?

Genoveva: Sí. Y me lo han insinuado. Me han dicho “claro, es que usted quiere que nosotros trabajemos como usted, porque usted no tiene familia”, “pues esa fue una decisión suya, no mía”, pienso yo. Además, nos pagan por hacer bien el trabajo.

Claudia: ¿crees que trabajas más de 8 horas diarias?

Genoveva: Yo sí. Al principio era por la presión y porque tenía todo este problema con la empresa, pero ahora, estoy tratando de manejar solo 8 horas. Pero trabajo más. Yo tendría que trabajar 40 y trabajo por ahí unas 48 porque yo trabajo los sábados, también, porque quiero sacarlo rápido, pero bien escrito y con un buen análisis.

Claudia: Y dices que trabajabas mucho por la presión. ¿En qué te presionaban?

Genoveva: La empresa al principio no quería que yo hiciera el trabajo que estoy haciendo. Entonces, la mejor manera que utilizaron fue hacerme acoso laboral. Pedirme muchas cosas y si no las entregaba, regaños y regaños y que yo estoy fallando y que me van a quitar cosas y que yo no soy buena. Y a mí que me digan que no sé hacer las cosas, pues no. Yo en esa época dormía tres horas diarias haciendo informes hasta las 2 de la mañana. No lograron sacarme, la empresa, creo, que se equivocó por no leer bien mi perfil y darse cuenta uno: que soy doctora y dos: que soy soltera.

En ambos relatos podríamos afirmar que son mujeres perfeccionistas que cuentan con el tiempo para ser exigentes y autoexigentes. Si bien es una interpretación plausible es demasiado limitada y psicologizante. Tanto ellas como los demás perciben que tienen el tiempo para dedicarse de lleno a su trabajo y que es una cualidad que sean ordenadas y sistemáticas. Así mismo, dicen haber sido criticadas por ser controladoras, no saber decir las cosas y esperar que los demás sean igual de dedicados que ellas. Con esto se puede apreciar que tanto las cualidades como los defectos tienen una carga específica de género y otro tipo de marca por ser mujeres solteras permanentes.

Luciana recurrió al género para referirse a que los hombres, sus compañeros docentes de humanidades, no son buenos en las labores administrativas, o sea no tienen la cualidad o en palabras de ella, no tienen que demostrar que son buenos para esto. En cambio, siente que

ella no sólo tiene la habilidad de ser sistemática, sino que le toca demostrar que además de ser buena en su área, es buena administrando. En efecto, esto marcó las relaciones laborales que estableció con sus compañeros: ellos se beneficiaron de que ella tuviera que demostrar constantemente que podía hacer funcionar el Programa y así, ellos dedicarse a los asuntos de su interés. Luciana sintió que ellos no se esmeraban y que en últimas no podía contar con su apoyo, pese a que, en varias ocasiones, estando yo presente, sus compañeros le alabaron su trabajo, dedicación y claridad acerca de todo lo que se debía hacer, no solo de cara al futuro sino para solucionar muchos vacíos de la administración anterior que estuvo en manos de un hombre. Todos coincidían con ella en que él no administró bien, aunque sí dirigió bien.

Ella conoció al docente que estuvo en ese cargo antes que ella y al docente que la reemplazó, y desde su perspectiva, ninguno de los dos se esforzó si quiera por disimular que no entendían nada de gestión. Sin embargo, las directivas y compañeros siempre los juzgaron como competentes en su área y con capacidad de liderazgo. Vemos así que el tipo de evaluación que se hizo sobre Luciana osciló entre las construcciones tradicionales de la identidad de las mujeres y la forma como ella respondió y trabajó con estas construcciones (Roseberg, 2007).

Genoveva y Luciana se refirieron a que le dedican mucho tiempo adicional a la jornada laboral de su trabajo, también hablaron de la reacción de sus compañeros y subalternos cuando fueron exigentes, “como usted no tiene familia”, le dijeron a Genoveva, y envidiaban a Luciana porque podía dedicarle mucho tiempo a cumplir con las responsabilidades de su cargo. Esto quiere decir que no solo se usa la identidad de las mujeres para hacer este tipo de evaluaciones y mantener determinadas expectativas, sino que además ellas y las personas con las que trabajaron recurrieron a su soltería como atributo de carga adicional. En conclusión, por ser mujeres deben demostrar que son buenas para dirigir y por ser solteras contar con toda la disponibilidad para hacerlo.

De otro lado, ni Alexander ni Pedro manifestaron sentirse puestos a prueba continuamente en sus trabajos. René desde muy joven montó su propia empresa, pero tampoco, en lo poco que alcanzó a contarme, se refirió a sentirse retado o criticado de forma reiterada por sus socios o subalternos. Eso sí, y ha quedado descrito así a lo largo del texto, parte de la identidad de ellos tres es que se reconocen y esperan ser reconocidos porque establecen metas y objetivos claros, por su tesón para el trabajo y para sacar adelante sus proyectos, así como por su esmero, talento y arrojo. Recordemos que Alexander afirma que su empresa es su vida, es como un hijo de siete años cuya foto le quiere mostrar a todo el mundo y esto es evidente por las horas que le dedica.

Ellos apelan y cuentan con los repertorios acerca de la identidad masculina y, en efecto, son vistos como hombres serios, justos y dedicados a su trabajo. Por eso no les preocupa que los señalen como abusadores del tiempo de los otros o que los tilden de controladores, pues sus acciones y forma de dirigir está asociada con firmeza y dirección, capacidades dadas por naturales. Quiere decir que la identidad de hombre soltero puede usarse más fácilmente a favor de una construcción menos drástica del cómo se ven a sí mismos. Pedro siente ahora, casi a sus 50 años, que ya logró ascender lo que debía, que ha hecho esfuerzos, pero no los asocia con sacrificios, nadie le dice que sacrificó su juventud, que sacrificó ser padre entre otros reclamos. En consecuencia, los esfuerzos a los que él se refiere no son evaluados como si hubieran valido la pena o no, con excepción de lo concerniente a la vejez. Algo similar pasa con Alexander, aunque ha recibido críticas de sus parejas, él no siente que haya hecho renunciaciones, sino que asume que lo que ha hecho en su vida es tomar buenas decisiones. Igual que a Pedro, le preocupa su vejez con el agravante, dijo él mismo, de que no ha podido cotizar suficientes semanas trabajadas<sup>17</sup> para tener una buena pensión, así que siente que va a tener que trabajar durante toda su vida; “me moriré trabajando” me dijo.

Elizabeth y Genoveva también tienen problemas con su pensión, pero adicionalmente han sentido presión interna y externa, así como dudas respecto a si sus decisiones de no tener hijos, no haberse casado, trabajar desproporcionadamente, haber hecho una carrera tan larga, fueron un sacrificio que en últimas valió la pena o no. Sobre ellas pesa mucho más la creencia de que se perdieron de algo, que dejaron pasar algo irremplazable, o que tienen una falla que las excluyó de sentir “el llamado”, por eso han sentido y las personas creen que es muy posible que experimenten arrepentimiento.

Recordemos lo dicho en el capítulo anterior en cuanto a que el mundo laboral les demuestra que en él se premia más fácilmente a los hombres, mientras que, en el caso de las mujeres, la maternidad y el cuidado de una familia es el lugar en el que se puede hacer una proyección y tener, por llamarlo de alguna forma, “reconocimiento social”. Así las cosas, renunciar a este lugar es motivo de duda y de sorpresa. Las mujeres obtienen recompensas, o por lo menos se valoran como tales, cuando cumplen el papel esperado como madres y como esposas. Las mujeres solteras, por el contrario, están más expuestas a sentirse

---

<sup>17</sup> El sistema de pensiones en Colombia contempla que para que una persona se pensione debe cumplir dos requisitos: la edad (57 años para las mujeres y 62 para los hombres) y 1300 semanas de cotización, es decir, semanas que se han pagado (una parte el empleado y otra la empresa o una parte del valor del contrato si se es contratista por prestación de servicios) y se han ahorrado en un fondo de pensiones.



defraudadas con sus trayectorias de vida, aunque valoren sus logros en lo académico y profesional, y estos sean en mayor o menor medida valorados por los demás.

Luciana: Mi hermana me apoya 100%. Yo todavía siento ese temor de la soledad en la vejez más en mi madre que me lo dice constantemente "¿qué vas a hacer en la vejez sola?", "¿cómo vas a atravesar cosas muy duras sola?". Mi hermana no, al contrario, es muy positiva "nunca vas a estar sola, yo siempre voy a estar aquí, siempre vas a contar, esta es tu familia". En cambio, por el lado de mi madre sí me insiste como en decirme "navidades sola", porque pues sí, evidentemente mi hermana tiene su familia, entonces "navidades sola, enfermedades sola, y cuando lleguen cosas duras tú sola", pero ella sí es mucho más en positivo. Y claro es más porque no tuve hijos.

Puedo afirmar que la consagración al trabajo remunerado, realizada o esperada por las personas solteras no es solo una cuestión de decisión, de rasgo psicológico o de desocupación. Es la manifestación de que la familia y el trabajo son las dos instituciones que cuentan con la legitimidad y el mayor valor para que hombres y mujeres le dediquen su tiempo y su energía. Cuando alguien no se casa, se espera que su principal proyecto sea el laboral. No obstante, el tener más tiempo para el trabajo se valora de forma desigual entre la soltería femenina y la masculina en razón de las identidades asignadas a hombres y mujeres.

Esto hace que las relaciones laborales se construyan de forma particular para Alexander, Genoveva, Pedro y Luciana. Se entiende que no son solo creencias contra las que ellas y ellos tengan que luchar, sino que estas se ven reforzadas por la dinámica del mundo laboral que pone más trabas a las mujeres que a los hombres. Es la convergencia entre las relaciones sociales, los imaginarios, las identidades asignadas y las dinámicas estructurales del mundo del trabajo remunerado, la que produce posiciones, autoevaluaciones y evaluaciones diferenciadas para los hombres y las mujeres solteras permanentes.

En efecto, los imaginarios de género no son solo para las relaciones de pareja. Estos adquieren matices especiales en la soltería que hace que otros tipos de relaciones se construyan de forma particular, pues hemos visto que son diferentes las formas en que los y las solteras se presentan en sus lugares de trabajo, la manera en la que interactúan con sus familiares y el tipo de amistades que pueden formar. De igual forma, estos imaginarios se adhieren al estado civil legitimando y limitando ciertas emociones a determinados tipos de lazo. Razón por la cual no podemos analizar sentimientos como el amor, la libertad, el apego, la generosidad, entre otros, exclusivamente como emociones, sino que deben ser observados como elementos clave para la reproducción de las desigualdades, especialmente de género, así como mecanismos reproductores del matrimonio como ideal diferenciado en las trayectorias de vida de hombres y mujeres. Siendo así, las emociones no representan únicamente experiencias personales e individuales, sino que a través de ellas se mantienen

y ordenan las jerarquías sociales, al tiempo que se establecen obligaciones, deberes, derechos y dispensas.

Entender la soltería como exceso, disponibilidad y avidez es una posición que crea los marcos en los que se construyen las relaciones sociales de las personas solteras, los vínculos y tipos de emociones plausibles, así como las experiencias de la soledad y libertad. Además, estas construcciones hacen que los vínculos y los sentimientos que se desarrollan en torno a ellas se vivan como satisfactorias, dolorosas o agobiantes; formas de relación y sentimientos que luego se atan a la soltería como si fuera un asunto de identidad o de personalidad.

Desde luego, y sin ir más lejos, esto también ayuda a comprender las tensiones y formas que adquieren las relaciones que tienen los y las solteras con sus familiares. Para los familiares, que sus diferentes miembros construyan una familia, parece alejar los temores acerca del futuro, sobre todo acerca de los cuidados durante la vejez; genera incertidumbre quién cuidará a la persona soltera. Sin embargo, como la familia es de gran aprecio cultural, si se tratara de poner en un podio esta ocuparía el segundo lugar, en tanto si los y las solteras no trabajan mucho aparecen como desocupados, o al menos como más disponibles para apoyar las necesidades de la familia en la que nació, sobre todo de los padres y madres.

Esto que los y las entrevistadas sienten como una intromisión saca a la luz que los vínculos se estructuran en un esquema de diferentes ejes: el familiar nuclear, el familiar extenso, el trabajo y los amigos y amigas. Esto plantea un buen escenario para analizar el cambio de configuración acerca de la forma en la que se estructuran y se proyectan las relaciones y los vínculos personales.

#### **5.4 CARACTERÍSTICAS EN TENSION: EVALUACIÓN Y AUTOCRÍTICAS A PARTIR DE LAS TRAYECTORIAS AMOROSAS, SEXUALES Y FAMILIARES**

Las exigencias diferenciadas sobre la sexualidad y la forma de demostrar el amor en razón del género, con el modelo de matrimonio como horizonte, son una puerta para comprender el sufrimiento y la tensión que causa esta matriz en las evaluaciones que Alexander, Genoveva, Pedro y Luciana hacen de sus relaciones. Como vimos en el primer capítulo, la exclusión y demarcación de cómo debía ser el comportamiento y forma de vida de un solterón o de una solterona fungían como control de la soltería permanente y promoción del matrimonio católico por amor para toda la vida. De acuerdo con las biografías

de los y las entrevistadas, pareciera que el acceso a la sexualidad y al amor se hubiera flexibilizado y apartado de este modelo, sin embargo, ya hemos visto los nuevos mecanismos y estrategias para limitar el ingreso y prácticas de los solteros y solteras en estas dimensiones. Obstáculos y advertencias que además tienen otras formas de control en tanto son interiorizadas, y se convierten en autocríticas y dudas respecto al carácter de las personas solteras.

Ellas y ellos enfrentan autocríticas que oscilan entre “debe haber algún problema conmigo”, “elijo mal”, “mis relaciones suelen ser imperfectas”, “el verdadero amor no existe”, “soy egoísta”, “no sé negociar”, y “es mejor estar solos que mal acompañados”, “no me interesa salir con nadie”, “soy completamente independiente”. Frente a estas evaluaciones los y las entrevistadas han tenido diferentes reacciones: a veces deseos de cambiar y de intentar una relación más convencional, y en otros momentos, se convierten en una verificación que afianza su percepción de que la soltería es una elección que han ido haciendo, pero que conlleva a no tener ningún tipo de relación sentimental. Es decir, a veces intentan y apuestan por permanecer dentro del modelo, pero otras se resisten a él, o experimentan la ambigüedad que genera ser solteros, un estado que se cuestiona y se disfruta al mismo tiempo.

Luciana: he pensado muchas veces que definitivamente hay algo en mí que impide crear esas relaciones de pareja. Claro que, en este momento, sí veo la dificultad intrínseca de la relación de pareja. Hace un tiempo, yo sí pensaba más en mis propios defectos, ahora veo que en general es complejo una relación de pareja; y algunas personas fluyen mejor porque tienen una personalidad más flexible, pero quienes somos más rígidos nos cuesta un poco más. Claudita, me conoces, yo no negocio ser mediocre en mi trabajo, o ver a mis padres cada vez que yo quiera y menos mi doctorado. Así que muchas veces estar soltera es una ventaja para mí, menos dramas.

En sus relatos, ellos y ellas enfatizan la dificultad para entablar otro tipo de intimidad, que hace que lo descrito por Giddens acerca de la equidad que se logró en la vida moderna entre los géneros parezca demasiado optimista. De ambos lados, las solteras y los solteros, se sienten como que no encajan y no hay forma de seguir otros modelos. El meollo del asunto es que, para ellos y ellas, después de las experiencias que han tenido, van pensando que es imposible que funcione una pareja no convencional y empiezan a evaluar que la soltería, y las prioridades por las que han optado conlleva a tener que sacrificar el amor de pareja definitivamente. Esto se mezcla con la idea de que los y las solteras carecen de amor.

Claudia: ¿y emocionalmente nunca pensaste en que por un amor muy grande te ibas a querer casar?

Alexander: No, y si fuera así, no me interesa.

Claudia: ¿Cómo fue el proceso en que ya eras soltero y que eso era lo que querías ser?

Alexander: Fue como una conclusión, después de tantos fracasos [se ríe]

Claudia: ¿cuáles fracasos?

Alexander: Cada novia con la que ya no estoy ha sido un fracaso, si no hubiera sido un fracaso estaría con ella. Entonces, después de tantas, entonces, como que dije, ya. Quiere decir que yo no estoy aquí para vivir con nadie. No me interesa vivir con alguien y punto. Es una conclusión.

Claudia: ¿y te decías frases feas sobre ti mismo?

Alexander: pues que no nací para vivir con nadie. Desde ese trabajo con el Estado, a mí se me convirtió en una obsesión definir yo qué quería hacer de mi vida, de mi carrera y no tanto preguntarme si me quería casar. Me preguntaba por qué yo había seguido la corriente de toda la gente que salen se gradúan comienzan a trabajar y ahí van en la corriente, y luego se casan y todo eso. Me aburrí de todo, una crisis total existencial. Yo decía, no me imagino mi vida 25 años trabajando acá, qué aburrición, entonces ¿qué es lo que quiero hacer? y eso se me convirtió en una obsesión. Eso lo que hizo fue anular totalmente cualquier interés en una relación común y corriente. Mi vocación fue mi prioridad y lo de la relación en un segundo plano. Entonces no sé si consciente o inconscientemente fracasaba la relación. Entonces yo decía “no le gustó estar de segundas”, pues no me importa, mi prioridad es descubrir mi vocación. Incluso con mujeres que también adoran lo que hacen, también un lío, yo creía que ella también me iba a poner en segundo lugar, pero tampoco.

En la conclusión de Alexander se aprecia la creencia de que la soltería es estar solo y vivir en soledad y no que ser soltero sea no estar casado. Adicionalmente, que la única forma de no estar solo es a través del matrimonio, quedando la soltería nuevamente como un estado indeseable y el matrimonio para toda la vida como el estado ideal. Illouz describe la decepción como práctica cultural dice “Cuando la imaginación se tornó más realista pasó a ser fuente de decepción, y cuando se democratizó (o sea se orientó objetos o experiencias que supuestamente estaban al alcance de cualquiera) la comenzó a afectar el problema de tener que navegar entre las aguas de las expectativas imaginadas y las aguas de las limitaciones cotidianas (2012, 283)”.

Pedro, Genoveva y Luciana han tenido relaciones de más de 4 años, y las siguen evaluando como un fracaso, ¿por qué no existe para ellos un punto intermedio u otra posibilidad de interpretación? Señalaré dos posibles respuestas.

La primera está relacionada con que ellos y ellas también esperaban que durara “para siempre” o haber cambiado por esas personas, o que esas personas cambiarían por ellos y ellas. De nuevo, es el modelo de matrimonio católico para toda la vida fungiendo como parámetro de evaluación. Por un lado, son evidentes los obstáculos que en el país se han impuesto sobre otros tipos de matrimonio y relación como el matrimonio civil, la unión libre o la cohabitación, sobre todo si consideramos la clase social a la que pertenecen y los imaginarios sociales que se construyen alrededor de estas uniones. Por otro lado, esta misma influencia religiosa impediría siquiera pensar en modelos alternativos contemporáneos como los construidos en España o Estados Unidos como las relaciones LAT (Living Alone

Together – Viviendo Solos Juntos), una relación estable y monogámica, pero la pareja no convive, o el poliamor, donde tres o más personas construyen una relación de compromiso y amor entre todos los miembros, y los requisitos del para siempre, la convivencia o la fidelidad, se ponen en cuestión. Asimismo, esta autopercepción de fracaso muestra que en el imaginario de ellos y ellas los significados del amor, al menos en la forma en la que se demuestra o se sabe que se está enamorado, también se mantienen atados al modelo.

A este ideal de que un amor verdadero debe significar que sea para siempre, se le puede sumar un relato que no contribuye a que la evaluación de este tipo de relaciones sea más favorable: la teoría de las relaciones sucesivas, que pueden ser de noviazgo o más formales, incluso matrimonios consecutivos, que se construyó desde las ciencias sociales como una forma insana de relaciones sentimentales. En algunas referencias de corte psicológico encontré que se describe como miedo a la soledad, necesidad de tener constantemente intimidad emocional y sexual (Márquez, 2005; Zamudio, 1998). En otras, se alude a que este tipo de comportamiento responde a contextos históricos y sociales específicos y mencionan que se trata del encuentro contradictorio entre el mito del amor romántico y la cultura de lo fugaz y de la incertidumbre (Ubando, 1997; Pedroza, 2015). Otras visiones más radicales se refieren a que producto de una sociedad del individualismo egoísta y el consumismo extremo surgen las relaciones desechables sin ningún tipo de compromiso (Bauman, 2018; Lipovsky, 2000).

Estas formas de reproducción de un modelo único de lo que significa el amor verdadero: compromiso sagrado, convivencia, y eternidad, evidencian que el modelo del matrimonio por amor para toda la vida obstaculiza y dificulta enormemente la existencia y la valoración de discursos alternativos sobre las relaciones de pareja ni sobre la soltería, con otras posibilidades simbólicas y metafóricas sobre el amor. En el capítulo tercero veíamos que muchas veces se recurre al término soltería, justamente porque no hay otros términos para referirse y significar las múltiples búsquedas y formas de establecer relaciones afectivas, sean románticas o no, y estilos de vida cuyo eje no sean necesariamente las relaciones de pareja.

No es necesario que discuta o intente demostrar que la idea de duración es bastante imprecisa, pues son pocas las personas que creen que es posible un amor de pareja para toda la vida. Siendo así ¿qué tiempo sería considerado como medida normal para demostrar que se trató de una pareja seria cuyos miembros estaban comprometidos? Frente a la ausencia de una medida “objetiva” se mantiene vigente la fuerza del rito del matrimonio en el que las personas manifiestan públicamente que desean y que se comprometen a intentar que este

lazo sea para siempre. De esto resalto que el deseo de intentar que dure para toda la vida es el que demuestra madurez de las personas y de la pareja, sin importar que en efecto se logre o no. Además, la vitalidad del ritual radica en que no es representación de un deseo sino la actualización permanente de una institución que pervive por herencia y tradición (Lardellier, 2015).

Mantenerse en la soltería y declararse persona soltera, aunque se tengan diferentes parejas a lo largo de la vida, es una manifestación de rechazo a los cimientos del modelo de matrimonio por amor para toda la vida: el que sea para toda la vida y que implique un cambio en el estado civil y el anuncio de compromiso público. Justamente por esto es preciso preguntarse de qué forma, en efecto, tener o no tener este tipo de relaciones es lo opuesto al matrimonio por amor para toda la vida, y, por lo tanto, si es certero que las tildemos de ligeras o de romances fugaces, basados en la intolerancia a la frustración, inestabilidad, y miedo al compromiso o a la soledad.

Nuestra época envía simultáneamente mensajes contradictorios que confunden y frustran a los individuos que intentan formar pareja. Por un lado, está la devoción por el narcisismo, el individualismo y el no compromiso; por el otro, se sigue fomentando la idea romántica de la pareja perfecta. Otra contradicción social implica el miedo a la intensidad y al riesgo en general, al mismo tiempo que se fomenta esta intensidad (Márquez, 2005: 40)

Otra pregunta que es posible sumar a la de por qué se asumen como fracaso las relaciones que se han tenido es ¿por qué el matrimonio católico por amor para toda la vida, a pesar de las abundantes críticas y signos de fracaso, sigue logrando presentarse como la relación amorosa más positiva, sana y correcta? Las críticas al matrimonio abundan, sobre todo acerca del sufrimiento que este modelo les ha causado a las mujeres en relación con los mandatos de sacrificio y resignación, y, por supuesto, como institución de reproducción del patriarcado (Friedan, 2009; Lagarde, 2001; Millet, 1995).

¿Por qué un amor, el amor romántico, con resonancias cortesanas, inspirado en la tragedia, la carencia, el sufrimiento y el apego sigue apareciendo como el mejor modelo del amor de pareja?, ¿Es cierto que un amor comprometido pueda medirse sólo por la duración o porque está mediado por un rito religioso?, ¿Qué miedos e imposibilidades sociales sostienen esto? A pesar de las múltiples alternativas de pareja que han existido ¿por qué el lazo entre amor y matrimonio católico por amor para toda la vida es tan dominante? Parte de las respuestas se obtendrán si se continúa con el ejercicio de historización del matrimonio y de la forma como se vinculó al amor, desvelando cómo ambos son parte del engranaje de procesos e intereses políticos, económicos y sociales concretos.

Planteadas así la cuestión, la experiencia de la soltería de Alexander, Pedro, Geneveva, Luciana, Rene y Elizabeth en relación con el amor es una experiencia llena de tensiones, producto en gran parte de los cambios, pero también de las pervivencias de la articulación entre el sexo, el amor y el modelo de matrimonio por amor para toda la vida. De igual forma, como consecuencia de los significados y expectativas sobre el género, y sobre la realización y el valor personal. Ellos y ellas hacen esfuerzos, por una parte, para responder a las exigencias de mantener un “equilibrio sexual” y demostrar enamoramiento en el sentido más convencional; y por otra, para tener un equilibrio en sus vidas sin poner a sus parejas en primer lugar, y seguir construyendo su soltería como proyecto.

Geneveva: Lo amé mucho y vivir con él fue muy importante para mí. Él era muy especial.

Claudia: ¿O sea que no te arrepientes de haber vivido con él, de haberte enamorado de él?

Geneveva: No. No... no. De lo que sí me arrepiento es de no haberla acabado rápido. Si la relación no tenía... como dice mi mamá “agua que no has de beber déjala correr”... si no tenía más futuro, yo no debí haber seguido ahí. Y yo seguí. A pesar de que cuando nosotros nos separamos y comenzamos a vivir separados, después de eso seguimos juntos otros cuatro años.... pero separados.

Claudia: Otra vez como de novios...

Geneveva: Como de novios, sí. Y entre que sí estamos juntos, pero no porque sabemos que esto no lleva a ningún Pereira [a ninguna parte], pues... entonces fue negativo, yo creo que fui... yo perdí tiempo ahí.

Claudia: Perdiste tiempo para haber encontrado a alguien y casarte.

Geneveva: No, para haberme gozado más el país en el que estaba, en vez de estar llorando y triste y siendo fiel... porque en cierta medida yo era, como me dijo una amiga... yo me encontré con una amiga del colegio en ese periodo y me dijo “¿usted está sola?” y yo “sí, yo estoy sola” y yo me presentaba como una persona soltera. Sin novio... me decía: “pero tienes el aspecto de una persona comprometida”. Entonces pienso que, a pesar de que yo estaba sola, viviendo sola, manteniéndome sola, todo lo de una persona soltera... seguía comprometida emocionalmente con él. Y él ya no tanto. O sea, yo no me siento traicionada, ni nada, porque sabíamos que la relación se estaba acabando, el problema fue que yo no supe cortar. Me cuesta desenamorarme.

Aunque no está segura de que lo hayan logrado, leyendo su vida amorosa en retrospectiva, Geneveva cree que con Simón logró construir un tipo de relación alternativa, por lo menos en términos de lo que las familias les habían inculcado y de lo que ella misma se había imaginado que debía vivir con alguien. Por el contrario, Luciana y Alexander no se reconocen como personas amorosas y de grandes pasiones, ni al empezar ni al terminar una relación. Les aburre tener noviazgos “normales”, llamar todos los días, verse todos los días, irse juntos en vacaciones por muchos días. Me sorprendió que dijeron dos frases muy parecidas: Luciana señaló “me aburre que los tipos quieran que yo sea lo que ellos esperan de una pareja, o sea no salen conmigo por lo que soy sino por lo que podría ser” y Alexander renegó de las mujeres “ellas quieren esto y aquello, y desde el comienzo saben que no soy así, pero creen que voy a cambiar y pues no, yo no llamo, o de vez en cuando... mejor dicho

ellas quieren es otro tipo de novio, quieren es a otro novio”. Por supuesto Alexander es mayor que Luciana 15 años, pero ambos defienden que sea posible conservar su forma de ser, sin que esto signifique para los otros que no están enamorados.

Luciana, mencionó algo similar, pero refiriéndose a su futuro: “imagino que lo que tengo que armar es una relación diferente”, estábamos hablando de que hasta ahora no había logrado unir su espacio familiar con el romántico. Siente que es muy desgastante sacar tiempo para dedicarle a sus padres y otro tiempo para su pareja. Lo que no sabe es cómo hacerlo, pues debe ser capaz de unir las expectativas tradicionales de sus papás, las exigencias que le hacen sus parejas, sentirse enamorada, su deseo de estar muy pendiente de sus padres y de proteger su independencia y soledad.

Su soltería representa un esfuerzo por acercarse y mantenerse dentro del modelo de amor-matrimonio y no sufrir exclusiones. También, la osadía de estar fuera del mismo, de resistirse a él, en especial porque se rebela a seguir viviéndolo como periodo de espera, limitando así la libertad del discurso dominante. Ellos y ellas ni esperan un matrimonio ni cumplen a rajatabla con los roles de género que les demandan: ellos no tienen por quién controlarse y ellas no tienen quién las controle sexual, laboral, ocupacional y afectivamente hablando. Pedro no espera que una pareja esté pendiente de él, Alexander desea una mujer para quien su trabajo también sea el centro de atención y no la relación sentimental. Luciana, Elizabeth y Genoveva no esperan que las mantengan ni las tutelen. Han soñado con una pareja que esté cómoda con que el trabajo sea una prioridad, así como sus aficiones y sus otras relaciones vinculares. Y al menos en el ideal y las creencias sienten que esto implica intentar construir relaciones de pareja no convencionales, y si esto no es posible, entonces es mejor no tener una relación. Llegar a esta conclusión hace que sientan que en efecto su soltería no es solo un proyecto sino una decisión.

La soltería permanente de Genoveva y Luciana no significa incapacidad de entrega; ellas han tejido un discurso que logra agrietarlo, aunque usa el lenguaje del modelo dominante (Bourdieu, 1998). Algunas veces han sentido frustración y se autosancionan diciendo que sus relaciones amorosas no han funcionado porque son mandonas, que no ceden ni se acomodan, pero se autoperciben también como mujeres independientes que luchan contra la sensación de incompletud que proviene de no haberse casado. Están orgullosas de no haber negociado cambiar sus creencias religiosas, o la relación con sus padres, o estar menos pendiente de su trabajo y su carrera académica. Gracias a su soltería, ha disminuido el temor a vivir solas y perciben su independencia económica como fuente de



autonomía. Por añadidura, las sanciones sociales frente a la soltería las eximen, o al menos matiza, de las expectativas y normas sobre cómo debe ser y comportarse una esposa, y, por ende, de las recriminaciones y consejos acerca de la paciencia, la obediencia, la entrega y el sacrificio. No obstante, estos mandatos se trasladan hacia otras relaciones vinculares.

Sin las imposiciones de la entrega total, el amor para toda la vida y la dedicación absoluta, las mujeres solteras viven el desamor y el amor, a pesar del marco de sentido que lo constriñe, como una profunda disputa acerca del significado de la autonomía, el bienestar y la naturaleza o artificialidad del amor femenino. Bajo el modelo del matrimonio conyugal para toda la vida, la soltería permanente femenina implica necesariamente una no entrega, pero las relaciones amorosas que Luciana y Genoveva han establecido demuestran que es posible separar el amor, la sexualidad y el matrimonio.

No se puede ignorar que la soltería permanente de Alexander y Pedro también muestra sutiles oposiciones al modelo del matrimonio para toda la vida. Alexander y Pedro de entrada cuentan con el reconocimiento como personas autosuficientes e independientes. Sin embargo, el mantenerse solteros pone en tela de juicio su capacidad de autocontrol y de tomar buenas decisiones, es decir, se cree que su voluntad es débil porque no han tomado la decisión voluntaria de limitarse, o sea de casarse. A partir de esto, cuando ellos ven su vida en retrospectiva empiezan a interpretar su soltería como una decisión que han tomado libremente. Llegan a esta conclusión por una vía negativa, es decir, si nunca pusieron el matrimonio como la prioridad a alcanzar y si sus propósitos pusieron en segundo plano las relaciones amorosas, entonces su soltería es una decisión que empezó en un nivel más inconsciente, pero que con el tiempo se ha vuelto consciente.

A esto hay que agregarle que cuando se niegan a volcarse hacia sus parejas y se rehúsan a que ellas se vuelquen hacia ellos, se puede aceptar que su soltería también es una forma de rechazar la conformación de una relación de pareja jerárquica. Los momentos de angustia y de una autoevaluación desfavorable de su personalidad, frívolos, superficiales, caprichosos, veleidosos e inconstantes como explicación de su soltería, no son lo corriente. Por el contrario, en la medida en que pasa el tiempo, la autocritica va cambiando y la necesidad de explicación va disminuyendo, a la vez que crece la crítica hacia el modelo de pareja producto del matrimonio por amor para toda la vida. En todo caso, percibo que les falta considerar otros tipos sociales de pareja, tales como el matrimonio civil, la unión libre o las parejas LAT; sin embargo, es comprensible que estos no sean modelos porque como ya mencioné, en Bogotá están asociados a otras clases sociales.

En este marco, sus biografías constituyen una importante crítica a las trayectorias de vida esperadas. Así empieza a ser más común que se perciban como luchadores, tercos, decididos y resueltos, rasgos que en el caso de los varones son vistos como positivos.

Importa conceder que este tipo de comportamientos, ser autónomos, buscar el bienestar, resaltar la artificialidad (en tanto capacidad humana y no desarrollo natural), ser decididos y resueltos, tienen un valor mayor en el marco de los ideales de la gestión del sí mismo, del emprendimiento y del ser empresarios del yo. Las críticas y advertencias sobre los peligros de la racionalidad economicista y el consumismo como guía de la existencia humana y de los proyectos de vida son innumerables (Han, 2014; Marcal, 2016; Sennett, 2000). Estas perspectivas muestran que se trata de la construcción de subjetividades tendientes a no ver su subordinación y que son controladas por la red del consumismo y del individualismo egoísta. La explotación ejercida hacia nosotros por nosotros mismos y la pérdida de lazos profundos y de confianza que son reemplazados por lo transitorio y la incertidumbre permanente.

No puedo negar que esto está presente en Bogotá, pero es importante acotarlo, porque si bien todos estos ideales, discursos e imposiciones se promueven y se siguen, se mezclan con otras realidades que ya he ido mencionando como la pugna entre la flexibilidad y la protección laboral; el desempleo, bajos salarios, hijos e hijas que a sus treinta años no cuentan con los ingresos ni la seguridad necesaria para independizarse de su casas familiares; estrategias de solidaridad y apoyo que fortalecen las tradiciones familiares patriarcales, una religiosidad que crece, un laicismo que también crece; en un país con baja capacidad de consumo; en una guerra interna pertinaz que contrasta con el mercado de la felicidad.

Hay que repetirlo: el amor para toda la vida fundado en la complementariedad entre los sexos y el matrimonio por amor para toda la vida, son una construcción histórica que ha marcado por los últimos dos siglos la vida de hombres y mujeres. Se ha convertido en todo un mito que contrasta y hace que se valore como imperfección y anormalidad la realidad y diversidad de parejas en la ciudad, así como la vida de miles de personas que no tienen pareja, sea que lo perciban como decisión o circunstancia.

Pese a las grandes transformaciones en la vida de las mujeres, en el mundo del trabajo y en la cotidianidad urbana este modelo pervive asemejándose a una porfiada dictadura. Desde este ángulo, Elizabeth, Genoveva y Luciana son señaladas como “demasiado” independientes porque prescinden de la protección y la manutención de un esposo, y entonces no le deben sacrificios a él. Paralelamente, Alexander, René y Pedro, aunque investidos con libertad, son descritos como incompletos porque no

tienen a quien proteger y mantener, ni una esposa que se sacrifique por ellos. Lo crítico es que la soltería también se construyó usando este mapa, y se evalúa guiado por este, por eso frente a la ausencia de dependencia, sacrificio y posesión, tanto la soltería como las relaciones de pareja no convencionales se leen y por momentos se viven como desorientación.

El estado civil es parte de los criterios que una persona tiene para evaluar el tipo de acercamiento que puede tener hacia determinada persona. La soltería da forma a las relaciones vinculares de una manera particular. El valor y significado que se le da a la soltería permean las relaciones sociales, haciendo que estas posibiliten y fomenten que las personas solteras en efecto, en algunos momentos vivan su soltería como un estado que produce sufrimiento, aislamiento y coerción. No obstante, es fundamental entender que otros estados civiles también en determinados momentos pueden producir estos sentimientos. Lo importante acá es indagar acerca de la relación de este aislamiento y la soltería.

Ya no se trata de los imaginarios y señalamientos a la solteronía; como he señalado, la soltería es apreciada de muchas formas, sin embargo, sigue cargando con el peso de la censura y de la idea de la soledad como destino y tragedia, especialmente en la dimensión sentimental. En este capítulo me detuve en las censuras en la esfera sexual y en las presiones en la esfera familiar. Con ello vemos que el padecimiento y disfrute de la soltería es social, en consonancia con el sentido otorgado en contextos y relaciones concretas. Sin embargo, la ideología del individualismo amplía las posibilidades para que la soledad y la independencia no necesariamente tengan que convertirse en desamparo o egoísmo. Se trata de explicitar que a través del modelo de matrimonio por amor para toda la vida se movilizó una forma de individualismo, y que las rupturas a este modelo que se observan en la soltería pueden representar otra forma de entenderlo, que a diferencia de un individualismo egoísta, signifique equidad y solidaridad.

## **6 CONCLUSIONES: LA PUGNA POR EL SIGNIFICADO DE LA INDEPENDENCIA Y DE LOS LAZOS SOCIALES**

A manera de conclusión, presento este último capítulo que está dividido en cuatro partes. En la primera, me concentro en destacar que a lo largo del texto se observan los cruces entre género, edad, estado civil y clase social produciéndose unos significados particulares de la soltería que hace que se experimente como desventaja y privilegio al mismo tiempo. En la segunda parte analizo el par vida completa/incompleta cuya valoración está mediada irremediablemente por las convicciones en torno a la soltería femenina y masculina, a la independencia y a la forma como el matrimonio por amor para toda la vida opera como limitador, distribuidor y legitimador de responsabilidades e intensidad de los lazos familiares y sociales. En la tercera parte, hago una última reflexión sobre la relación entre los significados de la construcción de lazos sociales en el marco de la promoción del individualismo en el que intervienen directamente el Estado, la familia y los discursos sobre el trabajo, la educación y la felicidad.

### **6.1 LA SOLTERÍA COMO PRIVILEGIO Y COMO DESVENTAJA: LAS CUALIDADES Y EL CARÁCTER LIGADOS AL CRUCE ENTRE GÉNERO, EDAD, ESTADO CIVIL Y CLASE SOCIAL**

El estado civil pocas veces se incluye como categoría de análisis de las desigualdades, ser esposo o esposa, viuda o viudo, soltera o soltero, de acuerdo con los contextos histórico-culturales, también determina unas posiciones y unos roles dentro de una estructura jerárquica, lugares de superioridad o inferioridad, de mayor reconocimiento moral o de mayor exclusión. Como se mencionó a lo largo de la investigación, la superioridad de ser una persona casada frente al ser una persona soltera está estrechamente vinculado al surgimiento y consolidación de la burguesía y en el caso particular de Colombia a la hegemonía adquirida por el matrimonio católico. Esta investigación amplía y reconoce que estudiar la soltería es estudiar las relaciones interpersonales y comprenderla sociológicamente no solo desde su estigmatización.

Los significados sobre el estado civil se modifican con el tiempo, y por eso son evidentes las transformaciones de ambas posiciones, tanto la de estar casado como la de estar soltero; la soltería del siglo XXI ya no carga el estigma de la solteronía del siglo XIX, debido en parte a que las dimensiones anudadas al matrimonio por amor para toda la vida y que generaban una exclusión definitiva de la soltería, se han ido resquebrajando y rompiendo, pero también porque ha habido un giro cultural hacia la individualización del significado de

las relaciones de pareja y de la vida privada (Macvarish, 2006). Hombres y mujeres, aunque con las diferencias ya descritas, pueden acceder a la dimensión sexual y afectiva sin tener que casarse, adicionalmente el mundo del trabajo aparece como un mundo al que se ingresa de forma individual, es decir por méritos personales, lo que a su vez conlleva a que, con las evidentes restricciones, el acceso a la dimensión económica tampoco dependa tan restringidamente de hacer parte de una relación conyugal. Se ha tenido que flexibilizar los principios morales con los que se medía la decencia, las virtudes y el carácter de las personas en razón, para el caso del tema de este estudio, de su estado civil.

Una de las razones estos cambios es que la noción de persona que empezó a emerger con el modelo del matrimonio burgués continuó transformándose, ascendieron las ideas de mérito y autonomía moral y siguieron ocultándose las estrategias familiares y de clase para mantener los privilegios colectivos haciendo aparecer esto como una cuestión de esfuerzo y cualidades personales. En este marco, trabajar por un salario o unos ingresos fue alcanzado cada vez más prestigio y se convirtió en fuente de reconocimiento para las clases burguesas incluyendo que las mujeres también trabajaran. Así se cambiaron las relaciones de género: se debilitó la necesidad económica del matrimonio para las mujeres y, por ende, se abrieron opciones a la soltería femenina al suavizarse los estigmas sobre las mujeres de esta clase social que no se casaban.

No quiere decir que el matrimonio por amor para toda la vida al menos como ideal no conserve un puesto hegemónico, a lo largo de estas páginas se aprecia la fuerza simbólica que mantiene. De lo que se trata es de entender que los cambios en el estado civil están estrechamente relacionados con los cambios en las posiciones que se ocupan debido al género, la clase y la edad, y los significados dados a estas. Estas categorías constituyen el entramado de las relaciones sociales dentro de las cuales se localizan los diferentes miembros de la sociedad (Yuval-Davis, 2012) incluidas las personas solteras. Este entramado permite una comprensión más amplia de la soltería como estigma, sobre todo en el caso de la soltería femenina prolongada y las ambigüedades y complejidades que encarna.

Adicionalmente, y siguiendo a Elias (2003), los cambios y significados del estado civil también pueden verse como luchas por el reconocimiento al interior del grupo o capa social a la que se pertenece. Cada individuo se esfuerza por mantener la imagen que tiene de sí mismo, mantener las reglas del grupo y luchar contra esto mismo, es decir, para los individuos pertenecer significa una tensión entre seguir las normas, y a la vez cambiarlas dependiendo de la experiencia de restricciones y ventajas que se derivan de la posición ocupada respecto a una categoría o cruce de estas: edad, género, clase, estado civil. En el

caso de las representaciones de la soltería, como se describió en páginas anteriores, estas varían de acuerdo con las expectativas sobre la edad y el género. Las personas entrevistadas se esfuerzan por, a pesar de no seguir completamente la norma esperada, autorregular su conducta y sus sentimientos en una zona en la que se rigen por los estereotipos asignados a la soltería y al mismo tiempo intentan quebrarlos. Si la imagen de la soltería es de amargura, sienten que deben demostrar felicidad y la libertad constantemente, y en otras ocasiones moderar la felicidad o la libertad porque puede ser juzgada de “exagerada” y no ser aceptada el grupo, reproduciéndose el control sobre la soltería a través del estigma de infelicidad y restricciones y carencia de la soltería.

Esta tensión puede verse como parte de un proceso de transformación que depende de que los rompimientos a la norma logren incorporarse como distintivos del grupo. Si las formas en que se interceptan las categorías de género, edad, clase y estado civil se vuelven en sí mismas una marca de prestigio por ejemplo el cómo se “cuida a los y las jóvenes”, la capacidad de demostrar que durante un largo periodo de tiempo no hay que trabajar, sino que se trabaja por la experiencia, como vimos en el caso de las y los jóvenes solteros entrevistados, estos privilegios resaltan el poder económico, político y moral de un grupo o capa social particular.

Estos dos puntos pueden ayudarnos a comprender el porqué la soltería es un privilegio y una desventaja al mismo tiempo. Vimos a lo largo de los relatos de las y los entrevistados que en ocasiones la soltería es concebida como una prerrogativa que permite determinadas ventajas en algunos aspectos de la vida. Uno de ellos es que se percibe como el estado civil propicio para alcanzar ciertas metas sociales que de otra manera serían difíciles alcanzar: viajes, estudios, inversiones, que colectivamente se han situado como logros para la realización personal y el autoconocimiento. El paradigma de la individualidad destaca el cultivo del sí mismo como garante de un futuro de éxito laboral, económico y existencial, por ende, ser joven y no tener que casarse, es lo que se debe incentivar, mientras que casarse joven se ha convertido en una desatención de las pautas de actuación esperadas en esta capa social. En otras palabras, el “problema” de la soltería no es solo la estigmatización y los estereotipos de género, los cambios en los significados en las categorías de edad y género presionan cambios en las estrategias de clase y viceversa, esto ha ampliado las formas de responder a las representaciones tradicionales de la identidad asignada a la soltería, y por lo tanto, experiencias de construcción del sí mismo que hay que leer desde su complejidad, tal y como otras autoras lo demandan (Gordon, 2002; Macvarich, 2006; Rosenber, 2007).

De otra parte, a la vez podemos reconocer el señalamiento a las personas solteras permanentes en tanto se juzga su carácter y hasta se cuestionan sus logros individuales al no enmarcarse en una construcción de pareja y de familia como sinónimos de estabilidad y plenitud pues esto hace parte de la estructura de valores de esta clase social, que la diferencia de otras capas. Pese a esto, los valores acerca del mérito individual sobre todo referidos a las dimensiones profesionales, laborales y económicas cuestionan el valor dado a construir una familia, siempre y cuando se demuestre que se ha alcanzado éxito y se mantiene.

Reitero que estos privilegios y desventajas de la soltería en esta capa social se acentúan, flexibilizan y complementan de diferentes maneras según la edad y el género pues las expectativas están construidas diferencialmente.

La experiencia de la soltería está marcada por la edad y la capa social a la que pertenecen. La opción que tienen las personas jóvenes de avanzar con sus estudios, viajar a otros países y profundizar en el conocimiento que tienen de sí mismos es una diferencia evidente de clase, pues en efecto destaca el capital cultural, social y económico. Esto supone, que esta ampliación de la temporalidad de la soltería, aunque se representa como el momento de la libertad para ensayar tienen sus condiciones, todo privilegio las tiene: se espera que se tomen cierto tipo de decisiones emocionales, educativas y laborales, y que la soltería sea temporal, pues luego aparece la presión de que este *prepararse* se ponga en función de un proyecto familiar. La opción de ocuparse de sí mismos, sus gustos y pasiones, y posponer la decisión de casarse o de convivir con una pareja, es en todo caso un reflejo de los vínculos de dependencia que mantienen los jóvenes con sus padres, madres y círculos sociales, aunque sea esta una condición de la cual no profundicen en sus relatos, pues se contraponen a sus ideales de autosuficiencia, independencia e individualidad, lo que evidencia la importancia de los relatos sobre los méritos individuales, no obstante la presión es reflejo de las responsabilidades y deudas que se adquieren con el colectivo.

En cuanto al género, es interesante ver que también hay una suerte de “relajación” de los roles de género entre las personas jóvenes solteras de esta capa social. En ellas y ellos se aprecia la resistencia a aceptar sin más la división sexual del trabajo del modelo de matrimonio burgués, que ven como una institución que perpetúa las desigualdades de género. Esta posibilidad también significa que los vínculos entre determinados roles de género, su cumplimiento y las expectativas de clase, varían en función de la edad, es decir la experimentación y la búsqueda de equidad de género, al menos en la juventud y mientras se esté soltero es otra vía de distinción social, a través de mostrar una “mayor capacidad” de justicia y equidad en el interior del grupo. En consecuencia han intentado construir

relaciones de pareja en las que el género no sea un determinante de sus roles y obligaciones, o al menos lo tienen como un ideal. Esto es aceptado por sus familias y celebrado por sus pares, pues es necesario no cumplir con estos roles para poder alcanzar otro ideal: la individualidad y la búsqueda de los gustos y preferencias personales que, de acuerdo con las entrevistas, es una de las marcas más importantes de juventud para esta capa social. A largo plazo, la reproducción de los estereotipos, comportamientos de género termina viéndose como una decisión guiada por el autoconocimiento.

No obstante, se observa cierta desesperanza acerca de que este tipo de relaciones sentimentales se sostengan en el tiempo, al parecer el ideal del amor permanece asociado con el matrimonio por amor para toda la vida, que hace que la capacidad de compromiso se mida usando como rasero la convivencia, la promesa de para siempre y las diferencias de los roles de género, aunque ya no de manera tan radical como en el modelo burgués. Esto es una evidencia de que el matrimonio para esta capa social después de determinada edad sigue siendo la institución que se asocia con estabilidad económica, conducción moral y fuente de cuidados, es decir que se asocia con la certeza de bienestar y estatus individual y colectivo.

A esto se suma que a través del matrimonio se demuestra que la ampliación de la temporalidad para experimentar y formarse ha valido la pena pues como se asume que se tiene “futuro” laboral y económico se ha convertido en un individuo deseable para ser el esposo u esposa de otro individuo. Ampliando lo dicho por Illouz, en Bogotá para esta capa social, el casarse es una de las mayores fuentes de reconocimiento individual y de sentirse únicos, y no solo tener pareja sentimental (Illouz, 2012, 151). Esto es otra de las razones por las que permanecer soltero o soltera significa un problema para esta clase social en tanto parece que no se fuera un individuo con los suficientes méritos para ser elegido por otro individuo de su misma condición social, cultural y económica. El modelo de matrimonio por amor para toda la vida se ajustó a las nuevas formas de individualidad y al sentido de la misma.

Al igual que los más jóvenes, las personas solteras permanentes han priorizado las decisiones sobre su formación académica y éxito laboral, las cuales han servido incluso como argumentos para explicar el porqué de su soltería permanente y han sido motivo de privilegios. Ven esta priorización como un camino que les ha permitido conocerse a sí mismos y alcanzar logros importantes para sus vidas, no obstante, en ese recorrido han tenido que sortear el ser vistos con sospecha, el éxito laboral, económico, profesional es insuficiente, esto es particularmente experimentado por las mujeres solteras permanentes.



Vale la pena preguntarse si estos mismos obstáculos los tendrán que vivir quienes entre los más jóvenes decidan por mantener su soltería permanente, si es que alguno o alguna lo hace.

La masculinidad está ligada sobre todo al éxito económico y profesional y ser un soltero permanente aparentemente no es grave si se demuestra el logro de estas metas: ascender en sus trabajos, tener estabilidad económica, poner en marcha sus propios negocios. Desde este marco su soltería lejos de ser sospechosa es considerada como un atributo de destreza, temple e independencia que facilita su inserción y mantenimiento en el mercado laboral y sexual. Esta ventaja percibida es acompañada de una imagen que se hacen sus amigos y pares sobre su aparente libertad y éxito sexual, la cual no implica impedimento alguno en sus trabajos y relaciones sociales ordinarias. Como señalé en el capítulo anterior, la desventaja para ellos recae en el plano sentimental, dado que estos mismos atributos pueden ser considerados como falta de interés y egoísmo, por un lado, así como inmadurez e incapacidad de asumir compromisos de pareja y familiares serios y duraderos. Pesa sobre ellos la duda de que algo falla, tal vez un rasgo de su personalidad que ha hecho que no sean elegibles para casarse y formar una familia, o quizás dudas sobre su orientación sexual, particularmente por el tiempo y dedicación a sí mismos y a sus viviendas.

En el cruce entre la edad, el género y el estado civil se observa que la soltería temporal masculina se celebra y es una ventaja, en este sentido la soltería permanente pasa por el reto de mantener los rasgos de juventud, para tener mayores posibilidades de ser experimentada y percibida aun como ventaja. La juventud es un atributo, esté o no relacionado con la edad que permite mantener vigente la disponibilidad para tomar determinados riesgos en sus vidas, incluso en la construcción de relaciones de pareja. No obstante, no es fácil medir “la cantidad de juventud” pues también está ligada a inmadurez y falta de compromiso que de nuevo impone ciertas formas de rechazo a la soltería masculina permanente. Un varón de clase acomodada demuestra que se puede ser soltero alcanzar el éxito profesional y ser arriesgado al mismo tiempo. Si se logra mantener unidas estas características su soltería no aparece como un desperdicio de tiempo al no estar dirigidos hacia el sostenimiento de una familia. Sin embargo, el amor de pareja sí se sigue considerando una necesidad, contar con una pareja sentimental es sinónimo de compañía y no tener pareja sinónimo de soledad, en consecuencia, un hombre soltero mayor de 40 años debe esforzarse por tener parejas sentimentales, aunque no sean de larga duración, para no ser tildados de problemáticos o solitarios.

Sin embargo, frente a las acusaciones de egoísmo destacan el haber priorizado sus deseos y pasiones con importantes logros materiales y de sensación de tranquilidad; frente a

la percepción de inmadurez y la incapacidad de formar relaciones serias manifiestan la preferencia de otro tipo de relaciones en las que no tengan que negociar sus prioridades; y frente a la sospecha sobre su orientación sexual destacan nuevamente su individualidad y juventud como atributo de disponibilidad. De este modo, aunque en la base de estas desventajas se encuentre el ideal de matrimonio, es su mismo carácter construido de individualidad lo que les permite valorar y proyectar su estilo de vida, con la soltería permanente como una característica más, generando así importantes rupturas al mismo modelo.

Por otro lado, para las mujeres son notables las diferencias en cuanto a lo que perciben como privilegios y desventajas de su soltería. Es más difícil que ellas reporten que su soltería sea celebrada, a pesar de que reconocen que haber decidido por sus gustos y carreras profesionales es una expresión de su individualidad. Si bien ellas han encontrado satisfacción personal al alcanzar metas como ser las primeras doctoras en sus familias, esto no ha significado un retorno efectivo económico o profesional en el ámbito laboral del esfuerzo que realizaron.

En el capítulo cuatro señalé que el mercado laboral tiene una serie de obstáculos para las mujeres, sea cual sea su estado civil, no obstante, suele afirmarse que las responsabilidades familiares disminuyen las posibilidades de ascenso pues no cuentan con la disponibilidad de tiempo y energía. Entonces una decisión aceptable sería no conformar una familia y ser solteras. Sin embargo, esta es una apuesta riesgosa que demuestra que los trabas no provienen solo de tener la responsabilidad de una familia sino de ser mujeres, pues las barreras para ingresar a ciertos puestos de trabajo y de obtener reconocimiento social se encargan de demostrar que al final a pesar de ingresar al mercado laboral, de estudiar incluso más que los varones y de ser solteras no alcanzarán el éxito esperado y se cumplirá la profecía de que hubiera sido más feliz casándose y siendo madres. Es un círculo de vaticinios colectivos porque “los hechos lo demuestran”, el destino, las características e incluso “la naturaleza” de las mujeres es el matrimonio y la maternidad, así se logra que pocas mujeres se arriesguen a la soltería y que hacerlo por su realización profesional sea tildado de una “pérdida de tiempo” y que además se tenga que enfrentar este dilema. Aunque en el trabajo de campo no surgió con fuerza, es necesario para futuras investigaciones ahondar en cómo afecta a la experiencia de soltería masculina prolongada la que la identidad genérica masculina está ligada a la capacidad de procrear ya que esta forma parte de los sentidos de masculinidad y virilidad.

Por otro lado, a través de estas páginas he resaltado que al cambiar los significados sobre la edad o el género o el estado civil produce cambios sobre los significados de las otras categorías. En el caso de las mujeres solteras algunos estudios (Sa'ar, 2004; Frigolé, 1998), así como dichos populares muestran la asociación que se hizo entre las solteras y la infancia, es decir las mujeres solteras vistas como niñas eternas, En mi trabajo de campo, una mujer de 80 años me dijo que ella en ocasiones sentía que la trataron como niña como hasta los 50 años, que pasó de niña a vieja. De acuerdo con mi investigación, puedo afirmar que, en Bogotá, esta asociación se ha desplazado en el sentido de percibir la soltería como indicador de juventud.

Esto tiene ventajas, pues la juventud es sinónimo de capacidad de decisión y también de posibilidad de arriesgarse, pues se cuenta con el tiempo para volver a empezar, recomponer y cambiar de opinión, además es un tiempo en el que es permitido que las personas se centren en sí mismas. Sin embargo, en las mujeres portar y mantener las marcas de juventud encuentra múltiples limitaciones por que la idea del reloj biológico está fuertemente arraigada. Es decir, se cree que no hay tanto tiempo para ensayar y arriesgarse, para pensar si sí se quiere construir una familia, para ser “exigentes” y encontrar al hombre adecuado. En consecuencia, en el caso de las mujeres solteras permanentes no tener éxito profesional, estabilidad económica y mostrar una felicidad permanente acerca de su proyecto de vida, se toma como una señal indiscutible de que perdió el tiempo, de que invirtió mal sus recursos, de que tomó malas decisiones y que el tiempo, dinero, energía dedicados a estudiar y trabajar pudieron haberse invertido en construir una familia.

En síntesis, a pesar de que la soltería femenina se asocia a la juventud y esto trae consigo una perspectiva más positiva para las solteras permanentes, a la juventud femenina se asocia la procreación y un modelo de belleza, que hace que sea más difícil portar esta “edad” por mucho tiempo. En efecto, la pregunta por la maternidad y la imposición de cierto tipo de belleza cierra la temporalidad de la soltería femenina, y le construye unos límites al supuesto ideal universal de las opciones siempre abiertas. Cuando a pesar de esto permanecen solteras, esto no las exime de una serie de significados sociales que empiezan a serles exigidos, particularmente en cuanto al carácter de cuidado y la disponibilidad que se asume tienen para encargarse de miembros de sus familias cercanas y extensas. La maternidad aún forma parte de las identidades genéricas de muchas mujeres.

Pensar que, al igual que los hombres puedan atribuírseles características de juventud, libertad e individualidad, es para ellas más una carga que una ventaja o un valor: en ellas la juventud se acaba, la libertad es sinónimo de disipación sexual, y la individualidad es

egoísmo e insensibilidad. Lo que muestran las prácticas y representaciones de la soltería femenina no es solo las desventajas generales en razón del género de todas las mujeres de una sociedad, sino también que al interior de los grupos se producen desventajas y privilegios entre sus miembros para mantener los privilegios como colectividad frente a otras clases y capas sociales.

Es posible pensar a las personas solteras, bajo ciertas condiciones, como un nuevo distintivo de clase. Es decir que ese individuo, esa familia, esa capa social es capaz de producir hombres que no dependen aparentemente de nadie, más aún mujeres que no dependen aparentemente de nadie. Esa “no dependencia” oculta los procesos de discriminación y costos individuales de las personas solteras al interior de su capa social. Esto no quiere decir que al interior de los grupos esto no signifique pugnas, sin embargo, cuando estas transformaciones se convierten en demostraciones de poder, sea económico, moral, político entre otros, representan un estatus de superioridad en el conjunto de una sociedad y trae consigo, a pesar de las desventajas, privilegios para las personas solteras.

## 6.2 IDEALES EN TENSIÓN: SIGNIFICADOS DE LA AUTONOMÍA Y LA COMPLETUD EN EL INDIVIDUALISMO ACTUAL

El otro tema que atraviesa esta investigación es la reflexión acerca de la asociación que se hace entre soltería e incompletud. El entendimiento sobre el amor de pareja ha variado con el tiempo, sin embargo, para la capa social estudiada gran parte de este significado continúa asociado a características del matrimonio por amor para toda la vida, que como expuse en los primeros capítulos, se organizó bajo el supuesto de la complementariedad entre los géneros y la división sexual del trabajo, se impuso como medida de completud, y fuente de seguridad y felicidad. Este ideal, aunque con transformaciones, sigue fuertemente arraigado en los sueños de las personas, pero también en las instituciones y dinámicas sociales que en su mayoría giran en torno a la pareja heterosexual: leyes, reproducción humana, cuidados durante la vejez, lazos familiares y laborales.

En este orden de ideas, se sigue pensando que la soltería es una vida incompleta porque se sigue comprendiendo como lo opuesto al matrimonio por amor para toda la vida, es decir, que la estigmatización de la soltería, y la negociación de sus significados se hace dentro de una cultura que privilegia las relaciones de pareja heterosexuales bajo normas creadas por el modelo de matrimonio burgués. Sintetizando los hallazgos esto puede explicarse a través de dos argumentos: el primero, es que en el sentido nativo sobre el amor

aún se mantienen vigentes varias de las dimensiones asociadas al matrimonio por amor para toda la vida. La idea de que el verdadero amor debe ser para siempre, de que una mujer y un hombre se complementan, que el verdadero amor implica convivencia, y un deseo sexual dirigido hacia una única persona. No hay casi espacio para pensar que el amor de pareja puede tener otros significados, que el matrimonio puede ser un contrato, una alianza, bajo otros acuerdos y que la soltería ya no es siempre sinónimo de soledad o de no ser parte de una relación sentimental.

Se entiende por qué no es sencillo que las personas que no tienen pareja sentimental dejen de sentirse como que algo les falta. El ideal del amor romántico se fundamenta principalmente en una concepción de completud que solo se alcanza con el ser amado bajo las condiciones del modelo matrimonial, la cual se ha popularizado a nivel cultural mediante la poesía, la música, la televisión, el cine y la literatura, mediante ideas como “la media mitad”, “la media naranja”, “hechos el uno para el otro”, entre otros. Este ideal ha permeado las creencias que como sociedad tenemos sobre el amor, entendiéndolo como una unión predestinada, exclusiva, que todo lo puede, que dura para siempre, que es pasional, fiel y cuyo cenit sería la conformación de una familia. En su base se ancla la postura sobre las personas que no anula su individualidad, pero que la pone en función de una búsqueda permanente de ese amor que la completará y complementará.

El segundo argumento es que, al imponerse la autonomía personal como valor central para edificar las sociedades modernas, se ocultó la dependencia de los hombres respecto de sus familias, de otros hombres, pero sobre todo de las mujeres, mientras se acentuó la dependencia de las mujeres. Esto condujo a que fueran las trayectorias de vida masculinas las que representaban la autonomía, sin embargo, el varón verdaderamente autónomo es el que por voluntad se convierte en esposo y ojalá en padre. En consecuencia, un hombre soltero está incompleto porque además no logra el desarrollo moral esperado.

En el caso de las mujeres la premisa de la autonomía masculina no existe, la autonomía de las mujeres aún está en entredicho. En el capítulo uno se destacó que el matrimonio burgués fue la institución que catapultó el ideal de la autonomía individual, pero a su vez le dio unos contornos particulares al imponer unos significados a los valores de la independencia y la libertad, así como a la responsabilidad, el compromiso y el cuidado. A las esposas se les asignaron los vínculos y a los esposos la productividad y la política pública y, por ende, el énfasis en la capacidad de la autonomía personal. Con el matrimonio burgués en Europa se creó toda una organización social basada en el estado civil y el género para que fuera posible un tipo de autonomía y una nueva clase social que la representaba. En este

sentido, estos valores no son neutrales ni universales, asunto ya expuesto por diferentes autoras y autores (Strathern, 1984; Amorós, 1997; Martínez, 2007), sino que están atados a creencias y relaciones de poder locales e históricas.

Aunque la división sexual del trabajo se ha matizado, las condiciones de vida de las mujeres de esta capa social, con menores salarios que sus pares varones y menores posibilidades de tener puestos de dirección, y mayores responsabilidades familiares, más la vigilancia sobre su comportamiento sexual, se leen como la confirmación de que las mujeres no pueden ser autónomas por su naturaleza moral y biológica; y no como la manifestación de la reproducción de la estructura social y de género desigual. Una mujer necesariamente debe tener una pareja porque una mujer soltera permanente, no sólo es egoísta, e incompleta en el sentido emocional, sino que esta inconclusa en la medida en que el matrimonio y la maternidad se entiende como su destino, rol principal o misión en el mundo y no la autonomía.

Además, la identidad de las mujeres solteras sigue siendo problemática (Dauphin, 1993), ya no en el sentido de las solteras, pero aún hay resistencia a ubicarlas en el lado de la producción económica, como si no fuera posible desde la soltería femenina la producción; pero además tampoco es dable que se comprendan del lado de la reproducción y la creación de vínculos. Aparentemente las mujeres solteras no engendran comunidad, el matrimonio y la consecuente formación de una familia es el imaginario y el escenario privilegiado para asignarle una identidad a las mujeres, en tanto se cree que es la única forma en la que se crean vínculos “profundos”, duraderos e incondicionales. Lo que presenté en esta investigación es que se han sostenido las diadas de independencia / dependencia, completud / incompletud, productividad/vínculos como criterios para evaluar, clasificar, valorar y jerarquizar los lazos sociales, así como legislar la individualidad.

No obstante, se ha problematizado estos criterios de evaluación en la medida en que han cambiado los discursos sobre la felicidad, la juventud y el género, el mundo del trabajo asalariado, la consolidación del capitalismo, y de los discursos sobre los derechos humanos. Todo esto amplió las formas y tiempos en que las personas siguen una trayectoria de vida y transformaron también, las maneras de desaprobación y representación de la soltería, tanto la temporal como la permanente. Las diadas completud/incompletud, la independencia/dependencia y producción/vínculos después de varias mutaciones se encuentran en un lugar ambiguo porque las dimensiones se han complejizado, la sentimental, con su ideal del amor romántico, y la moral con los límites sobre la autonomía. Ahora es posible pensar que el amor de pareja tiene otros significados, que el matrimonio puede estar regido por acuerdos

no institucionalizados, que la soltería no es sinónimo de soledad y que la amistad es una relación de profunda intimidad. El espacio que estas alternativas están teniendo muestra que las expectativas sociales que definen los modos de practicar las relaciones sexuales y de amistad están transformándose.

La soltería permanente representa la tensión que el proyecto de la individualidad ha traído consigo. El tránsito desde el honor familiar hacia la trascendencia personal mantiene el temor acerca del control de los individuos, por un lado, y el egoísmo y rompimiento total de la cohesión social. La influencia de discursos como los de la llamada industria de felicidad y el autoconocimiento, en el terreno ya labrado de la autonomía, popularizada como capacidad de elección, ha hecho posible que la soltería sea vista como ideal, como decisión y proyecto, es decir, como un modelo posible de individualidad. Sin embargo, y al mismo tiempo, la soltería se usa para predecir modelos de individualidad basados en la ausencia total de lazos, en la autosuficiencia y en el sálvense quien pueda. Esta alarma, y siguiendo a Budgeon (2008), está relacionado con que en los estudios se suele centrar la mirada en las relaciones de pareja tradicionales y no en las redes sociales de aquellos que no están en pareja.

La persona soltera se representa como alguien que no necesita nada o al menos que no necesita cuidados ni reconocimiento ni una atención especial, es “demasiado” independiente, egoísta y se le acusa de vivir en una especie de desequilibrio emocional y sexual, y se asume que viven en soledad y que en la vejez serán especialmente vulnerables. Lo que llama la atención es que esto no es motivo de una preocupación que desemboque en cuidados especiales para con las personas solteras, como tal vez se apreciaba en la soltería en los siglos anteriores que despertaba conmiseración, apoyo económico, soporte emocional entre otros. Por el contrario, en varias ocasiones las personas entrevistadas sentían que sus problemas solo les preocupaba a ellas mismas, por ejemplo, Luciana sintió cuando perdió el trabajo que nadie lo lamentó porque ella “afortunadamente” no tenía familia, ni descendencia. La soltería tampoco se relaciona con rituales y momentos que merezcan ser celebrados, “Nadie lamenta lo que le pasa ni nadie celebra lo que logra la persona soltera” enfatizó Luciana. Se han generado rupturas al modelo de la soltería atada al modelo del matrimonio por amor para toda la vida, al concentrarse en destacar una construcción de la independencia y la autonomía que se separa en su vivencia de la necesidad de una pareja sentimental orientada al matrimonio para alcanzarla, pero esto a su vez se constituye en indiferencia al ubicar a la soltería como un estado de autosuficiencia radical.

Esta exigencia de autosuficiencia es palpable también cuando se les exige a las personas solteras sostener que su soltería es una decisión tomada a toda conciencia y que es a prueba de toda duda, de lo contrario se demostrará que fue un error. Si no se sustenta que es voluntaria, se considera el reconocimiento de una falla en la personalidad y el carácter de la persona soltera permanente. Se trata de una exigencia social de dar cuenta sobre las razones de ser soltero o soltera, y de esta manera traducir la involuntariedad en voluntariedad, así como de poner en pugna y combatir por el derecho a la autonomía. En este contexto, por una parte, se pide que la soltería sea una decisión argumentada que explique las motivaciones para afrontar los riesgos y carencias que supone mientras que, de otro lado, el matrimonio no se pone en duda de su voluntariedad y conciencia.

De este modo, las vidas de las personas solteras permanentes, hombre y mujeres, están en constante evaluación y autoevaluación, por eso, en los momentos en que están tristes, vulnerables y sufren por la soledad, inmediatamente la razón de esto es que son solteras, y están lamentando su decisión o el fallo en su carácter. Esto tiene tres connotaciones, primero, al explicar los fracasos y dificultades en términos de que no valió la pena decidir ser solteras destaca que esto es justamente un mecanismo de reproducción del modelo de amor asociado al matrimonio por amor para toda la vida, pues la soltería suele confrontarse con este modelo y no con cualquier otra forma de pareja o estilos de vida. Por otro lado, como he mencionado, no se trata de algo que solo este en la subjetividad de las personas sino que este ideal, el del matrimonio por amor para toda la vida, tiene efectos concretos sobre la cotidianidad de las personas: economía, compañía, cuidados, reconocimiento, afecto son dimensiones que suelen estar fuertemente vinculadas a contar con una pareja sentimental, por lo tanto se explica que muchas veces la sensación de soledad y vulnerabilidad está asociada no al fracaso sino a las restricciones para acceder a estas esferas por fuera del matrimonio por amor para toda la vida. en tercer lugar, limitan las experiencias de hombres y mujeres que intentan orientar el sentido existencial hacia una idea de completud por fuera de tener o no una pareja, porque la noción de autonomía y de individualidad solo es “equilibrada” dentro de una pareja matrimonial y por fuera de ella se convierte en autosuficiencia, aislamiento y soberbia.

Aparecen como personas que no requieren afecto, protección, cuidados, soporte material, reconocimiento porque se asocia a necesitar de otros y este necesitar solo parece evocar que su soltería es un error, por eso, las personas solteras permanentes tienen que esforzarse por demostrar que su vida es completa, legítima y permanentemente feliz. Incluso tienen que hacer frente a estas dinámicas que aún permean sus creencias y experiencias para



no reproducir los imaginarios que sobre ellos caen como solteros y solteras, así como para valorar sus proyectos de vida por fuera de los límites de estos ideales. Las críticas, señalamientos, pero también las fantasías sobre la vida de las personas solteras no son solo la forma de controlar el individualismo, es también el control de la intensidad de los lazos que se pueden construir y la reproducción del matrimonio como la relación más íntima, segura, estable, duradera y confiable. El miedo a la soltería disimula el miedo a la transformación de las relaciones de género, de clase y sentimentales, es decir a los cambios en las relaciones de poder. Como señala Budgeon (2008), este es una forma alternativa de estudio de la soltería que, aunque la mantiene unida a la cultura de la pareja, permite ver que las narrativas y miradas de exceso sobre la soltería son un desafío al supuesto ideológico de la incompletud puesto que, por un lado, lo que denotan es la protección del ideal de pareja con sus supuestas recompensas y por otro, posiciona la soltería como una opción más entre otras para organizar la vida íntima y sexual.

### 6.3 LA SOLTERÍA COMO INDIVIDUALIDAD Y CONSTRUCCIÓN DE VÍNCULOS

Como sostuve en el apartado anterior, la soltería es un tema idóneo para indagar acerca de la estrecha e intrincada relación entre el tipo de lazos sociales que se promueven y la individualidad permitida. Desde que empezaron las entrevistas y encuentros, el tema de la soltería se asociaba con el tema del amor, del desamor, de la soledad, pero también del trabajo, de los logros profesionales y las aficiones. En pocas ocasiones, a no ser que yo preguntara se hacía referencia a los padres y las madres, hermanas, otros familiares o amigas (os), en esas ocasiones casi siempre para referirse a cómo poner límites y lograr respeto por la intimidad. Las omisiones de los y las entrevistadas respecto a sus vínculos, como de las más para saber de ellos muestra que predominan los significados de la soltería como autosuficiencia, búsqueda de la intimidad individual y “falta” de pareja sentimental, y esta última como soledad. Con todo y las omisiones es imposible no reconocer el lugar que en las trayectorias de vida de las personas solteras tienen los familiares, las y los compañeros de trabajo y amigos y amigas para las carreras profesionales, los ascensos, la búsqueda de trabajo, el soporte frente al desempleo, contar con fiadores para obtener préstamos y arriendos, el apoyo emocional y para cultivar aficiones.

La tercera conclusión es que los temores y las sospechas frente a la soltería son un mecanismo de control de la intensidad de los lazos sociales, esto muestra con mayor nitidez que aspectos como la intimidad, la solidaridad y la incondicionalidad que se protegen no son

tanto la de cada individuo y entre cualquier relación entre individuos sino sobre todo los de la pareja sentimental. Adicionalmente este control está directamente relacionado con el Estado, las leyes, la política y “lo público” moldea las dinámicas afectivas y familiares, A lo largo del texto he mostrado la forma cómo las políticas estatales sobre el mundo laboral y sobre la educación inciden sobre la experiencia de soltería. Por otro lado, las dinámicas familiares, de clase y los discursos de los que las personas se apropian en la construcción de la individualidad, inciden en “lo público” y “lo estatal”. Tal y como he mostrado acerca de la imposición de los estilos de vida burgueses apropiados por las élites y la iglesia católica para imponer su visión de mundo. En el caso de Bogotá a la presencia institucional que “ordena” la vida de las personas y en los aspectos a través de los cuales lo hace, es necesario mencionar a la iglesia católica que ha logrado por siglos mantener lugares de control sobre la moral, la educación y vida familiar en la ciudad.

Esto ha ocasionado que la relación conyugal católica sea la que más se valora y se promueve y que las otras relaciones no estén autorizadas para tener niveles profundos de intimidad e incondicionalidad. La confianza, la seguridad y lo próximo son categorías dinámicas y locales, crean una red que imprime su impronta a la vida social, su huella indeleble en las actitudes individuales y en las relaciones entre unos y otros (Martínez de Pisón, 1997), hacen parte del cómo se define la intensidad de las relaciones, así como los contornos de la individualidad. El mundo subjetivo y objetivo está inmerso en las relaciones interpersonales y estas están sostenidas por las esferas económica, moral, social, subjetiva y afectiva (Giddens, 1998).

Desde la introducción ya decía que, en la antropología de principios del siglo XX, la soltería apenas si estaba mencionada en los textos como una rareza social. Posteriormente, en algunos trabajos sociológicos e historiográficos, la soltería fue la vía para evidenciar enormes transformaciones tales como los procesos de industrialización y urbanización y el surgimiento del individualismo en el capitalismo tardío (Bauman, 2018; Lipovensky, 2000). Muchos trabajos etnográficos de más reciente cuño han evidenciado, a través de la soltería, asuntos como la postergación del matrimonio, los cambios que se están produciendo en comunidades étnicas producto del capitalismo tardío o de la globalización. Desde los ochenta, la soltería empezó a estudiarse desde la antropología y la sociología como fenómeno particular. En este tipo de acercamientos, la soltería se describe como el estado y forma de vida de un cada vez mayor número de personas habitantes de las grandes urbes del mundo. En estos estudios se abordan temas como los estereotipos y exclusiones que sufren las personas solteras, la diversidad de formas de experimentación de la soltería destacando

las formas de gestionar el amor, la sexualidad y las actividades extralaborales. La soltería ha facilitado verificar hipótesis sobre los lazos de parentesco, los vínculos entre las estructuras económicas y la organización política y las correspondencias y tensiones entre la estructura emotiva e individual y la estructura social.

Mi investigación, así como muchas otras reseñadas en este trabajo, señala que el vínculo entre la soltería como ausencia de lazos distrae sobre la pregunta acerca de la forma como se están construyendo los lazos sociales y la individualidad y en el medio de estos los diferentes significados de valores como la libertad, la autonomía, así como la solidaridad, la generosidad y la intimidad. La soltería también es un espacio para comprender el tipo de interdependencias y reciprocidades sobre las que ella se sostiene. La soltería y sus significados permiten un entendimiento desde otras perspectivas, de la distribución de libertades y responsabilidades, de confianza y desconfianza y, por ende, de la vulnerabilidad; de las luchas por el tipo de respuesta a las preguntas acerca de quién es responsable de qué, de quiénes y en qué condiciones; y quién puede exigir cuidado, protección, por parte de quiénes y en qué condiciones.

Una forma en la que esto puede observarse es que la definición de “lo incondicional” está atada a definirla como sacrificio, renuncia y padecimiento y así queda restringida a que solo se pueda experimentar en el marco de la relación esposa-esposa, madre-hijos (as) del modelo de matrimonio burgués, relaciones de género desiguales, pero legitimadas; mientras que las personas solteras, sus emociones y lazos quedan excluidos de cualquier entendimiento de lo incondicional. En otras palabras, se restringen otros significados de la incondicionalidad, del amor, de la intimidad y de las relaciones entre amigos (as). La soltería no tiene por qué definirse como sinónimo de insolidaridad y autismo social (Martínez de Pisón, 1997), pues esta forma de entenderla no habla tanto de la soltería como de las restricciones, simbólicas y materiales que controlan el tipo de redes que se pueden construir. Continuar investigando sobre la soltería ampliará la forma en que se promueven y bajo qué condiciones y significados valores que se creen neutrales y con un único significado como la solidaridad, la generosidad, y la incondicionalidad.

La soltería no es el antónimo de tener pareja, sino del matrimonio por amor para toda la vida, este último al seguir siendo la fuente legítima, y muchas veces única de tener protección, seguridad, compañía, reconocimiento individual y social. El matrimonio es un modelo específico de pareja, que invisibilizando y obstruye la posibilidad de construir y fortalecer otros modelos de pareja y de redes de cuidado. Desde la perspectiva de estas investigaciones se comprende que es cada vez más legítimo experimentar el amor y el sexo

separados del matrimonio tradicional. Por otro lado, y a pesar de la hegemonía del modelo de matrimonio por amor para toda la vida, y del vínculo amoroso como epítome de relación, se edifican muchos otros vínculos. Estudios sobre la amistad, su historia y sus transformaciones completarían la comprensión sobre las formas de vivir el afecto y la familia fuera del matrimonio y analizar qué tan equitativas, justas y satisfactorias pueden ser. Habría que ampliar, en este sentido, estudios para responder por qué otro tipo de relaciones suelen generar temor y representarse como amenaza, y por qué pueden presentarse a veces como opuestos y enemigos de lo familiar y lo colectivo.

Restar importancia a describir las redes de responsabilidades y reciprocidades, así como las formas de intimidad, contribuyen a lograr que las personas sigan deseando el matrimonio por amor para toda la vida fundado en la desigualdad entre los géneros por encima de cualquier otro vínculo, pese a la desventajas y sufrimiento que muchas veces trae consigo. Es necesario ampliar la rada sobre otro tipo de vínculos para comprender mejor las limitaciones sobre las posibilidades de construcción relaciones de pareja más equitativas. Por ejemplo, Giddens evidencia que entre el amor romántico y el confluyente hay enormes diferencias, con la modernidad afirma, se desea el conocimiento mutuo y se acepta la contingencia; sin embargo, al no indagar por otro tipo de relaciones interpersonales no ve que las expectativas y deseos acerca del tipo de pareja que se desea, choca contra otra parte del mismo mundo emocional y no solo contra la estructura social y las expectativas colectivas sobre cómo debe ser una relación de pareja. El modelo respecto a cómo se expresa el amor, cuáles son sus manifestaciones está atado a los significados sobre qué es la incondicionalidad, pero sobre todo con quién se debe ser incondicional y cada quién, los roles, el género, la edad entre otras, cómo debe serlo, siguiendo a Illouz (2012) se trata de una organización específica de los deseos.

Esto quiere decir que la institución matrimonial y el modelo de familia derivada de esta se reproduce también por los significados atribuidos a los afectos y sus valores. Y a la forma como se limitan o fomentan en determinadas relaciones interpersonales. Hay que indagar sobre aquellos lugares, momento y relaciones en que el compromiso y la intimidad tiene legitimidad. Enfatizar demasiado en que la soltería es sufrimiento y soledad, conduce hacia la falta de reconocimiento de la importancia de los lazos en que ella está implicada, y reproduce el mecanismo de promoción del modelo del matrimonio por amor para toda la vida a través de estereotipos de la soltería permanente que engendren temor. Después del tiempo compartido con los y las entrevistadas y del análisis realizado, en la experiencia y representaciones de la soltería conviven significados positivos y negativos sobre los mismos

valores: soledad, autosuficiencia, libertad, solidaridad y empatía. En otras palabras, la experiencia de estos valores, socialmente, son más complejos que asignárselos a la soltería sin más. Es una obviedad decir que las personas casadas o viudas tienen momentos de sentirse profundamente solos y tristes.

Por otra parte, la soltería como aislamiento o culmen del individualismo, también oscurece las relaciones de reciprocidad y obligaciones entre varones, entre familias, entre mujeres entre otras, pues estas son vistas como únicamente como dependencia. Es posible inferir que, por este señalamiento muchas formas de favores y dependencias se ocultan, así como que no se logra describir el significado cultural de la diada dependencia/independencia y cómo estas organizan diferencias especialmente las de género. Por ejemplo, entre los varones, es primordial demostrar la capacidad de autosuficiencia respecto a sí mismos y a sus familias, demostración que es engañosa pues se suele edificar sobre la negación de los lazos sobre los que se construye, el apoyo familiar, y el capital social sobre el que el éxito, la carrera profesional y la imagen positiva de soltero se construyen. Es evidente que se ha permutado el significado de la soltería modificando a la vez las características del mismo modelo, especialmente en su deseabilidad y promoción tanto como en sus restricciones.

La noción de independencia empezó a relacionarse con la separación de la sexualidad del matrimonio, con la autonomía para tomar diferentes decisiones e ir en distintas trayectorias, y por estas mismas razones, también empezó a asociarse a individualismo egoísta. Los significados de los lazos empezaron a asociarse con que son etéreos superficiales y frágiles, pero frecuentes. Pero no se trata sólo de una referencia a las relaciones de pareja, sino también a otros vínculos como los laborales y los de amistad. Esto puede tener la lectura de superficialidad y desestructuración, pero también de nuevas formas de compromiso y equidad que están redefiniendo los ideales de compañerismo y de cooperación, ante valores como el afecto, la solidaridad y su aparente contraparte, la independencia y la soledad.

Se ve el esfuerzo y ansiedad que genera demostrar que se es independiente, en lo económico y en las decisiones, y se puede observar el intento de las personas por ocultar las redes en las que se apoyan para lograr una separación económica y emocional de los padres. La independencia, para los y las jóvenes solteras temporales suele concentrarse entre la capa social estudiada como independencia del padre y de la madre, por eso, el esfuerzo de ocultar las diferentes formas en que los padres los siguen apoyando cuando ya no viven con ellos. Esta lógica señala cómo deben ser los vínculos y límites cuando no se trata de una pareja amorosa: consiste en evidenciar la distancia que hay que tener con familiares y amigos, con

lo que se promueve veladamente la necesidad y el deseo de casarse, pues la cercanía, la intimidad y la reciprocidad de cuidados se ha centralizado en este modelo de relación. No en vano una de las más reconocidas preocupaciones de los padres de las personas solteras es “quién los va a apoyar y cuidar cuando ellos falten”. Esto hace que la noción de independencia, en el caso de la soltería, se agudice en el sentido de autosostenimiento y de temerle a la dependencia que puedan tener de otras personas.

La soltería pasó de entenderse como solteronía, es decir como una carga social y familiar que implicaba una actitud de compadecer a quienes la ostentaban, hacia la creencia de la independencia total, es decir, de la ausencia de cualquier vínculo que genere dependencia o pueda ser valorado como tal. Se erige así la soltería como una condición en la que no se necesita de nadie, ni apoyo, ni compañía; por lo menos de manera ideal. La autosuficiencia se vincula al ideal de autorrealización pues los otros aparecen como obstáculos. Por esto, las personas solteras permanentes ven en los discursos de la industria de la felicidad, el autoconocimiento, los procesos de apoyo psicológico y la autoayuda, estrategias para intentar cumplir con el mandato de “puedes aprender a estar solo” y “resuelve tus problemas por ti mismo”. No es una ficción de ellos, estas representaciones sobre la soltería son compartidas. En efecto, como ya mencioné, sus familiares los ven como personas que no necesitan ayuda, y sus amigos y amigas casadas les ponen límites, pues la amistad de una persona soltera puede verse como una amenaza al matrimonio. Por su parte, las personas solteras no quieren ser inoportunas, saben que no es fácil obtener seguridad de sus amigos y familiares, por eso en las entrevistas hablaron sobre todo de sus aficiones y de cómo a través de estas obtienen compañía y ser parte de un grupo.

Esto permite a los y las solteras demostrar autonomía e independencia, lo cual, sin embargo, a veces se asocia con un imperativo de autosuficiencia y soledad que evidentemente es imposible de cumplir. Este imaginario se manifiesta en el esfuerzo que representa para las personas solteras permanentes pedir ayuda y en las estrategias utilizadas para enfrentar las dificultades económicas, tales como llevar una vida austera, hacer grandes esfuerzos para ahorrar. En el fondo, exhibir que las dificultades cotidianas, como el vivir solos, cuidar mascotas o plantas, o aquellas de mayor envergadura como el desempleo o la enfermedad se resuelven sin ayuda o casi sin ayuda de nadie, son exigencias a la soltería permanente de demostrar que esta es una decisión correcta y plausible; en estos términos es una apuesta que se pierde desde antes de jugar, pues como afirma Illouz, a la idea de autonomía se le ha asignado mayor importancia por la vía de los modelos terapéutico de autocontrol. Se requiere de introspección y autoconocimiento para entender que los fracasos

están en la vida privada y en la negativa a resolver esos problemas (2012, 197). Como he venido sosteniendo, cuando se estudia la soltería se logra observar la forma como el peso de las responsabilidades se ha puesto sobre el yo ocultándose lo que tienen de social las categorías de independencia, autonomía y soledad y la forma como se asigna valor a las emociones, y quién debe mostrarlas y de qué maneras.

Esta exigencia de autosuficiencia a las personas solteras las expone a la desprotección, ya que en el matrimonio por amor para toda la vida se articularon las posibilidades de compañía y cuidados. En la soltería permanente se vuelve un asunto crítico tener provisión de cuidados, por un lado, porque se ha tenido la convicción de que las esferas de lo monetario y lo afectivo deben estar separadas ya que se contaminan mutuamente (Zelizer, 2009), de manera que se ve con suspicacia pagar por los cuidados o trabajar para uno mismo, así como dar o recibir dinero o cuidados de alguien diferente de la familia o de la pareja, pues “nada es gratis en esta vida”. Frente a esto se sitúan las interpretaciones comunes que consideran abuso el hecho de pedir algo a otros, o la posibilidad de conflicto al emprender proyectos de soporte económico con personas que no son de la familia, incluso la creencia de que la amistad se daña si se pone dinero de por medio. Por otro lado, al amor y al sexo les pasa todo lo contrario, separarlos es peligroso, pues esto implica que en ese tipo de relaciones no se puede construir compromisos y mucho menos esperar cuidados.

No es cierto que la única relación para toda la vida que aparentemente requiere esfuerzo y por eso es la más satisfactoria sea el matrimonio. Todas las relaciones requieren esfuerzo y muchas, así como el matrimonio, pueden terminar o ser para toda la vida. Aunque suene contradictorio, el tipo de amor que se ha atado al matrimonio contribuye activamente en el individualismo social que tanto nos tormenta, debido a que encubre y niega otros tipos de interrelaciones e interdependencias que sostiene un sinnúmero de dinámicas cotidianas. Lo descrito a lo largo de esta investigación habla de los cambios en estas restricciones, al menos en lo que respecta a la posibilidad de las mujeres de tener salarios y de que hombres y mujeres puedan y sea aceptado pagar por los cuidados y las tareas domésticas. Así mismo, a aquellas que se habían limitado indiscutiblemente al matrimonio, como el acceso a las dimensiones afectiva y sexual, las cuales, aunque aún siguen siendo limitadas en función de ciertos rasgos, se han flexibilizado permitiendo que los y las solteras puedan disfrutarlas desde el ejercicio mismo de su individualidad.

La soltería permanente habilita discursos alternativos sobre la individualidad y sobre los vínculos, a la vez que ofrece posibilidades simbólicas y metafóricas sobre el

amor, la responsabilidad y los cuidados a través de los cuales es posible advertir alternativas a la desigualdad de los roles de género, a pesar de que en muchos de ellos se advierte su reproducción. Los sentimientos que se desarrollan en torno a los vínculos y a la soledad, que sea vivan como gratos, dolorosos, agobiantes o motivadores, informan acerca de las desigualdades y vulnerabilidades que se construyen a través de ellos.

En este contexto, las y los solteros experimentan su soltería como una tensión entre la lucha por la autonomía y “aprender a estar solos”, y la pregunta por otros tipos de vínculos que no signifiquen avidez, disponibilidad permanente y carencia. Tener sexo como fin, trabajar para sí mismos, amar a los y las amigas, y cuidar de familiares, empleados, exparejas, es un hecho y son alternativas de construcción de conexiones. Que se promueva que la soledad es aislamiento, que se puede aprender a no necesitar de otros, que se piense que el único amor real, recíproco en su incondicionalidad y profundo es el de pareja, que se tenga miedo a cuidar porque pueden abusar y pedir más, no pedir ayuda porque es una intromisión, creer que la disponibilidad absoluta es sinónimo de amor, es un indicador de que el peligro no es necesariamente el individualismo sino un colectivismo demasiado estrecho.

#### 6.4 REFLEXIONES FINALES

La soltería ya no se representa como la tragedia de la mujer solterona o del abandonado solterón, pero tampoco la vida glamorosa con que a veces los medios muestran a los y a las solteras urbanas. Espero haber demostrado que la soltería, permeada y sostenida por nuevos ideales y discursos, le ha robado al matrimonio por amor para toda la vida parte del monopolio del sexo, del amor, de la realización personal y de la independencia. Este modelo de matrimonio ha perdido centralidad como estructurador de las vidas de hombres y mujeres, y al tiempo existen dificultades para delimitar qué es la soltería. Describir la soltería no ha sido sencillo, aunque en las experiencias hay muchos elementos comunes, también son diversos, así como son diversos los procesos sociales que sostienen la soltería y que la soltería representa.

La experiencia de la soltería varía por las expectativas respecto a cómo se debe acceder, en razón del género, la edad y el nivel socio-económico de los individuos, al amor, sexo, economía, procreación, convivencia y cuidados. No obstante, estas dimensiones, aunque con un acceso más flexible, siguen evaluándose como trascendentes y completas en el marco del matrimonio por amor para toda la vida: el verdadero amor, el sexo con amor,



la economía conjunta, la procreación como fin de la pareja, la convivencia conyugal, los cuidados incondicionales del esposo y la esposa. Es decir que, a pesar de las críticas al matrimonio y de las posiciones benéficas hacia la soltería, estas dimensiones permanecen amarradas a la expectativa de una vida que es trascendente solo en pareja y que sigue utilizando como espejo el modelo de matrimonio burgués. Esta combinación convierte a la soltería en una categoría inestable y heterogénea, que permanece atada al matrimonio por amor para toda la vida al menos como ideal.

La soltería es una experiencia atravesada por innumerables tensiones, una categoría relacional construida por imposiciones, restricciones, normas, ideales y representaciones, diferenciadas en función de si es hombre o mujer, jóvenes o adulto, se tiene dinero o no y, por supuesto, estrechamente vinculada a las representaciones sobre el matrimonio. En todo esto se pone en juego un orden emocional, moral y económico en el que se ajustan jerarquías, relaciones de poder en función de un proyecto económico y social. Luchas protagonizadas por el Estado, la iglesia y las élites.

A lo largo de esta investigación se aprecia que las ideas de libertad, independencia y matrimonio, aunque cambiantes siempre traen consigo la preocupación acerca de la igualdad entre hombres y mujeres, y entre clases sociales. La moral y ahora el terreno del yo se vuelen el campo de lucha, de reconocimiento para mantener las diferencias y obtener igualdades, derechos, privilegios. Los valores no son neutrales: el compromiso, la independencia, la libertad no se asignan de la misma manera puesto que esto también interviene en la asignación de roles y en las posiciones sociales que se representan. Por un lado, es innegable que en estos valores y en ámbitos como el amor de pareja, el sexo, el trabajo remunerado, los cuidados y los proyectos personales, se arrastra con la división sexual del trabajo y del binomio público-privado que estructuraron el *matrimonio por amor para toda la vida*, así como el proyecto burgués. Este modelo no sólo asignó tareas, cualidades y proyectos de vida diferenciados para mujeres y hombres, sino que restringió tareas y proyectos con la promesa de la complementariedad, la interdependencia e incluso la completitud. En las familias somos socializados y formados bajo este modelo; los sentimientos y cualidades asignadas por él conforman subjetividades, necesidades e intereses diferentes, que luego se verán promovidas u obstaculizadas en el mundo escolar, laboral, sexual, amoroso y social.

No ha sido sencillo asir la soltería como problema antropológico, por eso tal vez este trabajo es la descripción de un problema que ahora debe empezar a ser escudriñado y desmembrado para ampliar su comprensión. La modernidad sigue siendo una pregunta para Bogotá, y los rasgos que se le asocian y los estilos de vida, que se quieren encarnar en su

nombre, están aún presentes, pero siempre enmarcados con valores religiosos y coloniales. No es una casualidad que las parejas de la capa social estudiada aún duden si el matrimonio civil o la cohabitación son alternativas viables y legítimas para su entorno.

Por otro lado, el nuevo ideal de la autorrealización, ha introducido una mayor presión sobre los individuos para diferenciarse de los demás y sentirse únicos (Illouz, 2012, 151), esto ha sumado tensión acerca de los fines que se buscan frente a actividades como el trabajo, tener hijo (as), estudiar entre otras metas asociadas a las trayectorias vitales. Esto inevitablemente ha complejizado los significados sobre el amor verdadero, la libertad, la lealtad, el sexo y los para qué de todo esto y suma tensión entre lo colectivo y lo individual. Lo central es investigar acerca de a quién y en qué momento se pide que piense en sí mismos y a quién que piense en otros por encima de sí mismos y cómo la soltería incomoda o respalda determinados ordenes sociales y económicos.

En este sentido, uno de los asuntos a ser examinados con más detalle es el ideal de la felicidad personal, que dejó de verse como debilidad y falta de dominio de sí, sin embargo, se prenden las alarmas frente a un individualismo egoísta. Este ideal hace parte de los procesos que han convertido a la soltería en un proyecto viable, así como la productividad y la necesidad de consumidores permitió dejar de ver a las personas solteras como inútiles. No obstante, se ejerce presión para que demuestren felicidad y capacidad adquisitiva, esto por supuesto remite nuevamente a la cuestión acerca de cómo se cargan con estas presiones en razón de la capa social, género y edad a la que se pertenece. También a las dosis de incertidumbre y ambigüedad: ilusión del mito del amor de pareja, pero el miedo a perder la libertad; el deseo de intimidad personal y al mismo tiempo el cálculo del tipo de cercanía que se quiere con otras personas; el terror de la soledad, y el afán por limitar ciertas formas de establecer los lazos sociales.

En este sentido, el modelo hegemónico de persona está fuertemente vinculado al sujeto casado diferenciado por género, pero también a los recursos económicos, sociales y capacidad de diferenciación a través de las marcas de la autorrealización que se demuestren. Esto quiere decir que, la soltería más que una individualidad es una relación. La soltería es una experiencia particular de individualidad que aún se asocia a la incompletud, pero ahora también a la demostración de la felicidad personal y de la autodeterminación. Esto ha hecho que la soltería adquiera nuevos significados, en la medida en que ha cambiado lo que se espera de un individuo a lo largo de su vida. Tanto el ideal del matrimonio como el de la soltería intervienen en la evaluación y autoevaluación de las cualidades personales: compromiso, cuidado, responsabilidad, interdependencia, independencia y autonomía. En

síntesis, existen mandatos e ideales en tensión así reproducción y cambios en las prácticas y en las relaciones sociales que hacen de la experiencia e identidad de la soltería un lugar idóneo para analizar el sostenimiento mutuo entre las relaciones sociales y el individualismo que se promueve.

Carencia, exceso, capacidad, incapacidad, equilibrio, moderación, medir así valores y cualidades como la madurez, el compromiso, la independencia, la libertad, el sexo, el amor demuestra que se trata de una compleja evaluación que anuda las identidades al género y al estado civil, que marca las experiencias, posiciones de control y ventajas, y los tipos de vínculos amorosos, sexuales, laborales y sociales permitidos y en disputa. Sin embargo, la soltería, aún desde la desventaja, compite frente a un modelo en el que impera el amor de pareja, con el matrimonio como su hito y su carga, que se mantiene como principio estructurador de los lazos sociales y de las desigualdades de género, es decir de la distribución de gran parte de las libertades y responsabilidades individuales y colectivas. En concordancia, la soltería no es solo entonces la experiencia de un tipo de individualidad es, también, una experiencia particular de construcción de vínculos.

El ideal del matrimonio, en especial la idealización de pareja mantiene la exclusividad del modelo de reciprocidad, responsabilidad e incondicionalidad, convirtiéndose en la única relación de la que se espera la garantía de los cuidados, la compañía y el soporte económico. A causa de ello, las personas solteras, por un lado, no cuentan con la posibilidad de la pretendida seguridad y protección del matrimonio basado en la interdependencia. De otro lado, bajo este ideal se fuerza a que la intimidad y la vida privada se abra solo incondicionalmente a una pareja. Esta restricción explicaría por qué los vínculos diferentes al matrimonio o a una pareja amorosa, familiares y de amistad, sean vividos como intromisión cuando traspasan determinados límites.

De estas dos maneras, se limita el tipo de relaciones posibles y el nivel de intimidad que es dable construir, condicionando a su vez las estrategias para enfrentar la vulnerabilidad y promoviendo la soltería como experiencia de soledad. Por eso, no es de extrañar que las personas solteras y muchas otras personas, pese a las críticas al matrimonio y a las malas experiencias sentimentales, continúen buscando pareja. Es decir, son pautas sociales que promueven o restringen las disposiciones a sentir determinadas emociones, a percibir el mundo desde un trasfondo afectivo particular y a generar las pautas de acción y los vínculos correspondientes (Rosas, 2011).

Esto revela que la experiencia del amor tiene un soporte social que hace que dependamos de este tipo de relaciones para tener certidumbre emocional, económica, social

y cultural como consecuencia del tipo de relaciones que se promueven con sus respectivos grados de reciprocidad. Por eso, el individualismo egoísta no es lo opuesto al amor, ni es sinónimo de soltería. El individualismo extremo puede leerse también como producto, tanto del centralismo dado a la relación de pareja que se espera supla toda clase de necesidades individuales y limita el protagonismo de otro tipo de mecanismos de protección y cuidado, así como del llamado a demostrar que la única alternativa al matrimonio es la autosuficiencia individual.

## REFERENCIAS

- ACOSTA, Carmen E. (2011). Literatura vivida, formas de vida y mundos privados: historias del siglo XIX en Colombia. En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia. Tomo I* (pp.47-80). Bogotá: Taurus.
- AEQUALES, Informe (2017). Par: ranking de equidad de género en las organizaciones. Informe de resultados para Colombia sector privado. *Hallazgos 2017*.  
[<https://aequales.com/nuestras-publicaciones/>]
- AHMED, Sara (2019). *La Promesa de la felicidad: Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- ALZATE, Adriana (2011) "Cuerpos Bárbaros" y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada (siglo XVIII). En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia*. Tomo I, (pp. 255-282). Bogotá: Taurus.
- AMADOR, Diego y BERNAL, Raquel (2012). ¿Unión libre o matrimonio? Efectos en el bienestar de los hijos- *El Trimestre Económico*, Vol. 79, No. 315, 529-573.  
[<https://doi.org/10.20430/ete.v79i315.69>]
- AMORÓS, Celia (1997). *Tiempo de feminismo: Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. España: Cátedra.
- AMUNÁTEGUI P, Carlos F. (2006). El origen de los poderes del "Paterfamilias" I: El "Paterfamilias" y la "Patria potestas". *Revista de estudios histórico-jurídicos*, (28), 37-143.  
[<https://dx.doi.org/10.4067/S0716-54552006000100002>]
- ANDERSEN, Hans Christian (1858). El gorro de dormir del solterón (Cuento infantil). En *El Libro Total* [<https://www.ellibrototal.com/ltotal/ficha.jsp?idLibro=2242>]
- APPLEBY, Rosilyn (2013). Singleness, Marriage, and the Construction of Heterosexual Masculinities: Australian Men Teaching English in Japan. *Journal of Multidisciplinary International Studies*, 10 (1), 1-21.
- AVELLA, Mauricio (2012). Las instituciones laborales colombianas: contexto histórico y principales desarrollos desde 1990. En Arango L. y Hamann F. (ed.) *El mercado de trabajo en Colombia: hechos, tendencias e instituciones* (pp. 3-77). Bogotá: Banco de la República.  
[[https://www.banrep.gov.co/docum/Lectura\\_finanzas/pdf/lbr\\_merc\\_trab\\_1.pdf](https://www.banrep.gov.co/docum/Lectura_finanzas/pdf/lbr_merc_trab_1.pdf)]
- AZNAR GIL, Federico. (2009). La inmadurez psicológica y el consentimiento matrimonial en la jurisprudencia rotal. *Salmanticensis*, Vol. 56, N° 3, 517-560.  
[<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3134243>]

- BÁEZ, Myriam (2002). El surgimiento de las Escuelas Normales femeninas en Colombia. *Revista Historia De La Educación Latinoamericana*, (4).  
[[https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia\\_educacion\\_latinoamerican/article/view/1471/1466](https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_educacion_latinoamerican/article/view/1471/1466)]
- BALZAC, Honoré de (1832). El cura de Tours. En *El Libro Total*.  
[<https://www.ellibrototal.com/ltotal/ficha.jsp?idLibro=6339>]
- BARRETO, Luz Marina (1997). ¿Es posible una ética de las emociones? *Ideas y Valores* No. 103. [<https://revistas.unal.edu.co>]
- BARRERO Tapias, José Ricardo; CLAVIJO, Jairo & GÓMEZ SERRUDO, Nelson Antonio (2011). Cuerpo sano y espiritual: prácticas de consumo y estilo de vida *Universitas Humanística*, 71, enero-junio, pp. 175-189.
- BAUMAN, Zygmunt (2003). *Amor líquido: sobre la fragilidad de los vínculos humanos*. España: Paidós.
- BAWIN-LEGROS, Bernadette (2004). Intimacy and the New Sentimental Order. *Current Sociology*, 52 (2), 241-250.
- BECK, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. España: Paidós.
- BEJARANO, Jesús A. (2016). La generación del medio siglo: en busca del espíritu burgués. *Revista de Economía Institucional*, vol. 18, n.º 35, segundo semestre, pp. 293-300. [<http://www.scielo.org.co/pdf/rei/v18n35/v18n35a14.pdf>]
- BELLOTTI, Elisa (2008). What are friends for? Elective communities of single people. *Social Networks* 30, 318–329.
- BERMÚDEZ, Susy (1993). *El bello sexo: la mujer y la familia durante el Olimpo radical*. Bogotá: ECOE Ediciones.
- BORGES, Carolina & MAGALHÃES, Andrea (2013). Individualism, life trajectories and plans of constituting a family. *Estudos de Psicologia (Campinas)*, 30 (2), 177- 185.  
[<https://dx.doi.org/10.1590/S0103-166X2013000200004>]
- BORJA, Jaime (2011) De la pintura y las vidas ejemplares coloniales, o de cómo se enseñó la intimidad. En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia. Tomo I*, (pp. 255-282). Bogotá: Taurus.
- BOURDIEU, Pierre (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre. (2004). *El baile de los solteros: La crisis de la sociedad campesina en el Bearne*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, Pierre (2012). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. México: Taurus.

BUDGEON, Shelley (2008). Couple culture and the production of singleness. *Sexualities vol. 11* (3) 301-325.

BUQUET, Ana Gabriela (2016). El orden de género en la educación superior: una aproximación inter disciplinaria. *Nómadas* (Col), 44, 27-43.  
[<https://www.redalyc.org/journal/1051/105146818003/html/>]

CABANAS Edgar e ILLOUZ, Eva (2019). *Happycracia: cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Colombia: Paidós.

CACHINERO SÁNCHEZ Benito (1982). La evolución de la nupcialidad en España (1887-1975). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 20, 81-99.

CALDUCH, Rafael (2006). La estructura económica internacional del siglo XIX. *Estudios Internacionales de la Complutense*, Vol. 8, N° 3, 35-81.  
[<https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-55164/11historia2.pdf>]

CAMPS Victoria (1993). *Las paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica

CÁRDENAS, Leonardo Pbro. (2015). Ejes transversales de la doctrina sobre la incapacidad consensual para el matrimonio. *Universitas Canonica*, 32, (48), 58-81.  
[<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vnicanonica/article/view/17314>]

CASTRO-GÓMEZ Santiago (2009). *Tejidos Oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Instituto Pensar; Editorial Javeriana.

CATAÑO Gonzalo (1984). Educación y diferenciación social en Colombia. *Revista Colombiana de Educación*, 14. UPN. [<https://doi.org/10.17227/01203916.5108>]

CATHERINE W. y EVELYN G. H (2004). Hong Kong Single Working Women's Pragmatic Negotiation of Work and Personal Space. *Anthropology of Work Review*. 25, (1-2), 8-14. [<https://doi.org/10.1525/awr.2004.25.1-2.8>]

CÉSPEDES, Lina María (2006) ¿Los solteros eternos del derecho? Reflexiones alrededor de la afiliación del compañero/a permanente homosexual a la Seguridad Social en Salud En Mara Vivero (ed.), *Saberes, culturas y derechos sexuales en Colombia*. Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos – CLAM/ Centro de Estudios Sociales – CES. Tercer Mundo Editores

CHÁVEZ, Nelson y RÍOS, Héctor. (2014). Discriminación salarial por género “efecto techo de cristal”. Caso: siete áreas metropolitanas de Colombia. *Revista Dimensión Empresarial*, 12(2), 29-45. [<http://www.scielo.org.co/pdf/diem/v12n2/v12n2a03.pdf>]

Cómo se mueven los créditos de educación superior en Colombia, (mayo 23 de 2017). *Revista Semana*. Recuperado de [<https://www.semana.com/edicion-impresa/caratula/articulo/asi-se-mueven-los-creditos-de-educacion-superior-en-colombia/258625>]

COONTZ, Stephanie (2006). *Historia del Matrimonio: Cómo el amor conquistó el matrimonio*. Madrid: Gedisa.

CORREA, M. Eugenia (2003) Correa (2003). *Feminización de la educación superior en Colombia*. Unesco, Biblioteca digital. [<http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001399/139923s.pdf>]

CORTINA, Adela. (2002). *Por una ética del consumo. La ciudadanía del consumidor en un mundo global*. Madrid: Santillana

CULELL, Fernando O. (2015). Breve introducción a la construcción ideológica e identitaria de la burguesía en Europa occidental. *Sociales y Virtuales*, 2(2). Recuperado de [<http://socialesyvirtuales.web.unq.edu.ar/breve-introduccion-a-la-construccion-ideologica-e-identitaria-de-la-burguesia-en-europa-occidental/>]

DANE (2005). Boletín Algunos datos sobre la población soltera en Bogotá. [https://www.dane.gov.co/files/censos/presentaciones/bol\\_soltera\\_Bta.pdf](https://www.dane.gov.co/files/censos/presentaciones/bol_soltera_Bta.pdf)

DAUPHIN, Cécile (1993). Mujeres Solas. En Duby y Perrot (dir.) *Historia de las mujeres en occidente*, Tomo 8: El siglo XIX, cuerpo, trabajo y modernidad, pp. 131-147. España: Taurus.

¿De qué tanto sirve ser doctor para conseguir trabajo en Colombia? (sept. 8 de 2018). *Revista Semana*. Recuperado de [<https://www.semana.com/educacion/articulo/vale-la-pena-estudiar-doctorado-en-colombia-para-conseguir-trabajo/577112>]

Doña Rosita cumple 50 años de soltería (diciembre 11 de 1985). *Diario El País*. Recuperado de: [[https://elpais.com/diario/1985/12/12/cultura/503190002\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1985/12/12/cultura/503190002_850215.html)]

EDUCATION FIRST (2016). *Índice de Dominio de Inglés EF - English Proficiency Index (EF EPI)*. Consultado en mayo de 2018. [<https://www.ef.com.co/epi/>]

El Síndrome “Bon Bril” (mayo 4 de 2007). *Revista Semana*. Recuperado de [<https://www.semana.com/el-sindrome-bon-bril/85279-3/>]

ELIAS, Norbert (2003) Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y Forasteros. *Reis* 104/03, 219-251.

ERIKSON, Erik. (2004). *Sociedad y adolescencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.



ESTEVE A., GARCIA J., y MCCAA R. (2010). La enumeración de la soltería femenina en los censos de población: sesgo y propuesta de corrección. *Papeles de Población*, 16(66), octubre-diciembre, 9-40. [<https://www.redalyc.org/pdf/112/11216490002.pdf>]

FILGUEIRA, Carlos (2000). *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: Cepal.

FOUCAULT, Michel (2002). *Historia de la sexualidad I*. México: Siglo XXI.

FRIEDAN, Betty (2009). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra

FRIGOLÉ R. Joan (1998), Procreation and Its Implications for Gender, Marriage, and Family in European Rural. *Anthropological Quarterly*, 71(1) (Jan), 32-40. [<http://www.jstor.org/stable/3317602>]

GARCÍA A. (2009). La teoría de la estructuración y su observación desde la acción: los límites del análisis Estudios Sociológicos, vol. XXVII, núm. 79, pp. 31-61

GARCÍA, Melissa; SALVADOR, Alejandra; GUZMÁN, Rebeca. (2012). Actitudes hacia la transformación de la vida en pareja: soltería, matrimonio y unión libre. *Psicología Iberoamericana*, 20(2), 16-25  
[[https://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/5264/garciameraz\\_articulo2012-2.pdf](https://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/5264/garciameraz_articulo2012-2.pdf)]

GARCÍA, Thaís. (2011). Las mujeres jóvenes y la formación de uniones en España: Factores socio-demográficos vinculados a sus relaciones de pareja. *Prisma Social, Revista de ciencias sociales*, 6, (Jun) 1-37. [<https://www.redalyc.org/pdf/3537/353744578001.pdf>]

GARCÍA LORCA, Federico (1935). Doña Rosita La soltera o el lenguaje de las flores. En *El Libro total* [[https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=943\\_1040\\_1](https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=943_1040_1)]

GAVIRIA, Sandra (2002). Retener a la juventud o invitarla a abandonar la casa familiar. Análisis de España y Francia. *Estudios de Juventud*, 58, 41-46.

GIDDENS, Anthony (1984), *Central Problems in Social Theory*. Los Ángeles: University of California Press.

GIDDENS, Anthony (1998). *La transformación de la intimidad: sexualidad amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.

GIL, Enrique (2002). Emancipación tardía y estrategia familiar: el caso de los hijos que ni se casan ni se van de la casa. *Estudios de Juventud*, 58, 1-9.

GIROLA, Lidia (1997). El individualismo según Durkheim. *Sociológica*, 14 (12), 69-88.

- GÓMEZ, Argelia y SALGUERO, Alejandra (2014). Una Mirada a la Soltería masculina. *Reflexiones*, 93(2), 79-87. [<https://www.redalyc.org/pdf/729/72933025006.pdf>]
- GONZÁLEZ, Soledad (2002). Prácticas del noviazgo. *Desacatos*, 9, 188-191. [[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2002000100014](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2002000100014)]
- GONZÁLEZ, Rodrigo (2009). Capital social: una revisión introductoria a sus principales conceptos. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7(2) Especial jul-dic., 1731-1747 [<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20131127045621/art.RodrigoGonzalez.pdf>]
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Fernán (1993). El Concordato de 1887: Los antecedentes, las negociaciones y el contenido del tratado con la Santa Sede. *Revista Credencial Historia*, 41. [<https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-41/el-concordato-de-1887>]
- GORDON T. (2002). Single Women. En: Griffin, G. y Braidotti, R. (Eds.) *Thinking differently: A reader in European Women's Studies*, (pp. 49-63). London & New York: Zed Books.
- GUBER, Rosana (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Argentina: Siglo XXI.
- GUTIÉRREZ, Virginia (2000). *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia.
- GUZMÁN, Diana (2014). De la doctrina a la opinión pública: la literatura de folletín en la prensa católica colombiana (1850-1880). *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Vol. 43, 39-62. [<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/47112/44172>]
- HAN, Byung-Chul (2014). *La agonía del Eros*. España: Herder.
- HERNÁNDEZ, Fátima (2017). El estereotipo de la solterona: literatura y construcción social en la Inglaterra de Jane Austen (1775-1817). *Revista de Historiografía*, 26, 125-148. [<https://doi.org/10.20318/revhisto.2017.3702>]
- HERRERA, Martha (1993). Historia de la educación en Colombia: la república liberal y la modernización de la educación (1930-1946). *Revista Colombiana de Educación*, 26. [<https://doi.org/10.17227/01203916.5297>]
- HINCAPIÉ, Alexander y QUINTERO, Sebastián (2012). Cuerpos sometidos, sujetos educados. Apuntes para una interpretación de las luchas discursivas por la construcción de la educación sexual en Colombia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10(1), 93-105. [<http://www.scielo.org.co/pdf/rlcs/v10n1/v10n1a05.pdf>]

ILLOUZ, Eva (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica*. Rodil, M. V. (Trad.) Buenos Aires: Katz Editores.

JARAMILLO, Hernán (2009). La formación de posgrado en Colombia: maestrías y doctorados. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*. 5(13), 131-155.

JURADO, Mario. (2004). Ciclo de vida laboral de los trabajadores de alta escolaridad en la Zona Metropolitana de Monterrey, 1987- 2000. *Papeles de Población*, 10(39), 177-217. [[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_abstract&pid=S1405-74252004000100008&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1405-74252004000100008&lng=es&nrm=iso)]

LAGARDE, Marcela (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. España: Puntos de encuentro.

LAGARDE, Marcela (2006). *Claves feministas para mis socias de la vida*. Madrid: Editorial Horas y Horas.

LAHAD, Kinneret. (2012). Singlehood, waiting and the sociology of time. *Sociology Forum*, 27, (1), 163-186. [<https://www.jstor.org/stable/41330918>]

LAMAS, M. (2013). Las putas honestas, ayer y hoy. En: Lamas, M. (comp.), *Cuerpo, Poder y Política*. Océano: México.

LANDINEZ I., Diego (2019). Identidad y nación en el proceso de independencia neogranadina entre 1810 y 1830. *Diálogo de saberes: investigaciones y ciencias sociales*, 51, 81-100. [<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7344339>]

LARDELLIER, Pascal (2015). ¿Ritualidad versus modernidad...? Ritos, identidad cultural y globalización. *Revista Mad*. (Magíster en Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad), 33, 18-28.

LENOIR, Remi (1993). Objeto sociológico y problema social. En *Iniciación a la práctica sociológica*. Champagne, Patrick; Lenoir, Remi; Merllié, Dominique; Pinto, Louis. Madrid: Siglo XXI Editores.

LEÓN PALACIOS, Paulo (2002). La industrialización colombiana: una visión heterodoxa. *Innovar*, 12(20), 83-100. [[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0121-50512002000200006&lng=en&tlng=es.](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-50512002000200006&lng=en&tlng=es.)]

LEVI-STRAUSS, Claude (1956). La familia. En: Lévi-Staruss, C.; Spiro, M.E. & Gough, K. *Polémica sobre el Origen y la Universalidad de la Familia*. Barcelona: Anagrama.

Ley 54 de 1990. Sitio web de la Función Pública. Colombia, Bogotá, 28 de diciembre de 1990. [[https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma\\_pdf.php?i=30896](https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma_pdf.php?i=30896)]

LIPOVESKY, Gilles (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

LLANO I., Rodrigo (2010). La independencia en Bogotá: el 20 de julio de 1810. *Credencial Historia*, 241. [<https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-241/la-independencia-en-bogota-el-20-de-julio-de-1810>]

LOAIZA CANO, Gilberto (2009). La expansión del mundo del libro durante la ofensiva reformista liberal. Colombia, 1845-1886. En: *Independencia, independencia y espacios culturales: diálogos de historia y literatura*. (Biblioteca abierta colección general estudios interdisciplinarios). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

LONDOÑO, Oscar I. (2015). El poder de los hombres. Prensa, masculinidad y consumo. *Tonos digital*, 28.

LONDOÑO VEGA, Patricia (1995). Las colombianas durante el siglo XIX. *Credencial Historia*, 68. Red cultural del Banco de la República de Colombia.

LÓPEZ, Antonio (2010). Perentoria social y moratoria social rural: aproximaciones a la comprensión de juventud rural. *Universitas Humanística*, 70(70), 187-203. [<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/21211>]

LÓPEZ, María del Pilar (2011). La vida en casa en Santa Fé en los siglos XVII y XVIII. En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia*. Tomo I (pp.81- 110). Bogotá: Taurus.

LÓPEZ BEJARANO, Joaquín (mayo 6 de 2017). Aliste \$ 1,8 millones al mes si quiere independizarse. *Diario La República* [<https://www.larepublica.co/finanzas/aliste-18-millones-al-mes-si-quiere-independizarse-2505521>]

MACEIRA, Verónica (2018). Clases y diferenciación social. En Piovani, J. y Salvia A. *La argentina en el siglo XXI: como somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual*. Argentina: Siglo XXI.

MACVARISH, Jan (2006). What is 'the Problem' of Singleness? *Sociological Research Online*, Volume 11(3).

MAGALHÃES, Andrea y FERES-CARNEIRO, Terezinha (2003). *Conjugalidade e subjetividades contemporâneas: o parceiro como instrumento de legitimação do "eu"*. Encontro Mundial dos Estados Gerais da Psicanálise, Rio de Janeiro, [<http://www.estadosgerais.org/mundial.rj>]

MAIA CLAUDIA (2007). *A invenção da solteirona: conjugalidades moderna e temor moral, Minas Gerais (1890-1948)*. Universidad de Brasilia (tesis doctoral).

MAIR Luci. (1974). *Matrimonio*. Barcelona: Barral.

MALDONADO, Mónica. (2005). Noviazgo, emotividad y conflicto. Relaciones sociales entre alumnos de la escuela media Argentina. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 10, (26), 719-737.

MARCAL, Katrine (2016). *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia sobre las mujeres y la economía*. S.L: Debate

MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides (ed.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 3-21). Bogotá: Siglo del Hombre Editores

MÁRQUEZ OTERO, Ximena. (2005). Ni contigo ni sin ti: la pareja irrompible. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 7(2), 27-42.  
[<https://www.redalyc.org/pdf/802/80270203.pdf>]

MARTÍNEZ DE PISÓN, José (1997). Vida privada e intimidad: implicaciones y perversiones. *Anuario de Filosofía del derecho*, XIV, 717-738.

MASQUELIER Adeline (2005), The Scorpion's Sting: Youth, Marriage and the Struggle for Social Maturity in Niger. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 11(1) (Mar), 59-83.

MAYORAL Dolors y SAMPER Lluís (2006). Cambio Social y Homogamia Educativa. *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, LXIV(43), (enero-abril), 35-67.

McLAUGHLIN, Kenneth (2012). La psicologización y la construcción del sujeto político como un objeto vulnerable. *Teoría y crítica de la psicología* 2, 3-18.  
[<http://teocripsi.com/documents/2MCLAUGHLIN.pdf>]

MEJÍA, Germán (2011). En busca de la intimidad, Bogotá 1880-1910. En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia*. Tomo II (pp.19- 46). Bogotá: Taurus.

MÉZQUITA DE ALMEIDA, Josefina (1977). *La mujer: sus obligaciones y sus derechos*. Serie Derecho de Familia. Bogotá: Legis Ediciones.

MILLET, Kate (1995). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.

MISAS, Gabriel (2004). *La educación superior en Colombia: Análisis y estrategias para su desarrollo*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.

MORENO Víctor, LONDOÑO, David y RENDÓN, Juan (2015). Matrimonio, familia y unitarismo: condicionantes sociopolíticos de la doctrina católica en la construcción de la identidad política y jurídica de la familia en Colombia. *Civilizar* 15 (29): 73-92, julio-diciembre. [<http://www.scielo.org.co/pdf/ccso/v15n29/v15n29a06.pdf>]

Nulidades matrimoniales por inmadurez afectiva. La madurez, ¿punto de partida o meta? (24 de noviembre de 2004) *ACEPRENSA*, Año XXXV. [<https://faculty.utrgv.edu/jose.martinez/General/GenFamMadurez.pdf>]

OSELLA Filippo y OSELLA, Caroline (2000). Migration, Money and Masculinity in Kerala. *The journal of the Royal Anthropological Institute*, 6(1) (Mar), 117-133. [<http://www.jstor.org/stable/2660768>]

OSUCHOWSKA, Marta (2016). El Concordato colombiano y la jurisprudencia de la Corte Constitucional. *Anuario Latinoamericano Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, 3, pp. 125–141. [<https://journals.umcs.pl/al/article/viewFile/4372/3103>]

PARDO BAZÁN, Emilia (1896). *Memorias de un Solterón*. [[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/memorias-de-un-solteron--0/html/ff85c7c0-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/memorias-de-un-solteron--0/html/ff85c7c0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html)]

PARRA, Rodrigo y JARAMILLO, Bernardo (1985). *La educación superior en Colombia*. Caracas: Cresalc-Unesco.

PARSONS, Talcott. (1943). El sistema actual de parentesco en los Estados Unidos de América. En: *Ensayos de teoría sociológica* (pp. 162 y ss). Buenos Aires: Paidós.

PEDROZA FLORES, René (2015). Los cambios del vínculo amoroso en la posmodernidad. *Revista Iberoamericana de las Ciencias Sociales y Humanísticas*, 4(8). [<https://www.redalyc.org/pdf/5039/503950656019.pdf>]

QUIROGA Conrado de, Soledad (2000). Limitaciones y transformaciones sociales: bases para una rebelión matrimonial a principios del siglo XIX en Mallorca. *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul.liana: Revista d'estudis històrics*, 56, 363-382.

RAMÍREZ M. Himelda (2010). Las mujeres en la construcción de la nación colombiana. *Ciclo de conferencias: Historia, mujeres y género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

REYES Catalina y SAAVEDRA María Claudia (2005). *Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo 20: formas de asociación y participación sindical*. Medellín: ediciones ENS.

RODRÍGUEZ, Pablo (2011). Los sentimientos coloniales: entre la norma y la desviación. En BORJA, Jaime y RODRÍGUEZ, Pablo (Dir.) *Historia de la vida privada en Colombia*. Tomo I (pp.197- 226). Bogotá: Taurus.

RODRÍGUEZ, Susana (2012). Consumismo y sociedad: una visión crítica del homo consumens. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*. 34(2). [<https://www.redalyc.org/pdf/181/18126057019.pdf>]

RODRÍGUEZ, T. Y PÉREZ I. (2014). La sexualidad femenina en discursos de la prensa popular y la ficción televisiva. *Nueva época*, 21, (enero-junio), pp. 15-41. [<http://www.sidastudi.org/resources/inmagic-img/DD19387.pdf>]

ROJAS, Enrique (Septiembre 8 DE 2006). El síndrome de Simón. Página web del Instituto Español de Investigaciones Psiquiátricas-IEIP [<https://ieip.es/el-sindrome-de-simon/>]

ROSAS, Omar (2011). La estructura disposicional de los sentimientos The Dispositional Structure of Sentiments. *Ideas y Valores*, 59(145). [[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0120-00622011000100001](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-00622011000100001)]

ROSENBERG, Nancy (2007). Rethinking Emerging Adulthood in Japan: Perspectives from Long-Term Single Women. *Child development perspectives*, 1(2), 92 -95.

SA'AR, Amalia (2004). Many Ways of Becoming A Woman: The Case of Unmarried Israeli-Palestinian Girls. *Ethnology*, 43(1), 1-18.

SAAVEDRA, Anny Carolina, PALÓS, Albert Esteve; LÓPEZ-GAY, Antonio (2013). La unión libre en Colombia: 1973-2005. *Revista Latinoamericana de Población*, 7(13), 107-128. [<https://www.redalyc.org/pdf/3238/323830085005.pdf>]

SALAMANCA, Diana (2013). *Problemáticas en las relaciones de pareja de mujeres solteras que acuden a consulta psicológica y su correspondencia con el nivel de diferenciación del sí mismo y la dinámica relacional con la familia de origen* [Tesis de Maestría en Psicología Clínica]. Pontificia Universidad Javeriana. [<https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/3849>]

SÁNCHEZ, Lilián, GUTIÉRREZ, María, HERRERA, Nelson, BALLESTEROS, Magnolia, IZZEDIN, Romina y GÓMEZ, Ángela. (2011). Representaciones sociales del noviazgo, en adolescentes escolarizados de estratos bajo, medio y alto, en Bogotá. *Revista de Salud Pública*, 13(1), 79-88. [<https://revistas.unal.edu.co/index.php/revsaludpublica/article/download/33528/38089>]

SARASÚA, Carmen (2006). Trabajo y trabajadores en la España del siglo XIX. En: J. M. Matés y A. González (coords.). *Historia económica de España* (pp. 413-434). Ariel.

SARRAZIN, Jean-Paul (2012). New Age en Colombia y la búsqueda de la espiritualidad indígena. *Revista Colombiana de Antropología*, 48(2), 139-162.

[[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0486-65252012000200007&lng=en&tlng=es](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252012000200007&lng=en&tlng=es)]

SCHLUCHTER, Wolfgang (1991). Max Weber: el origen del modo de vida burgués. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 71 (enero-marzo)

SEGALEN, M. (1992). *Antropología histórica de la familia*. Madrid: Taurus.

SENNET, Richard (2000). *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. España: Anagrama.

SERRANO, Adriana (2010). Las solteras obreras. *Papel Político Bogotá* (Colombia), 15(2), 459-485. [<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=777/77721289004>]

STEIN P. (1981) Understanding single adulthood. *Single life: Unmarried in social context*. St. Martin's Press.

SHUZHUO L., ZHANG Qunlin, YANG X. Y ATTANÉ I. (2010), Male singlehood, poverty and sexuality in rural China: An exploratory survey. *Population-E*, 65(4), 679-694.

SMOCK, Pamela y MANNING, Wendy. (2004). Living together unmarried in the United States: Demographic perspectives and implications for family policy. *Law & Policy*, 26(1), 87-117. [<https://doi.org/10.1111/j.0265-8240.2004.00164.x>]

SOLÍS, Patricio (2010). Entre un 'buen partido' y un 'peor es nada: selección de parejas en la Ciudad de México", *Revista Latinoamérica de Población*, 4(7), 57-78.

SPIJE J., LÓPEZ R. Y ESTEVE P. (2012). Tres décadas de cambio y continuidad en la nupcialidad latinoamericana. *Notas de población*, 94, CEPAL.

STANKIEWICZ, Antoni (2005). Jurisprudencia de la Rota Romana sobre inmadurez afectiva. *Ius Canonicum*, 45(89), 35-53. [<https://revistas.unav.edu/index.php/ius-canonicum/article/view/14661>]

STRATHERN, Marilyn (1984). Domesticity and the denigration of women. En O'Brien and Tiffany. *Rethinking women's roles: perspectives from the pacific*. University of California Press. USA.

TORRES, Marisol y GONZÁLEZ, Patricia (2009). Antecedentes teóricos y empíricos del uso de métodos de planificación familiar. *Rev. Facultad ciencias económicas*, XVII (2), (diciembre), 171-182.



TOVAR Tello, Bárbara (2001). *Nociones de sexualidad y educación sexual en Colombia entre 1970 y 2000*, (tesis). Facultad de Comunicación y lenguaje. Pontificia Universidad Javeriana.

UBANDO, L (1997). *La relación de la pareja: un camino al desarrollo*. México DF: Instituto de la Pareja.

URIBE-MALLARINO, Consuelo (2008). Estratificación social en Bogotá: de la política pública a la dinámica de la segregación social. *Universitas Humanística*, (65), 139-172. [[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0120-48072008000100008&lng=en&tlng=es](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-48072008000100008&lng=en&tlng=es)]

URREA, Fernando, BOTERO, Waldor. HERRERA, Hernán, REYES, José (2006). Afecto y elección de pareja en jóvenes de sectores populares de Cali. *Revista Estudios Feministas*, 14(1), 117-148. [<https://doi.org/10.1590/S0104-026X2006000100008>]

VASCO ACOSTA, Juliana (2017). Mujeres y obreros: los nuevos lectores de las dos últimas décadas del siglo XIX colombiano. *Lingüística y Literatura*, 71, 89-107. [<https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n71a05>]

VEGA, Camilo (marzo 30 de 2017). *Lo que debe saber para vivir solo: desde qué es el fiador hasta cómo preparar arroz*. Recuperado de [<https://www.elespectador.com/economia/lo-que-debe-saber-para-vivir-solo-desde-que-es-el-fiador-hasta-como-preparar-arroz-articulo-687115>]

VEGA, Carolina (2019). *Sex and the City*. Bogotá: Rey Naranja Editores

VEGA, Carlos (2020). ¿La forzada voluntad? Discursos frente a prácticas sociales en torno al matrimonio en la España de Goya. En García Francisco y Chacón Francisco (eds.). *Familias, experiencias de cambio y movilidad social en España, siglos XVI-XIX*. España: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. [<https://ruidera.uclm.es/xmlui/bitstream/handle/10578/25477/17%20FAMILIAS%2C%20EXPERIENCIAS%20DE%20CAMBIO-web.pdf?sequence=1&isAllowed=y>]

VEGA ALONSO, Esteban (2012). La realidad paradójica de un mundo individualista. *Indivisa. Boletín de estudios e investigación*, 13, 145-168. [<https://www.redalyc.org/pdf/771/77125288007.pdf>]

VELHO, Gilberto (1998). *Nobres e Anjos: Um estudo de tóxicos e hierarquia*. Brasil: Fundação Getúlio Vargas.

VILLADIEGO, Mirla; BERNAL, Patricia, URBANCZYK, María (2006). Publicidad y modernidad en Colombia: apuntes para una comprensión del relato publicitario de la modernidad *Signo y Pensamiento*, XXV(49), (julio-diciembre), 160-169. [<https://www.redalyc.org/pdf/860/86004911.pdf>]

VILLARREAL, Cecilia (2008). La soltería en mujeres de mediana edad. *Revista Reflexiones*, 87(1), 99-111.

WALKOWITZ J. (2001). *Sexualidades peligrosas*. En Duby y Perrot (dir.) *Historia de las mujeres en occidente*, Tomo 4: El siglo XIX. pp. 392-426. España: Taurus.

WEBER, Max (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: FCE

WORSLEY, Harriet (2009). *De blanco: historia del vestido de novia desde principios del siglo XX*. Barcelona: Oceano Ambar.

WRIGHT, Erik O. (2018). *Comprender las clases sociales*. España: Akal.

YORY, Carlos M. (2007). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: Javeriana.

YUVAL-DAVIS, (2012). Más allá de la dicotomía del reconocimiento y la redistribución: Interseccionalidad y estratificación. En Zapata, García y Chan (eds.) *La interseccionalidad en debate*. Misesal: Berlín.

ZAMUDIO, Lucero (1998). Uniones sucesivas: nuevas realidades y tensiones de la transición. *Revista de Derecho Privado* 3, 91-104.

[<https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/derpri/article/view/678/0>]

ZELIZER, Viviana (2009). *La negociación de la intimidad*. Argentina: FCE.N